



LA

MESADA

I

PT2381

.Z8

S6

v.1

c.1

010786



1080022155

EX LIBRIS

HEMETHERII VALVERDE TELLEZ

Episcopi Leonensis



UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCION GENERAL DE BIBLIOTECAS





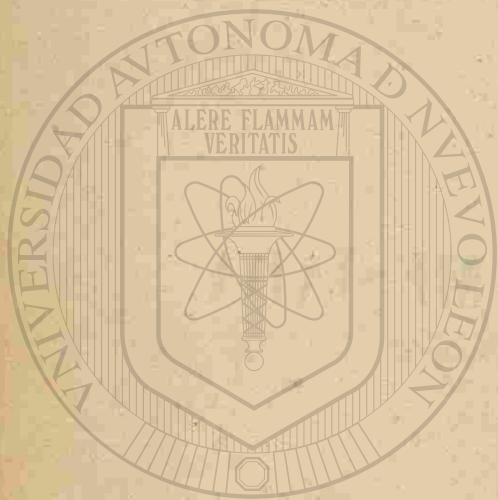
LA MESIADA.

UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Schneider y Langrand, calle de Erfurth, 1.

J



Parusian del

LA MESIADA.

LA MESIADA,

POEMA ÉPICO EN VEINTE CANTOS

ESCRITO EN ALEMÁN POR **KLOPSTOCK,**

TRADUCIDO AL FRANCÉS

POR LA SEÑORA DE CARLOWITZ,

Y DE ESTE IDIOMA AL CASTELLANO

Por D. Patricio de la Escosura.

PRECEDE UNA NOTICIA DE LA VIDA DEL AUTOR.

con láminas.

TOMO I.



Canilia Alfonso
Biblioteca Universitaria

PARIS, U
LIBRERIA DE ROSA. A LIBRERIA DE GALVAN.

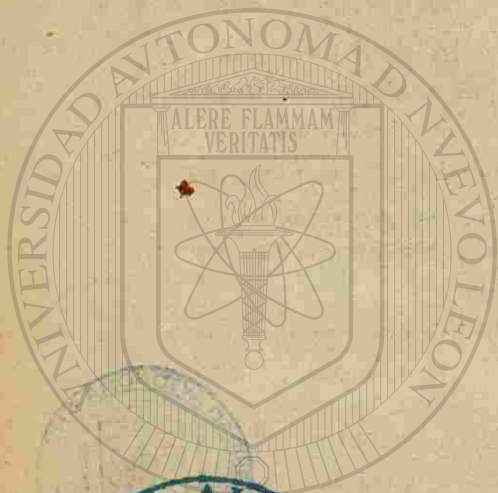
4844
BIBLIOTECA VIVERDE Y TOLLEZ
UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
Biblioteca Viverde y Tollez

PT2381

.28

56

V.1



FONDO EMETERIO
VALVERDE Y TELLEZ



NOTICIA DE LA VIDA

Y ESCRITOS

DE KLOPSTOCK.

Nació Federico-Gottlob Klopstock en Quedlinburgo, á 2 de julio de 1724; á la edad de diez y seis años el genio poético que comenzaba á desarrollarse en su alma, le sumió en una especie de mediatubunda distraccion; y los que le rodeaban, ignorando su origen y objeto le acusaron de indolente y perezoso. A tan injusta acusacion respondió nuestro joven poeta publicando antes de cumplir veinte años, los tres primeros cantos de la *Mesiada*. Difícil sería describir el efecto que produjo el nuevo poema, tanto por el asunto que el vate osó celebrar en él, cuanto por la inusitada armonía de

010786

los versos hexámetros y yámbicos, que desembarazando la pluma de las trabas del consonante, dejan á la imaginacion en libertad completa. Desde luego los escritores contemporáneos del nuestro, cuyos esfuerzos y ambicion se limitaban á reflejar, por decirlo así, con mas ó menos brillo y felicidad á las literaturas francesa é inglesa, hubieron de ceder el paso al oscuro estudiante, y este se colocó desde el dia de su aparicion en la escena literaria al frente de la escuela, de donde mas tarde salieron Goëthe y Schiller. Sin embargo Klopstock que parecia de miseria en medio de la luminosa aureola de gloria que lo rodeaba, hubo para vivir de reducirse á ser maestro de niños, hasta que en 1749, Federico V de Dinamarca, ilustrado amante y generoso protector de las artes y las letras le ofreció con alojamiento en su palacio una pensión de seiscientos pesos fuertes anuales. Aceptó con gratitud nuestro poeta la generosa oferta del monarca y fué á establecerse á Copenhague donde terminó en pocos años los diez primeros cantos de su *Mesiada*, publicandole ademas bajo el título de *Cantos del Bardo*, los de *Hermann y Thumelda*, *la Batalla de Hermann*, etc., etc. Habiase propuesto Klopstock, al escribir los últimos citados cantos heróicos, resucitar la antigua mitología germánica, cuyas divinidades, objeto un tiempo de culto y veneracion en las regiones del norte, llevan á las de los griegos la inmensa ventaja de ofrecer constantemente modelos de la mas severa moral y del mas acendrado heroismo; pero en vano se lisongeaba el poeta de despertar

en el corazon de los Alemanes los primitivos sentimientos de patriotismo: el pueblo al cual se dirigia habia ya olvidado su origen. Familiarizados con los Dioses de Hesiodo y de Homero, y habitua-dos á encorvarse bajo el yugo de los diferentes dueños que con mas ó menos justicia y humanidad han regido sus destinos, no recordaban ya los Alemanes ni sus antiguas divinidades, ni aquellos heroes que se inmortalizaron defendiendo el patrio suelo contra la invasion romana. Casi en la misma época de la vida de Klopstock á que nos referimos, le arrebató la parca á su esposa Margarita Moller, vulgarmente conocida con el nombre de Metta; y por el intenso dolor, nunca en su corazon desvanecido, que aquella pérdida le causó, hubo de suspender durante algun tiempo sus trabajos literarios. Triunfando al cabo la razon de la pena, ó cediendo el poeta á su vocacion irresistible volvió á tomar la pluma, y terminó la *Mesiada* dirigiendo él mismo sus dos primeras ediciones publicadas la una en Hala (Hena), en 1763, y la otra en Altona, en 1780.

Inclinado por naturaleza al retiro vivia Klopstock en completo aislamiento cuando estalló la revolucion francesa, con visos de realizar las liberales ilusiones del poeta, que vanamente intentara despertar el aletargado patriotismo de sus conciudadanos. Electrízole aquel tan grande como terrible acontecimiento; resonaron en su lira los apasionados acentos de la libertad, que Klopstock consideró siempre como una de las mas santas

consecuencias del cristianismo; y en premio de las odas que entonces escribió concediéronle el título de ciudadano francés. A este renunció en la época funestamente célebre del terror: mas no por eso dejó de interesarse en la suerte de la Francia, y Carlota Corday tuvo en nuestro poeta el mas apasionado de sus admiradores y el mas celoso de los Bardos que han celebrado su martirio.

Terminó Klopstock su vida mortal en Hamburgo á 4 de marzo de 1803, y con su muerte resucitó el entusiasmo de que al empezar su carrera habia sido objeto. Comprendió entonces la Alemania cuanto perdía, y los restos del poeta fueron sepultados en Altona con regia pompa, al lado de los de su amada Metta. La Francia no esperó á tan tarde para darle un nuevo testimonio de estimacion, pues que en 1802, le nombró el Instituto su Miembro-Asociado (*Membre-Associé*); y, preciso es confesarlo, cediendo, al llamarle á su seno la Academia francesa, al generoso deseo de ofrecer así un consuelo al mérito desconocido y abandonado, tuvo que adivinar lo que el poeta valía, porque las traducciones francesas de la *Mesiada* publicadas hasta entonces se quedaban tan lejos del original que el autor de este las consideraba con sobrada razon como una de las mayores calamidades de su vida. En efecto, los SS. Anthelmi y Junker, dieron á luz en 1772 una traduccion de los diez primeros cantos de la *Mesiada*, en la cual no parece sino que se propusieron espresamente borrar de aquel poema grandioso y temerario á fuerza de santidad, el se-

llo de la divina inspiracion que le caracteriza y por el cual decia Madame Staël que: « Cuando se em-
« pieza á leer la *Mesiada* se cree entrar en una
« Iglesia en cuyas bóvedas resuenan los acentos
« del órgano, apoderándose del alma la misma ter-
« nura y recogimiento, que los templos del Señor
« inspiran. » En la traduccion que acabamos de
mencionar el poema admirable se ha convertido en fria y ridicula lamentacion rimada; y la version de los mismos diez primeros cantos que Petit-Pierre publicó tres años despues en Neufchâtel, no es ciertamente mejor que la primera. Tan infelices ensayos hicieron temer á Klopstock que los Franceses no llegaran jamas á comprenderle, y para obviar ese inconveniente hizo él mismo una traduccion de su obra en prosa latina; pero tan improbo trabajo, en que consumió muchos años, no produjo resultado alguno.

La primera traduccion completa de la *Mesiada* que se conoce en francés, es la publicada en Aquisgran en 1801, por la canonesa de Kourzrock, señora que acaso poseia todas las dotes necesarias para comprender y apreciar á Klopstock, pero que desgraciadamente ignoraba la indole y mecanismo de la lengua francesa. Así es su traduccion una amalgama de barbarismos, de frases ininteligibles, de imágenes grotescas, y de palabras que están como asombradas de hallarse juntas. Tal vez parezca sobradamente severo nuestro juicio, pero mucho mas lo era el del autor del poema á quien he tenido la dicha de tratar en mi

infancia por ser mi padre uno de sus mejores amigos y mas apasionados admiradores. Recuerdo, pues, que el poeta, herido en lo mas vivo de su corazon de autor, y ardiendo por ello en ira, no llamaba nunca á la canonesa por su nombre de Kourzrock, sino por el de *Kourtzrock*, que significa *sayas-cortas*; añadiendo que Dios habia medido el talento de la traductora por las faldas de la dama. Confieso que el tal juego de palabras es poco digno del autor de la *Mesiada*: pero cuando Klopstock lo hacia era ya muy anciano y yo muy niña; el equívoco estaba á mi alcance; y mi aprobacion lisongeaba al venerable viejo, que á mi parecer me concedia entonces mas talento que á mi padre, porque este deploraba que su amigo descendiese hasta ponerse á nivel con una niña. Como quiera que sea, si no hago bien en referir esa anécdota, sirvame de disculpa el placer que experimento al recordarla; placer que comprenderán fácilmente cuantos hayan tenido la dicha de conocer, siendo niños, á algun hombre célebre próximo ya á bajar al sepulcro.

Me abstendré de hablar de la traduccion que el señor J. Horer publicó en Paris en 1825, porque no puedo en cuanto á ella apoyarme en la autoridad de Klopstock: pero fácil es procurársela y, á mi entender, con la lectura de uno cualquiera de sus fragmentos basta para convencerse de que nada tiene de común con aquella *Mesiada* que entusiasmó á la Alemania y que conquistó á su autor la admiracion de todos los literatos de Europa. Lícito pues será

decir que aquel poema, único en su género, no ha sido aun traducido en realidad á la lengua francesa; y solo con la íntima conviccion de que así es en efecto he podido decidirme á emprender un trabajo erizado de innumerables dificultades.

Para impregnarse en el espíritu místico y familiarizarse con el estilo de entrambos Testamentos el Antiguo y el Nuevo, estudió Klopstock un curso de Teología; y lejos de procurar ser claro para los lectores ajenos á tales estudios parece que se propuso reservarles á los teólogos el placer de explicar á los profanos un gran número de fragmentos de su obra tomados de los santos libros, y que no ha juzgado á propósito explicar con notas. Por eso se encuentran frecuentemente en Alemania personas de buen talento, que con ingenuidad confiesan que carecen de la perseverancia y del valor necesarios para seguir el vuelo de la imaginacion siempre noble y elevada de nuestro poeta, al través de sus bíblicas alusiones, que por lo brillante del estilo, la abundancia de las trasposiciones y la multitud de voces nuevas que en la lengua introducía el escritor, llegan muchas veces á ser enteramente incomprensibles. En realidad son pocos los versos de la *Mesiada* que aun el lector mas versado en la mística poesia comprende á primera vista; y muchos los que me han hecho meditar mas de una hora para interpretar su verdadero sentido. Con el objeto de obviar tales inconvenientes he puesto notas á todos los pasages que me han parecido tener necesidad de ellas, procurando explicar con la clari-

dad y precision posibles los pensamientos é imágenes que Klopstock se complace en cubrir con misterioso velo; porque esa profundidad un tanto tenebrosa que es muy del gusto de los Alemanes agotaria pronto la paciencia del público francés para el cual la claridad es, con razon fundada, una de las principales dotes de todo escritor. Hacer que el poeta sea inteligible para todos no es mas que la mitad de la tarea que me he impuesto, el cumplimiento de la obligacion de todos los traductores, cuyos deberes esplica perfectamente el señor de Pongerville en el prefacio á su version francesa del *Paraiso perdido* de Milton, donde dice: «No le basta (al traductor) estar profundamente versado en « las dos lenguas; necesita estudiar ademas el idioma poético, porque á él debe ser principalmente « fiel. ¡Desdichado del traductor que limite su arte á « un procedimiento mecánico y material! Sus versiones serán cuerpos sin alma..... La conciencia « rígida del traductor le sirve de guia en un « gusto sendero donde al menor tropiezo puede « pasar de la sublimidad al ridiculo. Prestándose á « todos los giros de la lengua estrangera le es preciso tener siempre presentes las condiciones que « la suya le impone.»

Pocas veces andan juntos los preceptos y los ejemplos, y en mi deseo de seguir los unos y de estudiar los otros, he elegido para servirme de norte al traductor que acabo de citar, creyendo que no podia escojer mejor modelo, puesto que la *Mesiada* es, por decirlo así, la continuacion del *Paraiso per-*

dido. En la vulgar opinion pasa aquella por la imitacion de este, mas á mi no me lo parece así; porque si bien partieron de un mismo punto los dos grandes poetas, cada uno de ellos siguió distinto rumbo y se propuso diverso fin.

Milton describe el triunfo del genio del mal y la perdicion del género humano; Klopstock canta la victoria del Dios de las misericordias y al linage de Adan reconciliado con su Creador. Nacido y criado el poeta inglés entre el furor de las guerras civiles, avezado á las argumentaciones teológicas, á las discusiones políticas, y á todas las tempestades de la vida pública, personificó en Satan al espíritu de independenciam, y del Eterno hizo uno de esos monarcas de mansa y benigna condicion, que se convierten en reyes inexorables y hasta crueles, cuando los pueblos no se acomodan á ser dichosos de la manera que á su dueño place concederles la dicha. De ahí resulta que es imposible no admirar al rebelde arcángel; y que casi se le toma afecto, porque se le ve demasiado grande, demasiado noble para resignarse á obedecer á su dueño, que si bien es mas poderoso que él, carece de aquella audacia de pensamiento que á fuerza de elevar el espíritu lo estravia; audacia que nos encanta siempre por la afinidad que con la tendencia de nuestras almas tiene.

Por el contrario Klopstock que no habia corrido mas tormentas que las que sus propias sensaciones suscitaban en su alma, y que en ella las encerraba misteriosamente, dió á Satan el único papel que

la filosofía cristiana puede concederle, pintándonosle como un ser maléfico, á quien un necio orgullo y el amor al desorden han impulsado á rebelarse contra la justicia divina de él aborrecida, no porque quiera sujetarle sino porque quiere que reinen sobre la tierra la paz, la libertad y todas las virtudes que caminan en pos de aquellas dos hijas del cielo. Nuestro poeta tan entusiasta como sensato se abstiene, en cuanto le es posible, de poner en escena á la Divinidad como ser abstracto, y cuando la indole del asunto de sus versos le obliga á apartarse de su propósito, lo hace rodeando al Eterno de santa oscuridad; porque conoce que el ingenio humano, por sublime que sea, siempre que intenta pintar al increado, reduce sus inconmensurables proporciones á las mezquinas magnitudes de la tierra. No sucede lo mismo con Dios hecho hombre: al tomar un cuerpo de carne y hueso ha querido hacerse accesible á nuestros sentidos. Por eso Klopstock le eligió para protagonista de su poema, y desarrollando la encarnación del Verbo, principio y símbolo de amor y de misericordia, eleva el espíritu de sus lectores á una altura casi ideal, pero no fuera de los límites de la inteligencia humana. La misma diferencia que hay entre el pensamiento del *Paraíso perdido* y el de la *Mesiada*, se observa en los pormenores de uno y otro poema. Igualmente que las de Milton, sorprenden y aterran las magníficas y atrevidas pinturas que Klopstock hace de las regiones celestiales, regiones que cautivan siempre la imaginación

de los grandes poetas: pero la belleza del cielo de Milton depende de que nos le presenta en contraste con la infinidad del espacio iluminado por el siniestro resplandor de la rebelión del espíritu impuro, mientras que en el poema de Klopstock, ofreciéndose á nuestra vista la creación entera circundada por el maravilloso sistema de la celeste armonía, forma un cuadro inmenso, que en todos y en cada uno de sus pormenores nos presenta la imagen de una noble y tranquila felicidad, consecuencia natural y forzosa del reinado de la justicia. De esa justicia divina hace Milton un poder arbitrario, y Klopstock el resultado de la perfección por excelencia, que la bondad infinita del Señor inclina á la misericordia para con la debilidad y el error. Tal es el pensamiento que con admirable ingenio desenvuelve el poeta alemán en las escenas del juicio que preceden á la ascensión de Cristo, y sobre todo en el carácter de un ángel de los caídos que figura en el poema con el nombre de Abdiel-Abbadona. El episodio de Abdiel es una de las creaciones más consoladoras que jamás ha salido de la cabeza de un poeta filósofo; porque lleva el arrepentimiento hasta el Averno, porque estingue la acción de la divina clemencia hasta al lugar mismo de los eternos suplicios. Sobresale Milton en la pintura de las pasiones, mas se limita á mostrárnoslas grandes y seductoras; su objeto es siempre fascinar ó conmover. Por el contrario Klopstock no ha escrito jamás un solo verso que no se encamine á mejorar al hombre, á hacerlo

mas feliz. Obsérvese, sino, cuan diferentes tintas hallan en sus paletas esos dos grandes pintores del corazon humano. El amor cual lo describe el Inglés, es una deidad coronada de rosas cuya sonrisa voluptuosa hace de la vida terrestre un largo día de fiestas y placeres; así se aman Adán y Eva, y, sus diálogos con justicia admirados, exaltan la imaginacion y aceleran los latidos de los corazones. ¿Qué es el amor descrito por Klopstock? Una emanacion de la Divinidad, que recordándonos incesantemente la nobleza de nuestro origen, nos eleva y nos santifica; y con ese puro amor se aman Cidlia, la hija de Jairo, y Sémida, el huérfano de Naim, entrambos resucitados por Jesucristo. En la bella joven que nos describe dotada de vaporosa hermosura y candor angélico, ha querido el poeta pintarnos á su amada Margarita, cuando esta no osaba aun esperar ser un día esposa de su amado. Lo que entonces pasaba en el corazon de Klopstock, puede colegirse de la pasion no menos pura si bien mas enérgica de Sémida. La belleza de ese episodio, que parece tomado de la vida de los ángeles, se aumenta y hace mas sensible sabiendo que la realidad le ha servido de modelo. El efecto que su lectura produce es suave y deleitoso, así como amargo el de la historia de Gador y de otra Cidlia distinta de la primera, que se halla en el XV° canto; porque el poeta describe en él la muerte de su amada á la cual ha cantado en casi todos sus poemas bajo el mismo nombre de Cidlia. Vense correr las lágrimas que debieron humedecer el

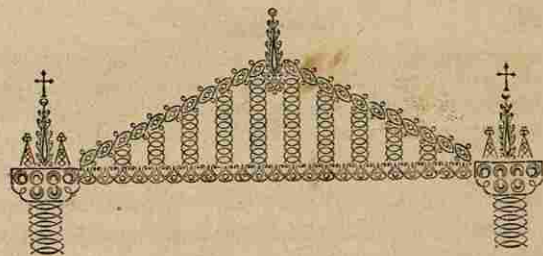
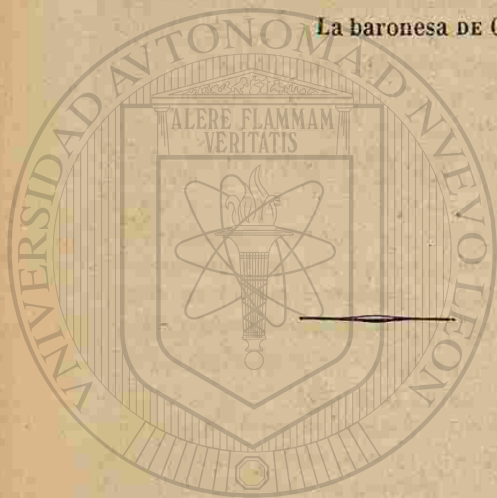
papel en que Klopstock escribía el último citado episodio, y el llanto se asoma también á los ojos del lector que sin embargo no se atreve á compadecer al poeta, porque cuando el dolor es tan noblemente religioso como el suyo, la compasion desaparece para dar lugar á la admiracion y al respeto. No podia la amistad hallar cabida en el poema de Milton: en el de Klopstock, como en todos sus escritos, es aquella un culto sagrado, y el olvido de los deberes que impone el mayor de los crímenes.

Seguir mas tiempo el comenzado paralelo seria analizar la *Mesiada*, y esa es un poema que es preciso leer; porque el analisis daría de su mérito una idea incompleta y tal vez equivocada.

Si he logrado trasladar al idioma francés una parte al menos de las bellezas del original, la *Mesiada* debe tener en Francia el éxito mismo que tuvo en Alemania, y en ello saldrá gananciosa la moral pública. Los *Mártires* de Chateaubriand y las *Meditaciones* de Lamartine han curado á mas de un cerebro enfermo, la obra de Klopstock debe producir efectos análogos; y ciertamente nunca ha sido tan necesario como hoy lo es un libro que sirva de contraveneno á los deplorables extravíos de la actual literatura. No hay un corazon que no hayan lastimado ó corrompido, no hay una alma á quien no indignen ó no hayan torcido, esas peligrosas producciones del entendimiento, que so pretexto de combatir abusos y desarraigar preocu-

paciones, pintan al vicio como inevitable consecuencia de la sociedad, y al crimen como el mas poderoso y acaso el mas noble uso que de la fuerza moral puede hacerse.

La baronesa DE CARLOWITZ.



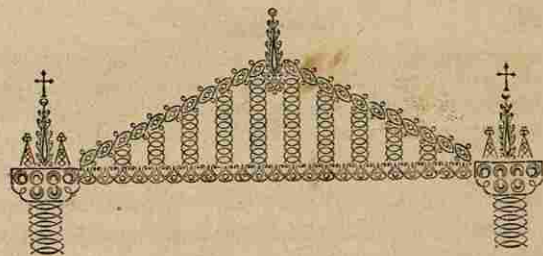
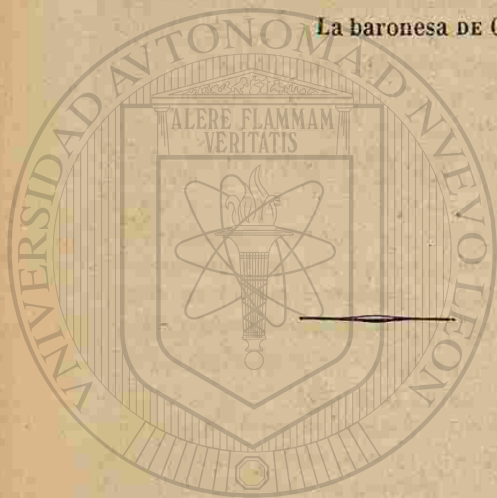
LA MESIADA.

CANTO PRIMERO.

ARGUMENTO. — Apártase el Mesías del pueblo que acaba de proclamarle Rey y sube al monte Olivete á prometerle de nuevo á su eterno Padre, que consumará la obra de la redencion. — Comienza á sufrir los dolores de la pasion. Gabriel, que le sirve en la tierra, sube á los cielos á llevar sus oraciones. — Llegá el Arcangel al santuario atravesando el sol y el camino aéreo que unió en otros tiempos á la tierra con el cielo. — Eloha, cabeza de los serafines, introduce á Gabriel, y este coloca el incienso sobre el altar de la redencion. — Enciende el Eterno el fuego del sacrificio, y ordena á Eloha que convoque á todos los inmortales para que celebren el segundo Sabbath de la creacion. — Gabriel va á llevar un mensaje á los ángeles custodios de la tierra que habitan en un sol situado en las entrañas del globo terraqueo. — Allí encuentra las almas de los niños muertos,

paciones, pintan al vicio como inevitable consecuencia de la sociedad, y al crimen como el mas poderoso y acaso el mas noble uso que de la fuerza moral puede hacerse.

La baronesa DE CARLOWITZ.



LA MESIADA.

CANTO PRIMERO.

ARGUMENTO. — Apártase el Mesías del pueblo que acaba de proclamarle Rey y sube al monte Olivete á prometerle de nuevo á su eterno Padre, que consumará la obra de la redencion. — Comienza á sufrir los dolores de la pasion. Gabriel, que le sirve en la tierra, sube á los cielos á llevar sus oraciones. — Llegá el Arcangel al santuario atravesando el sol y el camino aéreo que unió en otros tiempos á la tierra con el cielo. — Eloha, cabeza de los serafines, introduce á Gabriel, y este coloca el incienso sobre el altar de la redencion. — Enciende el Eterno el fuego del sacrificio, y ordena á Eloha que convoque á todos los inmortales para que celebren el segundo Sabbath de la creacion. — Gabriel va á llevar un mensaje á los ángeles custodios de la tierra que habitan en un sol situado en las entrañas del globo terraqueo. — Allí encuentra las almas de los niños muertos,

que aprenden en aquella misteriosa mansion á ser dignos de la celeste beatitud. Pasa en seguida Gabriel al sol, donde las almas de los patriarcas se han reunido entorno de Uriel, sobre el pináculo del templo solar.

Canta, alma inmortal, al Dios que se hizo hombre para rescatar á los hijos de Adan : canta el Mesías que arrojó los tormentos y la muerte por iniciar de nuevo á la especie humana en el culto del amor divino. Vanamente se alzó Satan contra el hijo del Eterno : cumpliósese la voluntad eterna y con ella la grande obra de la redencion.

¡Oh sublime secreto de la misericordia divina! ¿Y se atreverá á cantarte la poesia? En la tenebrosa lejanía á que de tí la tienes se estremece de temor y de esperanza. Santificala, Espíritu creador; préstale ese mirar de fuego con que penetras en el profundo seno de la Divinidad, y conviertes el corazon del hombre, á despecho de su terrestre cuerpo, en un templo digno de tí; y euando hayas armado con tu fuerza, cuando hayas embellecido con tu hermosura á esa poesia hija tambien del cielo, ¡oh! entonces guíala hasta á mí, pobre poeta puro de corazon. Mi voz, aunque siempre será la de un debil mortal, cantará al Hombre-Dios; y me lanzaré en la arena del combate con trémulos pasos, pero alentado por la noble esperanza de tocar la meta.

Mortales ennoblecidos por el soplo de magestad que pasó sobre la humana especie cuando su Criador se inmoló por salvarla; almas que comprendis la personificacion del principio de amor y de caridad, escuchadme; y que la pureza de vuestras vidas celebre al hijo del Eterno.

¿Qué funesto vértigo se ha apoderado de Jerusalem? La ciudad santa, la tierra de promision de los patriarcas, la antigua metrópoli de sobrehumanas glorias, arroja lejos de sí la corona de los elegidos; y en breve solo será un sangriento altar en que manos asesinas inmolarán á una víctima inocente.

No lejos de los muros de Jerusalem acaba Jesus de separarse de una muchedumbre del pueblo, que aun honrándole da muestras de que no acierta á comprenderle. Ciegos por el pecado aquellos hombres han sembrado el camino, por donde el Salvador transita de ramas de palmera, y le han saludado con gritos de triunfo: pero el cielo se ha cubierto de nubes, y del centro de ellas una voz misteriosa ha dicho á la Judea: «Mira: he aquí al que yo he glorificado y otra vez lo glorificaré¹.»

¡Y nada ha visto, nada ha oído el pueblo de Ju-

¹ Evangelio de san Juan, cap. XII, vers. 28. En el mismo capítulo se refiere la entrada triunfal de Jesucristo en Jerusalem, tal cual la describe Klopstock.

dea; no reconoce en el Mesías á la mas noble emanacion de la divinidad; cree rendirle el homenaje que le es debido proclamándole por su rey! Él, entre tanto, triste y abatido camina hácia las montañas que estan al oriente de Jerusalem, á ofrecer de nuevo allí á su padre que consumará la obra espiatoria de una redencion.

Mas de una vez le habian ya sentido aquellas montañas sobre sus elevadas cimas. Noches enteras pasaba en ellas entregado á sus piadosas meditaciones, ó descansando de las infinitas angustias que la fragilidad de la carne mortal hace sufrir al alma en ella aprisionada, aunque esa alma sea todo un Dios.

Corona ya el crepúsculo las colinas cercanas, cuando Jesus se encamina al monte de los Olivos; síguete Juan el Evangelista, pero se detiene cerca de los sepulcros, resignándose el piadoso discípulo á pasar allí la noche en oracion, porque su maestro le prohíbe acompañarle mas adelante.

Solo y profundizando los abismos de la eternidad con toda la fuerza de su divino pensamiento, sube el Mesías á lo mas elevado del monte. Celeste aureola, reflejo del sacrificio que debe consumarse, luce en torno de su cabeza; cobijale la sombra de las elevadas palmeras; y un soplo misterioso, precursor del Eterno, agita su cabellera.

Entre dos altos cedros, Gabriel, el arcángel en-

viado á la tierra para servir en ella durante su destierro al hijo de Dios, medita en la inefable felicidad que al cabo espera un dia al linage humano, cuando ve adelantarse hácia él lentamente al Hombre-Dios. Ya sabe el Arcángel que el terrible y solemne dia, destinado al rescate de los pecados del mundo se halla cercano; y esa certidumbre llena su alma de melancólico pláter.

«¿Divino Señor mio, esclama en voz sumisa, ha menester reposo tu estenuado cuerpo? Mira: el cedro tiende sus verdes ramas para dar sombra á tu inmortal cabeza; para recibir tus miembros fatigados plega el sándalo sus flexibles vástagos. Al pie de este monte, en las quebradas de la roca, donde reposan los muertos, crece perfumado y blando musgo. ¿Quieres que tu servidor te prepare con él un muelle lecho? Hijo del Eterno, el cansancio y el dolor estan pintados en tu divino rostro. ¡Oh y cuanto sufres sobre la tierra por amor á los hijos de Adan!»

Respóndele el Mesías con una mirada que encierra todas las bendiciones del cielo, y sube trabajosamente la última punta de la roca, la mas cercana de las nubes, la mas próxima á Dios. Allí se prosterna, ora, habla á su padre.

Al eco de la voz de Jesus la tierra se estremece de esperanza. No es ya la poderosa, la terrible voz del anatema la que escucha en las regiones celes-

tiales, no : es el dulcísimo acento del Salvador implorando al perdón para ella, y volviéndole desde aquel momento una parte del esplendor con que brillaba antes que la mancillase con su pecado el primer hombre.

Contempla el pensamiento del Mesías las profundidades de lo infinito, y en fin de los mortales labios de un Dios salen estas palabras :

« ¡Va se acercan, ó padre mio, los días de la santa y eterna alianza ; los días en que ha de cumplirse la grande obra, decretada desde el instante en que de acuerdo con tu hijo concebiste la creación, y desde aquel instante mismo en que en el silencio de la eternidad, penetrando nuestras miradas el porvenir de los tiempos, vimos á los hombres aun no creados, á esa raza destinada á la inmortalidad, ser presa del pecado y de la muerte ! Veía yo sus males y dolores, y tú, padre mio, que veías mis lágrimas prometistes encarnar segunda vez tu divinidad en el hombre caído. Tú sabes, eterno padre, y saben también los cielos, cuantas veces desde entonces he suspirado porque mi degradación se cumpliera. Hoy me tengo por feliz : treinta y tres años hace que soy hombre. Muchos justos me siguen : pero á quien he de salvar es á todo el género humano. Espero tus decretos : que me arrojen entre los muertos, que me reduzcan á cenizas, todo lo sufriré con respeto y sumisión. No hay un ser

creado capaz de comprender tu clemencia ni tu ira ; Dios solo puede aplacar á Dios. Prepárate, juez del universo, aun estoy libre, aun puedo volverme á los cielos, á donde el coro de los ángeles me conduciría en triunfo ; y por segunda vez vengo á ofrecerme en sacrificio. Mi frente que se humillaba se levanta para contemplar la tuya, mi diestra toca las nubes, lo juro por mí mismo que soy Dios como tú : quiero rescatar los pecados del mundo. »

Y la voz del Eterno, inteligible solo para el Mesías, responde :

« Mi cabeza se estiende sobre el universo, mi brazo sobre el espacio infinito. Lo he jurado, hijo mio, yo que soy el Eterno, lo he jurado ; los pecados del mundo obtendrán remisión. »

— Dijo y calló.

— Tembló de gozo la naturaleza ; los espíritus celestiales cayeron en santo éxtasis ; horrible tempestad rugió en el seno del abismo infernal.

Jesús permanece en pié ante el Eterno, que ya es para él un Juez terrible ; y comienzan entonces las angustias de la redención, porque cuando los presentimientos se hallan tan cercanos á la realidad con ella se confunden.

Gabriel, que se había prosternado en adoración silenciosa, sintióse súbito renacer á vida nueva, nueva aun para él cuya memoria recuerda en lo pasado, lo que el pensamiento humano jamás po-

drá comprender. Levantóse entonces nadando su alma en un mar de delicias, y lanzando de su aereo cuerpo maravilloso resplandor. Reflejaron sus ardientes rayos las elevadas cimas de los montes, y la tierra fermentaba como si fuera á disolverse abrasada por aquella celeste incandescencia : pero viólo Jesus y tornando su faz al serafin le dice :

— « Oculta ese resplandor ¿has olvidado que me sirves en un lugar de destierro? Parte, vé á repetir mi súplica ante los cielos reunidos; allí solo te es lícito ostentar el brillo de tu esplendor angélico. »

Gabriel obedece silencioso ; síguete el Mesías con la vista y le ve ya en su pensamiento postrado ante el trono del Eterno, donde se prepara á la especie humana porvenir mas dichoso que la esperanza misma acertara á imaginarlo.

Rápido y diáfano como la mas suave aurora en primavera, se ha elevado el Arcangel á las celestes esferas pobladas esclusivamente de soles cuyos reflejos se estienden á lo infinito, cual purpurino velo tejido por la divina mano con los rayos de la luz primitiva. Bajo aquella region luminosa, á que los globos opacos no osan acercarse, pasa fugitiva la naturaleza nebulosa y los mundos¹, con sus

¹ Mundos está aqui por globos terraqueos y habitables. — T. E.

habitantes parecen y se ocultan, como los torbellinos de polvo poblados de imperceptibles insectos se alzan y caen bajo la planta del caminante.

Mil senderos cruzan en todos sentidos aquel foco de luz, y en medio del mas espacioso de todos ellos, que se dirige á la tierra, corria en otros tiempos un torrente cuyas aguas eran de oro puro. Tenia su nacimiento en el trono del Eterno; los ángeles, y el Señor mismo en ocasiones, seguian su curso para ir á comunicarse con los hijos de la tierra en una de sus regiones donde los rayos del iris, y las nubes matinales conservaban una primavera eterna. Mas cuando el hombre perdió su inocencia, replegóse el rio á su nacimiento, los montes cuyas formas vaporosas conservan aun señales de la presencia del Eterno, quedaron desiertos; desiertos tambien los bosques cuyo ramage embalsamado se meció al aliento de Dios. Tendieron el silencio y la soledad su negro manto sobre los valles que los moradores del cielo se complacian en visitar, y sobre los umbrios deleitosos retiros donde los hijos de la tierra habian disfrutado aquellas delicias inefables, que salen á los ojos en llanto de alegría.

Quando, despues del juicio universal, se eleven las estrellas en órbitas infinitas, cuando la mirada de Dios, abrazando á la vez los mundos todos, á todos los haga entrar en la celeste armonia, enton-

ces correrá de nuevo por su antiguo cauce el torrente de las doradas aguas; y en sus rejuvenecidas orillas acojerán los primogénitos de la inmortalidad con fraternal sonrisa, á los últimos hijos de su madre.

Por ese camino santo y solemne se adelanta el Arcangel hácia el santuario de los cielos, prototipo del universo, fuente de la universal belleza, que á manera de caudaloso y rápido rio en mil brazos dividido, inunda los espacios infinitos reflejando en su espejo cuanto existe.

El batir de las alas del Angel caminante llega en las del aire embalsamado hasta las playas de los soles; y al dulce murmurar de su sonido vibran pulsadas por inmortales manos las celestes arpas, resuenan en el espacio armoniosos cantos.

¡Oh tú, compañera de los ángeles, á quien es dado contemplar la divinidad y escuchar las voces inmortales, Musa de Sion⁴, ven en mi auxilio; voy á repetir el himno cantado por los habitantes del cielo, el himno que resuena en las regiones que el mensajero del Mesías atraviesa!

« ¡Salud, sagrada esfera de las divinas apariciones! En tí las sombras que proyectan esos mun-

⁴ Pequeña montaña de la Palestina sobre la cual está edificada Jerusalem, ciudad que los profetas y patriarcas designan frecuentemente con el nombre de Sion. Klopstock los ha imitado. — T. F.

dos, débiles rivales del empireo, no tienden sus negros velos, porque allí se muestra tal cual es, tal cual ha sido, tal cual será siempre, aquel á quien nosotros llamamos Jehová, aunque es inexplicable. — En vano, Señor, buscaban tu imagen nuestros cantos en su inspiracion primitiva; tu perfeccion es demasiado vasta aun para la intuicion de los inmortales. — Tu solo inconmensurable pensamiento es el capaz de penetrarte; para obrar sobre las cosas creadas forzoso le es á aquel descender hasta ellas; y sin embargo has querido que haya seres fuera de tí. — Tu aliento hirió en la nada, y de ella salió el cielo hermoso y brillante: tu voz creadora dominó el bramido de los mares acabados de nacer; las playas donde se aglomeraban los orbes en esféricas masas, que rodando, huían al través del vacío, oyeron esa voz; á ella respondió el alma universal; pero los destellos que mas tarde se escaparon del gran todo, no existian aun. — Te contemplaste, Señor, sobre tu nuevo trono; y permaneciste en él solitario y pensativo. ¡Gloria á la divinidad meditabunda! porque entonces fuimos creados nosotros los serafines, hijos aereos del inmutable pensamiento. — Dijo el Eterno á la soledad: « No seas »; y á los seres: « Venid á ser; » y la soledad fué poblada, y los seres salieron del caos. »

Enmudeció el coro de los ángeles, y continuan-

do Gabriel su camino á través del océano de luz que le rodea, llega al santuario y se prosterna; Dios le mira y los cielos despues de Dios. A su encuentro sale el divino Eloha; Eloha, el mas grande de los seres creados, el mas próximo al Increado. Bello es su pensamiento, como el alma del hombre, cuando purificada por meditaciones sublimes se hace digna de la inmortalidad; su mirar mas dulce que la matinal aurora, mas brillante que los astros cuando al salir de la nada por la primera vez describieron sus radiantes órbitas. Llamóle Dios á la existencia desde el seno de un piélago de nubes: para formarle el cuerpo, escogió el mas suave de los resplandores que preceden á la salida del sol; y tendiéndole despues sus brazos á través del empireo, dijo: « Primera de mis criaturas, mira, heme aquí. » — Vióle Eloha, y se abstrajo en su contemplacion: mas pronto pudo espresarle al Creador sus pensamientos y sensaciones. Hundiránse los orbes y renacerán de sus propios restos; mil y mil siglos se abismarán en la eternidad, antes que sea dado al mas sublime de los mortales el conocimiento de tales pensamientos y sensaciones.

Inefable alegría inunda á Gabriel al aspecto de Eloha; y los dos inmortales que largos tiempos antes de que naciera el globo terrestre habian acometido y dado cima juntos á mas de una empresa sublime y peligrosa, se arrojaron uno en los brazos

del otro trémulos de felicidad. Así se enlazan en presencia de su noble padre dos heróicos hermanos cubiertos aun de la sangre que acaban de derramar por su patria.

Dios bendice á los ángeles fraternales, que embellecidos con esa bendicion y con el dulce brillo de su santa amistad, se acercan juntos al monte sagrado donde estriba el santuario de las glorias celestes. En torno de ese monte reina la oscuridad divina; tranquila y poderosa, como cuanto emana de Dios, circuye á la claridad resplandeciente que luce en torno del misterio de los cielos; y á veces un rayo de luz penetra en las tinieblas, y entonces ven los ángeles una roca diáfana que á la entrada del santuario centellea.

Reconociendo Gabriel el altar que los cielos han levantado á la redencion se acerca á él con la imponente gravedad de un soberano pontífice, coloca sobre el ara dos vasos de oro llenos de incienso celestial, y permanece allí sumido en sublimes meditaciones.

De pié á su lado pulsa el arpa Eloha, y las solemnes armonías que ella produce acompañan á la voz del Arcangel sacrificador; voz que repite á los cielos la oracion del Mesias, voz que resuena en la inmensidad del infinito espacio, como los bramidos del océano, cuando la tempestad, mensajera

de la voluntad divina, enfurece sus espumantes olas.

Dios arroja una centella sobre el incienso, arde este, y un vapor aromático sube hasta la divinidad, como en la tierra se elevan, se estienden y crecen las montañas hasta frisar con las nubes.

La mirada del Eterno permanecía fija en el monte donde el Mediador ¹ continua refiriéndole los padecimientos y los goces de su ² doble naturaleza. Súbito alza la vista, dominando con ella lo infinito : aguardan los cielos con religioso silencio sus mandatos ; y en la tierra el cedro contiene la agitación de sus ramos, enmudecen los mares, y en su orilla inmóviles y callados los huracanes despliegan sus alas preparándose á llevar por todo el universo la palabra de Dios. Ruge el trueno rozándose con las alas poderosas de los vientos, mas ellos permanecen inmóviles, porque el trueno no es la voz de Dios, sino su precursor.

Abrese el santuario, y los inmortales se prepa-

¹ El Arcángel Gabriel, que lo es aquí entre el Salvador y su eterno padre. — T. E.

² En este pasaje que he debido traducir fielmente, resulta sin embargo alguna oscuridad tanto por la anfibología procedente de que el pronombre *su* que en realidad se refiere á Dios, pudiera aplicarse al sugeto mas inmediato que es el Arcángel, quanto por la frase que termina el periodo. La *doble naturaleza* de Dios es Cristo ; y en efecto los trances del unguido al aproximarse su pasión son los que Gabriel canta y refiere. — T. E.

ran á escuchar á Jehova. Urim, el primero de los querubines, el confidente del Espíritu creador, se vuelve hácia Eloha : su porte es grave é imponente, su voz llena de celestes ilusiones.

« ¿Qué ves, Eloha ? » le pregunta.

Y adelantándose Eloha, responde :

« Allá entre aquellas columnas de oro veo las Tablas de la Providencia y el libro de la vida. El soplo de la inmortalidad agita sus sagradas hojas donde leo los nombres de los futuros cristianos. Mas lejos veo el código que servirá de norma á las sentencias del juicio postrimero, y sus terribles páginas ondean, como en otros tiempos los sacros estandartes que guiaban á la pelea contra los ángeles rebeldes á los fieles y heroicos seráfines. Bajo aquellas bóvedas de plata lucen millares de antorchas, símbolos de las generaciones rescatadas. Tú puedes, Urim, contarlas una á una ; los orbes pueden contemplar las hazañas de los ángeles ; nosotros comprendemos las inefables delicias de los inmortales ; ¡ pero la redención es un misterio, aun para los cielos !... Ya veo el trono del supremo Juez, y la llama abrasadora que ejecuta los decretos de él emanados. La tempestad personificada ¹ se levanta sobre sus nebulosas gradas... ; Misericor-

¹ *Tempête vivante*, dice la traducción francesa. — T. E.

« día, Mesías, juez del universo ! ; O tú que dispones de la muerte eterna, misericordia ! »

Por la séptima vez entreabre el rayo, el impenetrable vélo del santuario : suena la voz del Eterno, y dice :

« Yo soy el principio de amor ; ya una vez me he revelado por medio de la creacion, otra me revelaré por la muerte de mi hijo. En la hora de esa muerte yo os sostendré á todos, para que no os aniquile á vosotros para quienes puede acabarse el tiempo. »

Calló, y su pensamiento transmitió á Eloha otras órdenes que el serafin comunicó al instante á los moradores del cielo.

« Bendecidos seais, dice Eloha, vosotros los que podeis contemplar á vuestro Creador en su misericordia ; osad levantar los ojos, y leed vuestra felicidad en su frente que con paternal indulgencia inclina hácia vosotros. Tornad hácia Gabriel la vista ; por vosotros ha venido delante del altar de la Redencion, porque el hijo del Eterno ha querido que todos seais testigos de su sacrificio. Con nosotros vais á celebrarle, almas virtuosas, que habitasteis un tiempo la tierra. Entre aquellos de vuestros hermanos encadenados aun al polvo de sus cuerpos, los hay que perseguirán y serán traidores al Hijo del Hombre : largo tiempo hace que sus nombres están borrados del Libro de la vida. Un

rayo de luz celestial abrirá los ojos de los fieles amigos de Jesus, y, en la sangre de la redencion, solo verán el sacro rio que conduce del tiempo á la eternidad. — Partid, ángeles y serafines, id á decir á los ejecutores de la voluntad suprema que se preparen á celebrar las fiestas de la luz y de la paz eternas ; y vosotras, almas de antemano rescatadas por el Mesías, vosotras que sois sus ascendientes, pues que de las cenizas de los cuerpos que en la tierra dejasteis ha formado su divino cuerpo á fin de prepararlas á la resurreccion, trasladados al sol que ilumina aquel punto de lo infinito, donde ha de cumplirse el misterio de la reconciliacion ; bajad sobre ese rayo luminoso, y contemplad al Hombre-Dios en su abatimiento y acerbos dolores. Dios lo quiere así. — Cielos, escuchadme : llegado es el segundo dia de reposo, el segundo sabbat ¹, mas grande y mas solemne que el primero. No habeis olvidado vosotros, hermanos míos, aquel instante en que la naturaleza, apenas salida de manos del Creador, virgen y madre á un tiempo, comenzó á alimentar con el jugo de sus entrañas á todos los seres creados : el momento en que el Mesías consume su obra, será mas grande aun. Apresuraos á

¹ Sabido de todos es que la voz sabbath, que es hebrea, significa *descanso ó reposo*, y que los Judíos llaman así al séptimo dia de la semana, dia que Dios bendijo al acabar la obra de la creacion, según consta del cap. II del Genesis. — T. F.

anunciar por la infinidad del espacio ese momento que el Eterno llama el sabbat de la alianza. »

A la voz de Eloha, los ángeles y sus inmortales hermanos los espíritus de los patriarcas y bienaventurados se dispersan en los espacios : solo Gabriel permanece al pie del trono hasta que recibiendo de Dios un mensaje para Uriel, el mas grande de los genios protectores de la tierra, parte tambien el arcangel á cumplir con las divinas órdenes.

Gabriel al acercarse á las regiones de la tierra, oye dolientes voces que ruegan por la salud del género humano, y entre todas ellas la del primer hombre es la mas sentida. Sumido Adan en profundas meditaciones sobre su caída, abraza con el pensamiento la pasada y futura sucesion de los tiempos¹.

Ya descendió el arcangel sobre el terreno altar de la redencion, sobre aquel altar que en sus celestes visiones contemplará mas tarde el profeta de la nueva alianza², desterrado en la isla de Pát-

¹ El texto dice *aeones*, adjetivo de origen griego que significa *lo continuo, lo que corre incesantemente, lo sin fin*. Klopstock lo usa como sustantivo en vez de la voz *siglo*, siempre que son los inmortales los que hablan del tiempo ó lo miden, y el traductor francés ha conservado la tal palabra; pero á mí me ha parecido que habrá mas claridad empleando una frase que en castellano espresa perfectamente la idea del autor. — T. E.

² Una de las islas del archipiélago Griego á donde San Juan evange-

mos, al mismo tiempo que los ecos de los montes le repetirán los lamentos de los mártires y las lágrimas de las almas de los justos rogando al Juez supremo que retarde el día de la venganza³.

No es otra cosa el cuerpo que allí encierra el alma de Adan, mas que un vapor nebuloso; y parece sin embargo tan bello y suave como la imagen que flotaba en el pensamiento eternal, cuando exhalingo la tierra de Eden con dulce estremecimiento la superabundancia de su lozana y reciente vida, se trasformó bajo la mano del Creador como á su pensamiento convenia.

Agitado entre el temor y la esperanza, con inciertos pasos se acerca Adan á Gabriel y le dice :

« Salve, bienaventurado Arcangel : á tu aspecto mi alma se llena de felicidad, porque sé la mision que vas á desempeñar. ¡ Ah ! ¿ porqué no puedo seguirte y á tu lado contemplar al Mesías, en la humilde forma que ha elegido para rescatar á los hombres por mi pecado perdidos? ¿ Porqué no

lista, llamado por Klopstock el profeta de la nueva alianza, fué desterrado por el emperador Domiciano, el año 55 de Jesucristo. Allí escribió el Apocalipsi en una gruta inmediata al mar, cerca de la cual han construido los cristianos un convento que aun hoy se llama del Apocalipsi. — T. F.

³ Alusion al cap. VI del Apocalipsi en el cual habla San Juan Evangelista del altar de la redencion, que en sus visiones se le habia aparecido tal como lo describe Klopstock. — T. F.

puedo regar con mis lágrimas el lugar donde ora y padece por ellos? ¿Porqué no puedo volver á la tierra en que recibí la vida? Mas bellas parecerian ahora á mis ojos las playas devastadas por el anatemata que los deliciosos valles de Eden, solo porque las primeras conservan impresa la huella del Redentor.

Y Gabriel responde :

« Sabrá por mí tus votos; y espero que se digne permitirte que contemples la gloria celeste en el abatimiento en que voluntariamente se encuentra para salvar á tus descendientes. »

Dale gracias Adán con una sonrisa melancólica, y el Arcangel continúa su vuelo hácia la tierra.

¡ Bienaventurada la tierra! Voces que salen del espacio infinito la proclaman reina de los orbes, amiga de los cielos, confidenta del Mesías que la ha elegido para que en ella se consume su sacrificio sublime. Ya las errantes estrellas la rodean con sus dulces resplandores matinales; pero la frescura y el sueño reinan aun en los valles, y densas nubes coronan las cimas de los montes donde Gabriel afirma la planta. Recoge entonces las azuladas alas, camina, se adelanta, busca al hijo del Eterno, y encontrándole dormido en una de las mas sombrías quebradas del monte Olivete, se detiene lleno de admiracion y le adora en silencio. Tranquilidad y amor celestial respira el rostro del Mesías, embe-

llecido con todo el esplendor que la Divinidad puede prestar á las humanas formas; melancólica y bondadosa sonrisa juguetea en sus labios; y una lágrima que humedece el párpado caído revela que aquel es el amigo, el protector de los hombres. El sueño cubriéndole con su manto¹ de dudoso color, oculta al Dios que allí se encierra, aun á los ojos de Gabriel. De la misma manera se presenta la tierra, cuando la circuyen las sombras del crepúsculo de una noche de primavera, á vista de la estrella polar² que alzándose sobre el desierto horizonte invita al filósofo á que deje su pacífico retiro, y salga á contemplar el brillo del astro, y á penetrarse al aspecto de sus rayos misteriosos del presentimiento de la inmortalidad.

Saliendo, en fin, de su éstasis, dirijese el Arcangel al Mediador³:

« ¡ Oh tú, que me escuchas, aun cuando tu mor-

¹ *Parois* (adormideras) dice el texto: pero en español no hubiera hecho sentido la frase con ese sustantivo; y además las *adormideras* son un atributo gentilicio del sueño como Divinidad. — T. E.

² La comparación que aquí hace el poeta no es fácil de comprender á primera vista, y el traductor español no ha querido esponerse á alterar el sentido variando la estructura del periodo: pero cree conveniente explicar como la entiende. Redúcese pues á suponer que Jesucristo dormido, causó el mismo efecto en el Arcangel, que la tierra circuida por el crepúsculo, etc., lo causa en la *estrella polar*, á quien por el momento personifica el autor. — T. E.

³ Aquí lo es el Mesías. — T. E.

tal corteza se halla aletargada, sabe que he cumplido puntualmente tus órdenes. En el camino he visto al primer hombre y te traigo sus humildes ruegos; ¡pueda tu misericordia permitirte el satisfacerlos!»

Habiendo dicho, se apartó respetuosa y suavemente para ir á anunciar el día del gran sacrificio á la augusta asamblea de los espíritus protectores de la tierra, que refugiados en el mas misterioso asilo de sus dominios, ejecutan en silencio los decretos del Eterno. Mas antes de alejarse del lugar santificado con la presencia del Mesías, manda Gabriel á la tierra que le respete el sueño, y su pensamiento de Angel dice á la naturaleza :

« Estad atentos, todos los que existís en estos valles, porque los breves instantes que debe aun pasar entre vosotros el Salvador, se os contarán por mas peso en la balanza de los tiempos, que los incalculables siglos que los han precedido. Deten tu aliento, brisa matutina; guarda el silencio, soledad de las tumbas, ó á lo menos haz solo oír un dulce murmullo; cavernas de los montes, enmudezcan vuestros ecos, y exhalen vuestros senos mas suave frescura que la acostumbrada; cedros magestuosos, floridos bosquecillos, no hagais rumor al esparcir vuestras embalsamadas sombras. ¡Silencio, universo; silencio, ante la Divinidad dormida!»

Santificada tierra que yo habito, ó tú, madre fe-

cunda, que colocando á tus innumerables hijos sobre las alas de los siglos, sublimes aves de paso de la eternidad, los envias á buscar en lo infinito el término de su misterioso destino, mientras que en fúnebres oteros donde jamas va á buscar descanso el caminante fatigado, destruyes las formas que les habias prestado : que tus ángeles custodios, que el divino Eloha su protector, me perdonen si me atrevo á revelar á los mortales el santuario en que aquellos espíritus bienhechores velan sobre los hijos de Adan. La musa de Sion se ha dignado mostrarme sus intrincados caminos. Si alguna vez en la inefable voluptuosidad de las solitarias meditaciones, mi pensamiento ha frizado con el luminoso círculo de los puros éstasis; si ha comprendido y hablado el idioma de las almas, ¡oh! divino Eloha, escucha un instante al poeta temerariamente audaz en su timidez misma. No quiere el yate cantar las glorias de los mortales : permítele pues introducir á los iniciados en la muerte, á los iniciados en la resurreccion, en la solemne asamblea de los que guardan el punto de lo infinito donde habita el linage humano.

No lejos del polo artico, el silencio, el frio y la inaccion han abierto un cauce profundo, del cual emanan sin cesar tormentosas nubes que van á perderse en el inmenso espacio, como la corriente de un rio se precipita en los mares. Allí duerme

la *media noche*, como en las tinieblas que Moises tendió sobre el Egipto, dormitaron el Nilo en sus catorce riberas, y las pirámides eternas, orgullosas tumbas de los Faraones. Jamas la vista de los mortales ha penetrado en aquellas regiones desiertas, nunca la voz humana ha turbado el silencio de su noche sin fin, ni un solo cadaver reposa en las entrañas de aquella tierra, ni un solo cadaver resucitará en ella. Solos los serafines la visitan alguna vez, y semejantes á los astros en nebuloso cielo, dejan tras de sí un rastro luminoso en aquellas tinieblas, cuando las atraviesan sumidos en proféticas meditaciones sobre la felicidad futura de la especie humana.

En medio de aquel inmenso desierto se alza un pórtico magestuoso que es el ingreso al dominio de los Espíritus protectores de la tierra.

Cuando despues de una larga serie de nebulosos días el sol de invierno, para festejar al orbe entristecido, se muestra de repente, ¡oh! entonces se rasga el velo que ocultaba los diamantes y rubies que los hielos siembran á manos llenas, y los escarchados montes, y los nevados campos, y los bosques con sus trasparentes guirnaldas de cárambanos, brillan con maravilloso resplandor, y un destello de la universal belleza hermosea á la tierra. De la misma manera brillan, bajo la planta de Gabriel, los nocturnos montes en cuyos profun-

dos abismos se encierra el tenebroso lecho de la *media-noche*. Atravesándolos, pasa por el misterioso ingreso cuyas puertas se abren espontáneamente, y por sí mismas tambien vuelven á cerrarse; y ya desde entonces camina en las entrañas de la tierra. Amontonados océanos agitan lentamente en torno del Angel sus pesadas olas que van á estrellarse en playas donde nada se mueve, nada respira; y sus hijos, los rápidos rios, los siguen bramando, como las tempestades cuando rugen sobre el desierto y se pierden en el espacio.

Llegando el Arcangel ante un segundo pórtico con pardas nubes edificado, retrocede la fábrica á su aspecto, los vapores que la forman se dilatan convertidos en celestes rayos, y las tinieblas flotantes que sirven de camino al inmortal reproducen a huella de sus plantas en trémulas llamas á cuyo reflejo distingue una inmensa bóveda en el centro del terrestre globo socavada. Un sopio divino ormo la atmósfera de aquella bóveda en cuyo centro gira compasada y suavemente un sol, que con sus rayos infunde el calor y la vida en las venas de la tierra. A ese sol misterioso debe la madre comun las flores que en primavera la esmaltan, las espigas que el verano encorva bajo el peso de los tesoros que madura, y los pámpanos y purpurinos frutos con que el otoño adorna montes y colinas. Jamas aquel sol desaparece de su horizonte: un dia eterno pro-

cede de su eterna sonrisa. — En la forma de las nubes leen los Espíritus protectores de la tierra, las órdenes y los consuelos que Dios les envía : porque Jehová habla á aquellos genios bienhechores como á sus jóvenes hermanos que moran sobre la superficie de la tierra, cuando pasada la tempestad, esmalta el Iris sobre la bóveda azulada del firmamento.

Gabriel ha llegado al sol que los hijos de Adán no conocen, y á su encuentro salen presurosos los inmortales que lo habitan.

En la imponente y sombría gravedad de su aspecto, distingue y reconoce el Arcángel á los genios de la muerte y de la guerra, cuyos inexorables brazos dirigen al través de los laberintos del destino, el hilo misterioso que liga á la voluntad divina, aquellos hechos que en su ciego orgullo atribuyen heroes y Reyes á su propia fuerza.

Un porte mas dulce y una melancólica sonrisa revelan á Gabriel quienes son los custodios de los mortales virtuosos. Cuando el sabio, huyendo el tumulto y efímeros placeres del mundo, consulta los libros del porvenir y medita sobre los altos destinos de la humanidad, los bienhechores custodios velan sobre él; algunas veces tambien asisten á las solemnnes reuniones en que los cristianos fervorosos celebran su pacto fraternal cimentado en la sangre

de la redencion; y cuando la muerte, despues de una lucha cruel, imprime al cabo el sello de su triunfo en la prision caduca, que el alma, en ella cautiva, no puede abandonar sin pena, esos ángeles la consuelan anunciándole que la naturaleza vencida en este valle de lágrimas por la muerte, encontrará en sus propios restos los elementos de otra nueva y eterna vida.

Guiadas por sus celestes protectores, algunas almas jóvenes y timidas vienen á colocarse bajo las alas del Arcángel, para oírle hablar de la tierra donde padece Jesus su divino amigo. Apenas es si sus ojos la han visto á esa tierra, porque cuando la segur terrible del mas temido de los ángeles, las arrancó de sus infantiles cuerpos, solo conocian de la vida el llanto y la sonrisa de la primera edad. Demasiado débiles aquellas almas para comparecer ante el eterno, son conducidas por los ángeles custodios á su misterioso planeta, donde al son de las arpas de oro y al eco de los armoniosos cantos que á ellas unen su melodia, aprenden cual es el divino foco de donde procede el espíritu del hombre; cual la perfeccion á que puede llegar; y la impaciencia, en fin, con que las almas de los padres, que el tiempo ha madurado, aguardan á sus hijos en las altísimas regiones del cielo. Así, los cándidos discípulos de los espíritus bienhechores, llegan á obtener la perfecta sabiduria, de la cual

los hombres en la tierra persiguen las mas veces una vana y engañadora sombra.

Trasmite Gabriel los decretos del Eterno á los custodios de la tierra, y la alegría, el dolor, y la gratitud los sumen en un éstasis profundo y dulcísimo: pero las almas infantiles de dos hermanos expresan sus sensaciones, con la ingenuidad inocente de sus años, de esta manera:

« ¿No es el hombre divino de quien el Arcangel acaba de hablarnos, preguntó la una, el mismo Jesus á quien hemos visto sobre la tierra; el amigo bondadoso que me estrechó contra su seno, mientras sus ojos brotaban lágrimas que mis besos secaban? »

Y el alma del niño su hermano responde:

« ¡Sí, es ese mismo, es Jesus! Aun estoy escuchando su dulce voz cuando decia á nuestras madres colocadas en derredor nuestro: *En verdad os digo, que si no os volviereis é hiciereis como niños, no entrareis en el reino de los cielos*¹. » « Sobre la tierra ha sido nuestro hermano, y será en los cielos nuestro padre. »

Abrazáronse llorando de gozo los dos hermanos, y Gabriel desplegó las alas para ir á llevar á otros orbes su mensaje de paz y de alianza. Largo tiempo aun le hicieron visible á los custodios de la tierra las luminosas emanaciones que en pos de sí

¹ Evangelio segun San Mateo, cap. XVIII. — T. F.

dejaba: así ven los habitantes de la luna los rayos que nuestro globo proyecta sobre las cimas de sus montes al traves de las diáfanas nubes de las noches de su planeta.

Pronto se encuentra el Arcangel en una atmósfera mas vasta que la que deja; y rápido como la flecha que lanzó el arco de oro de la Victoria, atraviesa las constelaciones, se deja atras las estrellas, álzase sobre el sol, y se detiene en el pináculo del mas bello de sus templos. En ese se hallan reunidas las almas de los patriarcas, cuyas miradas impacientes confundíendose con los rayos del astro luminoso, bajan con ellos á los valles de Canaan¹, á despertar á la primera hora del dia, muellemente aletargada aun en el seno del diáfano crepúsculo.

¹ Bajo ese nombre se designó en los primeros tiempos á la Palestina, en razon á habitarla los Cananeos, ó descendientes de Cam, hijo tercero de Noe; y también se la llama *tierra de promision*, por haberle Dios prometido á Abraban que haria dueños de ella á sus descendientes. Venidos los Cananeos y los otros pueblos, entonces establecidos en el país prometido, dividióse Josué en doce tribus y entonces se llamó *Tierra de los Hebreos*. Llamáronla Palestina los Griegos y los Romanos, porque sus primeras transacciones mercantiles fueron con los Palestinos ó Filisteos. Despues de la cautividad de Babilonia, como casi todos los Hebreos que de ella volvieron eran de la tribu de Judá, dieron á la tierra de Canaan el nombre de Judea. Los cristianos la llamamos la Tierra Santa, por haber nacido y muerto allí el Redentor. Segun los sagrados libros dos veces ha sido aquella region cuna del linage humano, pues en ella estaba el paraiso terrenal, y en ella, despues del diluvio, se detuvo el arca de Noé. — T. F.

Adan, hijo del pensamiento de Dios, y del primer aliento de la tierra¹ es el que preside la augusta asamblea; y esperando el instante que ha de hacer visibles á sus ojos el monte de las Olivas, Gabriel y el angel del sol razonan con él sobre los sublimes destinos de la especie humana.

¹ El texto frances dice: « *Adam fils de la pensée de Dieu et du REVEIL DE LA TERRE.* » He traducido fielmente el primer miembro de la oracion, mas no el segundo, porque la lengua castellana no tiene sustantivo para espresar la idea que la palabra francesa *réveil* declara. Hubiera podido decir: hijo del pensamiento de Dios y del despertar de la tierra, porque *réveil*, como todos saben significa el acto de despertar, de salir del sueño, de sacudir un letargo, de volver á la actividad de la vida; pero ni ese giro, ni varios circunloquios que he ensayado me han parecido admisibles. Heme arriesgado en consecuencia á declarar la idea del poema original con la frase que motiva esta nota.



CANTO SEGUNDO.

ARGUMENTO. — Ven al Mesías las almas de los patriarcas y le saludan con solemnes cantos. — Llega Jesus á los sepulcros y arroja á Satan el cuerpo de Samma. — Satan regresa al infierno, reúne á todos los espíritus de las tinieblas y acuerda con ellos la muerte de Jesus. — Protesta contra este nuevo crimen uno de los ángeles caídos llamado Abbadona: pero Adramelec, principe del Averno, le reduce al silencio, y pasa á la tierra con Satan. — Sale tambien Abbadona del infierno. — Impulsado por los remordimientos y atormentado con la idea de que nunca podrá ser digno de gracia á los ojos del Dios, contra quien combatió cuando la rebelion de los Angeles, procura acabar con su existencia. — Son vanos sus esfuerzos y cae sobre la tierra casi en el instante mismo en que Satan y Adramelec llegan al monte de los Olivos.

Lució el dia sobre las copas de los cedros; despertóse Jesus, levantóse, y viéndole los patriarcas

Adan, hijo del pensamiento de Dios, y del primer aliento de la tierra¹ es el que preside la augusta asamblea; y esperando el instante que ha de hacer visibles á sus ojos el monte de las Olivas, Gabriel y el angel del sol razonan con él sobre los sublimes destinos de la especie humana.

¹ El testo frances dice: « *Adam fils de la pensée de Dieu et du REVEIL DE LA TERRE.* » He traducido fielmente el primer miembro de la oracion, mas no el segundo, porque la lengua castellana no tiene sustantivo para espresar la idea que la palabra francesa *réveil* declara. Hubiera podido decir: hijo del pensamiento de Dios y del despertar de la tierra, porque *réveil*, como todos saben significa el acto de despertar, de salir del sueño, de sacudir un letargo, de volver á la actividad de la vida; pero ni ese giro, ni varios circunloquios que he ensayado me han parecido admisibles. Heme arriesgado en consecuencia á declarar la idea del poema original con la frase que motiva esta nota.



CANTO SEGUNDO.

ARGUMENTO. — Ven al Mesías las almas de los patriarcas y le saludan con solemnes cantos. — Llega Jesus á los sepulcros y arroja á Satan el cuerpo de Samma. — Satan regresa al infierno, reúne á todos los espíritus de las tinieblas y acuerda con ellos la muerte de Jesus. — Protesta contra este nuevo crimen uno de los ángeles caídos llamado Abbadona: pero Adramelec, principe del Averno, le reduce al silencio, y pasa á la tierra con Satan. — Sale tambien Abbadona del infierno. — Impulsado por los remordimientos y atormentado con la idea de que nunca podrá ser digno de gracia á los ojos del Dios, contra quien combatió cuando la rebelion de los Angeles, procura acabar con su existencia. — Son vanos sus esfuerzos y cae sobre la tierra casi en el instante mismo en que Satan y Adramelec llegan al monte de los Olivos.

Lució el dia sobre las copas de los cedros; despertóse Jesus, levantóse, y viéndole los patriarcas

reunidos en el pináculo del templo solar, manifestó Adán con un solemne canto la felicidad que en contemplar al Mesías experimentaba.

« A tí el mas bello de los días, te cantarán innumerables coros de bienaventuradas almas, cuando vuelva á traerte el tiempo desarrollando los eslabones de su cadena. En tanto que descendas sobre la tierra, el resplandor de Orion ¹ te reproducirá en el cielo, y cuando pases al pié del trono del Eterno, el Hossanna de los serafines te precederá, día inmortal que nos muestra al Mesías en su abatimiento sobre la tierra. Allí está bajo la forma de un simple mortal; pero en su frente, alhagada por la primera sonrisa de la mañana, se distingue al Dios del hombre. »

Y la dulce voz de Eva responde al canto del primer hombre :

« ¡Dichosa es la madre que te ha dado á luz, divino Salvador, mas dichosa que yo, madre del linage humano ! ¡ Infinito es el número de mis hijos, pero son culpados y mortales : tú, María, solo tienes un hijo pero inocente y eterno ! En vano te buscan mis ojos sobre la tierra, paraíso perdido, que abismaron las aguas del Diluvio ². De hoy mas,

¹ Constelacion meridional, T. F.

² Alude Klopstock á cierta tradicion de los Arabes, segun la cual estuvo el Paraíso en la vasta llanura de Salabel que es una de las mas fértiles de la Siria. Segun la misma tradicion las aguas del diluvio

Belen, donde ha nacido Jesus, será mi Eden. Chozas donde corrieron sus primeras lágrimas, conviértete en cuna de mi inocencia. Si inmediatamente despues de mi pecado te hubiera yo dado el ser, hijo de María, contigo fuera á presentarme á mi Juez, bajo el arbol de la ciencia, cuyo suave murmullo se ha convertido para mí en atronadora voz de anatema ; y abrazándote desecha en llanto hubiera dicho al Dios de las venganzas : Mira, eterno padre, á este día la vida, no mas ira, no mas castigo. »

Y Adán volvió á cantar :

« ¡Dios ha visto mis lágrimas, y los serafines las han contado ! Esos millares de millares de hijos míos por mí entregados á la segur de la muerte, han sido testigos del arrepentimiento de su culpable padre ! ¡ Hasta en el seno del eterno reposo he gemido ; ni la divina clemencia ha podido calmar mis remordimientos ! Tú solo, mediador sublime,

destrozaron completamente el Paraíso, cuyo lugar ocupa hoy una aldea que conserva el nombre de Eden ; su pintoresca situación, la frondosidad de sus huertos poblados de árboles frutales, los arroyuelos que serpentean al través de sus esmaltadas praderas, y su atmósfera por los cedros del Líbano embalsamada, justifican hasta cierto punto el nombre de esa aldea. Moradores de aquella deliciosa region son hoy los Maronitas, que á creérselos, se apellidan así por el nombre de un abad llamado Maran, que vivió en el 4º siglo de Jesucristo y cuyos discípulos convirtieron á su santa fe á una gran parte de la Siria.

tú solo alivias mis tormentos, permitiéndome adorararte bajo esa humilde forma que para salvarnos has tomado : consuma tu sacrificio, rescata á la humanidad , santifica mi tierra natal que tambien lo es tuya, y vuelve á los cielos impacientes de glorificarte en tu infinita misericordia. »

Oyó Jesus esas voces, como un pio solitario las lágrimas y suspiros de aquellos á quienes ha dejado en el torbellino del mundo, para ir á rogar á Dios en el desierto que ponga término á sus males.

Absorvido en la meditacion, desciende el Hijo del hombre del monte Olivete.

En la vertiente de ese monte se alza un bosquecillo de palmeros, sobre cuyas copas los vapores de la tierra mecen aun sus diáfanos festones reflejando la naciente luz, y deshaciéndose á su influjo en cuajadas perlas transparentes : al pasar bajo aquellos árboles vió Jesus á Rafael, angel custodio de Juan, el mas amado de sus discipulos, y le dijo :

« Ven ; camina á mi lado invisible para los ojos de los hombres, y dime cuales han sido en esta noche los pensamientos de Juan. ¿Dónde se halla? »

Respondió el serafin :

« Hevelado sobre él, como sobre el primero entre los elegidos : y le he lisonjeado con santos ensueños. Veíate durmiendo , y una sonrisa mas suave que la de la primavera cuando derrama sus tesoros de flores sobre la rejuvenecida tierra, embelleció

sus labios. Testigo he sido del primer sueño de Adan y de su dulce compañera, en el Eden : pero no igualaba en hermosura la celeste pareja á tu discípulo predilecto. ¡Oh! y cuanto sufre tu amable discípulo, al aspecto de un desdichado que reuerce sus miembros entre el polvo de los muertos, y cuyos penetrantes ahullidos aterran hasta á los gusanos roedores, lúgubres monarcas de los sepulcros. Lágrimas de compasion inundan las mejillas de Juan, apenas cabe ya en el corazon la ternura de su piedad, y tiembla y ora. No me ha sido posible contemplar insensible su dolor ; las lágrimas se han asomado á mis ojos y he venido á referirte su pena. »

Tornó los ojos al cielo el Mesías con espresion de fuego.

« Ya es tiempo, padre mio, de que escuches mis ruegos, caiga yo víctima del enemigo de los hombres, y aplaque este sacrificio al cielo y dome al infierno. »

Purpurinas nubes llevan aquel pensamiento á los pies del Eterno, y Jesus se aproxima á los sepulcros abiertos en las negras y húmedas rocas. Un bosque sombrío oculta la entrada de sus bóvedas al caminante que por allí pasa ; crepúsculo eterno reina en ellas ; y si cuando el sol desde su zenit inunda á Jerusalem con sus fuegos, algunos tímidos y páli-

dos rayos se extravian por ventura hasta la ciudad de los muertos, ni calor ni claridad le prestan.

Aquel lúgubre sitio es el que Satan ha escogido para atormentar al desdichado Samma. Quisieron ansiosos consolar á este su esposa y sus dos hijos: Benoni, el menor de ellos, inaccesible al temor, porque ignoraba aun lo que el peligro fuese, se arrojó en los brazos de su padre, quien estremeciéndose de felicidad, le estrechó contra su seno llenándole de caricias. Mas en el momento en que el niño se le sonreía con todo el angelical candor de su edad, Samma vuelve á caer bajo el yugo de su infernal dueño, y arroja á la graciosa criatura contra la bóveda de la roca. Deshecho en mil pedazos cayó el craneo infantil y el alma pura de Benoni rompió sus terrenos lazos.

Desde aquel funesto dia no se aparta Samma de la tumba de su hijo; á ella se ase y enlaza cuando Satan le atormenta; sobre ella permanece aniquilado y moribundo en los instantes de reposo. Durante uno de esos cortos intervalos pareció el Mesías á la entrada de las tumbas; y al verle Jael, primogénito de Samma, que orando á Dios lloraba amargamente, esclama:

« Renace á la esperanza, ó padre mio; el que viene hácia nosotros, es Jesus nazareno, el profeta de los profetas. »

Al escuchar ese nombre Satan se hunde mas y

mas en el polvo de los sepulcros: tal como el desdichado que negaba la existencia de Dios mientras el cielo estuvo sereno, se oculta temblando en el seno de alguna caverna así que el carro del Juez supremo recorre el universo sobre las nubes que de su seno arrojan por todas partes huracanes, rayos y muertes.

Reanimándole, empero, súbitamente el furor, precipítase el príncipe de las tinieblas sobre Samma; y el desventurado, ya cae, ya se levanta, ya se retuerce, ya suplica á su enemigo, ya invoca la misericordia de Dios. Llama Satan en su auxilio á la locura; obedécele ella y con su envenenado soplo sugiere al demoniaco descabellados pensamientos y le presta prodigiosas fuerzas. Cual gato montés perseguido por el cazador, encarámase el infeliz de roca en roca hasta colocarse en lo alto de la bóveda que cubre los sepulcros; conduciéndole Satan hasta aquel punto para hacer alarde de su poder ante Jesus. Mas logrado ya su objeto cesa la voluntad del Espíritu maléfico de sostener á Samma, y el desdichado cayendo de tan grande altura va á estrellarse contra las rocas de los sepulcros: entonces Jesus levanta los ojos hácia él, y bajo la influencia de aquella mirada se desvanecen las alucinaciones que fascinaban la razon del Hebreo, vuelven á sus lívidas mejillas los colores de la vida, cálmase y reanimase su fisonomía que ya nada tenia de

humano; tiembla y padece aun, mas espera; y llanto de felicidad brota de sus ojos, porque conoce que se halla bajo la proteccion del divino profeta.

Quando aterrado por el aspecto de los crímenes y de los males que pesan sobre la humanidad, acontece al filósofo imaginar por un momento que la inmortalidad es un sueño, y la vida un caprichoso juego del acaso, entonces la sombría desesperacion se apodera de su alma, porque esa misteriosa hija del cielo tiene horror á la nada. Mas si la esperanza con su celeste sonrisa se coloca al par de la meditacion cuya frente es triste y opaca; si acerca á los labios abrasados por la sed ardiente de una ciencia inaccesible, la encantada copa en que los mortales beben á su placer el dulce rocío que Dios envía sobre la tierra para sostener el ánimo de sus hijos: ¡Oh! entonces huyen las dudas, y el filósofo seguro de su inmortalidad, vuelve á sentirse satisfecho de sí mismo, y adora confiado á los cielos que ocultan á su entendimiento un secreto que su corazón comprende. De la misma manera sintió Samma que renacia, al escuchar la voz del Mesías, diciendo á Satan:

— « ¡O tú que aun ante mis ojos te atreves á perseguir á los hombres mis amados hermanos, habla! ¿quien eres? »

« — Soy el Rey de la tierra, el supremo gefe de los

espíritus libres y poderosos, que mi voluntad ocupa en mas nobles tareas que las de los serafines constantemente empleados en gastar su inmortalidad atronando el cielo con inútiles himnos. Tu aparicion sobre este globo ha despertado al infierno; y he descendido de mi trono para venir á verte y hablarte. Ensoberbécete con tanta honra, te lo permito: los esclavos del cielo te han proclamado Salvador del mundo, á tí, visionario osado y debil como cuantos te han precedido, como cuantos te han de seguir y son de antemano míos. Estoy satisfecho: te he visto, te he mostrado lo que sé hacer de los hombres á quienes llamas tus hermanos. ¡Las cenizas y los huesos hacinados en derredor tuyo te dicen cual es su inmortalidad; los clamores y los ahullidos de Samma pueden hacerte presentir las celestes delicias que les preparo en mi reino! Regreso al infierno: hundiránse bajo la huella de mi talon la tierra y el océano; y si pudieras tú volver á formar de nuevo el mundo que voy á trastornar, en él volverias tambien á encontrarme, porque la tierra es parte de mi imperio y todos sus hijos mis esclavos.

Dice y lánzase contra Samma para llevárselo en pös de sí; pero el desdichado clamando lastimosamente, tiende los brazos al Mesías, y sosteniéndole la divina gracia, va á caer suavemente á los pies del Salvador. Reconoce temblando Satan el poder

de su dueño, y huye sin acordarse en medio de su temor y rabia, que se había propuesto hundir en su tránsito la tierra y los mares.

Prosternado sobre el polvo de los sepuleros Samma enlaza sus trémulos brazos á las rodillas de Jesus y esclama :

« Acaba tu obra, ó tú el mas santo de los hombres : permíteme seguirte y consagrarte la vida que acabas de volverme. »

— « Tú debes quedarte con los tuyos; vuelve con frecuencia á esta ciudad de los muertos, y tus ojos, ya con vista, verán como se cumplen los secretos del Eterno. »

Así habló el Mesías.

Joel suplica á Juan que le presente á su Maestro ; el bondadoso discípulo conduce al mancebo á los pies del ungido, y allí el agradecido y puro corazón de Joel exhala esta oracion :

« Gran Profeta : has prohibido á mi padre que te siga, que es prohibírmelo á mí tambien : pero ¿ porqué permanecemos en medio de estos trofeos de la destruccion, cuya vista hiela la sangre en mis venas ? ¡ Ven á morar en la casa de Samma ! — Devolviendo á mi desdichada madre su marido le devuelves la felicidad. Ella reservará para tí la leche de la mejor de nuestras ovejas, la miel de la mas embalsamada de nuestras colmenas ; para tí cojerá los sazonados frutos de nuestros huertos ; y en tejer

tus vestidos empleará la lana de los corderillos mas tempranos que triscan en nuestras praderas. Yo, al caer la tarde, te conduciré bajo los árboles que plantó mi padre el día en que nací, y te diré á su sombra : Bendito seas tú, que me has devuelto á mi amado padre. »

Y tendiendo los brazos á la tumba de su hermano Benoni, añade entre sollozos :

« Adios, amado Benoni, graciosa eriatura, adios ! Tengo que dejarte bajo esa fria losa que te cubre ! Ya no me despertarán tus cariñosos brazos para anunciarme el primer albor del día ; ya no vendrás, al ponerse el sol, á sacar de nuestro cristalino arroyo el agua con que recobran las flores abrasadas por el estío, toda la frescura de la primavera. ¡ Oh Jesus, elegido por el Señor, ¿ será que mi hermano Benoni esté para siempre tendido y sin vida entre las cenizas de los muertos ? »

No contestó el Mesías mas que con una sonrisa de amor y de misericordia ; ordenó á Juan que enjugase las lágrimas del ingenuo adolescente ; y penetró mas adelante en la ciudad de los muertos.

Vencido por el hijo del Eterno ha atravesado Sattan el valle de Josafat envuelto en un torbellino de pestíferos vapores. En poco tiempo salvando el mar Muerto se levanta sobre el monte Carmelo¹

¹ Ese monte, famoso en los sagrados libros, está situado en Pales-

y dirige el vuelo á las celestes regiones. Desde allí su indignado mirar, contempla en concentrado pavor al universo cuya eterna armonía intenta turbar en vano. Al brillo de los astros se le hace patente su propia deformidad; y horrorizado de sí mismo se envuelve en una aurora boreal. Mas solo á los ángeles puros y sin mancha es dado ocultarse bajo aquel velo á los mortales; para el impío su resplandor es un suplicio que desvanece toda la magia del diabólico poder. Casi exánime, y bramando de ira va á caer á la mas escarpada de las orillas en donde las olas de lo infinito bañan el pié de las negras rocas que terminan la tierra; y en la vacilante llama que arroja sus siniestros resplandores á las tinieblas del vacío, reconoce Satan sus dominios. Aquel vacío no es, sin embargo el infierno, sino su camino: porque para el lugar de los tormentos, consecuencia terrible de su inmutable justicia, no ha encontrado sitio el Señor en el cielo, ni aun en la tierra. Lejos de su trono, lejos de cuanto existe empleó el Señor tres horribles noches en profundizar en el seno de las eternas tinieblas, las

tina y es parte de la sierra del Anti-Libano. Durante los primeros siglos de la era cristiana, vivieron en grutas abiertas en las rocas que le forman, millares de religiosos; y mas tarde se cubrió de conventos y capillas, de los en los solo quedan hoy algunas ruinas. Desde su cima descubre la vista á la una parte el mediterráneo y á la otra la fértil provincia de Galilea.

horribles mansiones del dolor; y acabando apartó sus ojos de ellas para siempre. Dos heróicos ángeles custodian su entrada; y al confiarles la trabajosa empresa Dios los bendijo y les dió el poder necesario para mantener al infierno en sus límites que Satan procura estender continuamente. Desde el pórtico adonde los ángeles se encuentran se eleva hasta el empireo un rayo de luz divina, que semejante á un rápido rio cuyo curso ni se tuerce ni se interrumpe los liga con todas las bellezas de la creación, les lleva su parte de las celestiales bienaventuranzas.

Siguiendo las sombrías orillas del ardiente sendero llega Satan al pórtico infernal, lo atraviesa enfurecido, y continuando invisible aun para los ojos de sus súbditos, fué á sentarse sobre su trono de bronce.

Zofiel, el heraldo infernal divisa los negros vapores que se elevan sobre las gradas del trono, y volviéndose á uno de los espíritus de tinieblas dice:

« ¿Será que nuestro supremo gefe haya vuelto á sus dominios? Temblemos entonces, porque este es el regreso misterioso y terrible tantos siglos hace anunciado por el destino. »

Súbito el vapor se disipa y aparece Satan en todo el brillo de su cólera: Zofiel, como esclavo agil y sumiso se lanza en el instante á una las montañas de

fuego encargadas de anunciar la llegada de su dueño y soberano, las cuales han olvidado por aquella vez su obligacion. En alas de la tempestad atraviesa el mensajero las entrañas volcánicas de los montes, y sale por las horribles bocas de sus crateres, que en el momento arrojan torrentes de llamas cuyos reflejos penetran hasta en los mas recónditos senos de las moradas del eterno suplicio.

Musa de Sion, préstame tu voz atronadora para describir ese abismo que castiga, y tú contemplas con tranquila serenidad porque ves al mismo tiempo el cielo que recompensa.

El incendio que anuncia una fiesta á los espíritus de las tinieblas dora las cúpulas del templo del Destino, edificado por Adramelec, gran sacerdote de aquella inflexible deidad.

Es Adramelec un espíritu mas cruel, mas pérfido que Satan, á quien desprecia, odia, y envidia el honor de habérsele adelantado á rebelarse contra el Eterno. Él fué quien primero concibió el designio de la rebelion, y si apoyó la de Satan no lo hizo para fundarle á ese un trono, sino para crearse á si mismo un poder independiente. Obligado á seguir á los ángeles caidos al abismo, á donde por la cólera celeste fueron desterrados, el último que allí entró fué tambien Adramelec, presentándose cubierto de una brillante armadura, y llevando delante de si

ciertas tablas de oro, sobre las cuales se veian inscripciones en caracteres de fuego.

« Príncipes inmortales, dijo entonces á los demonios consternados, ¿porqué temblais de esa manera? Triunfante debe ser nuestra entrada en estos sitios, pues que en ellos hallaremos la independencia y la grandeza por las cuales hemos combatido. — Mientras que los esclavos de Jehová os perseguian con los rayos que su dueño acababa de inventar, he penetrado yo en el santuario abandonado y desierto, y allí hallé las tablas del Destino que os ofrecen un porvenir glorioso; soy dueño de ellas, miradlas y escuchad lo que dice el Destino.

« Uno de los sublimes espíritus que Jehová guarda aun en la esclavitud, reconocerá un día que es un Dios. Arrojarásele del cielo con sus divinos amigos, y será con ellos desterrado á uno de los mas horribles desiertos del espacio, donde solo hallará horrores y desesperacion. Entre en él valerosamente y viva allí con paciencia. Su vencedor ha sufrido y sollozado tambien largo tiempo en el seno del caos, antes que me pluguiese convertir al caos en millares de millares de mundos. La misma suerte aguarda á los infiernos; un día los convertirá Satan en un universo mas vasto y brillante que el de su rival, porque yo mismo le sugeriré el plan de la nueva creacion. Tal es mi voluntad, la mia, la del Destino, que soy el prototipo de la perfec-

cion, que soy el único dueño de lo infinito, de los orbes que en él giran, y de los dioses que les he dado. »

Así habló el pérfido Adramelec, y no tuvo el infierno ni el consuelo de dar fé á sus engaños, porque Dios le había oído y confundió al blasfemo.

Un globo de fuego que á manera de sol en el abismo, se levanta todas las mañanas del océano de la muerte y todas las noches vuelve á hundirse en sus aguas, interrumpiendo súbitamente su curso, se agitó como un torbellino en el espacio, atrajo á sí al malvado y con él se precipitó en su helado lecho. Siete días y siete noches permanecieron en él, y al cabo de ellos volvió pacíficamente el sol del Averno á su acostumbrada carrera, y Adramelec salió del mar de la muerte.

Mas pervertido, mas osado que nunca, construyó un templo á la Mentira que llamó templo del Destino, proclamóse su gran sacerdote, y colocó en él las tablas de oro que había fabricado. Siempre que se reúnen los demonios, las descuelga y lleva delante de sí, obligando á aquellos á que las adoren.

Cargado con aquellas tablas, de las cuales los mismos príncipes del Infierno se burlan, llega Adramelec y toma asiento cerca de Satan.

Tambien Moloc ha dejado las montañas donde hacina incesantemente cantidad de peñascos para

arrojarlos contra el Eterno si intentase perseguir á los Angeles rebeldes en su tenebroso imperio. Cada vez que el globo de fuego se levanta del océano de la muerte, ven los moradores del Infierno á Moloc cargando las montañas de inmensas rocas que apenas colocadas se precipitan al abismo donde mil ecos repiten el estrépitoso fragor de su caída; y al ponerse el sol infernal le mira tambien empleado en su inutil tarea. — Altivo y amenazador llega el soberbio Moloc á ocupar su puesto en las gradas del trono.

Con paso inquieto atraviesa las playas infernales el silencioso y sombrío Belial, que procura en vano hacer brotar en las maldecidas riberas la verdura y las flores que embellecen la tierra. En aquel maldito suelo no hay cosechas, y en sus desojados bosques, corren servientes manantiales que en olas de vapor y llamas se estienden rugiendo hasta el trono de Satan. Y sin embargo Belial remueve y trastorna incesantemente el esteril suelo; y cuando compara su hedionda desnudez con los encantos que la primavera prodiga á la naturaleza animada, derrama lágrimas de rabia, une sus suspiros á la voz terrible de los huracanes que braman en torno suyo, maldice al Eterno que le ha precipitado en el abismo, y jura que ha de aumentar la esterilidad de este, á medida que en él vayan acumulándose los siglos. ®

Magog llega el último. Antes de herir sus ojos las llamas que anunciaban la venida de Satan, hubieron de abrirse paso al traves de las espesas y negras olas del océano de la muerte, que es donde tiene su morada. Agitadas por las blasfemias que ahulla contra el dios que le ha vencido, siempre hierven las olas malditas, ya le oculten en su seno ya le conduzcan á sus escarpadas orillas. Así que Magog pisa estas, arroja á su mar, regiones enteras, porque en su ciega rabia imagina que puede aniquilar los infiernos: pero los montes y los valles que destruye vuelven á renacer en el instante mismo.

Cohortes innumerables de espíritus de maldición siguen á sus príncipes cantando sus crímenes y atrocidades; y acompañan á sus cantos los roncocos sonidos de unas arpas de ébano con destempladas cuerdas, y los Ecos de la region de los tormentos¹, repitiendo aquella infernal música, resuenan como la tempestad cuando estalla el rayo.

Así cantan las escuadras aéreas, cuando á la solemne hora de la media noche, las conducen al través del nebuloso espacio sus caudillos los con-

¹ *Gehenne*, dice Klopstock, que es palabra hebrea cuyo significado, según el traductor francés, se declara por *region de las torturas*. Uso de esa frase, pareciéndome preferible á una palabra enteramente extraña al idioma castellano, y de duro é inharmónico sonido además.

quistadores, montados en carros de bronce, que impulsados por el Noto chocan unos con otros, y caen rotos sobre el suelo mismo regado con la sangre de sus innumerables víctimas.

Hirió el infernal concierto los oídos de Satan y causóle una salvaje alegría: levantóse de un salto y tendió la vista sobre sus vasallos todos. En las últimas filas distingue á los insensatos que procuran persuadirse que el Dios que castiga y recompensa, no es mas que un delirio de enferma imaginación; y que la vida es un sueño que nos conduce á la nada. Gog, espíritu audaz á quien precipitó su orgullo, capitanea aquella horda, que los demonios mismos abruman con amarguísimos sarcasmos; porque en medio de su perversidad jamas olvidan que el Eterno existe.

Volvióse á dejar caer sobre su trono el impío Satan, y sus pensamientos sombríos como las tormentosas nubes que al terminarse un día abrasado del verano, se amontonan sobre las altas cimas de los montes, le abrumaban la entorpecida imaginación: mas saliendo en breve de la delirante meditación se levanta y dice:

« Intrépidas cohortes, vosotras que conmigo habeis sostenido tres dias de terribles luchas en las inmensas llanuras del empireo, complázcome en creer que hoy sereis lo que entonces fuisteis. Sabed, pues, lo que he ido hacer sobre la tierra y

la resolucion que he tomado. ¡Sí, los infernos se hundirán antes que sufrais el yugo; y ÉL, el que en otro tiempo sacó del caos al universo, destruirá á sus propias criaturas, antes que yo le ceda mi poder sobre ellas! ¡Que envíe, si quiere millares, de Mesías, que venga en persona, si á tanto se atreve, para rescatar á los hijos de Adán; nos burlaremos de su poder, y seremos como hasta aquí invencibles divinidades! ¿Mas qué tenemos que temer? ¿Ese á quien llaman su hijo, no ha salido de las entrañas de una muger mortal que ha de ser presa de la muerte? Y sin embargo, ¡oh infamia eterna! ¡Ferozoso es que los príncipes del Averno lo sepan! ¡A la voz de ese impostor, muchos de entre vosotros han huido de los cuerpos que yo les habia encargado madurasen para nuestro reino! ¡Cobardes, miserables: postraos en el polvo! A ese Jesus á quien tanto habeis temido, yo le he visto! Mi valor sabrá vencerlo, si valor hay en castigar á un mortal visionario que sobre la tierra se diviniza.»

Así habló Satan, y las cicatrices que el rayo imprimió en su frente, se hincharon y enrojecieron; veíase en su fisonomía qué horribles dolores le atormentaban, y sin embargo la mentira y la blasfemia continuaron brotando de sus labios:

« Antiguas tradiciones, todos vosotros lo sabeis, lisonjean desde tiempo inmemorial al pueblo de Israel con sueños de gloria y de prosperidad; y

ciertamente entre todos los pueblos de la tierra el mas visionario es el Hebreo. Prométele esa antigua tradicion un Salvador que le libertará del yugo de sus enemigos y que de su país pequeño, sembrado de rocas y pobre, hará el mas poderoso imperio de la tierra. No se os habrá olvidado el dia en que supimos que algunos ángeles se habian reunido sobre el monte Tabor¹ clamando. « ¡Jesus! ¡Jesus! » y que á ese nombre los cedros y los palmeros inclinaron las erguidas copas. Dijéronnos tambien que al salir de aquella reunion, Gabriel, henchido de orgullo, habia ido á la morada de una Israelita á anunciarle que de ella naceria un rey, cuyo poder seria eterno, y á quien debia ponerle por nombre Jesus. Yo quise ser testigo del nacimiento de ese prodigio, imaginando que al salir de las entrañas de Maria, habia de crecer mas rápido que el pensamiento; que uno de sus pies cubriría la tierra y el otro el océano; que con la diestra empuñaría el sol, y en la siniestra mano llevaría el lucero de la mañana. Miralo, me dije á mí mismo, ya viene en alas de la tempestad; irresistible como el rayo va á herirte, ya á aniquilarte! ¡Huye, Satan, huye antes

¹ Ese monte, en que el Evangelio nos dice que tuvo lugar la transfiguracion del Señor, está situado en Galilea en los llanos de Ezedrelon, y en su cima coronada de Olivos y sicomoros hay una vasta llanura cubierta de trigo salvaje. — T. F.

que te reduzca á cenizas!... Pero lo que ví fué á una miserable criatura que, como todas las del linage humano dió la primera señal de vida llorando la desdicha de nacer. Ciertó es que un coro de Angeles cantó en torno de su cuna; pero los Angeles bajan con frecuencia á la tierra olvidando que el antiguo Eden se ha convertido en un vasto cementerio; y cuando el aspecto fúnebre de las tumbas se lo recuerda huyen al cielo, cubriéndose con largos velos de luto. Así, abandonaron la cuna de Jesus, y el niño desapareció de la Judea. No permitiéndome mi dignidad seguir las huellas de tan debil enemigo; por pasar el tiempo hice degollar algunos millares de criaturas que mamaban; y al aspecto de su sangre cuya corriente aumentaron las lágrimas de sus desesperadas madres los Infiernos se alborozaron. ¿Me oyes, Herodes? — Habla. — ¿No soy yo quien te sugirió la idea de la degollacion de los inocentes? ¿Quiso ó pudo Jehova salvar una sola de las purísimas víctimas? ¿No estás tu mismo entre nosotros dando testimonio de mi omnipotencia con tus gemidos? — Cuando murió ese Rey mi esclavo, regresó de Egipto el profugo niño. Los primeros años de la juventud los ha pasado en las faldas de su madre: la noble audacia, el ardor indomable que inclinan el ánimo á las grandes acciones le fueron enteramente desconocidos. No pudiendo creer tanta nulidad en aquel

que los cielos anunciaron con tal énfasis, pregunté á los bosques del Líbano, á las desiertas playas del mar Muerto, si no les habia confiado algun proyecto contra el infierno y sus príncipes; y la Judea entera me respondió que siempre le habia visto abstraído en la contemplacion de las flores y de las estrellas, ó rodeado de niños y cantando con ellos himnos de alabanza á Jehová. Consumiera el tedio á vuestro Rey, ó mis elegidos, si entre tanto no hallará camino de detener á algunas almas en su aspiracion al cielo, enviándolas aquí á que aumentaran vuestra corte. Un dia, sin embargo, un dia en que Jesus erraba solitario á orillas del Jordán, llegué á creer por un instante, que iba á hacerse digno de llamar mi atencion, porque una celeste aureola le rodeaba. Y no creais que fuese una ilusion, no: sus rayos luminosos yo los ví, yo con mis ojos inmortales, bajar de las etereas regiones, de que en otros tiempos fuimos moradores; y el leve rumor de su rozamiento repetia en mis oidos con el canto de los Serafines el sonido del arpa que los acompaña. Imposible me fué conocer si brillaba aquella aureola para glorificar al hijo de la tierra, ó si era una astucia de Jehová para intimidar á los Espíritus valerosos que han osado sacudir su yugo. Retumbó el trueno y en medio de sus bramidos oí una voz que decia:

« Este es mi hijo el amado, en quien yo mucho me he complacido: á él escuchad¹.

« Estas palabras pronunció sin duda Eloa ó algun otro de los esclavos de Jehová; porque *su voz*, la de ÉL, es mas imponente, mas terrible... Bien lo sabeis, pues la escuchasteis cuando nos precipitó en el abismo... Olvidábaseme deciros que el supuesto Salvador fué anunciado por un selvático profeta, que morador del desierto á donde su odio á los hombres le habia arrojado, les gritaba desde las altas rocas á través de las cuales le lanzaba el mas sombrío de los espíritus proféticos: *Ved aquí venir al cordero de Dios encargado de la remision de todos los pecados del mundo. ¡O tú que eres tan antiguo como la eternidad, yo te saludo. En tu seno que es la plenitud de la misericordia, recibimos todos y gracia por gracia. Moises nos ha hecho conocer la ley: mas por el ungido del Señor nos son enriados el amor y la verdad*². ¿Qué pensais de esta profecía? ¿No es así

¹ Evangelio según San Mateo, c. p. XVII, v. 5. Refiérese en el mismo lugar que Pedro, Juan y Santiago fueron con Jesús á un parage apartado donde el Salvador se le apareció repentinamente bajo una forma resplandeciente; que las palabras citadas salieron de una nube; que los discípulos aterrorizados se prostraron; y que Jesús recordando su acostumbrada forma los tranquilizó, y continuó su camino con ellos. A esta transfiguración alude el autor. — T. F.

² Estas palabras son una imitación de la profecía del Bautista que refiere el Evangelio de San Juan en su capítulo 6; pero Satan en vez

como hablan los locos cuando repiten las ilusiones que á intervalos producen engañosa claridad en las tinieblas de sus espíritus? ¿Se cree que somos incapaces los príncipes de los infiernos, de penetrar el misterio de los cielos? ¿Al Mesías que en otro tiempo combatió contra nosotros cubierto con una invulnerable armadura, piensan ocultárnosle bajo una forma que podemos aniquilar como á nuestro capricho convenga? — Y sin embargo el átomo que anima á esa forma deleznable cree ser algo: despierta á los enfermos dormidos y en seguida dice: *Ved lo he resucitado*. Aun ese no es mas que un preliminar de sus engaños, porque sostiene que él ha venido á rescatar al género humano de la servidumbre en que le tienen el pecado y la muerte! — Si ¡del pecado que nace con el hombre y crece con él y sin cesar se rebela contra el yugo ominoso al cual quiere en vano ligarle el deber; de la muerte, de la mas fiel de nuestras aliadas, que á una seña que le hagamos, destruye generaciones enteras! La audacia de ese hombre ha llegado hasta decir que os rescatará á nosotras todas,

de citarlas literalmente las altera y oscurece con el objeto de reanimar el valor de sus secuaces presentándoles al precursor del Mesías bajo un aspecto ridiculo. Ha debido notarse que el impío no se digna nombrar siquiera al hombre por Dios escogido para anunciar á su hijo; y que para designarlo se vale del injurioso epíteto de *Profeta salvaje* que se le aplica.

almas sombrías que os contais en el número de mis vasallos, á vosotras que yo he ido á buscar al través de la creacion para poblar mi imperio, como las olas del mar depositan en sus orillas los granos de arena que han arrancado á las mas remotas playas. — Y vosotros, antiguos esclavos de Jehová que tan caramente habeis comprado vuestra libertad ¿ireis á humillaros en el polvo ante el Hombre Dios? ¿Lo que la omnipotencia de los cielos no pudo recabar de nosotros, nos lo arrancaria *Él*, amasado como lo está con los viles elementos sujetos á la destruccion? Hijo de María: tú has de penetrar, dicen, en la noche del eterno abismo, tú has de extinguir las llamas de la condenacion, tú has de romper mi cetro... ¡Piensa en tí mismo, temerario! Antes de resucitar los muertos, sacude las cadenas del angel exterminador! Ya su cuchilla pende sobre tu cabeza, y va á herirte á tí que has osado disputarle la presa que yo arrojé en su camino! Sí, vas á caer sin vida sobre el polvo que se arremolina bajo la planta del mas terrible de mis servidores; y entonces á tus ojos ya sin vista yo les diré: mirad, los muertos se levantan; y á tus oídos que no oirán: Escuchad, los muertos entonan el canto de la resurreccion; y el huracan al llevarse tu alma le dirá: ¡Adelante! ¡Adelante! Las puertas de los abismos están ansiando abrirse ante tí, sus príncipes te han preparado una entra-

da triunfal. — Si Jehová no se lleva en este mismo instante al cielo, á la tierra y á sus habitantes, sucederá lo que acabo de deciros. Sí; morirá Jesus, y á la vista de las celestiales cohortes, esparciré sus cenizas por el camino del infierno. Así se venga Satan. »

Dijo el príncipe de las tinieblas; respondióle el Averno con ahullidos de alegría, que estremecieron las sepulcrales bóvedas de Jerusalem, y la tempestad que á ellas los llevara impelió tambien hasta las plantas del Mesías á una hoja seca. A ella se habia pegado un miserable insecto que iba á espirar; volvióle el Hombre Dios la vida con una mirada, y esa misma llenó de terror y espanto al alma de Satan. En aquel instante, trémulo y sin voz sobre su trono de bronce el Rey de las tinieblas, veía en cada uno de los príncipes infernales en torno suyo colocados, una enorme montaña que vacilando sobre su cabeza, iba á sepultarle bajo sus ruinas.

Abdiel-Abbadona, obedeciendo por necesidad á las órdenes de su soberano, se hallaba entonces como todos los demas habitantes de la region de las torturas, vecino al trono de la iniquidad. Sin cesar preocupado en sombríos pensamientos, busca siempre la soledad. Horrorízale el porvenir, solo halla remordimientos en lo pasado y la pena agudísima con que recuerda el tiempo feliz en que

le era lícito llamarse amigo y hermano del otro Abdiel, serafin que se conserva digno de su destino sublime, servia de complemento á sus angustias.

En el terrible día de la rebelion de los Angeles, Abdiel fué quien primero se colocó á la derecha del Eterno; á su sombra, Abbadona que de lejos le seguía, era invisible para los rebeldes, y ya iba á verse enteramente al abrigo de sus seducciones, cuando inesperadamente hirieron sus oídos el estrépito del carro de Satan, y los belicosos gritos de sus escuadras. La idea de un gran peligro inflamó su corazón heróico; la esperanza de llegar á verse Deidad independiente sedujo á su espíritu inflamable. En vano su celeste amigo le suplicó que le siguiese; sordo á la voz de la amistad, ardiendo en sed de gloria, ebrio de orgullo, se unió á las filas rebeldes, ¡ingrato! él, un serafin, que debía la vida á una sonrisa del Eterno, sonrisa que engendró dos Angeles en un mismo instante. Al lanzarse de su azulada cuna que las purpurinas alas de la mañana, mecian muellemente en el seno de lo infinito, miráronse los dos celestes gemelos en éstasis gozoso, enlazaron sus brazos; al mismo tiempo se postraron ante el trono del Eterno, los serafines, desde lo alto de sus argentadas nubes, los saludaron con el dulce nombre de hermanos; y el creador alzando el velo que le oculta ante los dos

recien nacidos, los bendijo, dándoles á entrambos el nombre de Abdiel.

El recuerdo de lo pasado no se aparta jamás del pensamiento de Abbadona, doblándole los tormentos de su condenacion; y el nuevo crimen que Satan acaba de proponer á sus vasallos, le estremece de horror. Resuelto á protestar contra él, sus labios se agitan, y por tres veces sale de su angustiado pecho, en vez de las palabras, un profundo y largo suspiro. Tal gime en el campo de batalla un guerrero mal herido, volviendo por última vez la moribunda vista á sus vencedores, en otro tiempo sus amigos y hermanos, á quienes, arrastrado por su culpable ambicion fué traidor el malaventurado. Sin embargo el Angel rebelde se alienta y halla fuerzas en sí mismo para explicar su pensamiento.

« Cuantos os hallais presentes me sereis eternamente contrarios: lo sé y no me importa: quiero hablar. ¡Yo te odio, Satan, mas que á mí mismo me aborrezco! ¡Reclame eternamente de tí el Creador, mi espíritu inmortal que tú apartaste de él; reclámeme todos los de los infelices que conmigo has perdido! ¡Lance la voz del trueno desde la inmensa altura de las regiones celestes, terrible anatema al fondo del abismo! Respándanle los bramidos del océano de la muerte: ¡Maldicion! ¡maldicion! ¡maldicion! ¡Húndante sus negras olas antes que

puedas realizar el mayor, el último de tus crímenes, la muerte del Mesías! Oíganme el cielo y el infierno: ¡Yo protesto contra ese horrible proyecto! Miserable Satan: ¿el rayo vengador no ha surcado aun bastante profundamente tu frente maldita? ¿Osarías creer que no es ya poderoso el Eterno á domarnos á nosotros espíritus maléficos que sin cesar arrastramos á la morada de la eterna muerte á los humanos que fueron creados para la inmortalidad? ¡Ah! no nos arrebatas así la esperanza de algun ligero alivio á nuestros males. ¡Oh Satan, cuya vista basta para hacerme insoportables los tormentos de mi condenacion: Yo te lo predigo, una sola mirada del Mesías te hundirá para siempre en el fondo de la region de las torturas cargado de nuevas maldiciones y cubierto de infamia.»

Cuando hubo dicho Abbadona, el monarca infernal ardiendo en ira alzó la mano para arrojarle una de las montañas de bronce que rodean su trono: mas, paralizado por la rabia misma, cayósele el brazo, y un sordo gemido se escapó de su pecho. Entonces Adramelec, orgulloso al ver la impotente cólera de Satan, que le permite tomar la palabra en lugar suyo.

«Cobarde, esclama, pueda mi voz llegar al través de la mas negra de nuestras nubes, hasta á tí, que desde el fondo del poivo en que yaces te atreves á insultar á Satan y á mí que soy su igual. Si es

verdad que sufres, vil esclavo, será porque el miedo te atormenta. Huye de las regiones indomables abandonadas á los príncipes y á los genios que te trataban como á hermano; ve á buscar un refugio en el vacío, y que Jehová te forme en él un reino consagrado á las necias lamentaciones del arrepentimiento. Allí se pasará tu vida inmortal de una manera digna de tu magnánimo corazón. ¡Ve pues, ve, te digo, á postrarte á los pies del Dios á quien en otro tiempo combatiste, porque entonces sentias que eras un Dios como él!... ¡Ven, Satan! ven y que el brillante triunfo que vamos á obtener sobre la tierra llene de terror á los pusilánimes espíritus que dudan de nuestro poder. Laberinto de la astucia, ábrete ante el Mesías; no hay hilo protector para aquel á quien mi mano lanza en tus revueltas sin salida. Aun cuando para salvar á Jesus, le hubiera Jehová prestado su presciencia, las llamas del abismo nos vengarian de él. ¡Tiembla, tierra maldita! Nosotros vamos á llevarte la muerte y el infierno.»

Ahullan de alegría los habitantes de la region de las torturas; el movimiento frenético de sus pies hace temblar el suelo, y el eco de aquellas cavernas repite el grito unánime que pide la muerte del Mesías. Estremeciése el cuadrante de la eternidad, y por la primera vez despues que Dios pobló el espacio infinito, su aguja se detuvo para seña-

lar el instante en que el espíritu de las tinieblas osó concebir tan negro crimen.

Satan y Adramelec bajan del trono, y bajo sus plantas crujen los escalones como los fundamentos de un mundo que se desquicia. Los bramidos de la muchedumbre maldita acompañan á los dos príncipes hasta las puertas del abismo.

Abbadona los ha seguido de lejos, esperando aun que renunciarán á su inicua empresa ó que un precipicio espantoso se los tragará á entrambos. Llegando al pórtico percibe á los dos Angeles que le guardan y ¡Oh desdichado Abdiel-Abbadona! cual es tu desesperacion al reconocer en uno de ellos al mismo Abdiel que fué tu amigo y hermano, la mitad de tí mismo... Baja los ojos, suspira, quiere retroceder y á su pesar se adelanta; una sola idea es la que distintamente concibe, la de buscar en lo infinito un asilo donde pueda llorar solo, y llorar siempre. Su corazon palpita con violencia; bañan su rostro lágrimas que solos los Angeles que padecen pueden derramar; y su pecho está henchido de sollozos mas amargos que el último suspiro de un moribundo.

Abdiel, apartando la vista del triste Abbadona, la vuelve hácia el cielo.

« Abdiel, hermano mio, suspira el Angel caido, te has apartado, pues, de mí para siempre. ¡Oh sí! mi castigo es eterno. Llorad, ¡ah! llorad por mí,

sublimes hijos de la luz: para siempre ha dejado de amarme aquel que fué la mitad de mi alma. Embalsamadas florestas que nos prestabais vuestra sombra durante nuestros dulces coloquios, no florezcais mas; cesad de correr celestiales arroyos que mezclabais vuestros murmullos á nuestros cantos de felicidad. Abdiel no existe para su desdichado hermano. Llorad conmigo, eterna noche; abismos tenebrosos, repita el eco de vuestras montañas, que Abdiel no existe para su desdichado hermano. »

La tierna queja que no ha osado decir al Serafin puro y sin mancha la exhala en el espacio inmenso que ante él se desarrolla. El rayo brillador y rápido le asusta; el suave resplandor de los astros que se mecen en sus lechos de azur y oro, le deslumbra; porque el dolor se había reducido en las mas oscuras soledades del infierno, y hacia muchos siglos que no contemplaba el espectáculo del universo que en aquel momento le llena de una admiracion mezclada de terror.

« Os vuelvo, pues, á ver una vez aun (esclama), orbes innumerables, bienaventurados hijos de nuestro comun Criador. ¿Por qué no me es dado lanzarme á vuestras esferas, para no volver nunca á los abismos del tormento? ¡O Sol, luminar eterno del empireo! y vosotras estrellas, maravillosos diamantes de la naturaleza, hablad: ¿no he sido yo mas brillante que lo erais vosotros cuando la

mano del Eterno os suspendió en el espacio? Y ahora, vedme negro y deforme.... Cielos, vuestro aspecto me llena de espanto. ¡Yo os habitaba cuando me rebelé contra Dios! Tranquilidad de la inocencia, mi cara compañera en los valles de paz y felicidad, ¿á donde estás ahora? Mi juez te ha reemplazado en mi alma con el terror y la desesperación; y apenas me permite contemplar las maravillas de la creación. Si pudiera al menos prosternarme ante mi ofendido dueño, ¿á quien ni mi pensamiento se atreve á dar ya el dulce nombre de padre!... Juez eterno y terrible ¿no puede el reprobo suplicarte que echés sobre él una mirada? ¿Está para siempre desterrada la esperanza de los abismos donde gimo? ¡Ah, si á lo menos pudiera yo dejar de ser! ¡Maldito sea aquel día brillante en que los serafines saludaron á sus recién nacidos hermanos! ¿para que lo sacaste de la nada á aquel solemne día, ó eternidad? ¡Y si era indispensable que *fuera* para completar los eslabones de tu cadena, porque no lo hiciste melancólico y sombrío como la noche eterna que pasa y vuelve á pasar vacía de criaturas, precedida por la tempestad y la muerte, seguida de la cólera y la maldición de Dios!... Mas, calla, blasfemo, calla... ¡Te rebelas por segunda vez contra el soberano de la creación! Desquiciaos soles y estrellas, hundidme bajo vuestros fragmentos, ocultadme á las miradas del juez

que me aterra. Y sin embargo me atrevo á interrogarte, ó inexorable, habla: ¿será cierto que en tu eternidad no le hayas dado un lugar á la esperanza? ¿Será cierto que hayas de ser sordo á los clamores del arrepentimiento, tú, padre de todos, tú, principio de amor y de misericordia? ¿Qué es lo que he dicho? He llamado á Jehová con nombres que un pecador no debe darle... Ya su rayo me amenaza... ¡Huyamos! ¿Pero á donde? ¿Cómo?... ¡Qué importa! Huyamos. »

Dijo, y penetrando su mirada en el abismo del vacío, suplicó al Dios vengador que encendiese un fuego que consume á los espíritus inmortales; pero suplicó en vano, ni una sola chispa iluminó las tinieblas. Apartándose entonces de ellas con horror, se arrojó en medio de las inmensas curvas en que se mueven los innumerables globos, y descendiendo sobre un sol, contempla á las estrellas que se acumulan, chocan unas con otras, y se agitan como las inflamadas olas de un mar de fuego.

Un orbe errante y sombrío camina en el espacio sin determinado rumbo; enciéndose, chispea, y estalla. Abbadona se arroja á sus ardientes fragmentos esperando hallar la muerte en ellos: pero la muerte le rechaza, y el desdichado va á caer en un profundo barranco del monte de los Olivos. Así una montaña formada en un campo de batalla con los emblanquecidos huesos de los guerreros

que en él se han destrozado, se hunde en las entrañas de la tierra que el volcan entreabre.

Tambien Satan y Adramelec se aproximan á la tierra: en aquel momento Adramelec es el primero que la divisa en la azulada lontananza, y su vista le arranca á los negros pensamientos que se hacían en su alma, como en otro tiempo oprimieron al globo terraqueo las olas del océano cuando separaron los tres antiguos mundos de las inmensas playas de la lejana América.

« Hela ahí, se dice á sí mismo Adramelec, hela ahí esa tierra sobre la cual reinaré, así que haya alejado á Satan y vencido al Mesías que le hiela de espanto. ¿Y porqué no he de reinar mas que sobre ese globo? ¿Porqué he de perdonar á esos millares de orbes que no hace sino demasiados años que gozan de una paz inalterable? No: camine la muerte, en fin, de estrella en estrella; y conviértase la naturaleza entera en la tumba de sus hijos. Solo y triunfante me sentaré sobre esa inmensa tumba; me dirán mis ojos su profundidad; brillará en mi rostro la indecible sonrisa de la venganza satisfecha; y mis manos esparcirán en la inmensidad del vacío las cenizas de los muertos y de los orbes. Si place á Jehová construir de nuevo esos orbes y poblarlos de nuevas criaturas, de nuevo volveré yo tambien á sembrar de mundo en mundo el pecado, la muerte, y la perdicion eter-

na.—Todo eso puedes, Adramelec; ¡y si consigieras en fin inventar una muerte para los inmortales, una muerte para Satan!... ¡Poderoso Espíritu que animas á Adramelec, te maldigo si no alcanzas medio para esterminar á Satan! sí; es preciso que Satan deje de existir, que vuelva á la nada aun cuando muera yo con él, que mas vale no ser, que dividir con otro el poder supremo. ¡Reunios, pensamientos míos, deliberad como los dioses cuando celebran consejo, y, hallad el medio para aniquilar á un espíritu! ¡Ha llegado en fin el tiempo de ejecutar lo que desde el principio de la eternidad medito! Si Satan no se engaña ha salido Dios de su letargo; acaba de enviar un mediador para arrancarnos el imperio que sobre los hombres hemos adquirido... No, no se engaña Satan: Jesus es el mayor profeta que ha habido desde Adan acá: es el Mesías. ¡Norabuena, venciéndole seré mas digno de reinar solo sobre todos los espíritus infernales! ¡A tí, Satan, te basta matar el cuerpo mortal del hombre Dios, antes de borrarle de la creacion, y te procuraré ese debil triunfo, y mientras que penosamente arrojes al viento las cenizas de su cuerpo, yo mataré su alma! »

Así atormentado por gigantescos deseos, su pensamiento se pierde en negros proyectos. Dios que lee en el porvenir, le oye y guarda silencio.

Sombrio y distraido, hase detenido Adramelec

sobre una nube que la noche sostiene, y desde ella escucha inmóvil y erizándole el pavor la cabellera, el crujir de la tierra que en su nocturno movimiento arroja delante de sí á las tinieblas. Aquel rumor le hace volver en sí; vuélvese hácia Satan y juntos los dos se lanzan, vuelan, se precipitan sobre el monte de los Olivos, en busca del Mesías y de sus discípulos. De la misma manera hacen rodar pérfidos enemigos sus carros armados de afiladas cuchillas, en el valle donde los nobles guerreros esperaban tranquilos la señal del combate.



CANTO TERCERO.

ARGUMENTO. — Permanece el Mesías entre los sepulcros: aumentanse en su alma los padecimientos de la redención, y baja Eloha de los cielos para contar sus lágrimas. — Los Patriarcas envían á uno de los serafines del sol á que vea á Jesus en el monte Olivete. — Allí encuentra el mensajero á los Angeles custodios de los Apóstoles, quienes le describen los caracteres de los elegidos del Señor. — Alucina Satan á Judas Iscariote con un ensueño que le confirma en sus criminales proyectos. — Despierta Jesus, que se había dormido, y habla con sus discípulos. — Judas se mantiene espantado de ellos y acaba por alejarse enteramente. — Siguele Satan y continua induciéndole al crimen.

¡Yo te saludo, tierra, donde he abierto los ojos á la luz, y que en fin vuelvo á contemplar! Bendito

sobre una nube que la noche sostiene, y desde ella escucha inmóvil y erizándole el pavor la cabellera, el crujir de la tierra que en su nocturno movimiento arroja delante de sí á las tinieblas. Aquel rumor le hace volver en sí; vuélvese hácia Satan y juntos los dos se lanzan, vuelan, se precipitan sobre el monte de los Olivos, en busca del Mesías y de sus discípulos. De la misma manera hacen rodar pérfidos enemigos sus carros armados de afiladas cuchillas, en el valle donde los nobles guerreros esperaban tranquilos la señal del combate.



CANTO TERCERO.

ARGUMENTO. — Permanece el Mesías entre los sepulcros: aumentanse en su alma los padecimientos de la redención, y baja Eloha de los cielos para contar sus lágrimas. — Los Patriarcas envían á uno de los serafines del sol á que vea á Jesus en el monte Olivete. — Allí encuentra el mensajero á los Angeles custodios de los Apóstoles, quienes le describen los caracteres de los elegidos del Señor. — Alucina Satan á Judas Iscariote con un ensueño que le confirma en sus criminales proyectos. — Despierta Jesus, que se había dormido, y habla con sus discípulos. — Judas se mantiene espantado de ellos y acaba por alejarse enteramente. — Siguele Satan y continua induciéndole al crimen.

¡Yo te saludo, tierra, donde he abierto los ojos á la luz, y que en fin vuelvo á contemplar! Bendito

seas, ó mi suelo natal, que con tierna solicitud has de cubrirme cuando llegue el instante de dormir en la tumba que me preparas en tu puro y florido seno. Mas esa tumba, así me atrevo al menos á esperarlo, no se abrirá para mí hasta que haya terminado el cántico de la nueva alianza. ¡Oh! entonces ya pueden enmudecer los labios del poeta que ha osado cantar al Mesías; y cerrarse los ojos del hijo de Adán, que tantas lágrimas de gozo derramaron contemplando las nubes que nos ocultan la gloria de los cielos: ya pueden entonces los fieles amigos del vate depositar sus helados despojos en la cuna de la eternidad. ¡O vosotros, todos los que un día habeis de darme esa última prueba de afecto, sugieraos el cielo la idea de rodear mi tumba de siempre verdes palmas, de laureles cuyas flores sean mas hermosas, mas puras que la primera sonrisa de la inocencia; porque la resurreccion me parecería mas bella, si al sacudir las cenizas de la muerte, me hallase á la sombra de un bosquecillo cuyo suave perfume me recordara los tiernos cuidados de la amistad!

Y tú, Musa de Sion, severa como la justicia y sin embargo bondadosa, ya me has guiado á los infiernos y has vuelto á conducirme á la luz; pero nada has hecho aun si no tranquilizas mi alma estremecida por las horribles imágenes que ante ella acaban de pasar. Penétrela una sola de tus celes-

tiales armonías, y recobrará la fuerza que ha menester para cantar el misterio de la redencion.

Aun permanece el Mesías solo con Juan bajo las lóbregas bóvedas, donde Jerusalem deposita sus muertos; y sentado sobre un cúmulo de blanquecinos huesos medita, á la sombra de las alas de la noche, en sí mismo, Dios inmortal como su padre, y en la especie humana destinada á la muerte. Viendo está los pecados de los pasados y futuros tiempos, cuya infernal cohorte capitanea Satan; y viendo tambien como el espíritu del mal arrastra á los hijos de Adán cada vez mas lejos de las miradas de Dios, y las atrae hácia sí, y se los traga como la sima en medio de los mares abierta, cuando arremolinándose las aguas oprimidas en estrechos límites por sus demasiado cercanas é incontrastables orillas, atraen hácia sí y se tragan á las ondas de otro golfo vecino, y al imprudente nauta que ignorante del peligro las sulcaba con funesto descuido.

Destrozada el alma por esa profética vision, elevó Jesus el humilde y deprecatorio pensamiento, hasta su eterno padre, quien en aquel momento supremo le contemplaba desde su elevado trono de supremo Juez. Severa magestad brilla en el mirar del Eterno, porque va á pronunciar contra el Mesías la mas severa de las sentencias: mas una son-

risa de bondad inefable, de divina tristeza, dulcifica aquella espantosa severidad : una sonrisa, una lágrima diáfana, una lágrima del Eterno, la segunda que los cielos han visto brillar en la mejilla de su criador ! Vertió la primera cuando el pecado de Adan perdió al linage humano.

Brama la tempestad, tiembla la tierra, rugen los vientos, estremécense las mares en sus inmensos límites, los astros se velan con densas nubes, la naturaleza toda se horripila contemplando el mudo dolor del Padre, la sublime resignacion del hijo ; y los orbes penetrados de respeto y terror se detienen en su inmensa carrera.

Sobre plateadas nubes descende á la tierra Eloha, el primero entre los serafines ; llega á los sepuleros, se detiene cerca del Mesías, cuenta sus lágrimas y vuelve á subir á los cielos.

Levántase Jesus del polvo donde se habia prosternado, toca los ojos de Juan, y por un momento la da el poder de contemplar á los inmortales. Al aspecto del serafin en medio de todo su celeste resplandor, el bienaventurado discípulo se estremece ; y abrumado su corazon con el peso mismo de las delicias que siente, parece que quiere salirse del pecho ; sus brazos enlazan las rodillas del Mesías y por la vez primera le llama Salvador del mundo, y Dios eterno.

Horas hacia ya que los demas discípulos de Je-

sus, inquietos con su ausencia, se habian reunido al pié del monte de los Olivos. Solo uno de ellos se ha hecho indigno de su vocacion ; los demas llenos de inocencia y de candor ignoran los tesoros de virtud que en sus corazones se encierran ; pero los conoce el Dios que los ha creado para la eterna gloria, y antes de enviarlos sobre la tierra les ha hecho preparar sillas de oro entre los cuarenta asientos preferentes que los patriarcas ocupan en el cielo. Amontonáronse un día sombrías nubes sobre una de las aureas sillas, luego se dilataron en luminosos rayos, y la voz de Eloha pronunció estas terribles palabras : « Uno perdió su asiento en el trono de los elegidos : otro mas digno que él vendrá á ocuparlo. »

Los Angeles custodios de los discípulos del Mesías han ido á reunirseles en el monte oliyete, donde invisibles para aquellos se preparaban á seguirlos, cuando un serafin, acabado de llegar del sol, se presenta en medio de ellos. Es uno de los cuatro genios que á las órdenes del sublime Uriel dirijen los movimientos de los astros : Selia es el nombre que los cielos le han dado.

« Celestiales amigos, dijo Selia á los ángeles custodios, ¿ no es esta la montaña donde padece el Mesías ? A él me envían las almas de los Patriarcas. ¡ Ay de mí ! ¿ Porqué ha ocultado tan pronto la tierra á la claridad del sol aquella de sus regiones

que el Salvador santifica? En vano continua Uriel despidiendo sus vivificantes rayos; caen esos sobre otro hemisferio para nosotros sin atractivos porque no es aquel en que el hombre Dios camina al ara del sacrificio. Mostradme, hermanos míos, el valle donde podré hallarle, y recogeré sus palabras, sus suspiros y sus lágrimas, para llevarlas al sol, desde donde no pueden verle nuestros santos patriarcas, porque la noche celosa le encubre á sus ojos. »

Y responde Orion, el custodio de Pedro :

« ¿No ves al que buscas allí al pié del Monte y á la entrada de los sepulcros? »

Viendo Selia al hijo del Eterno, cae en un éxtasis suavísimo : las nocturnas horas tienden sus negros mantos sobre el serafín ; ya dos de esas fugitivas mensajeras del tiempo se han perdido en la eternidad, y el enviado del sol continua inmóvil en su puesto.

Acércase lentamente á Jesús un sueño suave y dulce, el último de que ha de gozar sobre la tierra ; y la paz del justo enviada por el eterno espárcese en torno del Elegido, sus mas aromáticos perfumes, le circunda con indecibles murmullos. ¡ El Mesías se duerme !

Vuelve Selia á unirse con los Angeles y les dirige la palabra con fraternal sonrisa :

« Decidme, os ruego, quienes son aquellos que

se pasean con lentitud al pié del monte. En sus rostros se ven señales de un dolor suave aunque profundo, que vela sus fisonomías sin oscurecerlas enteramente : así padecen las almas generosas. ¿ Lloran, sin duda, la muerte de algun virtuoso amigo? »

« Regocíjate, responde Orion, estás viendo á los doce bienaventurados discípulos que el Redentor se ha dignado elegir para amigos suyos, y cuya custodia nos ha confiado. Nosotros le vemos y le oímos cuando con tierna condescendencia procura por medio de imágenes tomadas de las cosas terrenas, iniciarlos en las virtudes inmortales. ¡ Ah Selia, si pudieras contemplarle en toda la plenitud de su amistad divina, la felicidad dilatara tu corazón ! ¡ Cuan grato es escuchar á los santos discípulos cuando conversan con su muy amado maestro ! Mas de una vez, en tales ocasiones, he deplorado el no haber nacido hijo de Adán ; porque si mi alma pudiera habitar un cuerpo perecedero como el que de la tierra ha formado para sí el Mesías, podría también morir por él ; y al exhalar mi último suspiro, tú, oh Selia, me guiarías de nuevo al cielo al través del mas bello de tus soles. »

Selia permanece absorto contemplando á los Apóstoles.

« Helos ahí, esclama, á esos amigos de Jesús

cuya gloria envidian los Angeles; y digna es de envidia porque el hijo del Eterno los trata como á hermanos; y un dia se sentarán en sillas de oro al rededor de su trono; y con él juzgarán á los pueblos y á los Reyes de la tierra! Tiempos hace que he visto brillar sus nombres en las sagradas páginas del libro de la vida, sepa yo por vosotros quienes son los que llevan esos nombres. ¿ Quien es aquel del mirar de fuego que al parecer pregunta á cuanto le rodea por el amado maestro, cuya larga ausencia le llena de inquietud? »

« Ese discípulo, responde Orion, es el mayor entre los doce: Simon Pedro de quien soy custodio. A su lado estoy mientras con santo gozo escucha las lecciones del Mesías; y le observo tambien cuando lejos de este se abandona su corazon al presentimiento de los sublimes misterios que van á consumarse. Para apreciarle en lo que vale, seria preciso estar como yo en el fondo de su alma; y sin embargo, Jesus lo ha dicho, tres veces ha de negarle... ¡Revelacion funesta! O Pedro, mi amigo y hermano, cuando la oíste salir de la boca de tu maestro, juraste que jamás cometerias tal crimen; mas el Hijo del Eterno volvió á repetir las mismas palabras y dejó caer sobre tí una mirada de bondad inefable: el perdon brillaba ya en aquella sublime mirada. Desdichado Pedro, ¿ con que es inevitable tu pecado? Cual será el alma perfecta

que se atreva á responder de sí misma, pues que tú has de caer? Pero tambien ¿qué pecador deberá desconfiar de la misericordia de un Dios que de antemano perdona al discípulo que ha de negarle? »

Enternecido por el dolor de Orion, procura Selia consolarle:

« Si es preciso, dice, que caiga ese noble y generoso mortal, tambien volverá á levantarse mas bello, mas fuerte que nunca lo fué. Mas dime quien sea aquel que se le acerca con tierna solicitud.

« Su hermano Andrés, responde el custodio de este. Fué primero discípulo de Juan el precursor: con una sola palabra del Mesías se unió á él, y ahora está pronto á derramar por su maestro toda la sangre de sus venas. »

Designando á otro apostol que se acerca á los dos hermanos dice el angel Libaniel:

« Mira, Selia: aquel es Felipe. ¡Qué celestial serenidad embellece su semblante! Su corazon es todo amor, su pensamiento un himno nunca interrumpido á la gloria del Eterno. Bastarianle las dotes exteriores para conmover y persuadir; y sin embargo ha recibido ademas el don de la elocuencia. De su boca salen las dulcisimas palabras que encantan, consuelan, y convencen, como el rocío cae del cielo al romper el alba matutina, como las flo-

res exhalan de sus calices los mas suaves perfumes al comenzar la noche.

— « ¿Y aquel que solo y silencioso se pasea á la sombra de los cedros? »

— « Es Santiago, hijo del Zebedeo; respondió su angel de la guarda. La ambicion del justo solo aspira á los triunfos del cielo: comparecer grande y sin mancha á la faz de las generaciones el dia en que salgan los muertos de sus tumbas, tal es el único deseo de Santiago. Sigue los pasos del Mesías, mas como un santo que ya presente su alto destino, que como un simple mortal; y el cielo, sensible á los votos de su alma divina, no tardará en cumplírselos. Pronto conseguirá una victoria brillante á vista de todo el universo: porque Santiago será el primero de los doce que consiga la gloria del martirio.

« Amigo Selia, dijo el angel Megidon, echa una mirada bondadosa sobre aquel mancebo que ves allá abajo sentado sobre una piedra: es Simon el cananeo, antes de ahora humilde pastor del valle de Saron*. Habiendo Jesus entrado en su modesta choza, Simon se apresuró á matar el corderillo que mas amaba para preparar con él la colacion del divino profeta; y cuando este le dijo: *sígueme*,

* Valle de Palestina célebre en la Sagrada Escritura. — T. F.

abandonó su rebaño, y se entregó enteramente al maestro cuya divinidad siente en su corazon, aunque su espíritu no alcanza á comprenderla. »

Y tomó á su vez la palabra el angel Adoram:

« Aquel que se aproxima en este instante á los demas discípulos es Santiago, hijo de Alfeo, cuyo porte severo y grave aspecto, son indicios de una virtud austera y de un caracter silencioso. Pocas lecciones darán sus labios á los futuros siglos, pero en cambio les legará en su vida grandes ejemplos que imitar. Podrán olvidarles los hombres: mas el Eterno le prepara sus mas bellas coronas. »

Y el Angel custodio de Tomas dijo:

« Mirad al joven que protejo salir de entre las sombrías rocas, donde su espíritu con frecuencia se estravia por entregarse á meditaciones superiores á sus fuerzas. En cada idea descubre otra nueva idea; y ya se hubiera abismado en el caos de sus pensamientos si el Mesías no se dignara llamarle á sí. Todavía, sin embargo procura su meditador entendimiento, profundizar los misterios de lo incógnito.

« Voy á instruirte yo ahora del mérito singular de Mateo, dijo el divino protector de este á Selia. Criado en el seno de la opulencia, y amamantado con el amor al oro, una sola mirada del Mesías le arrancó á tan abyecta condicion. Así cuando la pa-

tria los llama se arrancan los heroes á los peligrosos encantos de la molicie : ¡ pero no es mortal la gloria á que Mateo aspira ! Cada victoria de ese discípulo en la arena donde la virtud combate contra el pecado, será inscrita en los cielos. »

Mostró á Selia el angel Siona un anciano venerable en actitud meditabunda ; y dijo :

« Aquel es Bartolomé. La calma y la tranquilidad que se leen en su rostro, estan en perfecta armonía con su encanecida cabeza, henchida de sublimes pensamientos y de celestiales virtudes. Su vida, y su muerte mas que su vida, llamarán la atencion de numerosos pueblos : porque en medio de su espantosa agonía se sonreirá con sus hermanos y con sus verdugos. ¡ Oh ! entonces, celestiales amigos, nos apresuraremos nosotros á enjugar su rostro ensangrentado para que los hombres puedan ver la sonrisa del martir, y aquella sonrisa la haga conocer que Dios murió por ellos. »

— « Aquel mancebo de la pálida frente y silenciosos labios es Tadeo, dijo el Angel custodio del discípulo de ese nombre : ni el alma de los Angeles es mas bella, mas amante que la suya. Cuando me ordenó el Eterno que la sacase del lugar que todas habitan antes de bajar á la tierra me trasladé al espeso y misterioso bosque que ya conocéis, donde encontré á la futura alma de Tadeo envuelta en una pacífica nube. Mas de una vez habia ya

escuchado nuestros lamentos y visto correr nuestras lágrimas por las humanas flaquezas, y esa tierna impresion de celeste melancolía fué desde su primer instante de existencia la facultad que en ella dominó. Confiésela con un suspiro á la brisa de la mañana que la condujo al lecho de dolor en que una madre gemia moribunda, y nació Tadeo. En vano aparté de su cuna todos los males que pasan sobre la infancia : lloró mas de lo que habitualmente lloran los mortales. Para él la adolescencia y la juventud tuvieron en vez de la irreflexiva alegría que las caracteriza, sinsabores y penas incesantes. Insensible á sus propios males, los agenos destrozaban su corazon ; y hoy, siendo ya discípulo del Mesías, su excesiva sensibilidad, se ha aumentado por el amor sin limites que profesa á su divino maestro. Te lo confieso, Selia, tiemblo por él : los terribles tormentos, la muerte cruel que va á padecer el Salvador, harán pedazos el corazon de Tadeo. Mirale : hácia nosotros dirige sus vacilantes pasos ; camina en busca de Jesus ; profundos suspiros agitan su seno ; y sus ojos, henchidos de lágrimas, no podrían vernos, aun cuando nos fuera lícito mostrarnos á los mortales. »

En esto llega Tadeo á donde estaban los Angeles que se dispersan ante aquel discípulo cuya boca lanza sentidos ayes ; de la misma manera que en una serena noche del mes de mayo se divide el aire

embalsamado á impulsos de los melancólicos acentos del ruiñeñor.

Creyéndose solo alza Tadeo las manos hácia el cielo, y exhala su dolor en estas balbucientes palabras.

« ¿A donde estás, Jesus mi maestro, mi amigo, mi hermano, á donde estás? ¿Habrás caído en poder de tus enemigos?... Sí; los hombres perversos á quienes tu virtud asusta te han inmolado á su furor. ¿Ya no existes, y no he podido yo endulzar tu agonía con los consuelos de la amistad; y mis ojos no han podido despues de ver tu última sonrisa de amor y de misericordia, cerrarse para siempre con los tuyos! ¿No hay término para los latidos de este corazón atormentado por crueles angustias? ¿Será que mi alma, creada para el sufrimiento como la negra nube para la tempestad, no pueda dormir el sueño de la muerte? »

Dijo y anodado por el sufrimiento desmayóse al pié de un olivo. Inmediatamente los Angeles, arrancando una rama del árbol símbolo de la paz, la agitaron sobre la cabeza del discípulo: reanimóse el helado rostro de Tadeo, una ligera tinta purpurina tiñó sus mejillas, volvió á la vida; sueño reparador restauró el abatido cuerpo, y contemplando su alma en vision profética al Mesías resplandeciente en su gloria celestial, recobró la felicidad con la esperanza. Contemplábale Selia con

fraternal ternura, cuando la vista de un discípulo que aun conoce le llama la atención:

« ¿Quién es, pregunta, aquel hombre que se pasea en la falda de la colina? La varonil belleza de su semblante es imponente; su cabeza descuellera sobre las de todos los demas discípulos, como la sombría copa del pino sobre las de los embalsamados abedules; graciosamente cae sobre los robustos hombros su abundante y rizosa cabellera; y todo en él anuncia la fuerza y la energía. Sin embargo, ¿me atreveré á decirlo, hermanos míos? algo hay de orgullo en la nobleza misma de su aspecto. Con su arrogancia va unida la espresion de una inquietud feroz; signo mas bien de la lucha interna de los afectos con la conciencia alarmada, que del temor de perder á un maestro amado á quien en realidad no parece que busca... ¿No me respondeis, hermanos míos? ¿Os habré ofendido dudando de la virtud de ese discípulo? En verdad que á mí mismo me pesa ya de mis injustas sospechas, y qué le pediré el perdón de ellas ante todos vosotros, cuando le vea cerca del trono del Eterno, y rodeado de la aureola de los mártires. »

Y el Angel Ituriel responde suspirando:

« ¡Ay de mí! Guardar silencio es lo que mas con-
 vendria á mi dolor: mas pues tú lo quieres, sea, te
 hablaré de él: Judas Iscariote es el nombre de ese

mancebo orgulloso; mis ojos se apartarian indignados del culpable si no hubiera ese amado la virtud en otro tiempo, si el Mesías no le hubiera elegido para discípulo suyo. Ahora comprendo, enfin, porqué mandó el Eterno al primero entre los serafines que tendiese una espesa nube sobre uno de los asientos de oro destinados á los doce apóstoles del Mesías, que aun no habian nacido. Comprendo porque Gabriel se veló el rostro cuando pasé delante de él al bajar á la tierra con el alma de Iscariote, cuya mortal corteza iba á nacer de una madre abandonada en el momento de sus acerbos dolores. ¡Desdichado Judas! Maste valiera no haber nacido, pues que habias de infamar el sublime nombre de Discípulo de Cristo. »

Callándose Ituriel, vuelve á decir Selia :

« Acaba, hermano mio, tus revelaciones me estremecen y sin embargo me abraso por saberlo todo.

« El amor del oro y de las distinciones le ha perdido, replicó Ituriel, de esa pasion han nacido en él la envidia y todos los vicios corruptores que van en pos de ella. Aborrece á los demas discípulos y sobre todos á Juan, porque imagina que es preferido del Mesías. ¿Mas qué digo, si aborrece al Mesías mismo! Hase persuadido de que el hijo del hombre va á fundar un imperio terrenal, y teme que dé á otros y á él no las riquezas, las dignida-

des y el poder, únicos móviles de su culpable ambicion. Yo procuro apartarle de los criminales proyectos que forma su fascinado espíritu : pero Satan le persigue á todas partes, le inspira, le guía, y se burla de mis esfuerzos para disputar la posesion de ese desdichado. ¡Ah! si cupiera en los decretos del Eterno el retener cautivo á Satan en el fondo de los abismos, volveria Iscariote á ser digno de la misericordia del Mesías, del Mesías que aun le ama, apesar de que ya sabe de qué crimen va á hacerse culpable. ¡Apartémonos, no puedo sufrir mas tiempo al aspecto del traidor! »

Llenos de tristeza se aproximan los serafines á los sepulcros; y de lejos los sigue Salem, que es uno de los inmortales habitantes del cielo, encargado de velar sobre Juan : porque Jesus ha querido que su discípulo predilecto tenga dos Angeles custodios. Rafaél, noble serafin del trono, vela habitualmente sobre Juan, mas cuando algunas veces tiene que apartarse de él le reemplaza el joven y dulce Salem.

Enternecido por el dolor de Ituriel, arrójase en sus brazos el adolescente de los cielos. Respira su rostro el candor de la inocencia, y de sus labios semejantes á las puertas de la primavera que la primera sonrisa de la naturaleza entreabre, salen estas palabras.

« Enjuga tus lágrimas, noble serafin : mira al

amable Juan adormecido á par de su maestro, y no pensarás mas en Iscariote. Juan es puro como los habitantes del cielo : Jesus le ama y es amado de él, como se aman Eloha y Gabriel, como se amaban Abdiel y Abbadona antes de la rebelion del último contra el Eterno. Cuando á Rafael y á mí nos fué confiada el alma de Juan, sabiamos que de ella emanaria la virtud como de los primeros rosados albores que anuncian la vuelta del sol emana la luz. Tambien lo sabian todas las almas infantiles del cielo, y voy á repetirte el himno solemne con que celebraron su nacimiento.

« ¡Salud, alma inmortal! ¡Salud, hija divina del aliento de Jehová! De la plenitud de tu ser emanarán pensamientos suaves y bienhechores como el rocío que una nube matinal deja caer sobre la tierra; de tu corazon irradiarán sensaciones tan inefables como las lágrimas de gozo que derraman los Angeles al ver á un mortal virtuoso. Hija divina del aliento de Jehová : ve, desciende sobre la tierra para habitar en ella un cuerpo tan perfecto cuanto es posible que la materia lo sea. Convertirás un dia en polvo tu graciosa terrestre morada : pero tu Salem te encontrará entre los muertos, y adornándote de nueva belleza, te conducirá á los brazos del Mesías. »

Cuando Salem cesó de cantar, entrambos serafines contemplaron al discípulo predilecto de Je-

sus, como dos tiernos hermanos contemplan á su joven hermana dormida sobre un lecho de flores recién abiertas, y bellas y suaves como la doncella misma. Ignora la virgen que en aquel mismo instante su padre gime lívido y moribundo en un lecho de dolor; y sus hermanos que vinieran á decirselo, viéndola dormida en la calma de su inocencia, callan y ahogan dentro del pecho los suspiros.

Estenuados por el cansancio y el dolor los demas discípulos se entregan al descanso en diversos puntos del monte : unos bajo la sombra de las estensas y poco elevadas ramas del olivo; otros en angostos valles sembrados de verdes cerros; los mas prefieren acogerse á los majestuosos cedros cuyas copas, levemente agitadas por la brisa, riegan sus largas cabelleras de diafanas perlas. Juan solo descansa al lado de su maestro en las bóvedas sepulcrales, que sobre las cenizas de los muertos filtran heladas lágrimas.

Duerme Iscariote cerca de Tadeo de quien es pariente y amigo; su sueño es agitado y penoso. Satan, que durante la conversacion de los Serafines permaneció oculto en una caverna inmediata, se lanza á las nubes, se detiene sobre Judas, y lo envuelve en su sombra. A impulsos de aquella infernal influencia, palpita presuroso el corazon del discípulo, se aveza al crimen, se inflama en el terri-

ble fuego de las pasiones que el odio engendra.

Así á la solemne hora de la noche que señala el límite donde acaba un dia y comienza otro dia, despliega con lentitud la peste sobre una ciudad aletargada sus alas sombrías, inmensas, terribles. La muerte se ha sentado sobre las estremidades de esas alas que se apoyan en los muros de la ciudad, y derrama en torno suyo sus emponzoñados vapores... ; Y la ciudad siempre aletargada! Vela y medita el sabio á la pálida luz de su nocturna lámpara. En torno de los vasos de generoso vino, cuyo moderado uso alegra el corazon, algunos nobles amigos, razonan sobre la dulzura del afecto que los une á unos con otros. ¡Llega en fin el dia y con él, el espanto, el luto, la desesperacion! Pueblan los aires los gemidos de la bella desposada, que acompaña el entierro del que habia de conducirla al altar; piden en vano los abandonados huérfanos al cuerpo que fué su padre, las caricias, un abrigo, pan para satisfacer su hambre. Espirando en medio de los inanimados restos de sus hijos, maldice la madre el dia que los vió nacer, y el dia en que nació ella misma. Pálido, deshecho, con los ojos hundidos en las socavadas órbitas, el sepulturero atraviesa penosamente por entre los montes de cadáveres á que sus brazos no pueden dar sepultura. Muere este el último, y entonces desde lo alto de amenazadoras nubes baja á la inmensa

tumba el angel exterminador, y en ella se detiene pensativo, silencioso, solo y satisfecho.

Previendo la horrible tentacion que Satan dispone contra Judas, Ituriel se acerca á este y alza los ojos al Eterno en súplica de que le perdone el último esfuerzo que intenta para salvar al infeliz confiado á su custodia. Tres veces hirió el ala del Angel al cedro á cuya sombra duerme Iscariote; otras tantas se agitaron las ojas del arbol sonando como el bramido del huracan que atraviesa un espeso bosque; otras tantas tambien el tronco robusto conmovido hasta en sus raices tembló estremeciéndose, y crujió como el rayo al desprenderse de la nube. Tres veces pasó el Inmortal al lado del discípulo; y bajo su poderosa planta tembló el suelo: pero Judas no se despertó. Por instantes se hace mas horrible la palidez que le cubre, su fisonomía se descompone, un frio sudor baña su frente.

Apártase Ituriel, y lanza un largo y profundo gemido, que es el himno de duelo y muerte cantado por los cielos al alma inmortal próxima á ser presa de Satan.

Entre tanto Judas, engañado por un infernal ensueño, cree ver á su padre y oír que ese le dirige estas pérfidas palabras:

« Duermes, hijo mio, duermes pacíficamente co-

mo si nada tuvieras que temer del por venir. Es pues forzoso que lo conozcas, y yo voy á revelártelo. Ven, sígueme, yo seré tu apoyo... Ya estamos en la cima del monte... Miralo desarrollarse á tu vista, el vasto imperio que el Mesías va á fundar para sí y para sus favoritos. ¿No ves á tus plantas una cadena de montañas cubiertas de bosques, cuya fresca sombra cobija á aquel ameno valle? ¿Te admira la fertilidad del suelo? Pues mas te asombrarías si pudieras ver las masas de oro que en sus entrañas encierran esos verdes montes, inagotable fuente de riquezas, que el Mesías destina para ser patrimonio de Juan su predilecto. Aquellas colinas alfombradas de púrpuras vides y aquellos campos cubiertos de espigas que al soplo mas leve del viento ondean como las olas del océano: son la herencia de Simon-Pedro. Deten la vista en esa vasta estension de terreno; cuan numerosas son las gentes que bullen en sus magníficas ciudades, dignas hermanas de la regia Jerusalem! Bañan sus muros los cien brazos de otro nuevo Jordan, y sus mansas corrientes les llevan sin esfuerzo ni peligro los inmensos tesoros que el universo les paga como su tributario. ¡Pues ahí es donde el Mesías elegirá los reinos que destina á sus demas discípulos! Contempla ahora aquella lejana region, salvaje, inculta, desierta; donde las noches son largas, helados los vientos; pedregosa el esteril suelo, en

cuyos eternamente nevados precipicios se dejan ver apenas algunas rarísimas señales de impotente vegetacion; donde las nocturnas aves gimen sin cesar en las ennegrecidas hendiduras que en las desnudas rocas abrió el rayo. ¡Pues esa es, Judas, la porcion que te destina! ¿Tiemblas de cólera y de rabia? — ¡Pues bien osa ser tú mismo el artífice de tu riqueza y poderío! Los príncipes de Israel aborrecen al nuevo Rey que ya se obstina por demas en permanecer pobre y despreciado: proyectan darle muerte; finge tú cooperar á sus designios; entrégales al Mesías, y no temas que le inmolén. ¿No ha dicho él mismo que es el hijo del Eterno? — Oblígale á que se muestre en su omnipotencia, á que aniquile á sus enemigos, y á que por fin establezca el floreciente imperio de que sin cesar os habla. Tú entonces como discípulo del temido maestro, entrarás en posesion de la parte que destina; por miserable que ella sea, como ya irás á ocuparla, rico con el oro de los príncipes de Israel, podrás hacerla brillante, y mas tarde ó mas temprano tu reino sobrepujará en fuerza y esplendor al de tus rivales. No desoigas mi paternal consejo: no me reduzcas á regresar á la mansion de los muertos con el corazon trapasado de pena, no me condenes á llorar eternamente la vergüenza, el oprobio de mi hijo. »

La vision desaparece; y Satan recobra orgulloso

su terrible figura; y Judas se levanta precipitadamente, exclamando:

« ¡Es mi padre el que acabo de ver! Mi padre largo tiempo há sepultado! Era su voz, su rostro; sí, él es á quien he visto y oído. ¡Con que es cierto que Jesús me aborrece y hasta los muertos lo saben! Haré pues lo que los muertos me aconsejan ya que ellos solos se interesan en mí... ¡pero vender á Jesús, á mi maestro, sin mas razon que un sueño!... ¿Era en efecto mi padre ese fantasma que acaba de aconsejarme un crimen?... Ya hace tiempo que á mi pesar me agitan pensamientos de odio y de envidia... ¿Será que el príncipe de las tinieblas, zeloso de las glorias que el Mesías les prepara á sus discípulos, intente seducirme? — Apartaos de mí, cobardes dudas: tímidas hijas del miedo, no sucumbiré á vuestros débiles esfuerzos. La sed de gloria y de venganza devoran mi alma enérgica: un sueño ha venido á prometerle la gloria, á prescribirle la venganza, y tales sueños son sagrados. »

Dijo; y en el rostro de Satan brilló un gozo salvaje, fijándose su triunfante mirar sobre el discípulo, á quien ya está seguro de arrastrar al crimen. Así, cuando el rayo hunde en un abismo cubierto por las aguas á la roca que suspendida sobre el océano amenazaba sepultarla á cada instante bajo su poderosa mole, se estremece de alegría la isla flotante que bajo ella pasaba y repasaba sin

cesar, y sus mas erguidos árboles se inclinan para saludar al rayo vengador.

Ansioso de completar su obra, se aparta Satan del monte de los Olivos, vuela á Jerusalem y entra en el palacio de Caifás, cuyo corazon no está aun, á su parecer bastante corrompido. Para hacer enteramente suyo al Pontífice va á amedrentarle y reducirle con uno de aquellos ensueños que la perfidia engendra en el fondo de los infiernos.

Judas permanece inmóvil y pensativo al pié del monte. Luce el nuevo día, Jesús despertándose sale de las bóvedas sepulcrales, y seguido de Juan va con él al parage en que aun duermen los demas discípulos. Allí estrechándole suavemente la diestra dijo el Mesías á Tadeo:

« ¡Tierno y piadoso amigo: yo soy, mírame, vivo estoy!

Enlazó el discípulo llorando de alegría las rodillas de su maestro y fué en seguida á despertar á los demas que presurosos corrieron al Mesías. Este los recibió con melancólica sonrisa y les dirigió la palabra en dulce y magestuosa voz.

« Venid, los de mi santa compañía, venid á celebrar conmigo este día; cuyo término será el mas triste de los besos de adios. Venid: las puertas de Saron¹ estan aun abiertas para nosotros, aun

¹ Antigua ciudad de la tierra de Canaan situada en el valle de su mismo nombre. Al hablar la Biblia en los libros de los reyes y en

derrama el cielo sobre estas bellas regiones la dulce bendición del matinal rocío, el cedro estiende sobre la tierra su fresca sombra, y aun veo en los humanos rostros la huella de la Divinidad. Mas pronto dejará todo de ser así; en breve se oscurecerá el cielo, antes de mucho conmovidos los abismos en sus cimientos se fragarán estos fértiles llanos; pronto no hallaré en los hombres mas que miradas de odio y palabras de maldición. No llores así, Pedro; y tú mi caro Tadeo, tú que tanto me has llorado esta noche, enjuga tus lágrimas. ¿No estoy, yo contigo? ¿Afligese la virgen á par de su desposado? Todos nosotros volveréis á verme, y entonces será vuestra alegría como la de los buenos hijos cuando despues de una larga ausencia se reunen á su amada madre. »

Dijo y en su rostro brillaba una severidad celestial; aunque en su pecho las angustias y padecimientos de la redención iban siendo cada vez mas agudas.

Camina Jesus hácia Jerusalem y síguenle todos sus

Paraáipomenon, del reparto de las tierras entre las diversas tribus de Israel, citan diversas veces á la ciudad de Saron. Isaías al profetizar la desolacion y destierro de los Judíos, dice que el Señor dará el pais que aquellos habitaban á sus elegidos, que en Saron estarán, las cabañas del ganado Ganai; y en el valle de Hacor las del menudo (Isaías, cap. 63.) Jesus alude á ese pasaje del profeta, pues que las calamidades que arrojaron al pueblo de Israel de la tierra de sus padres no habían acaecido aun cuando el profeta le hace hablar. — T. F.

discípulos, á escepcion de Judas que se ha mantenido separado de él aunque sin perder una sola de sus palabras.

« ¡Cómo! esclama Judas, ¡ Ya sabe que el dia de hoy será para él un dia funesto! ¡ Pues que adivina el porvenir, podrá salvarse de sus enemigos y acabar su obra!... ¿ Pero sabe tambien lo que yo intento? — ¡ Ah! si el sueño me hubiera engañado... Si Jesus solo hablase de su próxima muerte para aumentar mis tormentos! Porque él me aborrece, sí... ¡ Maldito sea el lugar en que me he dormido; asesine en él un hijo á su padre; apague tambien en él la antorcha de su vida con sus propias manos una victima del infierno! ¡ Maldito sea el dia en que Jesus me recibió en el número de sus discípulos! ¡ Unico dia dichoso de mi horrible existencia: jamas te nombre ningun mortal; olvídete el mismo Eterno!... ¡ El Eterno! Al pronunciar ese temido nombre, ¿ porqué el terror se apodera hasta de la médula de mis huesos?... Judas, Judas, ¿ quien eres? ¡ Acuérdate de tu noble orgullo, y tu regia ambicion te hará superior á la amistad nunca imparcial de Jesus, á las redes mismas del Demonio! »

De esta manera exhala Judas su rabia y su terror. — Desde que Satan le envió para perderle su terrible vision, hase aproximado de la eternidad en dos horas tremendas, irreparables. ®



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE



CANTO CUARTO.

ARGUMENTO. — Despertándose Caifás dominado por la memoria del sueño que Satan le ha enviado, convoca el sanedrín, para procurar que condene á Jesús. — Filón, sacerdote fariseo, se declara abiertamente contra el Mesías, y se opone á Gamaliel y á Nicodemo que intentan su defensa. — Presentase Judas á Caifás, le ofrece entregar á su maestro, recibe en recompensa cierta suma y parte á dar cima á su traición. — Ya cerca de Jerusalem manda el Mesías á Simon Pedro y á Juan que se adelanten y hagan preparar el cordero pascual. María, Lázaro y María su hermana, Sémida el huérfano de Naim, y Cédilia hija de Jairo, vienen en busca de Jesús. — Dominada María por cierto secreto temor sale al encuentro de su hijo: mas viéndola Jesús varía de camino por no encontrarla. — Detiéndose el Salvador junto á un sepulcro mandado hacer por José de Arimatias, y medita sus próximas muerte y resurrección. — Llegada la noche entra en Jerusalem con sus discípulos. Judas se les reúne. — Va el Mesías á la casa donde se le ha preparado el cordero pascual. — Siéntase á la mesa y celebra la cena con sus discípulos. — Prósiérnase Juan ante el caliz é imitándole Judas, manda á este el Mesías que se levante y le manifiesta que sabe su traición. — Sale Judas de allí para ir á buscar á Caifás. —

Después de su salida revela el Señor á sus discípulos una parte del misterio de la redención; predice que San Pedro ha de negarle tres veces antes de terminarse aquella noche; y después se encamina al Monte Olivete: — Pasado el torrente del Cedron se detiene en el valle Getsemani y manda á Gabriel que en un bosquecillo de palmeros, que le muestra, reúna á los Angeles bajados del cielo para ser testigos de la Pasión.

Despiértase Caifás: mas el satánico sueño que ha turbado su reposo, aun fascina su razon. Agitándose en el blando lecho, ya se levanta ya vuelve á caer bajo el peso de las sensaciones que le abruma, á la manera en que sobre el campo de batalla se revuelca el impío cuando es vencido. Las voces de los vencedores prosiguiendo en su triunfo, los relinchos de los caballos espantados al aspecto de los muertos que cubren el suelo; y el rumor de las armas, y el bramido del trueno auxiliar del genio de las batallas rugen sobre la malherida cabeza que se apoya en un monton de cadaveres, siéntese el guerrero morir; mas cuando ya imagina pisar los confines de la nada reanímase en él un resto de vida y le prueba que aun existe; un temblor convulsivo atormenta sus lividos miembros; maldice su turbado pensamiento al alma inmortal que así mortifica al cuerpo antes de abandonarle; maldice hasta al Dios cuya existencia no se atreve ya á negar.

Levantándose Caifás mandó convocar el sanedrín¹, é inmediatamente los sacerdotes y los Ancianos de Judea se reúnen en un vasto salón cuyos ricos entablamentos exhalan los suaves perfumes del cedro del Líbano².

Josef de Arimatias, el mas virtuoso entre los pocos descendientes de Adán que se conservan dignos de su abuelo, y que es el gefe de los Ancianos de Jerusalem, entra en el salon silencioso y tranquilo como un rayo de la luz de la Luna, cuando después de un abrasado día, esparce su melancólico resplandor aquel astro en las tinieblas de la noche. Nicodemo, su noble amigo, le acompaña.

Tomando el asiento preeminante que le corresponde, con gesto arrogante y brillándole los ojos de ira toma el Pontífice la palabra y dice:

¹ Esa palabra se deriva de otra griega que significa *asamblea*. La fundacion de ese consistorio ó concilio judío data de los tiempos de Moisés, quien eligió á setenta entre los ancianos de Israel para que le ayndasen en la administración y gobierno del pueblo: los miembros del Sanedrín se llamaron desde entonces y siempre Ancianos, sin haber tenido nunca otro nombre. — T. F.

² La resina de los cedros del Líbano es olorosa; y los mas pequeños de ellos producen un fruto parecido á la piña del pino, del cual emana en algunas épocas del año cierto bálsamo espeso y trasparente. Aun después de labrado exhala el cedro un olor agradable; y sabido es que no se empleó otra madera que la de esos árboles en la construcción del templo y del palacio que Salomon edificó en Jerusalem. — T. F.

« ¡Sacerdotes y ancianos de Jerusalem: estermínemos á Jesus Nazareno ó el actual concilio será el postrero que en este mundo nos sea lícito celebrar. Sí; el sacerdocio que el Eterno mismo confirió sobre el monte Sinai¹, al mayor de los Profetas; el sacerdocio, que Babilonia la de las formidables torres, se esperó en vano destruir con una prolongada cautividad; el sacerdocio que el valor heroico de la ciudad de las siete colinas², no ha podido minar; ese sacerdocio va á ser destruido para eterna deshonra nuestra, y con ofensa de Dios, por un miserable y visionario mortal de la raza de Israel! ¿Y no es ya dueño de Jerusalem? ¿No son las ciudades de Judea sus humildes esclavas? ¿En su ciega estupidez no abandona el pueblo el templo de sus padres para ir á presenciar los supuestos milagros de Jesus? ¿Y cómo no ha de seducir el impostor á ese pueblo tan necio como crédulo? Despertando á los enfermos dormidos supone que resucita á los muertos; ¡y nosotros le dejamos hacer y esperamos á que organizándose el asesinato y la rebelion, vengan á degollarnos á vista de ese mentido profeta, que tal vez entonces se dignará

¹ Monte de la Arabia-Petrea, célebre en la Sagrada Escritura y sobre el cual habló el Señor con Moisés y le dió las tablas de la ley. — T. F.

² Roma. Aquí se alude á la situación política de la Palestina, provincia entonces del Imperio romano.

resucitarnos! Me escuchais con muda sorpresa. — ¿No veis peligro alguno, no conocéis siquiera al enemigo pronto á lanzarse sobre nosotros? ¡Y sin embargo ya le ha proclamado rey la Judea; ya el pueblo ha sembrado de palmas el suelo que sus plantas hollaban; ya al pasar él ha cantado *Hossana!* ¡Miserable hijo de Belen! ¡Ah! ¿porqué en vez de esos triunfales clamores no has escuchado la voz del anatema llevada en alas del trueno? ¿Porqué no has bajado ya á los infiernos, donde bajando los reyes de sus tronos de bronce, depondrán á tus pies sus coronas con sardónica risa que tu loca arrogancia merece? Sacerdotes y Ancianos de Jerusalem: os habeis hecho indignos de vuestra noble vocacion. Perdonadme esas palabras que el santo furor me arranca: pero, es preciso que lo sepais, no ya solamente la prudencia y los intereses del sacerdocio, sino que Jehová mismo os manda que hagais morir á Jesus nazareno. — Un tiempo fué, bien lo sabeis, en que Dios se dignaba revelarse á los patriarcas por medio de ensueños: escuchadme y decidireis si Caifás ha recibido ó no favor semejante.

« Tendido en el lecho meditaba yo tristemente sobre las nuevas ideas que amenazan ruina á la antigua ley, y en medio de tan dolorosos pensamientos un sueño me trasladó en espíritu al templo, donde me pareció que iba con un piadoso sacrifi-

cio á procurar que se aplacase la cólera del Dios de Abrahan. Corría ya la sangre por el altar, mi mano iba ya á levantar una punta del velo que oculta el santuario á la vista de los profanos, cuando... ¡Gran Dios! ¡Qué es lo que veo en el fondo de aquel misterioso recinto? ¡O terror! ¡O vision profética! ¡A tu solo recuerdo tiemblo como la hoja seca al soplo del huracan! ¡Yo le he visto, sí, le he visto adelantarse hácia mí cubierto con sus pontificales vestiduras al hermano del divino Moises, al sumo sacerdote Aaron! ¡Su frente era amenazadora: al influjo de sus miras de fuego clavado en mí, sentíame morir! Y sobre el arca de la alianza agitaban sus alas los serafines con rumor siniestro; y mi túnica de blanco lino, y todos mis sagrados ornamentos reducidos á cenizas, me envolvían en una blanquecina nube. En seguida la atronadora voz de Aaron me hizo oír estas terribles palabras: ¡huye ignominia del sacerdocio; huye miserable que has profanado el templo del Señor permitiendo que un mortal indigno nos insulte impunemente á mi hermano Moises, á Abrahan y á mí! ¡Huye, te digo, antes que el cielo te consuma!

«Esparcidos y cubiertos los cabellos de ignominiosas cenizas⁴, sellada la frente con el anatema

⁴ Cubrirse los cabellos con ceniza era entre los Hebreos señal de luto y de vergüenza.

de Aaron, y despojado de mis santas vestiduras, fui á buscar refugio en el pueblo, y el pueblo quiso apedrearme! — Despertéme cubierto de un frio sudor y despues de haber comentado esa vision durante tres mortales horas, os he convocado para deciros que el cielo reclama la muerte de Jesus. Deliberad cual haya de ser su suplicio: yo espero los consejos de vuestra sabiduría.»

En aquel momento como si un poder sobrehumano le paralizara la lengua, enmudeció Caifás. Inmovil, y fija la vista, solo con extraordinarios esfuerzos consiguió añadir estas cortadas frases:

«¿No os parece mas justo sacrificar á un solo hombre, que consentir que él nos pierda á todos? — Mas la prudencia nos prohíbe inmolarle durante la pascua, porque el pueblo reunido en Jerusalem para solemnizarla, pudiera rebelarse en favor suyo y sustraerle á nuestra justa venganza.»

Ni una palabra ni un gesto responden al discurso del Pontífice: sacerdotes y ancianos parecen cuerpos inanimados que un rayo hirió. Josef de Arimatea, recobrando el primero la severidad y la voz hace ademán de levantarse para defender á Jesus: pero Filon¹, el mas sabio y el mas orgulloso

¹ Dos Filones figuran en los anales del primer siglo del Cristianismo. Uno de ellos es el célebre escritor llamado el Platon de los Judíos, porque hizo especial estudio del estilo y de las doctrinas de ese

de los Fariseos se adelanta para tomar la palabra, y Josef se retira modestamente, ante un orador cuyo talento teme y respeta el mismo Caifás. Nadie sabe aun lo que Filon piensa del Mesias; porque tan cauto como soberbio jamás dice su opinion hasta que se trata de hacerla triunfar.

Brillan con siniestro resplandor los ojos del Fariseo profundamente hundidos en sus órbitas; y en alas de la cólera salen las palabras de su oprimido pecho, breves y ásperas.

¿Caifás osado, y te atreves á hablarnos de una vision que en sueños dices, te ha enviado el Eterno...! ¿Has tú olvidado de que el Señor no prodiga así sus revelaciones á las almas que se encenagan en la voluptuosidad terrena, á los entendimientos cuyas pérfidas combinaciones favorecen secretamente las impías doctrinas de los saduceos? El sueño que acabas de contarnos es una invencion digna del Levita bastantemente cobarde para haberse vendido á los Romanos; digna del pontífice que ha llevado la impudencia hasta comprarles el sacerdocio á los vencedores con el dinero arrancado

filósofo; y el otro aunque menos conocido nos ha dejado algunas obras que gozan de buen crédito, curiosamente comentadas por Fournmont y otros eruditos. Como el fogoso Fariseo de que aquí se trata no puede confundirse con ninguno de ellos, claro está que el tal personaje es una creacion de Klopstock y solo el nombre tiene de histórico.

al pueblo de Israel. Y aun cuando Dios hubiera descendido hasta honrarte con una vision, acuérdate, Caifás, de que con frecuencia les ha enviado á los falsos profetas, espíritus falaces y engañadores. ¿No tienes ya presente que el angel de la muerte bajó de su trono para ir á inspirar á los sacerdotes de Baal las mentidas profecias que fueron causa de la ruina de Achab¹, pérfido esposo de la impia Jezabel? Recuerda al maldecido monarca pálido y moribundo sobre su carro de bronce, deteniéndose voluntariamente en el campo mismo donde el inocente Nabot habia perecido bajo una nube de piedras: ¡pues para atraer Achab á aquel campo le habia hecho el Eterno ofrecer brillantes triunfos! ¿Tiemblas al oír el nombre del Eterno? ¿Conoces entonces que el mas terrible de los ángeles pesa en este momento ante el Eterno tu sangre pronta á abandonar para siempre las venas, donde ahora el miedo solo la detiene inmovil y helada? No por eso imagines que tengo á Jesus nazareno por inocente: no ciertamente. A su lado eres tú un male-

¹ Achab uno de los reyes de Israel mas impios, y que reinó 318 años antes de J. C. mandó matar á pedradas á Nabot porque no habia querido venderle una viña, donde el monarca queria hacer un jardin. Ese crimen, á que su muger Jezabel le habia escitado, colmó la medida de sus iniquidades: envióle Dios falsos profetas que le movieron á hacer la guerra y en ella murió en el campo mismo donde Nabot recibió injusta muerte.

chor vulgar: tú profanas el santuario y él quiere destruirlo. Largo tiempo antes de su aparición en esta tierra los crímenes con que había de horrorizarla han hecho inclinarse hácia el abismo de perdición la temida balanza en la cual mas de un criminal ilustre, mas de un valiente opresor de los pueblos ha sido hallado muy ligero. Muera Jesús; quiero verle espirar, quiero ver con mis ojos paralizarse á sus miembros para siempre. Y de la cima del cerro en que espire tomaré un puñado de tierra enrojecida con su sangre y la depondré al pie del Arca santa, como prueba del mayor triunfo que el linage de Adán ha obtenido sobre el Genio del mal. Cesa pues, cesa sobre todo, pontífice indigno, de hablarnos de la versatilidad del pueblo. El que no quiera perecer á impulsos del rayo vengador debe adelantarsele. ¿Temió al pueblo el Profeta de Tesbia' cuando delante de él hizo degollar á los sacerdotes de Baal, el aletargado Dios que se olvidó de dar una prueba de su poder inflamando la ho-

* Elias: llámale así Klopstock porque era natural de Tesbia, villa del pais de Galaad en la tierra de Canaan. Desafió el profeta á los sacerdotes de Baal á que hiciesen encender por sus ídolos el fuego del sacrificio, y á pesar de los clamores é invocaciones de los ministros de la mentida deidad permaneció la leña colocada sobre su altar tal como en él se puso: mientras que á la voz de Elias se inflamó la que había en el ara del Señor. El pueblo reconociendo en aquel milagro la omnipotencia del Eterno degolló en el acto á todos los sacerdotes de Baal. — Véase el libro I de los Reyes en su cap. 18.

guera del sacrificio? No, no: nada temió porque se sentia fuerte con el apoyo del Eterno que puso el rayo en sus manos. Por mí, aunque no dispongo del temido rayo, iré tranquila y orgullosamente á presentarme ante el pueblo de Israel cuando se derrame la sangre de Jesús; ¡y ay del que se atreva á decir que no se vierte en gloria de Abrahán! A todos os lo digo: bastaria una sola de mis miradas para obligar á la multitud á que apedrease al Nazareno. ¡Perezca pues ese traidor! ¡Perezca ante Israelitas y Romanos! Seamos dignos de nosotros mismos y no abandonemos nuestros asientos de Jueces, hasta que llegue el momento de dar gracias al Señor, por haberle conservado puro y sin mancha su sagrado templo.»

Y levantando sus brazos hácia la bóveda del salón añadió en voz inspirada:

«Sombra de Moises, ora dormites bajo tu azulado manto en el valle de beatitud donde te has reunido con Abrahán y todos los verdaderos profetas; ora invisible te hayas dignado asistir á este concilio, escúchame: por el nombre de la eterna alianza que de lo alto de las inflamadas nubes nos trajiste, juro no descansar hasta que mis ojos hayan visto inmolar al enemigo de tu ley; hasta que sobre mi cabeza por los años encanecida, se hayan elevado estas manos tintas en su aborrecida sangre.»

Filon horrorizado de sus propias blasfemias, dejó de hablar pálido y trémulo; y sin embargo procurando persuadirse de que la vista de Dios no puede penetrar en la tumba donde el crimen sepulta á sus víctimas.

Cuando en medio de la trabada lid cae el caudillo que la dirigia de su carro de bronce herido por enemiga lanza, no sintiendo ya la presión de la mano que los guiaba, sus caballos relinchan y se enarmonan, enciéndenseles los ojos, de sus hinchadas narices emana espeso vapor, y la tierra tiembla bajo la presión violenta y desigual de sus cascos que esparcen al viento los fragmentos del carro destrozado.

Así iban los saduceos á vengar la afrenta hecha por el osado Filon al gran sacerdote, cuando Gamaliel, respetado de todos por su prudencia y dulzura, se levantó reclamando silencio con imponente gesto:

« Sacerdotes y vosotros Padres de Israel, escuchadme. Cálmesese la tempestad de las virulentas pasiones ante la razón y la justicia. Escuchadme porque de razón y de justicia son las palabras que vais á oírme. Mientras os dividan esas denominaciones de fariseos y saduceos⁴, ¿cómo habeis de

⁴ Eran esas dos sectas las más poderosas de las que entonces dividían á los Judíos. Apoyábase el saduceísmo en las doctrinas de Anti-

triunfar del enemigo que á entrambos partidos amenaza? — ¿Pero es Jesús Nazareno realmente enemigo de Israel? ¿No pudiera ser que el Eterno hubiera sembrado entre nosotros la discordia para impedirnos así que decidais de la suerte de aquel á quien *él* solo se ha reservado el derecho de juzgar? Dejad pasar la justicia de Jehová, débiles hijos de la tierra; no le obligueis á que descargue el rayo, esa arma poderosa que estremece á los cielos y á vosotros os reduciría á cenizas. Esperad en silencio la sentencia del supremo juez cuya voz se hace oír al mismo tiempo en todos los puntos del universo. Si esa voz dice á la centella: aniquila al culpable; si dice á la tempestad: esparce de oriente á occidente, de norte á mediodía el polvo de sus

gónos. filósofo griego, cuya máxima fundamental consistía en practicar la virtud por ella misma y sin esperanza alguna de recompensa; su discípulo el doctor judío Sadoc, profesó ese dogma públicamente unos 200 años antes de J. C. y fundó la secta de los Saduceos. Tan mística doctrina no estaba al alcance de un pueblo tan corrompido como lo era entonces el hebreo; por lo mismo interpretándola mal infirió de ella que no había penas ni recompensas después de la muerte; que por tanto era el alma mortal; y en consecuencia lo justo se reducía á pasar la vida lo más agradablemente que posible fuese.

Siglo y medio antes de J. C. empezaron á figurar los Fariseos cuya doctrina consistía en aparentar una grande y austera severidad de costumbres, unida á la más exagerada devoción. No limitándose á la ley escrita, le añadían, como tradición oral, cuanto á sus fines convenía. Adquirieron, merced á su hipocresía, grande influencia en el pueblo, y entre ellos halló Jesucristo sus más encarnizados enemigos. — T. F.

huesos desechos por tu soplo ; si dice á la cuchilla : sirve á un brazo vengador y derrama la sangre del criminal ; si dice á la tierra : ábrete y súmelo en tus profundos abismos : entonces , ¡ ay ! Jesus Nazareno es indudablemente vuestro enemigo y el enemigo de Dios. Pero si con bienhechoras maravillas prosigue derramando en torno suyo dulces alegrías y celestiales consuelos , si por él recobra el ciego la vista ; si por él vuelve el sordo á escuchar la cariñosa voz de su desposada , los tiernos acentos de su madre , y las bendiciones de los ministros del altar ; si por él andan los muertos entre nosotros animados de nueva vida , y mostrándonos con los ojos la tumba que acaban de dejar y el Juez cerca del cual han estado ya ; si continua , sobre todo , dándonos ejemplo como hasta aquí de todas las virtudes : entonces ¡ nobles jueces de Israel , en nombre del Dios vivo os conjuro para que no le condeneis ! »

Así habló Gamaliel y reinó en la asamblea un melancólico silencio.

Lanzaba ya el sol de mediodía sus ardientes rayos sobre las calles de Jerusalem que á su impulso estan desiertas cuando Judas las atravesaba dirigiéndose al Sanedrin , precedido por Satan y por el triste Ituriel , quienes invisibles para los mortales entran y toman asiento entre los miembros del consejo , Sacerdotes y Ancianos que tiemblan como

el asesino cuando el trueno brama sobre su cabeza ; porque las palabras de Gamaliel han aterrado hasta á las almas de Caifás y de Filon.

Levantóse Nicodemo arrojando á esos dos una mirada de desprecio , y adelantóse al medio del Salon. Bajo el peso del dolor que le agovia se inclina ligeramente su elevada estatura , mas su porte es noble. Graves pensamientos han surcado su frente : pero en su fisonomía se retratan la dulzura de un corazon amante y la calma de una conciencia tranquila. Sus ojos , espejos fieles de su alma , derraman lágrimas de dolor que no procura ocultar , imaginando aun que va á dirigirse á hombres y hermanos suyos.

« Bendito seas , Gamaliel , mil veces bendito (dijo) por las palabras que acabas de pronunciar : ellas me han conmovido hasta la médula de los huesos. Colocado ha el Señor en tu boca una cortadora cuchilla : tú nos has recordado su omnipotencia y nuestra nada. ¡ Protéjate el Eterno que te ha dotado de tan sublime valor ; sea su Mesías el tuyo y el de tu linage ! ¡ Pero á tí Caifás , y á tí Filon , qué puedo deciros ! Solo alcanzo á llorar por vosotros. ¡ Puedan enternecer vuestros endurecidos corazones estas lágrimas que me arranca el temor de veros derramar la sangre del mayor de los profetas ! Esa sangre , creedme , pediria al cielo venganza , y el cielo irritado os juzgará sin mise-

ricordia : ¿ qué has hecho, preguntaria á la Judea, que has hecho del Mesías? Y al silencio de la consternada Judea replicaria : ¡ Muerte y maldición sobre los asesinos del Mesías! »

Por un momento la cólera y el orgullo ofendido encadenan á Filon, mas reanimándose súbitamente, se lanza al centro de la asamblea, donde permanece inmóvil y amenazador como sombría nube que destacándose de nebuloso cielo se detiene sobre la mas elevada roca y llevada en alas de la tempestad gira, se enciende, estalla, desdeñando al magestuoso cedro y esparciendo la muerte y el incendio en las regias ciudades que orgullosas y esplendentes se levantan sobre la falda de los montes.

Sonrióse Satan viendo la ira de Filon y alentóle así en el pensamiento :

« ¡ Sea tu palabra, mi digno ministro, poderosa cual los torrentes del infierno; incendie como su océano de fuego; aniquile como el aliento que exhala mi pecho! ¡ Aseméjese tu voz á la mía, cuando desde los mas altos montes me inclinaba al abismo y le hablaba de Jehová, de mi cólera y de mi odio! Entonces los rios atentos aprendieron mi lenguaje, y las vecinas cavernas lo repitieron bramando de gozo. Inspira tú así á todos los pueblos enemigos de Jehová; y el mismo Adramelec envidiará la victoria. Haz que se pronuncie la sentencia

de muerte de Jesús; y cuando corra su sangre yo henchiré tu corazón de todas las alegrías del infierno; y cuando bajes á mi reino te daré lugar preferente al de los heróicos conquistadores que hicieron degollar á generaciones enteras!

Solo para Ituriel es inteligible el pensamiento de Satan; mas penetrado Satan de su diabólico espíritu, esclama :

« Santos altares, en que arde el incienso y corre la sangre del cordero pascual; arco de la alianza; templo sagrado á donde adoramos al Eterno; y tú, Maria¹, reina de las montañas bienaventuradas donde *aquel* se complacia en hacer oír su voz á los hijos de la tierra, trono terrible del supremo Juez: aniquileos el Nazareno. Ya le aplauden los Sacerdotes y los Ancianos de Jerusalem: pronto le auxiliarán eficazmente, yo solo permaneceré, entre tantos culpados, inocente y puro. Cuando vuestros hijos, inquietas las miradas, y trémulas las rodillas tiendan al cielo sus brazos buscando el santuario del Dios de sus padres, y no lo encuentren; cuando el Nazareno se haya elevado al trono; cuando sus esclavos le ofrezcan sacrificios á la faz del mundo; cuando las manos de los impios hayan rasgado el sacro velo que nuestros pontífices levantan

¹ Es la pequeña montaña, conocida tambien con el nombre de Sion, sobre la cual se hallan el templo y una parte de la ciudad. — T. F.

tan temblando; ¡oh! entonces podré yo decir: desgracias ináuditas, sacrilegios horribles, anatemas del infierno, pasad, pasad sin herir la cabeza del único hombre que nunca se ha encenagado en vuestro ponzoñoso fango. ¿Mas qué digo? Si tantos crímenes han de consumarse en efecto, haz, Dios de Israel, que para siempre se cierren mis ojos. Si; destroe mi alma la desesperacion, que mi lengua se hiele, si no has de escuchar la súplica que voy á hacerte: ¡Dios de Moises! si desde el polvo de este mundo ha llegado alguna vez hasta tu azulado trono la voz deprecatoria de un mortal; si á la voz de Elias devoró el fuego celeste en el monte Carmelo á los asesinos que para inmolarle envió un Rey sacrílego¹; si á la voz de Moises hundió la tierra en sus misteriosos abismos á Datan, Coré y Abiram²; si todo eso es así, debes escucharme, Señor, porque maldigo á los impíos que te desconocen y que defienden á tu enemigo, al enemigo de tu ley. Nicodemo:

¹ Queriendo el rey Ochosias obligar á Elias á que bajase del monte Carmelo, envió por tres veces consecutivas á un capitán con cincuenta soldados á que le prendiese; pero las tres veces tambien hirió el fuego celeste á los enemigos de Elias, lib. II de los Reyes, cap. 4. — T. F.

² Nombres de los caudillos que se rebelaron contra Moisés y contra su Dios; y á quienes efectivamente se tragó la tierra. — Lib. I de los números, cap. 16. — T. F.

morirás de la misma muerte que el visionario Jesus; como los suyos serán arrojados tus restos entre los insepultos huesos de los criminales que mueren apedreados lejos del templo. No endulzará tu agonía la oracion, porque el corazon que se ha abierto para el Nazareno, para siempre se ha cerrado al Eterno, y los ojos que por el Nazareno han llorado, no encontrarán lágrimas cuando quisieran derramar las del arrepentimiento, aquellas que aplican la severidad del Juez supremo. ¡Y tú tambien quieres proteger á Jesus, ó Gamaliel! Pues bien, que tus ojos se cierren á la luz y tus oídos á la voz humana; que sea tu último suspiro un ahullido de rabia; y en seguida duerme y espera á que te despierte tu Mesias, que el vil populacho recordando que en tu postrimer delirio dijiste: *él me despertará*, hollará con sus pies tus mortales despojos á medio consumir por los gusanos, y se burlará de tí y de tu profeta! — ¡Levanta el poderoso brazo tú cuya gloria defiende aquí yo solo! Hierre, Jehová, lanza las maldiciones que en tu nombre acabo de pronunciar; aniquila á Nicodemo y á ese otro mas culpable aun que él, por haber sido el primero que en este recinto ha hecho oír la voz de la blasfemia! Pero tu cólera terrible, que cuando se anuncia hace temblar bajo sus fulminantes alas á las montañas de la tierra, á los abismos del infierno, y á las bóvedas celestiales, esa réservala para el

mayor de los criminales, resérvala para el Nazareno. — He sido joven y hermoso, ahora estoy viejo y marchito; y siempre te he adorado como nuestros padres te adoraban: pero si permites que triunfe Jesús; si toleras que á la nada se reduzca tu santuario, que nada sea el juramento que de tí recibió Abrahán para él y para sus descendientes, entonces me aparto de tí, te reniego á la faz de toda la Judea. Entonces viviré sin tí, y al descansar mi encanecida cabeza en la helada piedra del sepulcro para dormir el último sueño, no me preocuparán visiones del porvenir! Si no aniquilas al osado que te insulta y que seduce á tus servidores, no es cierto que aparecieses á Moisés... Engañóle alguna vana ilusión cuando creyó verte en la ardiente zarza, y sobre el monte Sinai; y nosotros somos y nuestros padres fueron un pueblo miserable y juguete de un craso error! ¡Baldon y desdicha sobre este pueblo si Jesús no muere; porque entonces ni hay ley, ni hay Dios!»

Dijo y volvió triunfante á ocupar su asiento.

Sumido en profunda meditacion comprende Nicodemo que la pureza de su alma le hace muy superior á las injustas persecuciones que le esperan; y su corazón amante le inspira la fuerza necesaria para soportar tranquilamente la furia de sus enemigos. Recuérdale el cielo que en aquel instante le inspira la santa noche que algun tiempo antes pasó en

compañía del Salvador¹; noche durante la cual le inició el Hijo del Hombre en los secretos de la eternidad, menos aun con las palabras, que con la espresion de sus miradas en que á un tiempo se retrataban la sublime inocencia del primer habitante del Eden y la dulce magestad de un Dios. Sostenido con tan dulce recuerdo, su pensamiento le colocó en medio de todas las generaciones pasadas y futuras, reunidas en un solo punto por la terrible trompeta que ha de anunciar el fin de los tiempos y la resurreccion de las víctimas. Así alentado por el testimonio de su conciencia toma de nuevo la palabra, y todos le escuchan con aquel religioso respeto que la virtud inspira siempre aun á los mas feroces criminales.

«Glorifícome, divino Mesías, ante todas cosas, de haberte visto á tí á quien buscarán en vano en los solitarios bosques de Mambre², los ojos de Abrahán; á tí á quien las plegarias de David, Rey

¹ Alusion al diálogo de Jesucristo con Nicodemo, una de las personas mas importantes de Jerusalem; diálogo que se prolongó durante toda una noche, y á consecuencia del cual, abrazó públicamente Nicodemo la doctrina de Jesús. — Evangelio segun san Juan; cap. III. — T. F.

² Alusion á la alianza del Eterno con Abrahán que se verificó en la llanura de Mambre llamada hoy de Hebron, donde el patriarca habia establecido sus tiendas. (Véase el Génesis, cap. 17.) En esa misma llanura de la tierra de Canaan se halla la ciudad de Hebron, una de las reales y de asilo ó refugio, instituidas por Josué. — T. F.

nacido para la oracion, suplicaron en vano que desprendiéndote de los brazos de tu padre bajases á los hijos de Adan; á tí por quien clamaron los profetas con lágrimas por los Angeles recogidas y por el Eterno contadas! El Señor te ha enviado en fin á nosotros! Dejando los cielos has bajado á la tierra para salvar á tus hijos y bendecir á tu pueblo; y los príncipes de ese pueblo te llaman visionario, criminal, rebelde! ¿Con qué mentira se ha mancillado su boca, Filon, á tí te lo pregunto? Presente estabas cuando en una de nuestras públicas asambleas exclamó con el valor de la inocencia y con la bondad de un Dios: *¿Quien de vosotros podrá probarme que he cometido un pecado; uno solo* ¹? — ¿Adonde estaba entonces esa tu fogosa elocuencia tan pródiga de blasfemias? ¿Porqué tu lengua y hasta tus miradas, como la lengua y las miradas de todos sus enemigos, enmudecieron aterradas? El pueblo entonces, debes acordarte de ello, viendo que ninguna voz se alzaba en contra suya prorumpió en clamores de bendicion; y la calva frente de Moria, y la verde cima del monte de los Olivos se estremecieron de alegría; y los

¹ Refiérese este pasage á la réplica del Señor, cuando á los Fariseos que le acusaban de *dar testimonio de sí mismo* contestó que debía ser creído, entre otras razones porque nadie podía probarle que hubiese cometido ni un solo pecado. — Evangelio segun san Juan, cap. 8. — T. F.

ciegos y los sordos, que por él veian y oían, y los hambrientos por él milagrosamente alimentados en el desierto, le circuyeron apresurándose á besar la falda de sus vestiduras. De en medio de aquella muchedumbre salió un mancebo, hermoso como el menor hermano de los Serafines, á quien Jesus á las puertas de Naim' habia despertado de un sueño que debía ser eterno, ytendiendo los brazos al que acusas, exclamó: no, tú no eres un simple mortal, eres el hijo de Dios! Porque esta mano ahora ardiente al tocar tus vestiduras estaba helada; estos ojos que lloran al verte de gozo estaban cerrados; mi alma que se sale del pecho para ir á tu encuentro ya no me pertenecia! Al adolescente, apenas entrado en la vida, le llevaban ya á las sombrías y heladas regiones donde reina la destruccion; y á una sola de tus palabras me devolvió el alma; recobraron mis miembros el calor y la elasticidad, mis ojos han vuelto á ver á una madre desesperada, al cielo y á la tierra! Y no llevarán al adolescente apenas entrado en la vida á las sombrías y heladas regiones donde reina la destruccion! No, tú no eres un simple mortal: eres el Hijo de Dios. — ¿Mas á qué referiros

² Ciudad de Palestina á cuya entrada encontró Jesucristo el cadáver del hijo único de una pobre viuda, al cual iban á dar sepultura. Compadecido el Salvador de las lágrimas y de la desesperacion de la madre resucitó al muerto. Véase el Evangelio segun san Lu^{ca}, ca. VII. — T. F.

lo que ya sabeis? Todos estabais presentes, ojos se os han dado para ver, y oídos para oír; nuestros corazones solos están cerrados; de ellos habeis espulsado todo sentimiento de humanidad, y á las feroces pasiones que los dominan quereis cubrirlas con el manto de la religion; ¡prestando darle á Dios una prueba de amor y respeto quereis degollar al mas virtuoso de los hombres!... ¡Sagrado amor de la Divinidad, religion santa y dulcísima, hija de Dios, hermana de los Angeles, madre de todas las virtudes, tú eres bella como tus augustos hermanos, bienhechora como Dios tu padre, cuando sobre un puro rayo del cielo descendes y penetras en un noble corazón: pero cuando te envuelves en una nube, tenebrosa como la eterna noche, que exhala el terror como los vapores de la sangre de una inocente víctima; cuando tus plantas oprimen el abismo y tu cabeza amenaza al cielo; cuando tu brazo, armado de una cuchilla homicida, está suspendido sobre los altares que de cadáveres cargaste; cuando tu mano arrebatada á la eterna justicia el rayo de que ella sola sabe y debe servirse; cuando el crimen imbuje tu espíritu de sus espantosas percepciones; cuando el odio determina los latidos de tu corazón: ¡oh! entonces te conviertes en una monstruosa creación del genio del mal, en una sacerdotisa del Averno! ¡Eres tú la que pide la muerte de aquel sin el cual

no existirias; de aquel cuya gloria has cantado antes que viniese á ser en la tierra desconocido y blasfemado? ¡No; no: tú no queres ni la muerte del pecador; la sangre te horroriza! Religion santa y dulce, hija querida del Eterno, mensajera de paz, nueva alianza de Dios, presentimiento de la eternidad: por tí vive mi alma, por tí me prosterno ante la Magestad suprema. ¡Ay! cuanto mas te revelas á mis ojos, religion consoladora y santa, mas tiemblo de lástima por estos hombres que me rodean oyéndome sin comprenderme. Sacerdotes y Padres de Jerusalem, salid del abatimiento en que habeis caído, abrid vuestros corazones á la simple humanidad, que ella bastará para que distingais al crimen de la virtud! Pero le importa á Jesus que le conozcais vosotros, porque su padre le conoce. Si le condenais, los Serafines que le rodean entonarán cánticos de triunfo, y el Eterno se le sonreirá desde los cielos. ¿Quiénes somos, ¡ay de mí! nosotros pobres gusanos que nos arrastramos en el polvo de la corrupcion para atrevernos á inmolar á nuestros hermanos, á nuestras miserables pasiones? ¿Qué seremos, qué sentiremos cuando en el dia del juicio universal, llame Dios á sus elegidos, y no le oigamos pronunciar nuestros nombres? En vano pediremos entonces á la tierra que vuelva á cubrirnos de nuevo, á las montañas que se precipiten sobre nosotros, á las olas que nos hundan

en su seno, para ocultarnos á las miradas de nuestras víctimas, y á la ira de nuestro juez. »

« Imagen terrible del postrer día del universo, tú me alentarás cuando Jesús deje caer sobre mí su última y moribunda mirada...; ¡su mirada moribunda! ¡Al pensarlo solo mi corazón se hiela, el alma se me parte, y creo sentir sobre mi cabeza una espada de dos filos! ¡Con que habré vivido lo bastante para verte morir á ti á quien tantas veces he estrechado contra mi seno cuando eras aun una debil criatura en la infancia! Pero ya entonces tu sabiduría era superior á la ciencia de nuestros ancianos doctores, que en pie ante tí, te escuchaban asombrados, mientras que legiones de Angeles celebraban entre sí los beneficios de tu misterioso destierro. Luego ya hombre, has resucitado á los muertos; tus miradas han dado órdenes á la tempestad, y la tempestad te ha obedecido, y las olas del mar se han humillado ante tí, trocándose sus espumantes montañas en una movil llanura sobre la cual has caminado tú, sosteniendo los cielos y contando tus pasos! ¡Quieren que mueras! ¡Lo quiere también tu padre? Si así fuere no me queda mas recurso que el de ir á aumentar con mis lágrimas el agua santa de la solitaria fuente de Belén, donde te dió María esa vida de un día, triste patrimonio del linage de Adán. ¡Allí quiero llorarte, allí quiero morir! Sea un mismo instante el de tu

muerte y la mia; descansen juntos nuestros huesos en una misma tumba; y en un mismo momento renazcan á la vida eterna! »

Prosternándose al llegar aquí en medio de la asamblea, alzó las manos al cielo; y dijo:

« Dígnate llamarme á tí, Juez del universo, estoy inocente del crimen que va á manchar á Israel. ¡Ante tí Jesús Nazareno, que fuiste primero que Abraham, que eres Eterno como tu padre, ante tí me prosterno, á tí te adoro, tú eres mi Dios! ¡Pléguete en el día del juicio final, acordarte de que he sabido leer tu divinidad al través de tu cuerpo mortal! »

Levantóse, miró en rededor de sí, y con la bondadosa serenidad de un serafin dijo á Filon:

« Tú has llamado sobre mi todas las maldiciones del infierno, y yo te bendigo á tí; eso me ha enseñado el Dios á quien acabo de adorar delante de tí. Una sola palabra mas tengo que decirte, Filon: cuando en tu última hora ves la sangre del Mesías correr delante de tí, terrible como el torrente del Cedron; cuando entre el bramido de esa sangre vengadora distingas el paso de hierro del Juez supremo; cuando oigas sonar la temida cuchilla en la balanza en que se pese tu parte en la eternidad; cuando te revuelques en el polvo en presencia del Dios que hoy desconoces; cuando tus ojos ya velados por las últimas lágrimas de la agonía, pi-

dan un perdon que tu alma atormentada no se atreverá á esperar : oígate entonces el Dios de misericordia y perdónete. »

Dijo y salió atravesando lentamente el salon del concilio, seguido por José de Arimatea. Ituriel, invisible siempre, despliega sus azuladas alas y los sigue con silencioso vuelo. Celestial sonrisa brilla en los labios del serafin, sus ojos centellean de gozo, y su pensamiento se divide entre el cielo y la tierra. Tal se sonrie el angel custodio de dos amantes unidos por noble y puro afecto cuando los sigue á la verde colina donde se complacen en comunicarse los secretos de su dulce ternura; porque al mismo tiempo contempla al divino Eloha de pié al lado del trono del Eterno y escucha la celeste armonía de su arpa de oro que promete á las almas virtuosas la sola felicidad digna de ellas, la de reunirse en la eternidad con los objetos de su amor sobre la tierra.

« Bienaventurada especie humana, pensó Ituriel, ya diviso las brillantes coronas que te prepara la muerte del Mesías : sí, en breve todos los hijos de Adan, bajo el dulce nombre de cristianos, serán buenos y piadosos como Nicodemo, ese modelo de los justos. »

Estremecióse Satan aterrado, porque comprendiendo el pensamiento del angel previó el próximo triunfo de los habitantes del cielo.

Antes de salir de la asamblea vuélvese Nicodemo hácia José de Arimatea y le dirige estas palabras :

« ¿ Porqué has guardado silencio, caro José? ¿ Tu amor á Jesus te parece ya por ventura una debilidad que no te atreves á confesar sin vergüenza? »

Deploraba el de Arimatea en el fondo de su alma la debilidad que paralizaba su lengua; y la reconvenccion de su amigo colmó su dolor. Triste pues y pensativo, se apartó de él en silencio y alzó sus ojos llenos de lágrimas al cielo, que lee solo en lo íntimo de su corazon.

Los Sacerdotes y los Ancianos se quedaron reunidos en muda consternacion : pero llamando en su auxilio á la corrupcion y á la impiedad sofocaron la voz de la conciencia que les decia que Nicodemo acababa de estampar en sus frentes el sello de la reprobacion, no para esta efimera vida, sino el día en que ha de comenzar la eterna, día terrible en el cual se abrirán las cicatrices del alma para sangrar siempre ; día en el cual la secreta voz que Dios ha depositado en el corazon de cada una de sus criaturas, será su juez y su verdugo, porque ni el engaño ni la hipocresía podrán imponerle silencio.

Iba á separarse el sanedrin cuando Judas Iscariotes solicitó que se le introdujese en él ; y un largo murmullo de sorpresa acogió al discípulo del Justo, cuya muerte acababan de pronunciar interiormente todos los miembros del concilio.

Lejos de turbarse viéndose objeto de la atención general, Judas imagina que es un personaje de importancia, y se acerca al gran sacerdote á quien habla en voz baja : Caifás le escucha y se sonríe con viva satisfacción. Así que el discípulo hubo acabado de hablar, alzó el sumo sacerdote la cabeza, recorrió con una mirada triunfante la asamblea, y dijo :

« Regocijaos: todavía hay en Israel hombres que no doblan la rodilla ante el Idolo. Este que á mi lado veis es un discípulo del Nazareno, y sin embargo ha tenido valor para permanecer fiel á la ley de Moisés. Merece recompensa por ello : seale dada al momento. »

Salió Iscariote lleno de orgullo, por haberse oído alabar públicamente. El dinero que le dieron no llenó sus esperanzas, mas consolóse imaginando que para colmarle de riquezas aguardaban á que hubiese entregado á su maestro.

Al ver que un hombre del pueblo iba á dividir con él la honra de asegurar la perdición de Jesús, rebelóse el alma orgullosa de Filon ; y sin embargo tuvo ánimo para alentar al pérfido con una sonrisa á que llevase á cabo su traición, y no apartó de él los ojos hasta perderle de vista.

Cuando á los combates vuela el conquistador, la sombra del primer homicida le precede, diciéndole que la crueldad meditada es prenda de los he-

roes y la compasiva humanidad defecto de los cobardes. En seguida el feroz fantasma hace girar en torno del guerrero brillantes ensueños que le coronan con los inmortales laureles de la victoria. Sometido á tal fascinación dispone gozoso su carnicería el conquistador, y el bramar de las cien bocas de fuego que vomitan la muerte bajo mil formas diferentes, suena deliciosamente en sus oídos. Sordo á los lamentos de los heridos, á los gemidos de los moribundos, olvida que á él también le ha invitado el Salvador á entrar en el pacto de amor y de caridad, y que para él también ha de sonar la trompeta del juicio final.

De la misma manera Judas Iscariote, á quien acompañan los votos del Fariseo y embriagan las seductoras ilusiones del orgullo, busca en las calles de Jerusalem á Jesús, quien en aquel momento atravesaba el valle del Cedron, donde el elevado palmero estiende sus ramas sobre las aguas del torrente.

Salvando las barreras que limitan la humana inteligencia ve el pensamiento del Mesías á Jerusalem y á su templo ; y ve al concilio de los sacerdotes y de los ancianos, de los cuales serán muchos en breve los primeros cristianos. Volviéndose á sus discípulos que en silencio le siguen, dice :

« ¡Vedla delante de vosotros á la desdichada Jerusalem ! Mis ojos no han cesado de llorar sobre

su suerte. Mirad las tumbas en que duermen tantos mortales virtuosos; Jerusalem es quien les ha dado la muerte: pero entre aquellos de sus hijos que aun viven, muchos vendrán á mí, y un día darán con vosotros testimonio de mí á las edades futuras. Ese día se aproxima: ejecutemos con calma y confianza los decretos de mi padre: ¡antes de mucho, fieles amigos míos, os será revelado todo!.. Pedro, y tú Juan, adelantaos á la ciudad; en ella encontrareis á un mancebo con un ánfora llena de agua y que os mirará bondadosamente, porque os ama; seguidle, entrad en la casa donde él entrare y decid: «Jesus nos envia aquí para celebrar la Pascua.» El amo de la casa que es un hombre pobre y piadoso, os introducirá en una sala preparada ya para recibirnos. »

Obedecieron los dos discípulos, y sucedióles todo como el Mesías se lo habia anunciado. En tanto que el amo de la casa disponia que se asara el cordero pascual, subió Pedro á la azotea y examinando atentamente el camino de Betania ¹, en lugar del querido maestro á quien espera impaciente, divisa á María con algunos de sus amigos. Muchos días hace que aquella se halla privada de la dicha de ver á su hijo; pálido está su rostro y decaído, mas

¹ Aldea inmediata á Jerusalem y de la cual se habla con frecuencia en los santos Evangelios.— T. F.

su intenso dolor no ha oscurecido la celeste auréola que sin saberlo ella la rodea. Debe María su sobrenatural encanto á la pureza de un corazón que ni la existencia sospecha de las malignas inclinaciones: tales serian las hijas todas de Eva, si esta hubiera conservado su inocencia.

Lázaro camina al lado de la madre de Jesus: ¡Lázaro el resuscitado! Fijos en el suelo van sus ojos, pero su pensamiento, siempre en los cielos, le retrata el instante en que sacudiendo las cadenas de la muerte, se levantó del polvo, y pareció ante el Mesías agitado por el santo estremecimiento que causa el aspecto de la Divinidad. Seguro ya de que es inmortal, lleva en el rostro el sello de sublime tranquilidad que se deja ver en la última sonrisa del cristiano moribundo, y que no hay lengua que acierte á pintar.

María Magdalena ¹, amiga de Jesus y hermana de Lázaro, las sigue de cerca. Divídese el pensamiento de la inocente virgen entre Nataniel ², su

¹ La misma que despues de haber derramado el vaso de los perfumes sobre los pies de Jesus permaneció de rodillas escuchando sus lecciones. Su hermana Marta ocupada en las faenas domésticas la reprendió por su inaccion; pero Jesus replicó por ella: «En verdad, una sola cosa es necesaria. María ha escogido la mejor parte que no le será quitada.» (San Lucas, cap. X.)—T. F.

² Behusó largo tiempo Nataniel seguir á Jesucristo alegando que de Nazaret nada bueno podia salir. Pero decidióse Felipe á que

amado á quien apellidó el *Leal* el Mesías, y su piadoso hermano Lázaro. Desde que ha visto á este levantarse de entre los muertos, parécele la vida un sueño misterioso. Cierta secreto presentimiento le dice que para ella el sueño toca ya á su fin, y la mortal palidez de su rostro se lo anuncia así á sus jóvenes compañeras. Estas suelen con frecuencia hablarle de su lánguida salud, y entonces brilla en sus ojos una lágrima involuntaria de tierno dolor que le arranca la idea de separarse de Nataniel y de Lázaro. Con angélica bondad presta María Magdalena el debil apoyo de su trémulo brazo á la tímida Cidlia, hija de Jairo¹. Apenas habia visto florecer doce veces al almendro la pobre niña, cuando arrebatándola la muerte del bullicioso banquete de la vida la envió á reposar en el campo del eterno sueño: pero Jesus la vió, y oyendo al mismo tiempo los gemidos de la desconsolada madre, despertó á la doncella. Al soplo sagrado de la resurreccion, su juventud y su belleza se han desarrollado con la misma rapidez que una flor que vejeta en un suelo abrasador: mas un destello de la eternidad enno-

oyese las lecciones de su maestro, y desde entonces fué uno de sus mas fieles amigos. (Evanglio de San Juan, cap. 1.) Nataniel fué uno de los fieles designados en las actas de los Apóstoles con el nombre de los *seleventa*. — T. F.

¹ La hija de Jairo tenia solos doce años cuando Jesus la resucitó. (San Luc, cap. VIII.) — T. F.

blece á aquella precóz hermosura y corona su nueva vida con inmortales palmas.

Tal era Sulamita, la mas bella de las Hebreas, cuando al fin de un abrasado dia del verano habiéndose dormido á la sombra del manzano que la vió nacer, y despertándola la voz de su madre siguió á esta bajo las espesas copas de los árboles que dan la mirra. Allí se detuvo en medio de una nube de suaves perfumes, abrasándose en la ardiente llama del puro y celeste amor de que su alma fué llena; allí aprendió á suspirar en abrasados cantos por el noble mancebo digno de corresponder á los santos latidos de su corazon amante¹.

Así caminaba Cidlia, apoyada en el brazo de María Magdalena y siguiéndola Sémida el huérfano de Naim.

Sémida es bello como David cuando sentado cerca de la fuente de Belén escuchaba en éstasis la voz del Eterno²: pero no se sonrie como entonces se sonreia David, porque para él, como para la joven Cidlia, no es la vida otra cosa mas que un misterioso destierro, desde que entrambos han dormido en el

¹ Alusion á la Sulamita, que celebra Salomon en el cántico de los cánticos. — T. F.

² Sabido es de todos que David, para sustraerse á la cólera de Saul, hubo de ocultarse en Ingares desiertos. Mientras que así evitaba el puñal de los asesinos salia á consultar al Eterno con frecuencia, y el Señor en respuesta se dignaba dictarle las reglas de su conducta. A esa situacion de David, cuyos pormenores pueden verse en el libro I de Samuel, alude Klopstock. — T. F.

sueño de la eternidad, y que á entrambos tambien ha despertado el Mesías.

Los dos discípulos salen al encuentro de María y la acogen con tierno respeto al cual se mezcla la sorpresa; porque nunca hasta entonces se habia mostrado, con el brillo que en aquel instante, el destello de la divinidad que el Mesías ha impreso en la mortal forma de su madre.

Mas de una vez ha sido santificado el monte de los Olivos con la presencia del hijo del hombre; Sion, vana con su gloria, reposa con imponente calma bajo las protectoras miradas del Eterno; y la noble frente de Moria alza con justo orgullo hasta las nubes el santuario del Señor: pero entre todos los santos montes de la Palestina será el Tabor siempre el mas santo, porque fué predestinado para feliz teatro de la transfiguracion del Mediador. De la misma manera sobrepuja en virtud y belleza María á todas las mugeres de Israel.

Acaba la santa madre de entrar en la sala del festin: sus ojos, despues de haber buscado en vano á Jesus, se clavan tristemente en el suelo; y haciendo inútiles esfuerzos para ocultar el llanto bajo el velo de una forzada sonrisa, dice á Juan:

« Ruégote que me digas á donde está *aquel* á quien he llevado en mis brazos, *aquel* que tantas veces se ha reclinado sobre mi corazon con todo

el abandono de la filial ternura... Y con todo eso no me atrevo á llamarle hijo mio, porque es demasiado grande para haber nacido de una madre mortal... Muchos dias hace que le busco en vano para suplicarle que no entre en Jerusalem, ciudad santa en otro tiempo, hoy impía y furiosa. Porque quieren darle muerte al profeta que mis pechos nutrieron, y que mis ojos contemplaron con lágrimas de gozo, cuando no era aun mas que una debil criatura. »

Y Juan respondió con tierna emocion:

« Tranquilízate, María: poco tardará en venir aquí á donde nos ha enviado á nosotros para que preparemos el cordero Pascual. Espérale y podrás esplicarle esa tierna inquietud digna por cierto de tal hijo. »

Apoyóse Cidlia con mas fuerza que hasta entonces en el brazo de la hermana de Lázaro; porque Sémida acababa de acercársele, y en sus miradas que por un momento se cruzaron dirigiéndose inmediatamente á la tierra, leyeron el uno y el otro todos los secretos padecimientos que á sus almas atormentaban. Exentos en el misterio de su nueva vida de las humanas debilidades, comprenden que su peregrinacion sobre la tierra no debe causarles placer alguno, y hasta el purísimo amor que antes los enlazaba les causa remordimientos; porque en su fidelidad sin límites al Mesías á él solo quisieran

adorar, sin tener pensamiento ni deseo que á él solo no tuviera por objeto. Evitan pues cuidadosamente el encontrarse, y se abstienen comunicarse los pios temores en cuya virtud uno y otro creen huyéndose cumplir una obligacion. Ni menos se han dicho que en lo íntimo de sus almas hay una esperanza que vagamente les promete felicidad eterna; y que esa esperanza se funda en los ideales vínculos que á pesar de entrambos los unen inspirándoles unas mismas ilusiones y unos mismos votos. Sin embargo, la tierna inquietud que á uno y otro causa la suerte de Jesus, los ha reunido en aquella ocasion; sus pensamientos solos se entienden, porque no hay language humano capaz de explicar lo que sienten¹.

« Por mí (pensó Cidlia), se consume su vida lánguidamente ¡oh Sémida mio! ¿Merezco por ventura que así me ames? Mi alma es tuya, y de tí debería yo aprender cuan bella es la vida... Quisiera poder amarte como las hijas de Jerusalem amaban en los tiempos de nuestros padres; quisiera, como el tierno y docil corderillo sigue al zagal que le guía á la pradera, seguir tus pasos y partir contigo juegos y descanso; quisiera poder dilatarme en tu se-

¹ El amor de esos dos jóvenes resucitados es una ficcion, pero tan graciosa y tan pura, que los espíritus mas severos y ortodoxos se la perdonarán sin dificultad al pio cantor del Mesías. — T. F.

no como se dilata la rosa del valle á los primeros rayos del naciente dia; quisiera ser tuya y amarte eternamente.... Pero al verme salir de los brazos de la muerte mi madre me consagró al solo amor del Eterno... ¡Oh madre imprudente! ¿Por qué te arrancó la gratitud ese voto sacrilego?... Calla, hija rebelde, obedece resignada á la voz de tu madre, á la voz de Dios... Has resucitado: no perteneces bastante á la tierra para darle hijos mortales.. Caro Sémida, estoy resignada... lo estaria, si á lo menos renaciese la sonrisa en tus labios, si por un instante pudiésemos volver los dos á aquella época en que no habia para nosotros otras lágrimas que las de la alegría, y en que me escapaba yo de los cariñosos brazos de mi madre para volar á los tuyos!... ¡Vana esperanza: he resucitado! »

Así pensó Cidlia, y para ocultar las lágrimas que arrasan sus bellos ojos, dejó caer sobre su rostro el velo virginal que á la espalda flotaba. Sémida, incapaz, viendo aquello, de contener su dolor, salió precipitadamente de la sala.

« Lloro, dijo para sí, lloro; y por qué? ¡son tan bellas, son tan dulces sus lágrimas! ¡Ah! si una sola fuese por mí, tal vez recobraría yo mi felicidad. — Mi existencia misteriosa se reduce á un solo pensamiento; ¡á tí, Cidlia... que eres inmortal en mí!... Alma, noble soberana de este cuerpo precedero y heredera de la eternidad, que así fuiste

llamada al salir de los labios de tu creador, responde á mis preguntas, aclara las tinieblas de mi destino, disipa la profunda noche que me rodea; cansado estoy ya de consumir la vida en inútiles quejas. ¿Por qué al pronunciar mis labios la palabra eternidad, bullen en mi fantasía desconocidas ilusiones, ilusiones grandes, sublimes, henchidas de felicidad y de amor? ¿Por qué los suaves acentos y las tiernas miradas de Cidlia, quien tal vez se ha levantado de la tumba para no volver jamás á ella, producen en mi corazón fuertes y embriagadoras sensaciones, pero que son al mismo tiempo puras como la inocencia, nobles como la virtud? Y cuando me persuado de que ha cesado de amarme, traspórtame el dolor en sus negras alas al borde del sepulcro que para mí estuvo abierto... y escucho su silencio, y gimo como la tórtola que perdió á su amada compañera. Otras veces pido al Eterno que me dé valor para olvidar á la celestial doncella, que debió ser mía: vanos esfuerzos, una vez, divina sin duda, porque solo así pudiera ser tan dulce, me prescribe que adore siempre á mi Cidlia. ¡Qué inefable felicidad inundaba mi corazón, cuando me era aun lícito creer que para mí fuiste creada, y que á mi pasión correspondías! Deliciosa idea, otra vez quiero soñarte... ¿No eres tú, la que no hace mucho, me hiciste ser docil á los tímidos acentos de la virtud, á las severas leyes del deber?

¿No eres tú, la que me hiciste comprender que la mas ligera falta me haria indigno de mi Cidlia?... ¡Oh mi Cidlia, sostenido en las alas de tu inocencia, me sentia yo mejor que nunca lo fuí: mas cuando te dormiste en el terrible sueño que llaman muerte, me encontré solo sobre la tierra y sin fuerzas para el bien. En nombre de la virtud y de la felicidad, en nombre de tu belleza, y, lo que es aun mas sagrado, en nombre de esa inmortalidad que te hace brillar entre las Vírgenes de Israel como una estrella lanzada por la mano del Eterno en medio de los pacíficos astros de la *via lactea*, dime si tu corazón ha podido separarse del mio. Si el Mesías te ha levantado de la tumba, también á mí me ha resucitado: entramos estamos tal vez reservados á muy alto destino... Atrevida esperanza, deseo temerario: apartaos de mí. — ¿Será demasiado ardiente para conservarse puro el amor que llena mi alma? — No: nunca podré amar demasiado á Cidlia. No es esta miserable existencia la que contigo quiero partir, sino aquella otra vida mas noble, que no conoce á la muerte, para que en ella me enseñes á adorar dignamente al que creó al universo, al que á tí te creó, ángel amado... ¿Pero es oportuno este momento para entregarme á penas que mi solo corazón traspasan? — ¡Jesus está en peligro... en peligro tal vez sus días!... ¿Y puede morir el divino profeta que manda en la

muerte, que á mí me ha resucitado? ¡cuantas no son ya las veces que se ha salvado de la rabia insensata de los impíos que osan perseguirle! Nada importa: á él solo pertenecen todos mis pensamientos, de él solo debo ocuparme?

Pensando así, y sumido en su melancólica distracción, llegó Sémida hasta el lugar de los sepulcros, donde en una tumba vacía y recientemente tallada en las rocas reconoció la que para él se abrió, la que le esperaba para entregarle á la destrucción, cuando la voz del Mesías le volvió á llamar á la vida. Al aspecto de aquella tumba apodéranse de su espíritu nobles y elevados pensamientos que le desunen enteramente de la tierra, y de nuevo promete entonces consagrar su existencia entera á su divino bienhechor.

Entre tanto esperaban los amigos de Jesús, que en la sala se habían quedado, en melancólico silencio la llegada del Salvador. Singularmente María sufría con terrible inquietud.

« No viene, dijo, voy á salirle al encuentro. Si aun no le han inmolado á su odio sanguinario los enemigos que le persiguen; si aun vive mi amadísimo hijo, quiero verle; y alentada por la dulce Magstad de su mirada, enlazaré con mis brazos sus rodillas. María Magdalena halló gracia ante él arrojándose á sus pies, sin embargo de que no es su madre; no me rechazará á mí, no dejará de escu-

charme cuando le diga: Por las primeras lágrimas que derramaste sobre la tierra; por los celestiales gozos que inundaron mi alma cuando los Angeles bajaron á adorarte en la cuna; por la memoria del solemne momento en que, despues de haberte buscado durante muchos dias, te hallé en el templo rodeado de los doctores, cuyo caduco saber se humillaba ante la divina ciencia del niño; por el Espíritu Santo que en tí habita y que te hace ser el bienhechor de la humanidad: ten compasion de tu madre y prométela que vivirás. »

Y pronta como el pensamiento cuando se levanta al cielo que le inspira, corrió María al camino de Betania, por donde debia llegar su hijo: pero Jesús viéndola, no con sus mortales ojos, sino con los divinos que penetran el pensamiento de los seráfines, y distinguen todos los átomos que nacen y mueren en la creacion, pensó:

« Sí, María, tendré compasion de tí; y la gracia que hallarás ante tu hijo, cuando este haya resucitado, será bella y brillante. »

Pensando así, tomó Jesús, para evitar el encuentro con su madre, un sendero de travesía; y sus discípulos, y los ángeles que invisibles le acompañaban, le siguieron todos en silencio.

Cerca del Gólgota ¹ se detiene Jesús á la entrada

¹ Cerro extra-muros de Jerusalem, donde se ejecutaban las senten-

de un sepulcro que José de Arimatea hizo abrir en la falda de una aislada roca con ánimo de que en él descansasen un día sus mortales despojos; porque aun estaba su espíritu muy ligado á la tierra para que pudiese adivinar qué santuario era el que elevaba, y qué cadáver era el que allí había de depositarse.

Sumido en una profunda meditacion el Hijo del Hombre contempla alternativamente la tumba y la colina del Gólgota que ya el crepúsculo vespertino comienza á envolver con sus pardas sombras.

«Desvanécense en fin los últimos rayos de la luz del día (dijo para sí) y con ellos las penas de la vida: la noche y el sueño reparador llegan con la brisa embalsamada del oeste, y las sombras de las nubes despliegan sus fantásticas alas sobre el Gólgota. Temido monte, de quien aparta horrorizado el caminante la vista, porque con tu polvo no cubres sino los huesos de los malhechores que la humana justicia inmola al reposo de la sociedad, pronto brillarás con celeste resplandor, porque vas á convertirte en ara del mayor de los sacrificios. Pronta está la víctima y gozosa espera la muerte. Muerte sublime, que vas á rescatar á la especie

de muerte, y quedaban espuestos sus cadáveres que las aves de rapiña destrozaban. Llamásete también Calvario, es decir *altura de la cruz*. — T. F.

humana y á iniciarla en la eternidad: ¡yo te saludo! Ven y que sean el cielo y la tierra testigos del golpe con que vas á herirme. Sentado á la diestra de mi padre, era yo como él lo es, el creador y el amigo de los hombres, ahora soy su hermano; por amor de ellos va á correr toda mi sangre; después vendré á dormir bajo esta fresca bóveda que previsoras manos prepararon. Mas dulce será mi sueño que el reposo mismo por qué clamaba Adán, cuando al través del melancólico ruido de una noche de otoño oyó que una voz misteriosa le decía: esa tierra que se cubre de hojas secas te ha abierto una tumba; prepárate á dormir durante largos siglos sin oír la voz de tus nietos que vendrán á jugar sobre esa tumba para hundirse á su vez en ella. — Perdido se han los siglos en la eternidad, la tierra se ha tragado innumerables generaciones, y esas en su seno yacen sordas á los fugitivos pasos de las nuevas generaciones que deslizándose sobre las ruinas de lo pasado con él se confunden, para abrir paso á un porvenir igualmente efímero que cuanto le ha precedido. Todas y para siempre, van en fin á despertarse, porque yo por un instante me he hecho perecedero como ellas. Nada tienen los cielos de comparable á la alegría que me causa la idea de ese momento en que va salir la humanidad de su letargo. Para siempre desaparecerán de la tierra regenerada la duda, la inquietud y las lá-

grimas ; ni un solo monumento fúnebre erizará la superficie del globo , y la muerte no será mas que la sonrisa de un bello triunfo.... ¡Ya llegan mis resucitados ! ¡ Ya veo brillar sus aereas vestiduras y sus nobles cicatrices ; y oigo sus gritos de triunfo aclamando al hijo del hombre que se hizo su hermano ! ¿Quién podrá contarlos sobre la tierra ? ¿quién podrá contarlos en los cielos ? Su número es infinito y ellos son míos. ¡Yo he aniquilado lo que pasó , y he devuelto á la creacion su primitiva pureza ! Aun no se ha consumado la regeneracion , pero se consumará cuando tú , lúgubre Gólgota , hayas bebido toda mi sangre , cuando en tí haya reposado , tumba ahora abierta y vacía. »

En medio de estos proféticos pensamientos hase acercado el Mesías á Jerusalem ; y no lejos de la ciudad , ya sumida en las tinieblas , llegó Judas y silenciosamente se incorporó con los demas discípulos , afectando en vano la calma y la tranquilidad , porque le domina un doloroso sentimiento que acelera los latidos de su corazon. Ituriel que seguia al traidor , se detuvo sobre la copa de un alto palmero , del cual bajó al pasar Jesus á su inmediatecion ; y colocándose invisible al lado del hijo de Dios , comenzó á hablar con él en cierto místico language del alma que el mortal mas virtuoso no comprende , hasta que con el último suspiro envia su pensamiento al cielo donde se le espera.

« Hijo del Eterno , dijo el serafin ; tus ojos han leído en el libro de la vida de Judas , tú sabes que te ha vendido ese miserable á quien te has dignado instruir con tus palabras y ejemplos. Ha presenciado tus milagros , ha oido tu voz prometiéndole la inmortalidad ; ¡y te ha vendido !... Yo no soy ya su angel custodio. Cuando rodeado por tus fieles discípulos juzgues al universo , me presentaré al pié de tu trono , estenderé la mano en las eternas noches , armaré mi voz con la fuerza del trueno y diré : ¡ en nombre del que ha derramado en la cruz toda su sangre , Judas Iscariote se ha hecho indigno de contemplar al Hijo del Hombre en su gloria ! Las cicatrices del crimen han surcado su frente y se unen á mí para acusarle : él me ha rechazado á mí y yo le abandono al abismo de perdicion que lo reclama. »

Y mirando al Mesías , leyó en su pensamiento que podia sin ofenderle abandonarse á su dolor.

« ¡ Ay de mí ! (continuó) ¿qué se han hecho las dulces esperanzas que en tí fundé , desdichado Judas ? Destinado estabas á oír el himno celeste que acompaña á los mártires al suplicio celebrando su triunfo : preparábame yo á volar al encuentro de tu alma , cuando en gloriosa muerte se apartase del cuerpo para conducirla á los pies del Mesías ; y allí te hubiera colocado en el brillante asiento que los cielos te guardaban , te hubiera llamado mi amigo y

mi hermano, y tú me habrías iniciado en los piadosos misterios de los cristianos, contándome como recibieron la fe que hace imposible el pecado, y hace que encuentre el alma placeres en los tormentos del cuerpo. Desvanecido se han mis dulces ilusiones como la sonrisa de la primavera con el ardor del estío, como la flor de la vida del adolescente bajo la guadaña de la muerte. No hace mucho era yo el custodio de un santo; y ahora estoy solitario y rechazado. Mis hermanos los seráfines, apartarán de mí sus afligidos ojos. Habla, hijo del Eterno, ¿debo huir á los cielos, ó te dignarás concederme la gracia de que permanezca á ser testigo de tu divina pasión?

Y responde Jesus:

« Juan tiene dos ángeles en su guarda: quiero concederle igual favor á Simon Pedro que lo ha menester, porque en breve le visitará el espíritu del mal. Vela sobre él. »

Arrojóse inmediatamente el bienaventurado serafin en brazos de Orion, y entrambos se propusieron apartar todo mal pensamiento del discípulo confiado á su custodia.

¡O tú que me has sostenido hasta aquí, Musa de Sion! haz dulces y solemnes mis cantos, porque voy á referir el adiós del divino maestro á sus amados discípulos, voy á pintar al mas santo de los discípulos en el momento en que reclinado en el seno de Je-

sus, alzó á él sus ojos bañados en lágrimas, como mas tarde los levantó al cielo en las desiertas playas de Patmos, cuando se dignó dictarle el Salvador mismo la mas sublime de sus revelaciones¹; voy á pintar al apostol predilecto, que así como Santiago tuvo la honra de oirse llamar *Hijo del trueno*².

Entra Jesus en Jerusalem, pasando por los palacios de los ricos sin mirarlos, y yendo derecho á la morada de un pobre donde quiere comer por última vez en la tierra. Los dos discípulos que le habían precedido hicieron servir el cordero pascual; y todos tomaron asiento en torno de la mesa.

Sentado cerca de su maestro, en el hombro de este apoya Juan su espalda, y se le sonrie dulcemente.

En el rostro y las miradas de Jesus se ven á un tiempo el vivo resplandor de un espíritu profético que lee en el porvenir, y la tristeza de quien por última vez se ve rodeado de los objetos caros á su corazón.

« Feliz soy, les dijo, viéndoos á todos cerca de

¹ El Apocalipsis.—T. F.

² Llamo el Señor á Juan (después evangelista) y á Santiago el Mayor, su hermano, en el momento en que estaban remendando las redes de su padre el Zebedeo que era pescador de oficio. A esos dos hermanos llamó Jesus *Boarnegés*, que significa *hijos del trueno*.—T. F.

mí; tenia necesidad de reuniros por última vez, ¡porque en breve será preciso separarnos! — Hubo en otros tiempos un profeta, á quien fué concedido ver al Eterno, oír el himno de los seráfines, sentir como bajo sus plantas se estremecian las escaleras del templo heridas por las voces inmortales, ver llenarse el santuario de una nube embalsamada como el humo de la mirra que se quema sobre el altar*. Yo estaba entonces sentado á la diestra de mi padre: en honra mia se estremeció el templo, cantaron los seráfines, se consumó la ofrenda de los cielos. ¡Aun dormia en el caos este mundo que habitais, y ya reinaba yo sobre los inmortales! No os es dado todavía comprender tan alta verdad, pero recordad que el mismo profeta, á quien se concedió que contemplase á su Dios, recibió de él el don de leer en lo futuro. Y he aquí lo que vió: á un hombre que por la forma parecia hijo de Adan, como vosotros. Oid las palabras del profeta con respecto á ese hombre: « desvanecido se ha la hermosura del hijo del hombre; la dulce sonrisa de la juventud, la imponente calma que daba testimonio de la paz de su alma, se han apartado de él para siempre. Todas las humanas miserias se han acumulado sobre su cabeza; y viéndole

* Alude á la vision de Isaías, en que contempló á Dios en toda su gloria. Isaías, cap. VI.— T. F.

pasar triste y dolorido, apartan los hombres la vista de él, creyendo que el peso de los crímenes le encorva y que los remordimientos le atormentan. Reconoced vuestro error, humanos; si padece y gime y se revuelca bajo la mano del anatema, ¡por vosotros es! La culpable y réproba es la humana especie toda entera; porque ha querido dictarse á sí misma la ley y la sabiduría; porque se ha apartado de su Criador y el espíritu del mal la reclama. Y el Criador ha cargado todos los pecados de la especie humana sobre el *Hijo del Hombre*, y el Hijo del Hombre los espíará todos. Juzgado está, y condenado está, y sufre sin abrir su boca á la queja, como el cordero sin mancha en el ara del sacrificio. Esas llagas que os estremecen, en nuestro nombre las ha recibido; y á cada gota de sangre que vierte, dilatan mas sus bienhechoras alas la paz y la felicidad, para acoger bajo su sagrada sombra á todo el linage de Adan. Mirad: triunfante ha salido del mas terrible de los juicios. ¿Quién podrá contar los pecadores que ha rescatado, ¿quién podrá contar las generaciones que un dia saldrán á su voz del polvo de la muerte para entrar en la vida eterna? »

Calló Jesus y levantó la vista á su eterno padre;

* Todo este pasage es una imitacion de la profecia de Isaías sobre la pasion de Cristo. Isaías, cap. VI.— T. F.

y despues de un prolongado y piadoso silencio que ninguno de los discípulos osó interrumpir, volvió á dirigirles la palabra :

« En adelante, amados míos, sin mí comereis el corderillo que trisca en la pradera ; sin mí bebereis el jugo de la vid. Mas hay en el valle de la eterna paz dulces moradas para todos mis amigos ; allí me encontrareis con los padres de la nueva alianza, y juntos celebraremos banquetes que no serán entristecidos por ninguna idea de separacion. »

Llenos de santo asombro permanecieron los discípulos en religioso silencio : tal quedó trémulo y mudo el pueblo de Israel cuando reunido en la cima del Moria vió al joven y hermoso Salomon deponer su corona de oro sobre el altar que acababa de erigirle al Señor, y que no quiso consagrar sin deponer las insignias que le diferenciaban de los demas hombres¹.

Tadeo, creyendo adivinar el sentido de las palabras de Jesus y dominado por su dolor, se inclina y dice al oido á Iscariote en voz sumisa :

« ¡ No podemos dudarlo : llegado es el instante de que tantas veces nos habló ; y el hijo del hombre va á morir ! Cuando conduzcan al suplicio al mayor de los profetas, angel de la muerte, apiádate de mí y ábreme las puertas del santuario donde los desdi-

¹ Alusion al libro I, cap. VIII de los Reyes. — T. F.

chados hallan descanso, donde el caminante, rendido por el cansancio, duerme en paz ! »

Esas palabras, mezcladas con profundos suspiros, hieren los oidos del Mesias : su vista, llena de la divina bondad, se detiene en Tadeo, deslízase sobre Judas, y contempla á la asamblea toda con mediatubunda tristeza.

« Voy á afligiros, amados míos, pero os lo debo decir : en verdad uno de vosotros me venderá. »

Dijo Jesus, y todos los discípulos clamaron á un tiempo :

« ¿ Soy yo, Maestro ? »

« Uno de vosotros. Cierto es que nada puede apartar al Hijo del Hombre del camino que los Profetas le trazaron : pero desdichado del discípulo que le va á vender. En verdad os digo que le valiera mas no haber nacido. »

Al pronunciar estas palabras la fisonomía de Jesus tomó la severa expresion que al Juez conviene : Judas, pálido y trémulo, se inclinó hácia él, diciendo ?

« ¿ Será Judas el que ha de venderte ? »

« Tú le has nombrado, respondió Jesus tristemente y en voz tan baja á que solo el culpable pudo oírle. »

Mas arrancándose bien pronto al doloroso sentimiento que le causa la pérdida de uno de los suyos, recobraron sus facciones la expresion de una dulce

magestad, y puesto en pié se dispuso á consagrar el pacto de la nueva alianza.

Corazones endurecidos que profanais atrevidamente el sagrado banquete, no murió por vosotros en la cruz el Salvador; no os conoce; no admite vuestro mentido culto.

Pronunciadas aquellas divinas palabras que eternizan la memoria de su muerte, presentó á sus discípulos el pan y el vino que cada uno de ellos recibió sucesivamente con piadosa humildad.

A vista del caliz, símbolo de la sangre de la redención, no pudo Juan contener su dolor: prosternóse á los pies de su maestro, abrazó sus rodillas, sollozó, y con los largos rizos de su flotante cabellera se veló el rostro. Entonces elevándose al Eterno el pensamiento de Jesus, dijo:

« Séale permitido al discípulo predilecto contemplarme en mi gloria. »

« En el instante mismo vió Juan en el fondo de la sala un grupo de seráfines testigos de aquella escena para él hasta entonces invisibles. Contemplálos en éstasis, y pronto el resplandor de Gabriel y la belleza radiante de Rafael le deslumbran: Salem, cuyo esplendor es mas soportable para un mortal, le tendió los brazos sonriéndose al mismo tiempo, mas ya Juan, no ve sino á su amado maestro; y ébrio de felicidad y de esperanza se apoya suspirando sobre su pecho y le enlaza con sus brazos. »

En alas de un soplo embalsamado se acerca Gabriel á Jesus y le dice;

« ¡ Ah! ¿ Porqué no puedo yo tambien abrazarte? Me resignaria á convertirme en un simple mortal por conseguir ese favor. »

« Tu puesto, Gabriel (respondió Jesus) es al pié de mi trono, junto á Elohá, y en la primera grada del santuario. »

El serafin se prosterna y adora en silencio.

Cree Judas que debe imitar á Juan, y siguiendo su ejemplo se arroja á los pies de su maestro. Jesus le manda levantar y le ofrece el caliz que el traidor recibe con aparente calma. Tanta perversidad vuelve á entristecer de nuevo al Mesías, y sus melancólicas miradas recorren la asamblea.

« ¡ O vosotros á quienes he llamado á mi, á todos os amo con igual ternura; y sin embargo, recordad que lo he predicho, uno de vosotros me venderá!... Preciso es que sepais tambien el alto destino que reservo á los que me son fieles: á donde quiera que yo los envíe serán recibidos como yo mismo lo seria; el bien y el mal que reciban lo recibiré yo tambien. Tanta gloria no puede darse á un traidor. Por última vez os lo digo: uno de vosotros venderá al hijo del hombre. »

Dijo; y mirándose unos á otros los discípulos con inquieta desconfianza preguntóle Juan en voz baja:

« ¿Maestro, quien de nosotros es el que ha de mancharse con ese crimen?

« Aquel es á quien yo diere este pan, respondió el Mesías, y mirando á Judas con paternal bondad, le presentó el símbolo de la reconciliacion del pecador con su Dios. »

Estremecióse Juan, pero guardó silencio, temiendo denunciar al traidor á la venganza de los demas discípulos.

Judas saliendo precipitadamente de la sala, corre fuera de sí y perseguido por el recuerdo de lo que acaba de ver y oír, al través de las tinieblas. Por fin acierta á exhalar su rabia en estas palabras.

« Ya sabe mi crimen él, y los demas lo saben tambien... ¡Pues tiemblen todos! — ¡Levántate Judas! me ha dicho ¡Qué dureza! No habla así á los demas; bien es verdad que á Reyes no se manda... ¿Pero qué significan esa siniestra despedida, esos preparativos de muerte?... Astucias para aplacar mi cólera... No te enternezcas, Judas, acuérdate de que eres despreciado. ¿Y como han de dar muerte á Jesus que es inmortal? Véase al menos por un instante cargado de cadenas, y puede ser que entonces halle una graciosa sonrisa, un ruego para el discípulo que tanto ha despreciado! Los Príncipes de Israel esperan á su confidente: apresurémonos á llevárselo. »

Dijo; é impulsado por Satan se dirigió al palacio de Caifás.

Desde que Iscariote se ha separado de ellos, una dulce é imponente calma modifica la piadosa emocion de los discípulos; Jesus les habla con mayor abandono, con mas expansiva ternura. Así, mas tarde ha de sonreirse con Pedro y sus nuevos cristianos cuando hayan arrojado fuera de su santa reunion el cadaver de Ananias¹, herido de muerte por haber mentido ante Dios.

A medida que se aproxima el instante del sacrificio, se aumenta el sobrenatural resplandor de la persona del Mesías, quien sintiendo que ya no pertenece á la tierra trata de hacérselo comprender así á sus discípulos.

« Cumplida está la mision del hijo del hombre: todavía no es mas que un mortal y ya los cielos celebran su gloria; porque él es quien revelará á los hijos de la tierra el secreto de la inmortalidad.... Vuestros lamentos me destrozan el corazon ¿por-

¹ Para hacer público alarde de su piedad, vendió Ananias todos sus bienes y llevó á los apóstoles lo que por ellos le dieron, menos una parte que para sí reservó, diciéndoles sin embargo que con nada se quedaba. Mas San Pedro le adivinó el pensamiento y le reconvinó por su mentira; y en el acto espiró el culpable. En seguida mandó el apóstol á sus discípulos en el cristianismo que retiraran el cadaver, lo que verificaron ellos volviendo al lado de su maestro para alabar la justicia y la omnipotencia de Dios. (Actas de los Apóstoles, cap. V.)— T. F.

qué llorais, hijos míos? En verdad que vamos á separarnos, pero siempre que me busqueis habeis de encontrarme, aunque ahora no os sea lícito seguirme en el camino que voy á emprender. Vuelvo á deciros que no lloreis: mis ojos estarán siempre fijos en vosotros. Un mandamiento os dejo mas noble que cuantos la tradicion os ha enseñado. *Amaos los unos á los otros, amaos como os ama vuestro mediador.* Sepa el universo entero que vosotros sois para todo él, y solicite entrar en vuestro pacto de amor y de caridad.

Diciendo así levantóse para salir, mas Pedro saliéndole apresuradamente al paso, le preguntó:

— « ¿A donde vas, maestro? »

— « Ya te lo he dicho y á repetirlo vuelvo, que no puedes seguirme: pero día vendrá en que camines por la huella de mis pasos. »

— « ¿Por qué me niegas esa gracia? exclamó Pedro fogosamente: pronto me hallo á sacrificar por tí la vida. »

— « ¡La vida! repitió Jesus con un doloroso suspiro; en verdad te digo, Pedro, que tres veces me habrás negado antes que luzca sobre la Judea el nuevo día. »

Después de pronunciadas esas palabras dobló la rodilla y en torno suyo se prosternaron los discípulos.

— « ¿Estais presentes todos? Preguntó con dolorosa emocion. »

— « Todos, todos: » clamaron los discípulos.

— « La voz de uno de vosotros no ha sonado en mis oídos. — Otra vez vuelvo á preguntarlo; ¿ estais todos á mi lado? »

— « Judas Iscariote no está, » repuso temblando Tadeo.

Jesus levanta los ojos al cielo y ora:

— « ¡Oh, padre mio! sonó la hora que va á mostrar á tu hijo en todo el brillo de su poder. Bajo su ley has puesto á los innumerables hijos de Adán para que él los resucite á la vida eterna, esa vida que consiste en conocerte y amarte. Mi pensamiento abarca en toda su inmensidad la obra de la redención. Los decretos de la eternidad van á cumplirse. A tu diestra me espera la corona; porque tú me devolverás la magestad que en mí fué antes de la creación de los cielos y de los orbes. Yo te he dado á conocer á tus elegidos: fieles permanecerán á mis preceptos; porque saben que cuanto les he enseñado de tí procede. Ahora, padre mio, por ellos te imploro: voy á dejar la tierra y ellos la habitarán sin mí: haz que sean dignos de la nueva alianza, y que á ejemplo de los espíritus celestiales, consideren su comunidad como una asociacion de hermanos. Mientras no he sido mas que un hombre

como ellos he velado por la pureza de sus almas. Helas ahí ; yo te los vuelvo... Uno solo me ha abandonado. ; Ay de mí ! Las profecías habían de cumplirse ! Arrebátalos de la tierra , á mis caros discípulos, ó al menos presévalos del espíritu maligno; ya no son presa del pecado , todo es en ellos inocencia y pureza. Mas no por ellos solos te imploro : sus palabras , dulces como el rocío del cielo, llamarán á la eterna vida á innumerables criaturas; sean esas iguales á sus primogénitos hermanos, reúnanse todos un día en torno mio para gozar de una felicidad sin término... No puede el mundo comprenderte : ;yo solo te comprendo ! Ya has relevado á tus criaturas tu justicia y tu clemencia; ahora que el santo amor que contigo me confunde abraza sus corazones. »

Dijo Jesus y salió de aquella sala y de Jerusalem : silenciosos le siguen sus discípulos hasta el sombrío valle del Cedron, en donde la voz bramadora del torrente no deja oír el sordo ruido de las ramas de la oliva, cuyas hojas melancólicas agita suavemente el aliento de la noche.

Llegando al huerto de los Olivos , sepárase el Mesías de sus discípulos , sube la rápida cuesta del monte, y dirige estas palabras á Gabriel, que invisible camina á su lado.

— « ¿ Ves aquel lugar solitario del valle de Getse-

mani ' á que dan sombra veinte palmeras sobre cuyas copas magestuosas semejantes á las montañas que sobre un abismo estienden su falda, pesa ahora la noche ? — Pues bajo esa solemne sombra quiero que se reúnan y que oren los ángeles. »

Dijo y se dispuso á consumir la obra de la redencion, la mas grande, la mas sublime de todas las que en la eternidad infinita de los tiempos se han cumplido. Rodéanle el silencio y la soledad ; porque los aplausos y los clamores de asombro de la muchedumbre que lisonjean á los heroes de nuestra mezquina tierra repugnan al Eterno y á su hijo. Solos estaban esos cuando su pensamiento creador hizo salir de la nada á los cielos y á los orbes.

* En ese valle situado mas allá del torrente de Cedron y próximo al huerto de los Olivos, fué donde prendieron á Jesus para conducirlo ante el Sanhedrin. — T. F.





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



CANTO QUINTO.

ARGUMENTO. — Desciende el Eterno acompañado de Elohá al monte de los Olivos. — Encuentra á las almas de los seis Magos de Oriente que al nacer Cristo fueron á adorarle en Belén. — Al atravesar la via lactea pasa el Eterno cerca de cierta estrella habitada por una raza de hombres inmortales. — Conversa con sus hijos el Padre de la dichosa raza y canta un himno al Eterno. — Llegado Elohá al Monte de los Olivos intima á Jesus que comparezca ante su juez y responde el Mesias á su llamamiento. — Adramelec, oculto á la inmediacion del Salvador, intenta burlarse de él, pero se ve precisado á huir. — Vuelve el Mesias á reunirse con sus discipulos. — Pasa la primera hora de las angustias, y de nuevo se presenta á su juez. — Abdíel-Abadona, que buscaba al Mesias, le ve sin conocerle, y se aleja destrazado el corazon por el espectáculo de los padecimientos de que ha sido testigo. — Despues de la segunda hora de angustias, vuelve Jesus á comparecer ante su juez. — Son tales los tormentos que padece que los ángeles mismos no pueden soportar su vista. — Solo Elohá permanece á su lado. — Levántase por fin Jesus; pasó la hora tercera de angustias y remóntase el Eterno á su trono.

Sentado está Jehová sobre su trono en todo el esplendor de su magestad suprema; y en pié á su lado manifiesta el divino Elohá el santo terror, que la insólita severidad de su dueño le inspira, por medio de este canto solemne :

« ¡Cuan terribles son, Dios de Justicia, los relámpagos que tus ojos lanzan sobre la tierra! ¡cuan espantosas las mil voces de trueno que braman sobre los valles del antiguo Eden! Errantes estrellas derramaban en aquellas regiones sus pálidos destellos de luz : miráste las y dejaron de existir. A influjo de tu mirar amenazador, se detienen los innumerables globos que celebran tu gloria en sus eternas órbitas ; guardan silencio los seráfines y los millones de ángeles creados para cantarte á tí. Todos se han cubierto los rostros con las alas y esperan que les permitas entonar un himno en honra de tu hijo. ¿Cual es, ¡ó Ser inconmensurable! el pensamiento inmenso que te preocupa? ¿será un pensamiento de destruccion? ¿Quieres juzgar al universo y aniquilar el imperio de Satan? Préstame, si así es, el mas temido de los rayos que guardan en su seno las tempestades ; préstame la mas sombría de tus noches ; préstame sobre todo un destello de tu omnipotencia, y yo iré á esterminar á esos espíritus de maldicion que no conocen el arrepentimiento. Y sea su Príncipe borrado del libro de la vida de los inmortales ; y del fondo de los

infiernos suban hasta el cielo los lamentos de su desesperacion, y viéndole y oyéndole los orbes, diganse unos á otros : ¡Un pensamiento del Eterno ha hecho desaparecer de lo infinito al Genio del Mal! — Perdóname, Señor, si me atrevo á suponer tales designios, pero todo respira en tí la indignacion de un juez, de un juez sin misericordia. Vanamente discurre mi memoria hasta los tiempos anteriores á la existencia de los mundos; nunca me has parecido tan temible. Tú que eras todo amor, eres ahora todo venganza, todo ira, ¡y yo he osado hablarte, yo, vapor efímero animado por tu divino aliento!... Perdona tanta audacia á tu criatura, á la criatura de tu pensamiento. No vuelvas hácia mí, Padre celestial, esas miradas que fijas sobre la tierra, porque me aniquilarías, si no me hubieras tú creado para la eternidad. »

Y Jehová responde :

« Voy á juzgar el Mesías, al que se ha interpuesto entre la humanidad y Yo, ¡al que es Dios y Hombre al mismo tiempo! — Sígueme Elohá. »

Dice, y se levanta ; y al dejar su trono resuena ese como las arpas de los seráfines cuando celebran una fiesta celestial ; y tiemblan los montes del cielo, y con ellos el altar de la redencion ; y las santas tinieblas pasando y volviendo á pasar hasta tres veces por delante del santuario descubren

sus sagrados escalones. Bajólos el Eterno y dejóse caer hácia la tierra.

En aquel mismo instante se apartaba de ella un serafin, seguido por las almas de los Magos que, guiados por una estrella, fueron á Belen desde remotas regiones del Oriente para adorar al niño nacido de Maria.

Hadad, el primero de esos Magos, deja en la tierra á la mas encantadora de las mugeres, cuya fresca y pura beldad se desarrolla á la sombra de los espesos y magestuosos bosques, embalsamados por el *Batrum*¹. Mas no le llora la joven viuda, porque seguros aquellos esposos de la inmortalidad del alma consideran á la muerte como tránsito desde la vida de un dia á la vida eterna, en la cual la palabra cruel de *separacion* no destroza nunca los corazones dominados por noble y casto amor.

Selima ha soportado con valor todas las angustias de una larga y tempestuosa existencia: el último momento de la vida ha sido para su alma el primer albor de la bienaventuranza.

Simri se constituyó el amigo y consejero de los

¹ *Batrum*, es el nombre botánico de cierto arbol de la India que produce la sustancia aromática conocida con el de *malabatum* entre los Romanos, que la apreciaban infinito. Creen muchos naturalistas que esa resina olorosa sea la misma cosa que el *almughâm* de los Indios, perfume que Salomon esportaba de la India con otros muchos preciosos objetos. — T. F.

hombres, y los hombres le rechazaron sin comprenderle. Solo uno, conmovido por la moribunda voz del sabio, le ha prometido que vivirá segun su ejemplo; y Simri ha dejado la tierra con la dulce certidumbre de haber sido util en ella.

Pobre y oscuro ha muerto Mirja; y sin embargo sus cinco hijos bendicen su memoria, porque los ha educado para la virtud y la sabiduria.

Digno del trono para el cual le creó el cielo, Belled ha sabido perdonar las injurias; y dividiendo el cetro con el mas cruel de sus enemigos, hizo de este un hombre tan grande y noble como él mismo lo era, y ganó un amigo cuya tierna solicitud ha embellecido sus últimos instantes.

Enseñó Sunith á los pastores que moran en los bosques de las riberas del Papar¹ á que cantasen al niño de Belen; con él le cantaron tambien sus tres hijas. Estan sentadas ahora sobre la tumba de su padre, y cubiertas con largos velos de luto, unen los lúgubres acentos de sus arpas al murmullo melancólico de los cedros y de los arroyos de Jedidot².

Tales son las almas que despues de haberlas revestido de aereos cuerpos conduce el serafin á su celeste morada. — A la vista de Jehová, que pasa

¹ Rio de la Siria que corre inmediato á Damasco. — T. F.

² Region de la Siria al pie del monte Libano. — T. F.

rápido y terrible, clama el ángel: « ¡He aquí al Eterno! » — Selima se estremece al oír aquel nombre, y osando por vez primera servirse de su voz de inmortal, cuya celeste armonía á él mismo le sorprende, hiere los espacios con estas palabras que á su Creador dirige:

« ¡O tú, á quien mis ojos contemplan enagenados de placer! ¿qué nombre te daré? ¿Debe llamársete *el Eterno*, Jehová, Juez, ó Creador del universo? ¿ó bien Padre del Dios que se hizo hombre en Belén, y que mis compañeros y yo adoramos los primeros sobre la tierra? Con clamores de alegría y de felicidad te saluda mi alma inmortal, suave emanación de tu aliento divino; mi alma que siente que todo eres amor y misericordia, y á quien sin embargo pareces ahora terrible y amenazador. No es á mí á quien vas á juzgar, no; al sostenerme en la agonía tu serafín me anunció que mi espíritu había hallado gracia ante tí. ¿Irás á pronunciar la sentencia de muerte de todos los hijos de Adán que aun desconocen á tu Hijo? ¿irás á aniquilarlos, y con ellos á la tierra que habitan? No, porque no eres inexorable, y tu Mesías se ha ofrecido en holocausto por la especie humana, y él la rescatará. ¡Salve, salve, Padre del Salvador de los Hombres!»

Calló, y él, y sus pios compañeros se postraron ante el Eterno que proseguía su camino al través

de las estrellas. Elohá sigue al Eterno sobre el mismo carro de fuego que en otro tiempo arrebató á Elías en la montaña de Dotan¹, desde la cual la vista del asombrado Eliseo le siguió hasta la entrada de los cielos.

De pié sobre aquel temido carro sujeta el divino Elohá con la serenidad que la fuerza inspira, á la tempestad que brama delante de él. A impulso del furibundo soplo de esa, conmuevese el carro, cimbréase y cruje el aureo eje; y la cabellera y vestiduras del ángel, parece que huyen á su espalda como arremolinadas nubes que el águila atormenta. En la diestra lleva un rayo el serafín, y á cada uno de los sublimes pensamientos que surcan su frente retumba el trueno en la infinitud del espacio.

En tal forma corre el mayor de los serafines millones de leguas solares, leguas inconmensurables para el humano pensamiento, y que los inmortales miden por las distancias que median entre los soles.

Acaba Jehová de llegar al océano de estrellas que nosotros llamamos *via lactea*, y los inmortales *Campo del Reposo*, porque allí fué donde el Eterno se detuvo cuando dió á la reciente creación su primer sábado. En su rápido vuelo hácia la tierra, rózase entonces con una de las innumerables y paci-

¹ Montaña de la Palestina. — T. F.

ficas estrellas que estan habitadas por seres revestidos de cuerpos semejantes á los de los hijos de Adan, pero cuerpos inmortales como las almas que encierran, porque esas se han conservado dignas de su celeste origen.

Ya un número infinito de siglos se ha acumulado sobre la cabeza del padre de aquella dichosa raza; y sin embargo brilla aun su rostro con todo el esplendor de una belleza varonil é imponente. No se han debilitado sus ojos que contemplan con bondadosa protectora expresion á sus infinitos nietos; no se ha secado en ellos la fuente de las lágrimas de alegría y de amor, ni se han cerrado sus oidos á los acentos de su gozosa familia, ni á los himnos de los serafines, ni á la voz del Eterno cuando se digna despertar á los ceos de lo infinito.

Esa voz, repetida por los celestes cánticos, acaba de llegar hasta él; escúchala y sonriese con su amada, que, siempre lozana y bella, solo se distingue de las jóvenes desposadas y de las vírgenes, de las cuales es dichosa abuela, en cierto aire de magestad maternal que se advierte en su persona, y que inspirando amor impone respeto.

Bello é imponente como entrambos, su primogénito está sentado á sus pies, y en las amenas colinas de los alrededores confianse sus tiernos secretos los jóvenes amantes; hermosos niños en cuyas flotantes cabelleras se enlazan tempranas flo-

res, triscan y bailan; y sus graciosas madres vienen á interrumpirlos en sus inocentes juegos para llevarlos á los brazos del padre de todo aquel linage, quien los bendice, y, devolviéndoselos á las madres, fija la vista en el camino que sigue el Eterno, le señala con la mano, y con sonora voz esclama:

« Vedlo ahí al Dios que á todos nos ha dado la vida: á mí que soy vuestro padre, á vosotros hijos míos, á esos valles sembrados de flores, á esos montes coronados de nubes. Si como á nosotros, hubiera dado á los valles y á los montes ojos para contemplar el espacio, oidos para escuchar las celestes armonias, voz para unirse á ellas, alma para adorar á su creador, les diria yo: Magestuosos cedros que le habeis visto desaparecer bajo nuestra verde sombra, olas impetuosas del torrente que le habeis visto caminar por vuestras orillas, referidos como se apartó de estas regiones despues de habernos llamado á la vida á mí y á mi dulce compañera. Imita, brisa embalsamada, con tu suave murmullo el rumor de sus pasos cuando atravesó las colinas de bosques entapizadas, que ahora halagas con tímido aliento. Globo terrestre, píntanos al Eterno tal como le viste cuando pasó sobre ti, sembrando en el espacio soles con la una mano, y estrellas con la otra. ¡Permite, ó Jehová, que segunda vez vuelva á contemplarte: disipa la nebu-

losa noche que te circuye; aclara tu frente de los vengadores rayos que la encubren! ¿Cual es, ¿ay de mí! el perverso pueblo, la horda maldita que así ha podido provocar tu ira?... Una sospecha, un temor espantoso, se presentan á mi pensamiento... Escuchadme, amados hijos míos; voy á confiaros un secreto, que no os he revelado largo tiempo hace, por no turbar la dulce paz de vuestras candorosas almas. Lejos, muy lejos de nosotros, en uno de esos globos casi imperceptibles que al parecer dormitan en un oscuro rincón de la inmensidad, viven unos seres cuya forma exterior es semejante á la nuestra; pero que han perdido la inocencia y el sello de la divinidad con ella. Viven apenas lo que dura uno de nuestros rápidos pensamientos, y van en seguida á aniquilarse en brazos de la destrucción... ¿Dudais? ¿Os parece imposible que una criatura del Eterno pueda dejar de ser? Teneis razón; porque sus almas son inmortales, y únicamente su cuerpo amasado con tierra, es el que vuelve á la tierra, y se convierte en polvo, y á esa transfiguración la llaman ellos muerte. Entonces el destello divino que animaba al cuerpo, huye de él y comparece ante el trono del Eterno, en quien con harta frecuencia halla á un juez irritado... ¡Huye lejos de nosotros, imagen terrible: solo el pensamiento del Creador puede sufrirte! ¡Para una débil emanación de ese pensamiento demasiado es

ya el detenerse ante el lecho de muerte de una criatura de Dios, contemplar sus ojos que se velan, se oscurecen y nada ven en la tierra ni en los cielos! ¡Todo es en torno suyo tinieblas y silencio, ninguna voz humana hiere sus oídos, ni aun la de la amistad, ni la del amor tampoco! ¡En vano intenta su lengua helada proferir balbuciente el último adiós; exhala su pecho un largo gemido; frío sudor baña su frente, los latidos de su corazón son cada vez más lentos, cada vez menos frecuentes, y acaban por cesar para siempre! De esa manera se estingue la virgen en los brazos de su desesperada madre que en vano llama á la muerte; así exhala el adolescente su último suspiro en el seno del desdichado padre de quien era única esperanza; así son arrebatados los tiernos padres á sus hijos aun niños que pierden con ellos su amparo y guía; así muere la enamorada doncella á vista de su prometido esposo; así el mancebo antes su inconsolable amada. ¡Amor! divina esencia de la divinidad: hay entre los hijos de esa tierra desdichada algunos corazones generosos que sin comprenderte, se han conservado bastante puros para adivinarte al menos, como adivinamos nosotros la presencia de un serafín por la sombra que las nubes proyectan sobre nuestras montañas, y sin embargo: ¡oh Jehová! ¡no te apiadas de los desgraciados á quienes un solo reflejo de amor eleva en ocasiones hasta

las mas sublimes virtudes! ¡Permaneces sordo á sus desesperados clamores, cuando te suplican que retardes una hora, un segundo el terrible instante de la separacion del cuerpo y del alma! »

Calló porque los sollozos de sus descendientes cubrian su voz. Los hombres estrechaban las manos de sus hijos; las madres enlazaban con trémulos brazos á sus hijas; los niños imprimian sus labios en los llorosos ojos de sus amados padres; y abrumado por santo dolor reclinaba el amante su cabeza sobre el corazon de su amada, como si temiera que aquel corazon pudiese tambien algun dia dejar de latir.

Mas el padre del inmortal linage, estrechando contra el pecho á su compañera, continuó en voz tierna :

« ¿Será en efecto la tierra el objeto de la cólera del Eterno? ¡Oh si supierais cuanto os amamos, desdichados hermanos, como nosotros nacidos para la inmortalidad; cuanto nos hacen padecer vuestros males : por piedad de nosotros no hubierais irritado á vuestro Creador! Si el globo que habitais ha de convertirse para vosotros en tumba, si el abismo luego ha de tragarse esa inmensa tumba : la eternidad será para nosotros un duelo interminable... No, Padre misericordioso, no los aniquilarás : tú les has enviado á tu hijo para que los redima de la muerte eterna, y resucitarán, y un dia

los veremos. ¡Ah! dignate decirme que el Mesias de quien tantas veces me han hablado los seráfines ha ido á morar entre ellos para salvarlos!... No me respondes, y siempre amenazador continuas descendiendo hácia la tierra... Tu voluntad es incomprendible : cúplase en todo, Dios de justicia; los inmortales, las sagradas regiones te adoran en silencio; los hijos de este globo terrestre se prosternan ante ti en el polvo; los sublimes seráfines te contemplan en el esplendor de tu omnipotencia y leen los eternos decretos en tu divina frente : cúplase tu voluntad, ó Jehová!

Dijo, y sus miradas siguieron á lo lejos al Eterno que ya frisa con la espesa atmósfera de la tierra.

Desde lo alto de su carro de fuego, que flota sobre nubes agrupadas como inmensas montañas, diviso Elohá al Mesías, se detiene, hace bramar al trueno y dice :

« Tu poderio es infinito, Hijo del Eterno, pues que te sientes con fuerzas para soportar la sentencia que va á pronunciar tu Eterno Padre. ¡Oh! si yo pudiera hacer que descendiese sobre la tierra un rayo de esta luz que ilumina los misterios de lo infinito y los aclara!... Prostérnate, Elohá, y adora en silencio; regocíjaos, hijos de la tierra, porque en breve será igual vuestra felicidad á la de los seráfines. »

Calló y tendiendo el brazo sobre la tierra, la bendijo en su pensamiento.

Llegado es el Eterno al monte de los Olivos, envuelto en la mística hora de la noche que el bronce anuncia con doce misteriosos sonidos¹. Al través de ese velo, trasparente para todos los que no son mortales; ve la tierra cubierta de pecados y erizada de altares consagrados á falsos dioses. Los crímenes pasados y los futuros crímenes salen de los abismos á donde arrastran á las generaciones, que al propio tiempo la mano severa de la conciencia conduce ante el supremo tribunal. Desciende del cielo un rumor lastimero; en las trémulas alas de los vientos suben al empireo los suspiros de la virtud atormentada en la tierra, y los sollozos de las víctimas que espiran en los campos de batalla; y presta el trueno su voz á la inocente sangre de los mártires, para clamar venganza en la inmensidad del firmamento.

¡Dios medita!... Su mano sostiene al universo próximo á convertirse en polvo, á perderse en lo infinito... Vuélvese á Elohá: compréndele el serafín y remóntase inmediatamente á los cielos, mas

¹ *Preoissements*, dice la traducción francesa; mas esa palabra, que aquí significa *repercusión de cuerpo sonoro*, traducida literalmente hubiera producido muy mal efecto en castellano. Por eso la he reemplazado con la voz *sonido*, que explica claramente la idea del autor. — T. E.

sin apartar la vista del monte de los Olivos emboeca la terrible trompeta que despertará un día á los muertos de todos los siglos; y por tres veces la hace sonar. Tembló la tierra, y despues de la tremenda salva, dijo el serafín:

« En nombre del que tiene las llaves de la inmensidad, del que dió llamas á los infiernos y soberano poder á la muerte. ¿Hay bajo de los cielos un ser que quiera comparecer ante ÉL en vez del género humano?— ¿Si existe, que venga, Dios le llama? »

Al escuchar la voz del angel, estremeciósse el Mesías que se hallaba al pie del monte de los Olivos; pero adelantósse y entró en el Santuario donde su Eterno padre le esperaba.

Si me fueran concedidas la penetracion de los profetas y la voz de los seráfines, si la trompeta del juicio final estuviese á mi disposicion para repetir tus divinos pensamientos, tal vez entonces tuviera yo fuerzas para cantarte, Salvador del mundo, cuando luchabas contra la muerte y contra la ira de tu Padre; sí, de tu padre inexorable contigo por amor de los humanos. Espíritu del padre y del hijo: yo no soy mas que un debil mortal; ilumina y dirige mi pensamiento, y á despecho de mi nulidad, veré y comprenderé los sufrimientos de la agonía de todo un Dios.

Prosternado está el Mesías en el polvo de los

huesos de todos los hijos de Adán muertos en el pecado; entre él y su padre está el infierno; y el Salvador gime, retuerce sus brazos desesperadamente, y pelea contra la muerte y contra la nada. Abrúmale la inmensidad de los pecados de todos los siglos: los terrores de la agonía agitan su espíritu, la sangre circula apresurada en sus venas, su frente, todo su divino rostro, está inundado de rojizas y brillantes gotas de sudor.

Y no fué, no, un sudor ordinario el que cubrió los miembros del Mesías cuando por nosotros padecía: era sangre aquel helado y mortífero sudor que humedecía su corporea y mortal forma.

Recobrando súbitamente el sentimiento de su divinidad, levántase Jesús del polvo, y mezclándose algunas lágrimas á la sangre que sus mejillas baña, alza los ojos al cielo, y ora en voz alta.

« ¡No existía aun el mundo, ó Padre mio: apenas le sacamos de la nada vimos morir al primer hombre, desde entonces cada segundo ha señalado la muerte de un pecador, y siglos enteros han transcurrido así cargados de tu maldición! Mas al fin llegada es la hora solemne de los misteriosos padecimientos, la hora por nosotros señalada antes que el universo emprendiera su carrera sin fin, antes que la muerte inmolase su primera víctima! ¡A vosotros que dormís en Dios, yo os saludo en el fondo de vuestras silenciosas tumbas. ¡Despertados se-

reis! ¡Oh y cuanto padezco en este instante cargado con el peso de vuestra fragilidad; porque yo tambien he de morir pues que he nacido! O tú, que sobre mi cabeza suspendes tu brazo, tú que haces temblar á mis huesos amasados con barro, acelera el curso de esta amarga hora, acórtala que bien puedes, nada hay imposible para el Eterno. El terrible caliz que llenaste con tu ira y con tus espantosos terrores sobre mí lo derramaste; no lo hagas hasta la última gota, apártalo de mí... ¡Estoy solo, aislado de los ángeles y de los hombres, aun de mis mas amados, de los hombres que son mis hermanos!... ¡Y me rechazas tú! ¡Al juzgarnos, Padre celestial, dignate recordar que todos somos descendientes de Adán y que yo soy tu hijo!... ¡Mas *hágase tu voluntad y no la mia!* »

Así habló el Mesías, y mientras su trémula diestra se apoya en la noche, á su siniestra mano huye el día. La horrible imagen de una eterna muerte pasa ante él, y las almas reprobadas maldiciendo á la omnipotencia; y en las entrañas de la tierra resuena el bramido de las cataratas de donde emanan los infernales terrores, y se derivan aquellos arroyos cuyo pérfido murmullo convida al engañoso sueño de la nada. El suspiro infinito de la desesperacion acusa á la creacion ante el Creador, maldiciendo lo pasado, lo presente y lo futuro.

ro; y el Hombre-Dios comprende lo que aquel suspiro significa.

Adramelec, que se había posado ⁴ sobre una roca tan negra como él, con los ojos fijos en Jesús, los apartó de este un instante para considerar en la tierra á una de sus víctimas á quien ha conducido hasta el punto de quitarse á sí misma la vida. Resuenan en las cercanas colinas los desesperados lamentos del suicida, los gemidos que le arrancan sus tardíos remordimientos, y, precedido por aquellos espantosos ecos, deja el Príncipe de las tinieblas la roca que le servía de asiento. Centellean en su rostro el odio y el orgullo; profundiza su pensamiento el abismo de las maldiciones, y van á salir de su boca palabras amenazadoras como el lejano rugido del trueno, amargamente irónicas como los consuelos que hallan los condenados en los demonios; pero Jesús fija en él una mirada con la imponente magestad propia del Juez supremo, y Adramelec retrocede horripilado. Imagina, sin embargo, que aun podrá vencer á su dueño, y llamando en su auxilio á una niebla de vapores infer-

⁴ *Accroupi*, dice la traducción francesa, y en la imposibilidad de emplear el literal significado de esa voz (agachado, acurrucado, puesto en encillias), que en castellano es altamente ignoble, he acudido al verbo posarse, que se dice de las aves cuando después del vuelo permanecen en determinado punto y en actitud análoga á la que el autor quiso dar á Adramelec.—T. E.

nales, envuelto en ella se lanza al espacio: mas en el punto mismo se desvanece el engañoso apoyo, cae el Príncipe de las tinieblas privado de fuerza y movimiento á los pies del Mesías, y entonces ya no ve ni al Mesías ni á la tierra... Vencido y lleno de terror, huye sin saber adonde.

Dejando el hijo del Eterno la humilde postura de pecador en que se hallaba, se acerca á sus dormidos discípulos, y la vista de algunos hombres, sus hermanos, le consuela de lo que acaba de padecer.

Saben los seráfines que la obra de la redención toca á su término, porque en otro tiempo les ha dicho Elohá: « Cuando los vientos y la tempestad se lancen á un tiempo de entrambos polos, cuando en sus orbitas inmensas bramen los mundos como las olas de la mar furiosa, cuando las estrellas se eleven estremeciéndose en sus infinitas trayectorias, cuando en vuestras sienas sintais que vacilan las diademas de oro que las ciñen, y vuestras azuladas alas se cubran con el velo de cenicienta nube, entonces empezarán para el hijo del Eterno las angustias de la redención. »

Y todas esas profecias se realizan, y los cielos cantan :

« Pasada es la primera hora de las pruebas; la primera hora de los sublimes padecimientos que aseguran la paz al universo, pasada es. »

Así cantan los cielos.

El Mesías de pie al lado de sus dormidos discípulos los contempla en silencio.

« ¡Pedro, amigo mio, exclamó por fin; duermes mientras mi alma padece mortales angustias! ¿Con que no puedes velar conmigo una hora? Lo quisieras, bien lo sé; ¡pero eres hijo de la tierra, y aun su lodo domina en tí! »

Dice, y vuelve de nuevo á presentarle al Juez inexorable su cabeza que voluntariamente ha cargado con todos los pecados del mundo.

Envuelto en el negro manto de la noche, pasa Abbadona, á manera de fugitiva sombra, sobre la cima de los montes que se elevan al oeste de Jerusalem, buscando con inquietas miradas al Mesías, y, probando al mismo tiempo con las palabras que su trémula boca murmura que tanto teme como desea hallarle.

« Y me atrevo yo, dice, yo, miserable angel caído, á aspirar á la dicha de contemplar al hijo del Eterno. ¡Culpable audacia! tú sin duda acabarás de perderme. No, no: ¿qué puedo temer yo, pues que Satan le ha visto impunemente? ¿Mas en donde podré hallarle? He recorrido todos los desiertos, he subido hasta las fuentes de todos los rios, mis tímidos pasos han turbado la severa soledad de las sombrías selvas y de los floridos bosques. He dicho al cedro: Si tu sombra le acobija, dignese decírmelo el manso ruido de tus ramas. He dicho á las

montañas suspendidas sobre los precipicios: Inclinaos mas hácia mi rostro bañado de lágrimas para que pueda yo ver al Hombre-Dios si duerme en vuestras quiebras... Y luego me he dicho á mí mismo: Sin duda que la tierna solicitud le conduce al través de las nieblas de la mañana, ó la sabiduría y la meditacion le entretienen bajo subterráneas bóvedas; y sin embargo ni en las nubes, ni en las entrañas de la tierra he podido hallarle ¡Ay de mí! ¡Indigno soy de fijar mis ojos en tu rostro, divino Salvador! ¡Indigno de embriagarme con tu sonrisa misericordiosa! ¡Tú solo á los hijos de Adan rescatas! ¡Para el angel caído no hay redencion! ¡para el angel caído no hay esperanza! »

Diciendo así, divisó á los discípulos que dormian, y admirado de la belleza y juventud de Juan, acercóse á él; mas penetrado de santo temor, al descubrir en aquel rostro un reflejo de la divinidad, se detuvo temblando, y habló en espíritu al predilecto del Mesías de esta manera:

« ¿Eres tú el Hijo del Eterno? — Sí, debes serlo, porque un alma divina se retrata en tus facciones... ¡Cuan tranquilo es tu sueño! Ese reposo sublime es patrimonio de la virtud; el desdichado Abbadona no puede ya gozar de él. »

Pedro despertándose á medias se vuelve á Juan, y le dice:

« Amigo, hermano mio, ¡cuan terrible es el cruel

ensueño que acaba de aterrarme ! Pareciame ver á Jesus delante de mí y que me miraba severo : quise hablar, mas apartó el rostro como si me hubiera hecho yo indigno de su amistad. »

Al oír estas palabras, cayó el angel rebelde en profunda y dolorosa meditacion. Súbito una dolorida voz, llevada en alas de la noche al través del silencio de la naturaleza, hirió sus oídos. Diríjese entonces hácia el valle de Getsemani de donde la voz salía, y á medida que á él se acerca la oye mas triste, mas lastimera.

« Así, dice, gimen los moribundos ; sin duda ese desdichado es un caminante víctima de algun asesino. Acaso apresuraba gozoso su marcha por los tenebrosos valles para llegar pronto á la morada donde le esperaban las dulces caricias de su familia, cuando el hierro homicida le hirió. ¡ Tal vez será noble y pura su alma, y su vida una cadena de acciones virtuosas ! ¿ Me atreveré á acercarme á ese infeliz, yo que soy uno de los príncipes del abismo ? No, no ; ¡ que sin estremecerme no podria contemplar á esa víctima de las criminales pasiones que fermentan en el fondo del tenebroso imperio, y rebosan sobre la tierra para perdición de la especie humana ! ¡ O inauditos tormentos ! ¡ A toda la sangre inocente que los hijos de Adán han derramado desde la caída de su padre, á toda la sangre inocente que han de derramar aun hasta el fin de los

tiempos, á toda junta la oigo clamar venganza ante el Eterno, y veo al Eterno castigar sin misericordia !... ¡ Quiero saciarme de desesperacion, quiero contemplar los despojos de los hijos de Dios, porque yo tambien he contribuido á perderlos !... ¡ Silencio de la tumba, ante tí mi pensamiento retrocede horrorizado ! Y sin embargo no en medio de ese silencio aparecerá un dia el Juez terrible : sus pasos son el rayo que hiere, sus palabras el rayo que aniquila. »

Siguiendo la direccion de la voz que tan profundamente le conmueve, se ha aproximado Abbadonna al Mesías, y le ve prosternado en el polvo, luchar convulsivamente con las angustias de la agonía. En aquel momento sacudió Gabriel la nube que le envolvía, y se inclinó hácia Jesus : celestiales lágrimas bañan la mejilla del serafín, sus oídos que desde el punto mas remoto de lo infinito oyen los pasos del Eterno y el crujir de los soles que á su vista se humillan, percibieron el movimiento de la sangre del Hijo del Hombre que circulaba en sus venas contraídas por el dolor ; contó el arcangel los latidos del corazón, contó los gemidos y oraciones del divino Salvador, y su inmortal pensamiento comprendió las angustias de la redención. Incapaz de soportar mas tiempo el espectáculo de aquel inaudito padecer, alzó Gabriel al cielo su rostro bañado de lágrimas, pidiendo misericordia para el

Mesías; y en el instante legiones enteras de ángeles rasgan las nubes y unen sus ruegos á los del arcángel. Viólos Abbadona, y sintióse anonadar por una sombría desesperacion, comprendiendo mas vivamente que nunca el envilecimiento en que sumido se halla. Solo un instante fijó la vista en Jesus que levantó la frente cubierta de sangriento sudor, y tal espectáculo colmó la medida de su desesperacion.

« O tú, esclamó, que padeces aquí tormentos que la lengua de los inmortales es incapaz de explicar, ¿serás hijo del polvo? ¿serás un reprobó que reconoce demasiado tarde que hay justicia en los cielos? — ¡No, no, que tu forma humana brilla con divino resplandor, tus miradas se levantan á mas que á las tumbas de la tierra, á mas que á las nubes que las cubren con su inmensa bóveda! ¡Hay en tí un misterio cuya profundidad no me es dado penetrar! Un pensamiento, veloz como el relámpago, amenazador como el huracan, se despierta en mí... ¡Huye, huye, pensamiento terrible: eres solo un espectro hijo de mi terror! No, ese no es el hijo del Eterno á quien he visto sentado á la diestra de su padre; ese no es el hijo invulnerable del Eterno que sin piedad combatió á los ángeles rebeldes hasta precipitarlos en el abismo! ¡No, ese no es el hijo del Eterno á quien he visto de pié en su flamígero carro, con la noche y la muerte braman-do á sus pies, y lanzando por los ojos venganza y

destruccion! ¡Aun le veo cuando sobre mí arrojó una de sus destructoras miradas: todos los abismos de lo infinito se estremecieron, y yo nada oí, nada ví desde aquel instante mas que noche y maldicion! ¿Y aquel implacable vengador, habia de ser este hombre que miro postrado en el polvo enrojecido con la sangre que brotan sus poros todos? ¡Yo he apurado el caliz de los dolores, mi cuerpo está cubierto de las cicatrices de la condenacion, y con todo eso son nuevas para mí las angustias que le atormentan!... Al aspecto de ese hombre un terror santo me penetra hasta la médula de los huesos... Sí, todo en él es misterio y maravillas... ¿Habeisme abandonado para siempre, dulces memorias de los cielos? ¿Será que nunca pueda despertar en la mente á una sola de vosotras? Sí, sí; me parece que en otro tiempo oí anunciar un misterio sublime, del cual hasta en los infiernos se ha hablado, esforzándose vanamente Satan para convertirla en absurda fábula... ¡Ese hombre que así padece cargado con todos los dolores, con todas las penas de la tierra, no puede ser un simple mortal! Un coro de ángeles le rodea, la naturaleza entera, como santificada por algun pensamiento divino, se estremece y ora... ¡Ah! por fin te reconozco, Salvador del mundo: mas no vuelvas la vista hácia el miserable Abbadona, porque el horror que el verme te causaria, pudiera moverte

á que á tu trono regresarás; y entonces sería yo por segunda vez motivo de la perdición del linage humano... Y sin embargo de que penetras en el fondo de mi alma, y de que ves mi tormento, no te apiadas, no; tú eres el Mesías de los hombres! ¡Oh si te hubieras dignado convertirte en serafin; si así padecieras para rescatar á los ángeles caídos! Entonces me sería lícito entonar en honra tuya cánticos de amor y de gratitud. Hijos de Adán: pues que por vosotros muere, adorad la sangre que va á derramar; y si alguna vez la profanaseis, yo, rompiendo las entrañas de bronce de los infiernos me precipitaria á los pies de vuestro mediador, y en voz inteligible para los cielos y para los orbes le diría: los pecadores que has rescatado rechazan tus beneficios, aprovechense al menos de ellos los ángeles caídos. ¡Si el infierno te aborrece, el desdichado Abbadona te adora! ¿No te dignarás nunca echar una mirada de misericordia sobre su arrepentimiento? ¿Correrán siempre sin ser vistas sus lágrimas de sangre? ¡No se atreve á pedirte el perdón, mas abrumado por la inmortalidad te suplica que le sometas á la muerte! »

Asombrado de la atrevida esperanza que ha osado concebir, Abbadona huye presuroso.

Jesús se levanta del polvo donde estaba postrado, vuelve los ojos á sus discípulos que aun dormían; y los cielos cantan:

« Pasada es la segunda hora de las pruebas; la segunda hora de los padecimientos sublimes que aseguran la paz al universo, pasada es. »

Así cantan los cielos.

El Eterno tiene aun la balanza temida; los ecos celestes repiten palabras de muerte y de anatema, y ni una sola voz de misericordia, de paz, ni de esperanza. ¡Sobre la tierra pesan tinieblas tan profundas como las que han de señalar la postrera noche, aquella á la cual seguirá de demasiado cerca el postrero día, aquella en que han de resonar la voz del ángel de la muerte, y los clamores de los recién nacidos de la tumba!

Encórvase el Mesías por tercera vez bajo la mano que le hace expiar los pecados del mundo. Así se estremece convulsivamente sobre el ara el cordero al espirar en manos del sacrificador; así Abel, pidiendo en vano auxilio á su padre, espiró á impulsos de una mano que amaba.

Velado por una nube sombría, está Elohá al pié del monte de los Olivos. Brama el trueno, rugen las aguas del Jordán; y al través de ese amenazador ruido trasmite el Eterno sus decretos al serafin, quien inmediatamente se acerca al Mesías. En alas del viento helado de la noche llegan al ángel los suspiros sofocados del Salvador, á quien pronto descubre tendido en tierra y destrozado por el dolor. A vista de la divinidad así atormentada, siente

Elohá que su angélico esplendor se desvanece, y queda en forma de simple mortal : mas vuelve Jesus hácia él sus moribundos ojos, y aquella mirada basta para que el serafin recobre su fuerza y brillo. Levántase entonces sobre una nube de oro y tiende sus azuladas alas sobre el Mesías.

« Hijo del Eterno, dijo, tu mirada me ha hecho digno de tí, iniciándome en el secreto de los cielos, á mí, que no soy mas que un soplo efímero del espíritu Creador, una gota de rocío en el océano de lo infinito. Tal como los soles que brillan para iluminar á los granos de arena que con el nombre de mundos ruedan en el espacio, debía yo servir al cumplimiento de tus designios sin comprenderlos; y sin embargo me has creído digno de revelarme tu divino pensamiento. ¡Bendita seas, inmensa mirada de mi divino Señor, que me has elevado sobre mi propio ser, que me has aproximado al que no tuvo principio ni tendrá fin! Esta felicidad que me inunda será por los hijos de Adán experimentada, cuando tú hayas obligado á la muerte á rendir su guadaña á tus pies. Sí, solo cuando concluya el mundo y el tiempo; solo cuando la eternidad comience será dado al linage humano comprender el misterio de la redención, su felicidad, tu amor y tu gloria. »

Mientras que así decía el serafin redobláronse las angustias del Mesías; y el coro de los ángeles se

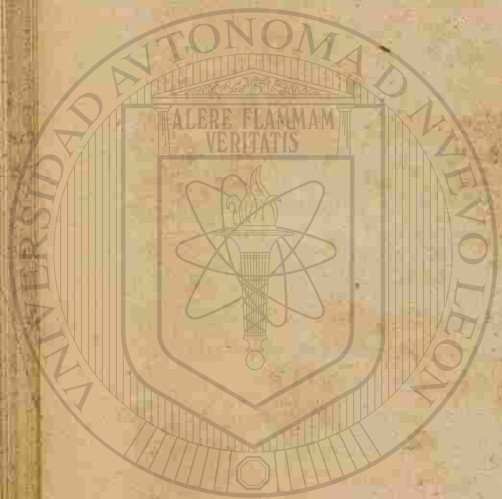
apartó en rápido vuelo, quedándose solo Elohá inmóvil y cubierto el rostro con las alas.

Tres veces habló el Eterno, y tres veces la tierra, trastornada en sus cimientos, se lanzó para perderse en los espacios, mas tres veces también el Eterno la detuvo.

Levántase de nuevo del polvo el Hijo del Hombre : venció, y los cielos cantan :

« Pasada es la tercera hora de las pruebas; la tercera hora de los sublimes padecimientos que salvan al universo, pasada es. »

Así cantan los cielos y Jehová vuelve á subir á su trono.



CANTO SESTO.

ARGUMENTO. — Judas Iscariote, seguido por una tropa de hombres armados, va á Getsemani á prender á su maestro. — Terror de los soldados cuando oyeron la voz de Jesus. — Beso de Judas. — Déjase el Mesías prender sin resistencia y condena el arrebatto de Simon Pedro. — El concilio de los Sacerdotes espera á Jesus con la mayor ansiedad. — Tres mensajeros van sucesivamente á darles noticias de la espedición de Judas. — Filon pasa á la casa de Anás en busca de Jesus que á ella fue primeramente conducido, y le hace llevar á la de Caiás. — Porcia, muger de Poncio Pilato, va á la casa del gran sacerdote para ver al profeta, en cuya suerte se interesa vivamente. — La tranquila resignacion que el Mesías opone al furor de sus enemigos acaba de inclinarla á su favor. — Inducido por Satan, constitúyese Filon en acusador de Jesus. — Depositiones de los testigos. — Es condenado á muerte Jesus. — Simon Pedro niega á su maestro, pero se arrepiente inmediatamente y recorre desatinado las calles de Jerusalem atormentado por crueles remordimientos.

El varon justo cuando toca al término de su carrera estima en mas los cortos instantes que le restan de vida que los dilatados años que ya vivió, porque conoce que aquel plazo se le concede solo para coronar con nobles acciones una vida enteramente consagrada á la virtud. De la misma manera son para los habitantes de los cielos mas imponentes y sagradas las horas de la redencion, á medida que la víctima se aproxima al altar del sacrificio.

Penetrados de la santidad de aquellas horas sublimes, Elohá y Gabriel razonaban con dulce emocion sobre los bienes que á la especie humana iban á resultar de ellas.

Súbito cierta luz vacilante que centelleó al través de las tinieblas que aun envolvian al valle de Getsemani atrajo sus miradas :

« ¿ Qué horda salvage es aquella ? exclamó Gabriel. Adelántase precedida por antorchas : el infierno es quien la envia. »

« Preciso es que llegue, hermano mio : tal es la voluntad del que dispone de la muerte y de la vida, de aquel cuyo poder se manifiesta en la pequenez de un grano de arena como en la inmensidad del universo. »

« ¿ Elohá, reconoces al pérfido que capitanea esa horda ? Su porte perderá el orgullo insultante que ahora ostenta cuando á la voz de su juez se levante

de entre el polvo de los muertos, y no oirá pronunciar su sentencia con esa mirada de triunfo. »

La tropa llega al pie del monte de los Olivos : Jesus reconoce á sus asesinos.

La noche mas negra que jamas haya pesado sobre la tierra comienza á levantarse por cima de las tristes hojas del Olivo : mas antes de huir esparce todos sus vagos terrores, todas sus cobardes indecisiones sobre la asesina tierra. Aquel temor misterioso y saludable que mas de una vez detuvo al malhechor en la senda del crimen, paralizó por un instante la audacia de los soldados que iban á prender á Jesus : pero Satan les volvió al punto su funesto valor. Iscariote tiende la vista en torno buscando á su maestro.

« ¿ Donde está ? dice para sí. Sus discípulos predilectos pretenden haberle visto con frecuencia sobre la cima del monte Tabor rodeado de brillantes nubes ; pero como no le han visto aun es cargado de cadenas, y quiero procurarles ese espectáculo antes de que entren en posesion de los reinos que ha de darles su poderoso maestro... ¿ Porqué tiemblas, Judas ? — Porque la noche sea fría y oscura como las tumbas de los muertos ¿ ha de faltarle á un hombre el valor ? No ; no : he de concluir la comenzada obra, y yo por lo menos seré rico y poderoso. »

Discurriendo en tan infernales pensamientos pe-

netra en la espesura de los árboles y le siguen los soldados agitando las antorchas y blandiendo las armas. Jesús los ve y los oye.

« Aquí estan, dice. ¡Inmenso es el precipicio que del cielo los separa! Abiertos en el fango estaban los senderos que he tenido que seguir en esta tierra; pero brillarán como en el espacio infinito las vias solares, cuando los decretos del juicio postrimero hayan rasgado el velo de la redencion. »

Los soldados hallando dormidos á los discípulos cercanlos con estrepitosa alegría, sin recordar que Judas debe designarles la víctima que buscan, por medio de una señal de antemano convenida : mas súbito parece el Mesías, y con voz serena y dulce les pregunta : « ¿A quien buskais? »

« A Jesús Nazareno » responden todos á la vez.

Oyendo aquel nombre despiértanse los discípulos, los ángeles los rodean, y Jesús con aquella voz poderosa que reduce á silencio á la mar inquieta, y manda al reptil que muera, y de la nada saca el alma de los seráfines, dice :

« Yo soy Jesús Nazareno. »

Los soldados al oír aquellos acentos sobre humanos pierden el sentido y caen al suelo ; Judas tambien, mas levántase al punto. Satan no se aparta de él un instante: invisible y orgulloso suspende

sobre la cabeza del traidor una corona de fuego, que puesta en contacto con su malvada frente estampa en ella el sello de la reprobacion, en el instante en que sus labios imprimen el beso infame en la mejilla de Jesús. La mas horrible de las traiciones se ha consumado y los soldados conocen la víctima que han de prender.

« ¡Judas, dijo el Mesías mirándole con tierna compasion, me vendes aparentando darme una prueba de tu cariño! Desdichado ¿porqué sonó para tí esta hora! »

Y volviéndose hácia los soldados les tiende las manos para que las carguen de cadenas. Al ver aquello, Simon Pedro, el discípulo intrépido no puede contener su indignacion, tira la espada y hiere al sicario que ha osado poner las sacrilegas manos en su maestro : mas Jesús cura al punto aquella herida.

« Si le pidiera auxilio á mi Padre, dijo el arrojado discípulo, bajarían legiones de ángeles de los cielos á defenderme. Resignate, amigo mio : preciso es que las profecías se cumplan. — Y vosotros, ciegos instrumentos de la providencia, y vosotros que habeis venido á mí armados como si fuerais á prender á un temible facineroso : ¿no me habeis visto diariamente en el templo en medio de todos? ¿No me habeis encontrado en vuestro camino á cada instante solo y sin armas? »

Dice y déjase conducir por los soldados que atravesando el torrente del Cedron regresan á Jerusalem.

Desde que principió la noche se hallaban reunidos en el palacio de Caifás los sacerdotes y los ancianos, esperando con inquietud el resultado de la mision que confiaron á Judas. Algunos hombres del pueblo, noticiosos del motivo de aquella reunion extraordinaria se habian agrupado en la plaza donde alternativamente cedian á opuestos sentimientos; recordando unas veces los beneficios del Mesías y dando otras crédito á las calumnias contra él esparcidas. La preocupacion consiguiente á tan distintos afectos les hacia mirar con indiferencia la belleza del palacio del sumo sacerdote, monumento digno de Salomon, y cuya magnificencia realzaban en aquella ocasion las ricas lámparas de oro pendientes de las columnas de pórfido, que sustentaban los salones y galerías.

Seguros de dirigir como les convenga la sorda agitacion que empieza á manifestarse en el pueblo, los sacerdotes solo se preocupaban por el momento del regreso de los mensajeros que habian mandado á inquirir las operaciones de los soldados de Judas. « ¿Quién los detiene? » se preguntaban unos á otros. ¿Isariote, el traidor á su maestro, nos habrá hecho tambien traicion á nosotros? ¿Habránse dejado fascinar por alguno de esos presti-

gios de que tanto uso hemos visto hacer al Nazareno?

Mientras que tales preguntas se hacian entra en la asamblea un mensajero, pálido el semblante, desordenado el cabello, cubierta la frente de frio sudor; y levantando las manos sobre su cabeza, esclama:

« Sumo-Sacerdote, levitas, y vosotros padres de Israel, cubrios con ropas de luto, todo se ha perdido. Llenos de celo y de ardor, atravesamos el valle del Cedron, salvamos el torrente y llegamos hasta los sepuleros, sin que la helada atmósfera de estos entibiase nuestro valor. Seguimos, avanzando sin embargo de que las nubes que nos rodeaban cada vez iban siendo mas densas y mas negras. Nunca mortal alguno ha caminado en tan horribles tinieblas: mas los soldados continuaban su marcha con atrevido paso, y yo á lo lejos los seguia. De repente divisé al profeta y al verlo, cómo y porqué no sabré deciroslo, pero es cierto que al verlo sentí que un frio mortal me helaba la médula de los huesos, mi sangre dejó de circular, los cabellos se me erizaron... Los soldados que aun no le habian visto iban á amarrar á sus discípulos; entonces se les presentó y les dijo: « ¿A quien buskais? » No se desmintió el valor de los nuestros, y contestaron todos á la vez: « Buscamos á Jesus Nazareno. » Y ÉL... ¡ah, como he podido so-

brevivir á aquel instante!... ÉL exclamó en voz tan terrible como la del trueno : YO SOY.... Y todos dieron con el rostro en tierra y quedaron sin movimiento y sin vida.... Yo solo me he salvado de la muerte, tal vez porque estaba predestinado á traer la desdichada nueva.... ¿Adonde hallar ahora un refugio? ; Llegada es nuestra última hora! »

Calló, y estremeciósela asamblea como roca herida por el rayo : solo Filon, inaccesible al temor, lanza una mirada esterminadora sobre el mensajero, y dice ;

« Miserable, ó te has vendido al Nazareno, ó eres juguete de una ilusion hija de la noche y de tu miedo; el aspecto de las tumbas abiertas ha perturbado tu entendimiento; has confundido á los soldados valerosos con los cadáveres que duermen en los sepulcros. Sabe, cobarde, que no bastan palabras para matar á hombres por nosotros enviados. »

Resonaban aun en el salon esas últimas palabras cuando llegó otro mensajero, casi sin aliento, y arrojó estas frases á la asamblea.

« Mucho hemos padecido... Su voz atronadora, sus miradas penetrantes como la segur de la muerte nos han derribado por tierra. Ignoro cuanto tiempo permanecimos en aquel estado, mas apenas recobramos el uso de los sentidos tendió voluntariamente las manos á las cadenas. Tráenle los

soldados, mas temblando que con algun nuevo prestigio los aniquile. ÉL, sin embargo, los sigue tranquilamente, y ya todos han llegado á las puertas de Jerusalem. »

Dijo, y entrando inmediatamente un tercer mensajero dijo en voz que queria ser solemne :

« Honra y gloria á vosotros, defensores de la santa ley de Moises, y perezcan todos los que de hoy mas se atrevan á levantarse contra vosotros, como perecerá el Nazareno. Ahí os lo traen cargado de hierros que ni la magia de sus miradas, ni la de sus palabras podrán quitarle. Ya todos los suyos le han abandonado : solo, en medio de los soldados, se acerca á este palacio. El Dios de nuestros padres os lo entrega; su sangre os pertenece. »

Satan acaba de introducirse en el concilio, y con él todas las infernales alegrías. Diabólicas visiones hacen ver á los sacerdotes la agonía del Salvador, y les presentan como consecuencias de su muerte el poder y las riquezas de que imaginan que van á gozar; mas sin embargo de tal vértigo parécenles que su victima se hace esperar demasiado, y mandan nuevos mensajeros á buscarla. Filon los conduce.

Los soldados romanos que prendieron á Jesus le condujeron inmediatamente á la morada del sacerdote Anás. Ese venerable anciano á quien despertó el tumulto causado en la ciudad por aquella pri-

sion, quiso conocer al hombre que así turbaba el reposo público.

Con el corazón destrozado y el rostro bañado en llanto, sigue Juan de lejos á su maestro, y viéndole entrar en casa de Anás, que pasaba por mas humano y mas justo que Caifás, sintió renacer la esperanza y con ella el valor de seguirle; mas se detuvo en el dintel de la puerta, porque ya el interrogatorio de Jesus habia comenzado.

« Caifás te juzgará, dijo el anciano sacerdote. ¡ Puedan ser iguales la pureza y la santidad de tus acciones á la celebridad que por ellas tienes en Israel, y entonces te bendecirán todos los pueblos de la tierra! Habla: ¿ qué has enseñado? ¿ cuales son tus discípulos? ¿ les has dicho que prediquen la ley de Moises, y tú mismo la has observado rigurosamente siempre y en todas sus partes? »

Dijo, y admiró la divina tranquilidad que reinaba en toda la persona de Jesus, quien le respondió con dulzura :

« ¿ Por qué me preguntas? Sin misterio y sin artificio he predicado á la faz del pueblo y á la faz de los sacerdotes. Pregunta á los que me han oído cual es la doctrina que yo he enseñado. »

Apenas hubo pronunciado esas palabras, presentóse Filon cuya ira se habia comunicado á los viles satélites que le acompañaban. Uno de estos hiere al Mesías en el rostro, preluando así á los tor-

mentos que se le preparan. A una seña del Fariseo, los soldados arrebatan á Jesus y le conducen ante Caifás.

Conociendo Juan el carácter cruel de Filon, comprende que Jesus está perdido sin recurso alguno; sus rodillas se doblan, y la palidez de la muerte cubre su rostro. Dejando, pues, por necesidad la casa de Anás, camina el discípulo á la ventura por las calles de Jerusalem, y como á poco divisa al resplandor de las antorchas y de lejos á los que conducen á su maestro, penosamente sigue la dirección de aquella tropa por algun tiempo; mas presto se detiene en medio del silencio y de las tinieblas, porque solo para orar y gemir le quedan fuerzas; y esplica su dolor de esta manera :

« ¡ Con que es cierto que vas á morir, ó tú el mejor de los hombres! Dios lo quiere así... ¿ Tú que eres para mí mas que un hermano, santo profeta, permitirás que se me imponga el suplicio de contemplar tus últimas lágrimas, de escuchar el pos-trero de tus suspiros? No : que me permitirás que muera antes que tú. Dime, ¡ ó Tierra! ¿ no tienes para él protector alguno? Y vosotros, Cielos, ¿ no le salvareis? ¿ Duermen todos los ángeles que cantaron en torno de su cuna? ¿ Desdichada madre, al darle una vida que comenzó con tan bellos auspicios, no imaginabas que su término seria el de una muerte espantosa? Padre de todo cuanto existe, á

tú te imploro; ¡no consientas que muera! Dales á sus verdugos entrañas y corazón de hombres. ¡Ay de mí! que ya no veo centellear en las tinieblas la llama de las antorchas que delante de él llevaban... Le han conducido ante el concilio de los sacerdotes... ¡Oh! que pese antes de que le juzguen, una sola vez sobre sus cabezas, la cuchilla de la eterna justicia, y se postrarán á sus pies para adorarle... Oigo pasos en la oscuridad... alguien se acerca... ¿Eres tú, Pedro, amigo mío? ¿Sabes ya qué sentencia han pronunciado contra él? ¿Vienes á decirme-la? Acércate, por piedad, acércate... Nada oigo ya. ¡Cuan larga y sombría es esta terrible noche! ¿Qué significa ese tumulto repentino? Intentarán arrastrarle al suplicio en medio de las tinieblas, para sustraerlo á las miradas del pueblo que si pudiese verle, rompería sus cadenas y le conduciría en triunfo. ¡Precaución inútil! aunque á los mortales ocultéis su sangre, veránla los ángeles y os pedirán cuenta de ella... ¡misericordia, misericordia, Padre del universo! ¡ten piedad de mí, ten piedad de todos tus hijos, y no consientas que muera Jesús!»

Estenuado por el cansancio y estraviado por el dolor, se apoya el discípulo contra los muros del palacio de Caifás, sin saber donde se encuentra; y allí permanece mudo é inmóvil.

Filon ha precedido á su víctima, y sus miradas de

fuego, su ademán triunfante al entrar en el concilio, anuncian á los sacerdotes la llegada de Jesús, la cual en efecto se verifica inmediatamente.

La falta absoluta de orgullo prestaría á Jesús una apariencia de humilde temor si sus miradas no descansaran sobre la asamblea con la misma pacífica satisfacción que experimenta el caminante, cuando desde lo alto de una montaña, en cuya cima halló un punto para el descanso, contempla la agreste región que á sus pies se extiende. Mas el sello de la divinidad, estampado en su frente, solo para los ángeles es entonces visible: tal es la voluntad del Eterno.

Caifás, como Gran-Sacerdote, quiere hablar el primero; Filon tiene igual deseo, creyendo que su fogosa elocuencia le da derecho para hacerlo; y sin embargo los dos callan. Dudan aun de lo que ven, y se preguntan á sí mismos, si es en efecto el que tienen en su poder, el profeta á quien tan furiosamente aborrecen. Mientras que los dos Hebreos son presa de las ilusiones que Satan les inspira llega á la azotea que une el palacio del Sumo-Sacerdote con el del Pretor romano, la bella y joven Porcia, esposa de Pilatos, que de su sexo y de su edad solo tiene la belleza, las gracias y el candor. Su razón es poderosa, su alma noble y fuerte como la del sabio, cuando la han formado todas las adversidades de la vida. De tan bello tronco salieran sin du-

da yástagos ilustres que, como los Gracos libertarán á su patria de la servidumbre y del envilecimiento, si la ruina de Roma no fuese ya cosa resuelta en los decretos del Eterno.

Impulsada por el deseo de ver en presencia de sus jueces al profeta, cuya alta sabiduría la tiene admirada, Poreia ha salido de su palacio acompañada de la mas fiel de sus esclavas, sin que la consideracion de que así deroga á lo que á su gerarquía debe se presente siquiera á su espíritu; porque el poder que la inspira es superior á todas las humanas consideraciones. La hermosa romana, apoyándose en la balastrada de marmol que corona la azotea, sigue con inquietud todos los movimientos del divino acusado; y el valor tranquilo que ese opone al odio de los sacerdotes la afirma en la alta opinion que ya tenia formada del hombre, cuya palabra poderosa resucitaba á los muertos, y cuya vida daba al corrompido pueblo ejemplo de todas las virtudes.

Filon rompe en fin el silencio, y con arrebatada cólera dice:

« Traigase al culpable á los piés de sus jueces, y estréchense los lazos que le aprisionan: mas antes de pronunciar su sentencia, levantemos los brazos al Eterno, démosle gracias porque ha puesto término á la prueba de paciencia, que nos ha hecho sufrir condenándonos á que viésemos por tanto

tiempo entre nosotros á ese vagamundo y falso profeta, á ese vil impostor! Jehová le entrega al cabo á nuestra venganza. ¡Que tal sea en adelante la suerte de los atrevidos que osaren seguir las huellas del Nazareno; que sus nombres y su memoria desaparezcan para siempre y de todas partes, esceptuando aquella donde se derrama la sangre de los criminales, donde ruedan sus craneos revueltos con las plumas de los buitres que de allí huyen cuando ya no encuentran pasto en sus descarnados esqueletos! ¡Resuenen himnos de gratitud en nuestros altares; entone la Judea el cántico de triunfo! Si presa de un vértigo infernal ni ha visto ni oido durante algun tiempo, hoy recobra ojos y oidos. Aun en medio de su delirio tuvo Israel lúcidos intervalos, y entonces robustos brazos se aprestaron á lanzar sagradas piedras contra el Nazareno; mas luego nuevos prestigios paralizaban aquel efímero celo. ¡Mas ya sonó la última hora de nuestras ilusiones y de tus sacrilegios, vencedor supuesto de la muerte! Poco numeroso es aun el pueblo reunido al pié de estos muros para oír tu sentencia: nada importa, aun así hallaremos bastantes testigos que depongan contra tí; hágalos llamar el gran sacerdote. En cuanto á mí, yo te acuso; pongo por testigo á la Judea entera; y tomo por jueces á los cielos. Te acuso de blasfemia y de impostura; porque has dicho que eras dios, tú

cuyas primeras lágrimas corrieron en un pesebre. Pretendes que has resucitado á los muertos, yo sostengo que solo estaban dormidos. ¿Me dirás que sus madres y sus hermanas los habian visto espirar? — ¡Pues bien sea así; tambien podrás resucitarte á tí mismo, pero ten presente que en la agonía han de velar sobre tí ojos de hombres, menos sujetos que los de las mugeres á ver lo que no sucede! Mas pesado será tu sueño que el de los supuestos muertos á quienes has despertado, y ese sueño de hierro has de dormirle donde el sol al levantarse, y la luna al ponerse solo encuentran los pestíferos vapores que exhala la putrefaccion, hasta que blanquea completamente los craneos que sobre el Gólgota cayeron teñidos en sangre. Si existe un anatema mas terrible, un anatema que las tumbas entreabiertas arrojen al espacio, que en alas de la media noche pueda venir á los vivos, y que la peste y la desesperacion eternicen; que ese caiga sobre tí y te aniquile.»

Apenas esa imprecacion acaba de salir de sus trémulos labios, enmudece Filon y hiélase, cubriéndose su rostro de mortal palidez; porque el Dios á quien ha osado insultar se retiró de él para siempre, y el angel de la destruccion, que en adelante será el suyo, envolviéndole en sus petrificantes miradas dice en voz únicamente para los inmortales inteligible :

« Sobre tí ha caido el anatema que acabas de pronunciar. Levanto los ojos y la flamígera cuchilla al Dios remunerador y te condeno á eterna muerte. ¿Te heriré al instante?... No: aun no es llegada tu hora; pero ya apresura su lúgubre vuelo y cuando haya arrojado lejos de sí á la última palabra de consuelo, al último rayo de esperanza, al postrer pensamiento de perdon y de misericordia, con que á veces se presenta aun á los mayores criminales; cuando rasgando el negro velo de la media noche venga á romper ante tus ojos el reloj de arena que cuenta los instantes de tu vida; cuando los ahullidos del infierno hayan dado respuesta á tu desesperado postrer suspiro; cuando la muerte te haya herido con el mas terrible de sus golpes, entonces verás mi faz en el valle de Benhinon¹: allí te espero.»

Dijo, y su frente agitada por la cólera ondeó como el mar azotado por los vientos; de sus ojos brotaron llamas devoradoras como el rayo vengador; sobre su espalda flotaron ondeantes sus cabellos cual vaporosas nieblas que en diáfanos festones coronan las cimas de los montes; inmóviles quedaron sus plantas, á la manera que las bases de las rocas por la fuerza de los siglos clavadas en la tierra. No hiere al miserable, mas hace resonar

¹ Uno de los mas horribles parages del Averno. — T. F.

en torno de él los siniestros vagidos de la muerte.

Avergonzándose del terror que le ha obligado á interrumpir su discurso, vuelve Filon á tomar la palabra en voz sorda y ahogada :

« Todo aquello que yo he pasado en silencio, dominado por la santa cólera que me inspira la impiedad de ese falso profeta, os lo dirá el porvenir. Caifás, interroga al culpable y pronuncia su sentencia. »

Aterrados están los circunstantes con el discurso de Filon; no hay lengua que se mueva; clavados están en tierra los ojos de todos; sola Porcia, osa mirar al acusado, y al contemplar la magestuosa calma de aquel divino rostro, comprende la bella romana que Jesues inocente, y lleno de la mas dulce alegría palpita su tierno corazón. Buscando en vano con la vista y entre la multitud un alma compasiva y generosa digna de participar de la suave emoción que experimenta, fijáronse acaso los ojos de la esposa del Pretor en un grupo de hombres reunidos en torno de una hoguera encendida en el vestibulo del palacio; y el noble é imponente aspecto de uno de ellos que lanzaba espresivas miradas á Jesus, la indujo á creer que ese era sin duda objeto de la acalorada discusión que aquel tenia trabada con los que le rodeaban.

« Será, pensó Porcia, alguno de sus amigos que trata de convenøer á los que le escuchan de que

dejando perecer al mas sabio y virtuoso de los hombres de Israel van á cubrirse de vergüenza y de oprobio... Mas en vez de atender á sus razones le amenazan con la misma suerte que preparan al hombre á quien osa defender, y el miedo le reduce á silencio... ¡Ay de mí! ¡Tal vez la desdichada madre de Jesus ha enlazado las rodillas de ese mortal hasta arrancarle la promesa de disputarles su hijo á los verdugos que le juzgan! ¡Cual seria su dolor, si tan desalentado le viese! Destrozado se hubiera su corazón si la infeliz hubiese oido las feroces palabras del Fariseo... ¿Mas que es lo que por mí pasa? ¡Por qué tan tierno interés me inspira una familia para mí estraña y desconocida? ¡Envidiaré acaso á María la dicha de haber dado el ser á un hijo tan grande y generoso?... ¡Ah! no: pero comprendo su felicidad y temo que va á perderla. Nueva era de bienaventuranza va á comenzar para el mundo con la muerte de Jesus; así lo dicen al menos: pero esa vaga esperanza no basta á consolar á una madre... ¡Dignense los dioses piadosos libertarla de contemplar el horrible espectáculo del suplicio de su hijo. »

Agitándose el sumo sacerdote en su asiento de juez supremo dice :

« ¡La Judea entera gime bajo el peso de los males que sobre ella ha atraido el acusado que ante nosotros comparece! La tierra entera sabe tambien

que ese hombre se ha rebelado contra el Dios vengador cuyo trono insiste sobre las cimas de los mas altos montes; y contra el gran Cesar que desde la ciudad de las siete colinas, gobierna el universo! No es por consiguiente la voz debil y aislada de Caifás, sino la de todo Israel la que dice al hierro esterminador: « ¡Hierre al culpable!... » Preséntense cuantos aman á la justicia y á su patria; preséntense, hablen, y digan lo que es cierto y notorio. »

Al oír á Caifás preséntanse los hombres que de antemano estaban prevenidos para repetir las negras calumnias en que los agentes de Filon han endoctrinado. De entre esos falsos festigos sale y se adelanta hácia los jueces con atrevido paso el mas ardiente: mas apesar de sus feroces miradas y jactancioso porte, descúbrese fácilmente que los engaños que va á sostener á él mismo le asustan.

« Todos sabeis, dijo, que Jesus tiene por costumbre profanar el templo, y si lo hubierais olvidado, bastaria recordaros el dia en que de allí arrojó á los que de ordinario acuden á vendernos las víctimas que sacrificamos al Dios de Moises. ¿ Si ese hombre no fuera enemigo de Dios, si no tratara de destruir el Santuario: ¿ intentaria por ventura privar á nuestros santos pontífices de lo mas saneado de sus riquezas? »

Habló despues de ese el segundo testigo prestando á las sublimes acciones del Mesías, viles y pérfidos intentos:

« Yo he oido al pueblo de Israel proclamar Rey al Nazareno quien seguramente hubiera venido á apoderarse de Jerusalem, si asustándoles su propia audacia á sus partidarios no hubiesen decaido luego de ánimo. Avergonzado y solo entonces, ese rey destronado antes de que su reino comenzase, retiróse á los selváticos valles del Cedron, donde se creía libre de vuestra venganza, ó nobles padres de Israel. »

Preséntase un levita afectando despreciar profundamente al profeta á quien acusa y dice:

« Es un blasfemo pues pretende tener derecho para la remision de los pecados, y permite espigar en el santo dia del sábado; y en ese mismo dia de descanso se ha atrevido ese hombre á restituirles el movimiento á los miembros de un paralítico. »

El cuarto testigo se adelanta con aire desdeñoso, jugueteando en sus labios la sardónica sonrisa de la ironía:

« ¿ Quereis, nobles principes de Israel, que os hable del Nazareno? ¿ Y á qué necesitais de mi testimonio contra un hombre que á sí propio se alucina con los ensueños en que apoya su imperio? » Escuchad las palabras que su arrogancia le ha he-

cho dirigir al pueblo reunido : « Destruid vuestro templo, y en tres dias haré yo salir del polvo de las ruinas de esa maravilla del mundo otro santuario mas vasto y mas bello. » Y el pueblo le escuchó con muda admiracion; y yo estaba presente. »

Al anterior sigue un anciano que deshonra sus canas con estas mentidas palabras :

« He tenido la desgracia de ser Publicano, y conozco la perversidad de cuantos lo son; pues con esos miserables pecadores se asocia el falso profeta íntimamente; con ellos ha aprendido á despreciar la ley de Moises y á profanar el santo dia del Sábado. »

Mientras duraron las declaraciones de los testigos, procuró la plebe investigar en el rostro del Mesías si esperaba ó no destruir tan graves acusaciones. Asi se reunen los impíos en torno del cristiano moribundo, y dicen : « Con la muerte se disiparán para este los orgullosos ensueños de la vida inmortal que tanto valor le inspiran. » Mas el cristiano ora por los desdichados que no le comprenden, y se sonrie al aspecto de su entreabierta tumba.

Callaba el Hombre-Dios, y arrebatado por la cólera, esclama Caifás :

« Miserable blasfemo : trata á lo menos de desmentir las acusaciones que contra tí se fulminan. »

Jesus prosigue en su silencio, y Caifás vuelve á decir con ira cada vez mayor :

« Habla : te lo ordeno en nombre del Dios Vivo. ¿ Eres tú el Mesías? ¿ Eres tú el hijo de aquel á quien adoramos? » Y dominado por Satan que continuaba invisible en medio de la asamblea, clavó en Jesus una mirada infernal.

Obbadon, el angel esterminador, el angel de Filon, blandiendo su flamígera cuchilla sobre aquella reunion de pecadores, dijo para sí :

« Le piden una respuesta al Hijo del Eterno. ¿ Cual pudiera ser la suya, sino una señal de misericordia vana é inutil, porque ya sobre sus cabezas brama el trueno mas terrible que jamas anunció la venganza del cielo, y á ese sigue el rayo que hiere y castiga? ; O tú el mas negro y mortífero de los dias ! yo te saludo y me inclino ante tu horrible belleza. Dia de justicia, tú eres el mas imponente de los hijos de la eternidad. Veo abrirse el compas que ha de medir tu duracion; oigo agitarse las balanzas en que han de pesarse los orbes; miro á la misericordia que se oculta bajo las palmas que agitan las celestiales cohortes. Mas para vosotros, salidos de ayer del polvo del pecado, para vosotros que llevais la audacia hasta á rebelaros contra el Eterno, para vosotros llegará el dia de la venganza que ha de precipitaros en el abismo. Estrecho fuertemente mis alas contra el cuerpo, y ca-

llo; pero sabedlo bien, la nube que me envuelve es el anuncio de la destruccion; mi silencio es la nada.»

Continua el Mesías con los ojos fijos en el cielo, pero su tranquilidad es aun la de un simple mortal; y los seráfines mismos reconocen apenas al rey de los cielos, contemplando aquella resignacion paciente que espera sin conmoverse á que el torrente de la corrupcion derrame sobre ella hasta la última gota de las envenenadas aguas, con que sin cesar le engruesa el interminable curso de los pasados siglos. Mas volviéndose en fin Jesus hácia Caifás, le dice:

«Yo soy el que acabas de nombrar, y toco ya al término de mi obra. Sabedlo cuantos me escuchais: al hombre á quien creisteis de barro como vosotros lo sois, al hombre nacido de una madre mortal, le vereis sentado á la diestra de Dios, le vereis bajar á vosotros sobre las nubes del Cielo.»

De esa manera se dignó por un instante correrle el velo al porvenir, el Hombre-Dios, quien al fin de los tiempos vendrá á sentar su trono sobre las ruinas del universo, mas terrible que el angel exterminador cuando en las tinieblas de la mas lúgubre de las noches hace resonar las cuerdas del arpa de la muerte.

Arrebatado por la cólera, como la caña por las olas que de raiz la arrancaron, levántase Caifás,

adelántase hasta el centro de la sala, rasga sus vestiduras, arroja en torno de sí feroces miradas, y esclama con iracundo acento:

«Ya le habeis oido al blasfemo: inutil es ya cualquiera otro testimonio. ¿Qué castigo merece el que viola la ley de Moises é insulta al Eterno, llamándose Dios á sí mismo? Hablad.»

«¡La muerte, la muerte!» clamó en voz unánime la asamblea.

Al escuchar ese grito de furia que le parece salido de su corazon, levántase Filon triunfante, y dice:

«Sí, ¡que muera, que muera de la muerte de los criminales! ¡que sea condenado al lento y terrible suplicio de la cruz! No haya para él fúnebre monumento cubierto de flores y verdura; yo consagro sus restos á la tempestad para que los disperse en el vacío, á fin de que en el dia del juicio final no puedan oir la señal de la resurreccion.»

Escitado por esas palabras, arrójase el pueblo sobre Jesus, y le arrebató.

Gabriel y el divino Elohá, ocultos en una nube, vuelan sobre el parage de la tierra donde pisa el Hijo del Eterno.

Musa de Sion, préstame el velo que te encubre cuando, en tu sublime vuelo, frisas con el santuario de los cielos, para referir dignamente el sua-

ve razonamiento de los dos seráfines que siguen al Mesías.

« ¡ Cuan profundos son, ó hermano mio, los secretos de la divinidad! suspira Elohá. He visto nacer las estrellas, he asistido á todos los prodigios de la creacion; pero lo que ante nuestros ojos acaba de suceder sobrepuja á cuanto he presenciado. Hele ahí abandonado al furor de la hez de los hombres al Mesías á quien Jehová ha juzgado en el monte de los Olivos; al Hijo del Hombre que se sostuvo, al juzgarle el Señor, con la fuerza de un Dios, y que con una sola mirada me devolvió el inmortal esplendor de que el aspecto de sus padecimientos me habia privado. »

« ¡ Él, añadió Gabriel, él que ha de mandar á la tempestad que reuna el polvo de los huesos de todos los humanos; él que en medio de los lamentos de dolor arrancados á la tierra moribunda por ese nuevo trabajo de procreacion, vendrá al desplegarse las estrellas á juzgar al universo! ¿Te acuerdas, Elohá, del instante en que dijo: « Hágase la luz, y la luz fué hecha? ¿Del instante en que precedido por un aliento vivificador sembró los astros en el firmamento, y creó los cielos? »

« ¡ Oh! si me acuerdo. ¿Y tú, recuerdas el día terrible en que amontonó la noche eterna formando con ella una masa que parecia compuesta de ruinas de infinitos soles ó de restos de millares de

mundos destruidos? Entonces dijo á la llama devoradora: « ¡ Ilumina y alienta á ese cadaver del caos! » Y el fuego destructor surcó los campos de la muerte y de la condenacion, y clamores desesperados se elevaron al espacio infinito desde el fondo de aquel horrible abismo. »

Mientras que los dos seráfines retratan así en todo el esplendor de su omnipotencia al Dios, que unos viles mortales acaban de condenar á ignominiosa muerte, Porcia levanta los brazos al cielo y le dirige esta dulce oracion:

« ¡ O tú el mayor de los Dioses, tú que has creado los mundos, tú que has dado á los hombres un corazon para adorarte y para amar á sus semejantes, Júpiter ó Jehová, sea cualquiera el nombre que te den, tú no eres ni el Dios de Rómulo, ni el Dios de Abrahan, sino el Dios de la especie humana! Todos somos tus hijos. Permíteme que implore tu misericordia en favor del hombre á quien acabo de oír condenar. ¿Puede ser para tí agradable el espectáculo que ofrece la inocencia cobardemente inmolada por el odio y la injusticia? No, no; los hombres corrompidos aplauden á cuanto les conmueve fuertemente, pero el que domina los astros solo el bien puede querer, solo al bien protege y recompensa. Yo no puedo darle mas que lágrimas al hombre virtuoso á quien se intenta sacrificar, Dios del universo, tú que puedes, recom-

pénsale, y si no es incompatible con tu divina esencia la admiración, admírala, pues su resignación y su paciencia le hacen superior á la humana especie. »

Con la tierna oración de la noble Romana se une un lúgubre gemido que sale del mas oscuro rincón del vestíbulo del palacio, donde Simón Pedro se ha refugiado. Reconoce Juan, que se hallaba en el pórtico, la voz de su amigo, y corre hácia él.

« ¡O Pedro! esclama, suplicote que me digas que es lo que han hecho de nuestro maestro. Tu llanto y gemidos me estremecen. ¡Ah! ¡por piedad, habla!

« Jesús está perdido y yo mas que él, responde Pedro; ¡déjame morir solo y desesperado! Iscariote, el horrible Iscariote le ha vendido, y yo le he negado, negado, si, á la faz de cuantos me habian visto en su compañía. ¡Huye tú, bienaventurado Juan, que le has sido fiel, huye y déjame morir solo y desesperado! »

Diciendo así, se lanzó á las calles aun envueltas en las sombras de la noche. Perseguido por los remordimientos, no sabe el desventurado discípulo á donde dirige la planta, y chocando con el ángulo de un edificio cae anodado, y lejos de tratar de levantarse, apoya la abrasada frente contra las piedras humedecidas ya por el rocío de la mañana y

exhala las angustias de su alma en interrumpidas quejas :

« Desvanéceos horribles visiones que me atravesais el pecho con mil cortadoras cuchillas, apartad de mí esas miradas de fuego que pesan sobre mí desde que negué al maestro divino, al amigo adorado, al que yo amaba hace poco como nunca amó mortal alguno. Alma pusilánime, ¿qué es lo que has hecho? Ya no te reconocerá el Mesías cuando rodeado por sus discípulos fieles juzgue al universo. ¡Ay de mí! Yo mismo me he juzgado ya! Apídate de mi arrepentimiento, que lentamente imprime el sello de la muerte en mis macerados miembros, en mis miembros que se contraen y se estremecen, sin llegar á helarse. »

Las palabras espiran en sus trémulos labios, pero Dios echó sobre él una mirada de misericordia enviándole el consuelo de las lágrimas. Una sonrisa de Orion, su ángel custodio, le reanima y levantando los ojos al cielo dice :

« ¡Padre de los hombres y de los ángeles, padre del Mesías, tú que lees en mi corazón, sabes los tormentos que le destrozan desde que he negado á tu hijo! Soy indigno de morir con él, mas permite á lo menos que antes de santificar á sus fieles discípulos con su postrera bendición, deje caer sobre mí una mirada de clemencia, he caído en demasiado envilecimiento para pedirle una palabra de

amor. Perdóneme y yo diré al mundo entero que soy, aunque indigno, servidor del Hijo del Hombre, y lo estaré repitiendo hasta mi último suspiro. Mientras te plazca, ó Creador mio, dejarme un soplo de vida, buscaré á las almas piadosas para decirles en voz interrumpida por el llanto: Yo he conocido al mejor, al mas grande de los hombres; yo he visto al hijo del Eterno; yo, vil pecador, he sido su discípulo; me ha amado como ama á todos sus hijos, y no he sabido merecer su amor, le he negado en la hora del peligro, sin embargo de haberle visto alimentar á los hambrientos, curar á los enfermos, y resucitar á los muertos. Por tan grandes y bellas acciones le han dado muerte los enemigos de Dios, y el Eterno lo ha consentido porque su hijo habia ofrecido la vida por la especie humana. Venid, seguidme cuantos me escuchais: marchemos al suplicio en pos de él. ¿ Quien podrá sobrevivir á la certidumbre de su muerte? ¡ Jesus, hombre divino! ¿ en donde estás? ¿ Cual es la tumba en que has de reposar, si tumba te conceden tus enemigos? »

Así gime el discípulo, cuyo momentáneo error se complacen los mortales en citar para disculpa de sus propias fragilidades. ¿ Mas donde estan los hombres que pudieran como él compensar sus culpas con sublimes acciones y como él ganar la corona del martirio?



CANTO SÉPTIMO.

ARGUMENTO. — Comienza á lucir el dia señalado para la muerte de Jesus; y Elohá lo saluda con un himno de dolor. — Conducen los sacerdotes á Cristo ante Pilatos. — Acúsante Filon y Caifás de blasfemo y de rebelde. — Muerte de Judas. — Pilatos, despues de haber interrogado á solas á Jesus, vuelve con él á la asamblea, declara que no le encuentra culpable, y que por lo mismo es preciso que sea presentado á Herodes. — Llegando María al lugar de la asamblea reconoce á su hijo. — Sus lágrimas y su desesperacion. — Implora la proteccion de Porcia. — Esa trata de consolarla, y envia un esclavo á decir á Pilatos que no condene á Jesus. — Sócrates se aparece en un sueño á Porcia, y descubre á esta el misterio de la divinidad de J. C. — Manda Herodes al Mesías que haga algun milagro en su presencia: callando siempre Jesus, el Tetrarca le insulta y vuelve á enviarle ante Pilatos. — Desempeña el esclavo de Porcia el encargo de esta. — Hace Pilatos que le lleven á un célebre bandido llamado Barrabás, y se lo presenta al pueblo al mismo tiempo que al Mesías, esperando que la multitud pedirá la libertad del último. — Filon, adivinando la intencion de Pilatos, arenga el pueblo, y este, pervertido por su discurso, absuelve al asesino. — Lávase Pilatos las manos solemnemente ante el pueblo. — Llévanse á Jesus para azotarle. — Despues de ese cruel

amor. Perdoneme y yo diré al mundo entero que soy, aunque indigno, servidor del Hijo del Hombre, y lo estaré repitiendo hasta mi último suspiro. Mientras te plazca, ó Creador mio, dejarme un sople de vida, buscaré á las almas piadosas para decirles en voz interrumpida por el llanto: Yo he conocido al mejor, al mas grande de los hombres; yo he visto al hijo del Eterno; yo, vil pecador, he sido su discípulo; me ha amado como ama á todos sus hijos, y no he sabido merecer su amor, le he negado en la hora del peligro, sin embargo de haberle visto alimentar á los hambrientos, curar á los enfermos, y resucitar á los muertos. Por tan grandes y bellas acciones le han dado muerte los enemigos de Dios, y el Eterno lo ha consentido porque su hijo habia ofrecido la vida por la especie humana. Venid, seguidme cuantos me escuchais: marchemos al suplicio en pos de él. ¿ Quien podrá sobrevivir á la certidumbre de su muerte? ¡ Jesus, hombre divino! ¿ en donde estás? ¿ Cual es la tumba en que has de reposar, si tumba te conceden tus enemigos? »

Así gime el discípulo, cuyo momentáneo error se complacen los mortales en citar para disculpa de sus propias fragilidades. ¿ Mas donde estan los hombres que pudieran como él compensar sus culpas con sublimes acciones y como él ganar la corona del martirio?



CANTO SÉPTIMO.

ARGUMENTO. — Comienza á lucir el dia señalado para la muerte de Jesus; y Elohá lo saluda con un himno de dolor. — Conducen los sacerdotes á Cristo ante Pilatos. — Acúsante Filon y Caifás de blasfemo y de rebelde. — Muerte de Judas. — Pilatos, despues de haber interrogado á solas á Jesus, vuelve con él á la asamblea, declara que no le encuentra culpable, y que por lo mismo es preciso que sea presentado á Herodes. — Llegando María al lugar de la asamblea reconoce á su hijo. — Sus lágrimas y su desesperacion. — Implora la proteccion de Porcia. — Esa trata de consolarla, y envia un esclavo á decir á Pilatos que no condene á Jesus. — Sócrates se aparece en un sueño á Porcia, y descubre á esta el misterio de la divinidad de J. C. — Manda Herodes al Mesías que haga algun milagro en su presencia: callando siempre Jesus, el Tetrarca le insulta y vuelve á enviarle ante Pilatos. — Desempeña el esclavo de Porcia el encargo de esta. — Hace Pilatos que le lleven á un célebre bandido llamado Barrabás, y se lo presenta al pueblo al mismo tiempo que al Mesías, esperando que la multitud pedirá la libertad del último. — Filon, adivinando la intencion de Pilatos, arenga el pueblo, y este, pervertido por su discurso, absuelve al asesino. — Lávase Pilatos las manos solemnemente ante el pueblo. — Llévanse á Jesus para azotarle. — Despues de ese cruel

suplicio, vuelve Pilatos á solicitar el perdon para Jesus, mas los sacerdotes le intimidan, acusándole de que defiende á un enemigo del Cesar. — Temeroso el Pretor, les entrega á Jesus, y ellos le conducen al último suplicio.

Rodeado por los celestes custodios de la tierra, y apoyándose en el mas claro y radiante destello de los matinales vapores, alza el divino Elohá su vuelo sobre la Judea; bajo sus poderosas manos estremécense las cuerdas del arpa como se estremecerán un dia los miembros de los resucitados al sacudir los últimos átomos de las cenizas de la muerte, y á los sublimes sonidos del instrumento une el serafin su voz, clamando así al universo entero :

« ¡ Despierta, creacion de la eternidad ! ¡ Dia del sacrificio rasga el velo de lo pasado y de lo futuro que oculta tu asilo ! ¡ Deja el blando y plateado lecho donde muellemente reposas en el seno de lo infinito !... ¡ Silencio : ya llega ese dia tan deseado, llámase de la misericordia, así le apellidan al saludarle las constelaciones del celeste firmamento ; y los orbes, y los soles, y las estrellas, apesar de su pequeñez infinita, reconocen en él al mensajero de sangre y de perdon, de venganza y de amor ! ¡ Oh divina lira mia ! ¡ Une tus armónicos acentos á todas las voces del universo que celebran dia tan

grande ! ¡ Al caer sus nacientes rayos en el polvo, harán salir ángeles de él ; y cuando vaya á perderse en occidente, el descanso y la felicidad le acompañarán ! ¡ Mis ojos fijos en la tierra descubren en ella un fúnebre otero, ahora altar del sacrificio, que se estremece al acercársele la victima ! Ante esa victima temblaria el altar aun cuando para edificarlo aglomerase Jehová las estrellas, á la manera con que los mortales amontonan las guijas de los arroyos para construir sus mezquinas moradas. En torno mio todos los orbes corren y nadan mas gozosamente que nunca en el empireo ; las arpas del santuario suenan sin que diestra alguna las pulse ; las coronas de los seráfines espontáneamente se inclinan. Prostérnase la creacion entera ante la ejecucion de un pensamiento, que apenas aciertan á entrever al traves de un denso velo los seráfines despues de millares de siglos de meditar en él ; ante un pensamiento concebido por el Eterno, y que solo él es capaz de abrazar en toda su estension. »

Repiten los cielos el canto de Elohá, mas no encuentran ecos sus acentos en la tierra, donde una reunion de miserables, sedientos de sangre, se dispone á ejecutar el mas negro de los crímenes que jamas abortó el infierno.

Reunidos los sacerdotes y los ancianos con Caifás en una sala interior del palacio de este, delibe-

ran sobre los medios de dar muerte á Jesus sin ofender á Pilatos, ni provocar una rebelion del pueblo.

Mas Filon, cansado de escuchar la relacion de las precauciones que el concilio cree indispensables, desciende al vestibulo donde Jesus, rodeado de sus guardas, se halla sentado cerca de un moribundo fuego. El contraste que advierte el fariseo entre su propia agitacion y la divina calma del Mesías, provoca y enciende mas y mas su ira salvage. Hasta aquel momento nunca Filon fió nada á la suerte, y mas de una vez sacrificó su personal venganza al temor de que se estrellasen su elocuencia y prestigio contra la versatilidad del pueblo; pero en el instante de que hablamos resuelve perecer antes que dejar á su víctima el menor asomo de esperanza. Vanamente procura un debil sentimiento de humanidad alzar el grito desde los mas recónditos senos de su alma, un pensamiento blasfemo sofoca aquella voz, y Filon vuelve al concilio.

« ¿Continuáis deliberando? exclamó con infernal ironía al entrar en él. El dia comienza á lucir: ¿ Quereis que al concluirse viva aun el enemigo de Israel condenado por vosotros á expiar sus crímenes en el Gólgota? »

Bastaron esas palabras para poner término á la irresolucion de los sacerdotes y de los ancianos, que levantándose todos siguieron á Jesus á la casa de

Pilatos, á la cual conducian al Mesías los encargados de su custodia. A cada paso que la comitiva da se aumenta la concurrencia porque ya entonces saben todos en Jerusalem los acontecimientos de aquella noche.

Sube el Mesías las escaleras del palacio de Gabatha', síguenle sus acusadores, y el pueblo se agrupa en la plaza.

Advertido de que van á presentarle un culpable, Pilatos ha tomado asiento en su tribunal. Romano degenerado, pero bastante prudente para ostentar en la apariencia las antiguas virtudes de su patria, el Pretor de Jerusalem se admira de ver á todos los príncipes de Israel en pos de un criminal, cuyo traje anuncia que pertenece á la parte mas oscura de aquel pueblo.

« ¿ Nobles padres de Jerusalem (esclama) qué hombre es ese á quien os dignais acompañar? ¿ Me engañan mis ojos, ó Caifás está entre vosotros?... »

Adelantándose el sumo sacerdote dice :

« Los sacerdotes y los ancianos de Israel se li-sonjean de que no los creerás capaces de acusar á un inocente. El hombre que aquí te traemos es el mayor de los criminales que pueden haber comparecido en tu tribunal desde que gobiernas la

⁴ Nombre del pretorio romano de Jerusalem. — T. F.

Judea. Ha profanado el templo, quiere acabar con nuestro culto, estravia y seduce al pueblo con mágicas palabras é infernales prestigios: mas de cien veces se ha hecho digno de morir en el suplicio. »

« ¿Y por qué, replica Pilatos con irónica sonrisa, no le condenais segun vuestras leyes? »

¶ Sintió Caifás amargamente la alusion del Pretor al yugo que Roma impone á Jerusalem, mas acostumbrado á ocultar su orgullo, á disimular y á humillarse hipócritamente, responde en tono sumiso y almibarado :

« Tratas sin duda de poner á prueba mi respeto al Cesar, pues bien sabes que la alta justicia que decide de la vida de los criminales no nos es dado ejercerla, habiéndose reservado esclusivamente ese derecho nuestros señores los Romanos. De ello no me quejo : he jurado obediencia al gran Tiberio, padre del pueblo, señor del universo, y en particular de Israel, y seré fiel á mi juramento. Si aborrezco á Jesus, á ese hombre que está ahí delante de tí, mas es por enemigo vuestro, que por lo que á mi pueblo ofende. Sabe que con su elocuencia, tan grande como sediciosa, se lleva al pueblo á los desiertos donde, gracias á su magia infernal, halla medios de alimentar los cuerpos, mientras que fascina los espíritus diciéndoles que él es el profeta anunciado por la Escritura, que él es el Rey de Israel. A impulsos de esa culpable máqui-

na de engaños, el pueblo se dispone á sacudir el yugo bienechor de Roma, proclamando á ese impostor temerario por su Rey y su Dios. Testigo has sido de su entrada triunfante en Jerusalem, has oido las aclamaciones, los *hossanna* con que le han acogido ; y sabes que esos gritos rebeldes, no solo han hecho estremecerse á la sacra cima del Moría, sino que tambien han conmovido los cimientos de este palacio, centro del poder romano en Judea. »

Una sonrisa de desprecio fué la única respuesta de Pilatos á tal acusacion ; mas comprendiendo Filon la necesidad de reparar el efecto de la torpeza del sumo sacerdote, se acerca al Pretor y dice :

« Ilustre representante del Cesar, tú castigarás al culpable, no porque le temas, sino por hacer justicia. ¿Qué es lo que de él pudieras temer? Demasiado penetrante eres para no adivinar su ambicion al través del velo de su mentida humildad, y bien sabes que ese hombre tan debil ahora que le ves cargado de cadenas, es sin embargo el mas osado como el mas péfido de los rebeldes. Apenas, por medio de sus famosos milagros, indujo al pueblo á proclamarle rey, se retiró de él huyendo sus homenajes para dar así una alta idea de su modestia; y porque conoció todos los obstáculos que se oponian á su proyecto. A ese hombre no le bastaría arrojar á los Romanos de la Judea, si no

nos degollaba además á todos. Sí, Pilatos; los sacerdotes y los ancianos de Israel verterán hasta la última gota de su sangre en tu defensa y en la de Roma. Seguro estoy de que no dudas de ello, porque conoces nuestra fidelidad; mas líbranos de los peligros que nos amenazan, dando muerte á ese supuesto Rey, que jamás hubiera tenido la funesta honra de turbar el reposo de Jerusalem, si tú no le hubieras despreciado demasiado tiempo como á enemigo indigno de tu ira. »

Entre tanto el Hombre-Dios, consagrado enteramente á la consumación de su obra, guarda silencio, sin atender á los miserables mortales que en derredor de él se agitan. De esa manera marcha al combate el héroe que pretende libertar á su patria de las conquistadoras hordas que la invadieron, sin cuidarse del polvo que bajo sus plantas se arremolina. Asombrado del porte digno y tranquilo del Mesías, dirígelo Pilatos la palabra:

« ¿Oyes los crímenes de que te acusan, y nada dices? ¿Temes defenderte ante una asamblea tan numerosa? Ven que quiero interrogarte á solas, y espero que me responderás. »

Diciendo así, levántase, sale del pretorio y Jesús le sigue. Con paso vacilante y pálido rostro se desliza la Incertidumbre entre los sacerdotes y los ancianos, de quienes se apoderará inmediatamente, haciéndoles estremecerse, privándolos de la pala-

bra y del movimiento y entregándolos á las más alarmantes conjeturas.

Horrorizado con la idea de la suerte á que ha entregado á su maestro, procura Judas atravesar por medio de la multitud y llegar al palacio de Pilatos. ¿Para qué? Él mismo lo ignora, y por eso fácilmente deja que las oleadas del pueblo le aparten de su camino ya dirigiéndole á una parte, ya á la opuesta. Encontrándose pues cerca del templo, precipitose en él fuera de sí, reemplazando entonces en su corazón al furor del crimen, no el arrepentimiento, sino la desesperación. Apenas ha atravesado el traidor el pórtico sombrío, cuando divisa á los sacerdotes encargados por Caifás de velar por la seguridad del santuario en aquellos críticos momentos del tumulto; y á su aspecto palidece el malvado, chocan sus mandíbulas una contra otra, tiemblan todos sus miembros; y por fin arroja furioso á los pies de los levitas el dinero que de ellos recibió como precio de su crimen, diciendo:

« Ahí teneis vuestro infernal dinero: el hombre que os he vendido está inocente, es el más grande, el más divino de los profetas. ¡Ya su sangre clama venganza! ¡ya el anatema pesa sobre mi frente! »

Dice así y huye lejos del templo, lejos de Jerusalem; el aspecto de los humanos le llena de espanto, y su frenesí le arrastra al lugar mismo en don-

de le perdió el espíritu de las tinieblas, valiéndose de un pérfido sueño. Allí se detiene : ningun viviente se mueve en torno de él, ninguna voz, ningun rumor hiere su oído, todo es soledad, todo silencio ; mas en vez del reposo de que esperó disfrutar en tan completo aislamiento, halla angustias cada vez mas atroces, y gime, y habla consigo mismo de esta manera :

« Muere, miserable, y con la vida se terminarán tus tormentos... Pero el Dios de Moises ha dicho : «No matarás. » ¿Y qué me importa el Dios de Moises?... Ya no le conozco... La desesperacion es el Dios de los traidores, y ella me manda que muera... Muere pues, cobarde... ¿Tiemblas? ¿Se despierta en tí el amor á la existencia, y quieres vivir, asesino infame? ¡Vivir cuando una tumba, que tus propias manos abrieron, te rodea por todas partes! ¡Y tú, alma, que te rebelas y osas creerte inmortal, no esperes vivir despues que yo muera para perpetuar mis penas; perecerás conmigo, porque el postrero de mis crímenes te consagrará á la nada! »

Hanle seguido y le observan en silencio Ituriel, su custodio, y Obaddon, el angel de la muerte; el primero, afligido por la indudable perdicion del desdichado, suspira profundamente diciendo á Obaddon :

« Te lo abandono; así es preciso, conozco la

suerte que le espera. He querido verle por última vez, porque le amaba y aun le amo; pero el Eterno lo quiere, y te lo entrego. Cumple los inmutables decretos de la Providencia, tú que eres el ministro de su cólera, tú á quien llama para castigar; mi obligacion es bendecir y proteger, y se acaba donde la tuya comienza. »

Dijo, y huyó cubriéndose el rostro con las alas. Obaddon fija sus amenazadores ojos en Iscariote, y le dirige estas palabras :

« Caiga sobre tu cabeza la sangre que vas á derramar. ¡Hombre hecho de barro, quieres acabar con la luz del sol que te iluminaba! Delante tenias la muerte y la vida: has escogido. ¡Apágate, brillante sol de la vida! ¡llegad terrores de la agonía! ¡tumba helada y tenebrosa, ábrete! ¡destruccion, recibe al suicida! ¡Caiga su sangre sobre su propia cabeza! »

Judas, oyendo en medio de su delirio la voz del inmortal, imagina escuchar el acento de Jesus muerto en la cruz, y esclama :

« ¿Pides mi sangre? tómala, yo te la doy... »

Y fija la vista, erizados los cabellos, contraídos los labios con satánica sonrisa, palpitante el pecho, aprieta el nudo fatal que ya rodeaba su cuello... Y faltándole el aire, cesa de respirar¹.

¹ Varias son las tradiciones en cuanto al suicidio de Judas: segun

Retrocede el angel horrorizado; rómpese el corazón de Judas y cesa de palpar, y su alma conmovida se adhiere con mas violencia que nunca al cuerpo que de morada le servia : mas á una señal de Obbadon abandona mal su grado la frente del moribundo. Separado del cadaver, el *principio de la vida* conviértese en un ser ligero, debil é imperfecto, que recobra la facultad de pensar y desentir, mas que solo es accesible al dolor,

« ¿Quien soy? (esclamó el espíritu del traidor) ¿Judas que acaba de morir, vuelve otra vez á vivir?... ¡Allí está todavía mi horrible cadaver frio é inanimado! Mi nueva forma es vaga, tenebrosa, siniestra como mis sensaciones. ¿Soy hijo de la noche y del caos? ¿Qué sombra amenazadora es la que veo sobre ese otero? Brilla con horrible resplandor... ¡Anatema sobre tí, Judas : es el juez del Universo!... Huye, desdichado, huye á esconderte en las entrañas de la tierra. »

Obbadon que continuaba en pie sobre el otero le grita con voz terrible :

unas se rasgó las entrañas, y segun otras se ahorcó de un sahucó. Conformándose á las últimas imaginan los Zonatz, habitantes de las montañas de Hungria llamadas altos Karpatas, que el sahucó es un arbol maldito y que un solo vástago de él basta para traer la desdicha sobre toda una aldea. Klopstok ha creído sin duda que no debia adoptar ni unas ni otras tradiciones, pensando que la muerte lenta é ignoble del hombre que se ahoga á sí mismo era la mas conforme al crimen de aquel traidor. — T. F.

« No soy tu juez, sino el mas implacable de sus mensageros ; soy el angel exterminador. Tu sentencia ya se ha ejecutado en la tierra, otra mas terrible te espera en el cielo. Has hecho traicion al Hombre-Dios ; te has rebelado contra aquel que tiene en la una mano la balanza y en la otra la muerte, acabas de quitarte la vida que ÉL te habia dado! ¡Inconmensurables son los tormentos que esperan á los traidores! Sígueme hasta el pié de la cruz : es preciso que veas espirar al Mesías, que contemples en seguida la morada de la eterna felicidad y en seguida te precipitaré al abismo.

Dijo : oscurecióse la sombra de Judas ; y rodeada, arrebatada, arrastrada por una nube densa y negra hubo de seguir al angel exterminador.

¡Pronta y terrible es la justicia del Eterno!

Ya ha desaparecido el nombre de Judas del libro de la vida y aun Pilatos no ha terminado su interrogatorio al Mesías, con quien se ha retirado á una estancia del pretorio. Convencido mas que nunca el Romano de que los sacerdotes de Israel quieren inmolar por odio personal á un hombre tan virtuoso como pacífico, procura persuadirle bondadosamente que rechace las acusaciones que sobre él pesan.

« Háblame sin rodeos, le dice, ¿eres tú rey de la Judea? »

Y Jesus le responde con grave y melancólica dulzura :

« Si yo fuera un Rey de este mundo, un Rey como los que Roma ha sometido á su imperio, tendria pueblos y ejércitos para defender mis derechos. No : no soy un Rey de este mundo. »

— « Sin embargo te llamas Rey. »

— « Y lo soy. He bajado á la tierra para traer la verdad. Los que se consagran á esa verdad santa hija del cielo, esos solos me comprenden. »

— ¿Qué quiere decir verdad? Preguntó Pilatos; y con la desdeñosa sonrisa de un hombre mundano que quiere evitar una discusion superior á sus alcances fingiendo despreciarla, hizo seña á Jesus para que le siguiera al tribunal.

« He examinado á ese hombre, dijo á los sacerdotes; y en mi sentir nada ha hecho que merezca la pena de muerte. Decis que ha sublevado el pueblo de Galilea, en ese caso voy á enviársele á Herodes, pues siendo quien gobierna su territorio á él le toca juzgar este caso. »

Dijo, y los soldados se prepararon á conducir al Mesías al palacio del Príncipe: mas en aquel momento María procuraba penetrar por medio de la multitud allí reunida.

Agitada por un funesto presentimiento, la madre del Salvador ha pasado la noche llorando, y los primeros albores del dia la han visto llegar á Jeru-

salen buscando á su amadísimo hijo. Asómbrala el tumulto que reina en toda la ciudad, y la muchedumbre en su movimiento la ha conducido hasta el palacio del pretor, sin que la desdichada madre sospeche aun la causa de la agitacion del pueblo, mas no sin que su ánimo esté ya inquieto y abatido. Súbito divisa á Tadeo que á su intermediacion se apoyaba contra una columna : mas el discipulo huye así que la ve.

« ¿Porqué me huye así? » pensó María; y en el mismo instante atravesó su pecho la cuchilla que habia de hacerle apurar en solo un momento todos los tormentos de una vida de miseria y de dolor. Acaba de ver á su hijo de pié ante el tribunal del pretor.

Cubrióse de palidez mortal el rostro de María, quedósele inmovil la vista, alterósele todo el semblante, dobláronse sus rodillas; y su angel custodio, comprendiendo toda la intensidad de su dolor, se cubrió con fúnebre velo. Pero el esceso mismo de la pena da fuerzas á la madre de Jesus, que recobra la facultad de ver y de oir. Por segunda vez fija la vista en el divino acusado, en Pilatos y en los sacerdotes. Los gritos del pueblo que pide furioso la muerte del mismo á quien pocos dias antes proclamaba Rey, hieren los oidos de la desventurada madre; y en vano buscan sus ojos, en cuantos la rodean, una mirada de piedad, un rostro

que no la diga que su hijo está perdido sin remedio. Abandonada por los hombres su alma se eleva hasta al cielo :

« O tú, que me enviaste uno de tus ángeles para anunciarme el hijo que me destinabas; tú que en el valle de Belen me inundaste con todos los gozos de la maternidad; tú que accediste á la peticion de la madre de Samuel cuando con sus lágrimas regó tu altar¹ : oye los gritos de mi desesperacion y ten piedad de mí! ¿Me eximiste de los dolores del parto solo para condenarme á tormentos mil veces mas crueles? ¿Has puesto en mi corazon el mas ardiente amor maternal para reducirme á llorar la muerte del mejor de los hijos? Sálvale; tú que puedes, tú que das á los cielos eternos himnos para celebrar tu gloria, tú que das á los mortales lágrimas de fuego para implorar tu misericordia. »

Así gimió la madre del Mesías : mas sordo el cielo á sus ruegos, ni consuelo ni esperanza la envía.

Desolada y fuera de sí retirase María á una galería que conduce á las habitaciones del pretor, y

¹ Ana, una de las esposas de Elkana, era estéril; mas oró tanto tiempo y con tal fervor al pié de los altares que enternecido el sumo sacerdote la prometió que sus votos serian cumplidos. Hizose en efecto embarazada, y dió á luz al profeta Samuel. Libro 1 de Samuel, cap. 1. — T. F.

allí por fin las lágrimas desahogaron un tanto su oprimido pecho.

« ¡Ay de mí! dijo. Si en este dorado palacio hubiera algun ser generoso; si en medio de este lujo y de esta magnificencia encontrase yo un corazon de madre, si Porcia fuese buena y compasiva... Así se dice... O será fines, vosotros que con vuestros cantos celebrasteis al niño recién nacido en un establo, haced que sea cierto lo que de la bondad de la muger del Pretor se dice. »

En el fondo de la galería aparece una muger : es Porcia. Viene pálida, sus cabellos ondean graciosamente sobre su mórbido seno, mas en medio de la gracia magestuosa del ropage pintoresco que viste como todas las matronas romanas, se percibe que un ligero temblor agita su cuerpo todo. La esposa de Pilatos ve á María y se detiene admirada contemplando su hermosura que en aquel momento brilla con cierto resplandor celestial, que solo el dolor puede producir, y que inspira respeto y amor á los corazones generosos, recordándoles que en esta vida de un dia solo el dolor es hijo del cielo, mientras que la alegría, aun cuando inocente y pura, es siempre ilusion vana.

La noble Romana contempla pues á María con piadosa veneracion y le dirige estas palabras :

« Habla ¿quien eres? Jamas he visto tanta dignidad unida á tal dulzura, jamas en ojos mortales

tan tiernas lágrimas. ¡Padeces, pero tu dolor es tan divino que apenas me atrevo á consolarte ! »

Y responde María :

« Si hay en tu corazón tan dulce piedad como la que en tus ojos miro y tus palabras indican, guíame hasta Porcia, porque á ella es á quien busco. »

— « En tu presencia está : yo soy Porcia. »

Dulce y viva alegría iluminó por un instante el rostro de la madre de Jesús ; y exclamó :

« Eres tú, tú misma. Desde que te vieron mis ojos voló mi alma al encuentro de la tuya, y no formé mas voto que el de que se te pareciese á tí la ilustre compañera de Pilatos. Tú comprendes el dolor de una madre, aunque esa madre pertenezca á un pueblo que el tuyo desprecia. Sábelo, pues, ó Porcia : el hombre á quien Pilatos acaba de examinar, y á quien viles calumniadores acusan de crímenes odiosos, siendo en verdad su vida una cadena de acciones sublimes, es hijo mio ! »

Un sentimiento mas noble, mas grande que el de la mera compasión dejó á Porcia inmóvil y muda durante algun tiempo : mas al fin exclamó :

« O mujer demasiado feliz, ¿ con que tú eres María, la madre de Jesús Nazareno ? »

Y levantando las manos al cielo añadió con piadosa exaltación :

« Deidades bienhechoras, deidades sin nombre, vosotras que habeis turbado mi reposo con un so-

lemne sueño : yo os bendigo ; porque vosotras sois las que me habeis enviado á la madre del mas grande de los hombres. Cesa de implorar mi compasión, bienaventurada María ; yo soy quien reclama la tuya ; guíame á los pies de tu noble hijo, que sus miradas disipen las tinieblas de mi razón, que su palabra me enseñe como debe adorarse á los dioses. »

De estas dos piadosas mugeres, anda ya la una, sin saberlo, por el buen camino, y la otra lo busca con todo el ardor de un corazón henchido del amor divino. Basta esa secreta simpatía para unir las ; mas no aciertan aun á comprenderse.

Me amas, dijo María mirando á la joven romana con expresión inefable de ternura y confianza ; sí, me amas, y veo que comprendes y participas de las angustias de la mas desdichada de las madres. Pero no, invoques para mitigarme penas, el auxilio de tus dioses, porque no tienen poder alguno. Si cabe en los decretos del Eterno que mi hijo se salve, tú, y tú sola puedes impedir que el Pretor se manche con la sangre del mas justo de los hombres. Haz pues que no derrame esa preciosa sangre, que pesaría horriblemente sobre su alma el día en que se le llame á comparecer en el tribunal del Dios de los Dioses. »

Una grave y melancólica sonrisa se dejó ver en los labios de Porcia al acercarse á María, y decirla

con la timidez que caracteriza las confianzas íntimas :

« Voy á dejarte leer en mi corazón los nuevos sentimientos que le agitan, pero antes de todo tranquilízate, haré por salvar á tu hijo cuanto de mí dependa, y aun sin que tú vinieras á pedírmelo lo hubiera hecho de la misma manera. Un poder sobrehumano y superior á esos dioses cuyo auxilio creíste que yo invocaba, me ha enviado esta noche un sueño que me ha llenado de santo terror. Misteriosas y dulces fueron al principio las visiones; despues se hicieron espantosas... Despertéme súbitamente é iba al pretorio á defender al hombre que se me ha aparecido en sueños, cuando te he hallado, á tí su madre. »

Y volviéndose á la fiel esclava que la seguía, añadió :

« Marcha á buscar á Pilatos, y dile de mi parte que un sueño me ha revelado que Jesus es el mas grande, el mas virtuoso de los hombres, y que los dioses quieren que se le absuelva. »

Diciendo de esta manera, asió el brazo de María y descendió con ella la marmorea escalera que conduce á los jardines del palacio.

« Ven, ven, le dijo, en esta galería llega hasta nosotros el rumor de la muchedumbre. Aquí en medio del silencio embalsamado por las flores, aquí bajo el manto bellissimo de la aurora que ya

comienza á regar con sus dulces lágrimas la tierra por ella embellecida, es donde quiero revelarte las maravillas de mi profética vision. »

Calló y permaneció algunos instantes sumida en meditacion profunda, porque al enviarla su angel custodio un sueño revestido con las formas familiares á sus falsas creencias, ha hecho vibrar una cuerda divina en el corazón de la noble romana; y el pensamiento de esta, sin que ella misma lo comprenda, se ha abierto á la luz celestial. Saliedo al cabo de su éstasis, continuó diciendo :

« ¡He visto á Sócrates! Tú, María, no le conoces á ese filósofo cuyo nombre no acierto á pronunciar sin estremecerme de respeto y de amor. Ninguna vida de mortal ha sido tan noble y tan bella como la suya, y sin embargo supo coronarla con una muerte mas noble y mas bella que su vida. Pues ese sabio á quien, desde la mas tierna infancia, reverencio como á los dioses se reverencia, se ha dignado aparecérseme y hablarme. « Vengo, me ha dicho, de las lejanas regiones que comienzan en la tumba y tienen por límite la eternidad. Cesa de admirarme; porque elevándome sobre las nieblas de mi vana sabiduría me he extraviado. No es la divinidad, lo que yo imaginaba, ni mucho menos se asemeja á los dioses que vosotros adorais, postrados al pie de los altares erigidos por la supersticion. No me es dado revelarte los secretos

de esa divinidad sublime; pero al menos te conduciré á las primeras gradas de su templo. Tal vez merezca tu alma piadosa la gracia de entrar en su santuario antes que se acabe este día, día de gloria y de felicidad, predestinado para consumación de la grande obra. Escucha lo que me es lícito decirte: No he sido arrojado á la morada del dolor y de las lágrimas: sin embargo, mas allá de la tumba no hay Campos Eliseos, no hay rio de fuego que atravesar en una fragil barca, no hay jueces infernales. Toda esa máquina procede de vanas y mentidas ilusiones; el error es quien ha dado luz á las pálidas estrellas del Eliseo y creado el negro Tártaro. La antorcha de la verdad presta su lumbré á los eternos soles en cuyo centro tiene su trono el Juez del Universo. La Justicia inmutable es la norma de todas sus acciones. ¡Ah! ¡cuan ligeras son las virtudes que en la tierra exaltamos puestas en un plato de la balanza cuando en el otro se hallan las recompensas eternas! Solo el mal es pesado, pero tambien es grande el peso del perdón. Sí, cara Porcia, pocos son los que ante el justo dueño que rige nuestros destinos merecen recompensa, muchos los que hallan misericordia. Tambien yo la he encontrado, porque mi corazón á lo menos buscó siempre sinceramente, deseó siempre el bien y rechazó el mal. ¡Cuan distinto es! ¡Ay de mí! el mundo que nosotros hemos so-

ñado del que realmente se nos abre cuando la losa sepulcral se cierra sobre nuestras cenizas. Mirada desde allí esa Roma tan poderosa, que hace temblar al orbe, no es mas que un imperceptible hormiguero; y una lágrima, una sola lágrima cuando es hija de sincera piedad vale mas que todos los mundos reunidos. Porcia, los espíritus celestes celebran un santo misterio cuya profundidad no puede penetrar; pero sé que en este momento hay entre vosotros un Justo que padece como nunca padeció mortal. Al daros ese ejemplo sublime de humildad ante Dios, de obediencia á su voluntad, lo hace por amor á los hombres, ese que es mas que un hombre... Tú le has visto, y Pilatos le juzga. Si la tierra bebe la sangre de ese justo, ¡maldición, maldición sobre los que la hayan derramado! » Diciendo estas palabras, desapareció Sócrates, mas aun desde el fondo de una tenebrosa lontananza su voz llegó hasta mí, y dijo: « ¡Mira! » Miré en efecto, y... ¡ó María! ¡qué horrible espectáculo se ofreció á mi vista! Tumbas por todas partes, y densas nubes que cayendo del cielo se unian con las tumbas. Repentinamente rasgáronse esas nubes, y sobre sus entreabiertos senos caminaba un hombre cubierto de sangre... Otros hombres salian de las tumbas y levantaban sus brazos hácia el divino viagero. Todos estaban cubiertos de heridas, su sangre corria á torrentes, y la tierra la

bebía estremeciéndose, como si compadeciera á aquellos hombres que padecían con un valor sobrenatural. Despues el huracan con su soplo destructor, con sus alas armadas de cortantes cuchillas, se lanzó hácia un punto del horizonte á donde centelleaba un resplandor siniestro. Mas luego todo este cuadro fué cubierto por una noche impenetrable, en medio de la cual se oían prolongados gritos de desesperacion... Y así acabó mi sueño. »

Calló, y María, alzando al cielo una mirada de inspiracion, que bajó despues sobre la bella Romana, responde :

« ¿Qué he de responderte, ó Porcia? Tu sueño es tan incomprendible para tí como para mí; conozco que te ennoblece, que te pone en contacto con los cielos. Seres superiores á la especie humana, ángeles sin duda se preparan á iluminar tu espíritu, y la sola idea de que podrán hablarte debiera reducirme á respetuoso silencio; mas sin embargo me atreveré á decirte, en cuanto á la divinidad, lo que mi debilrazon alcanza. Esa divinidad que con una mirada sabe sacar de la nada milares de mundos, y hacer que el germen de una imperceptible semilla penetre la tierra que sobre ella pesa, como pesan los marmoreos túmulos sobre el cadaver de los reyes; esa divinidad que ha puesto al hombre en una tierra donde tan engañosa es la alegría como el dolor, á fin de que nunca ol-

vide el alma que hasta mas allá de la tumba no empieza el reino de la justicia y de la virtud; esa divinidad se llama Jehová, creador y juez del universo; ese es el Dios del primer hombre, Adán, y de sus hijos, y de su nieto Abraham, padre de nuestro pueblo. A despecho de nuestros doctores, aun es un misterio la manera en que ese Dios quiere ser adorado; mas ha prometido revelarnosla un dia, y esa santa promesa será cumplida hoy por Jesus, por ese gran profeta, por ese mediador divino á quien no puedo llamar hijo mio, sin que me estremezcan santos temores y desconocidas felicidades. En mi seno debia formarse para la humana vida, y Jesus es el nombre que entre nosotros debe llevar. Eso es lo que me dijeron los inmortales que vinieron á visitarme. Esos inmortales que nosotros llamamos ángeles no son mas que seres creados como nosotros, y sin embargo á su lado los dioses de la Grecia y de tu poderosa patria no serian mas que miserables mortales. Legioneras enteras de esos ángeles sublimes vinieron á Belén á cantar, cuando una pobre mortal daba á luz á Jesus, en el humilde asilo que una fria comiseracion le habia concedido. »

A cada palabra de María se eleva sucesivamente el corazón de Porcia á regiones mas altas y mas puras; y se prosterna y adora mentalmente al Eterno á quien sus labios no se atreven aun á nom-

brar. Despues reanimada por una dulce esperanza levántase, se sonrie mirando á la divina madre y le dice en voz baja.

« Tranquilízate : no puede morir. »

— « ¡Ay de mí! moriré, replicó María; él mismo lo ha dicho. Ese secreto terrible para mí y para cuantos le aman, destroza y atormenta mi alma.—

Tus dulces palabras, ó Porcia, han adormecido por un instante el dolor de las heridas de mi corazón; mas vuelven de nuevo á sangrar... Tú nada puedes por mí. Yo te bendigo, y plegue al Dios de Abraham bendecirte tambien. Ocúltame esos ojos llenos de lágrimas, porque no alcanzarás á consolarme : mi hijo quiere morir y morirá. »

Anonadada por el peso de su inmenso dolor quedóse María trémula y muda, y Porcia tendiéndole los brazos exclamó entre sollozos :

« Déjame seguirte, divina madre; quiero seguirte y llorar contigo sobre la tumba de tu hijo. »

Advertido de que Pilatos habia resuelto enviar ante él al profeta de Galilea, subió Herodes á su trono, sonrióse con sus cortesanos y dijo :

« ¡Cuan memorable será este día! ¡Ese Jesus, cuya palabra cura á los enfermos y resucita á los muertos, consiente que le arrastren ante un juez mortal! Verdaderamente mi sorpresa es igual á la vuestra. »

Y temiendo dar á entender todo el orgullo que

llenaba su corazón al pensar que iba á postrarse á los pies de su trono el hombre que pasaba por el mayor de los profetas, guardó silencio : pero continuó diciéndose á sí mismo :

« Pues que soy su juez, le mandaré hacer delante de mí algun prodigioso milagro. ¿Y si me obedeciera?... Los milagros son imposibles, y aun cuando para él no lo fuesen, siempre tendré la gloria de haberle obligado á obedecerme. Si, por el contrario, las maravillas son superiores á sus fuerzas, se quedará reducido á ser el famoso rebelde que se ha hecho proclamar rey, y tendré el placer de verle en mi presencia pálido y aterrado procurando leer en mi semblante su sentencia. »

El confuso rumor que causan entrando los sacerdotes le arranca á sus imaginaciones : Jesus no ha llegado aun, porque el pueblo, cuya muchedumbre se aumenta por instantes, le cerca y oprime, clamando unos con sorpresa, con dolor otros, bendiciéndole estos, mientras aquellos le maldicen. Atraviesa el Hijo del Hombre, aquel irritado mar cuyas furiosas olas ya le amenazan, ya le acarician, con la sublime tranquilidad que los humanos pueden admirar mas no tener. Sus discípulos, algunos de los setenta elegidos, y todas las almas piadosas de Jerusalem, amigos de Jesus, procuran acercársele. Sola la hermana de Lázaro no se halla con las santas mugeres, pues la enfermedad cuyo

germen hace largo tiempo que se desarrolla en su seno la ha postrado en el lecho del dolor; y sin embargo en aquel momento padece menos que sus compañeras. Jesus ve las angustias de los suyos, pero tambien los celestiales consuelos que les prepara un porvenir ya próximo; y el Mesías cuenta las lágrimas de gozo de aquellos justos cuando aun atormenta la desesperacion sus corazones.

Persuadidos de que padecerian menos si pudieran oír la voz de su maestro y tocar sus ropas, redoblan sus esfuerzos para acercársele; pero el movimiento de la multitud cada vez los aleja mas del Salvador. Pedro, anonadado por sus remordimientos, cae en sombrío abatimiento.

Magdalena, hallándose súbitamente separada de sus compañeras, pide auxilio á un desdichado á quien Jesus habia devuelto la vista, y que en aquel momento se encontraba cerca de ella.

« Si te acuerdas, le dijo, del momento en que ese abrió tus ojos á la luz, préstame ahora el apoyo de tu brazo, á fin de que atravesando esta multitud curiosa pueda yo llegar hasta él. »

Y el desdichado procura en vano hacer que la amiga de su bienhechor alcance un consuelo que con ardor desea para sí mismo.

Juan contempla á Jesus desde una altura, sigue sus pasos con la vista, gime y ora; Tadeo sostiene

los vacilantes pasos de la madre de los hijos del Zebedeo, y la dice :

« Vuélvete agradecida á contemplar al cielo, porque eres una madre bienaventurada : tus hijos viven ; ¡pero María !... ¡ve arrastrado ante sus asenos al Justo que alimentó en sus entrañas !... ¡Desdichada María ! mi corazon comprende todo lo que padece el tuyo. Y tú, angel exterminador, si no eres tan inflexible como tu segur, ¡ten piedad de la mas desdichada de las madres, no la reduzcas á ser testigo del suplicio de su hijo ! »

Mientras que así se abandonan los amigos de Jesus á su justo dolor, llega el divino acusado al palacio de Herodes, y comparece al pie de su trono. De esa manera, espíritus audaces, extraviados por el vértigo del orgullo, llaman á la divina justicia ante el tribunal de su debil razon, que ni los misterios del polvo de la tierra acierta á penetrar.

Al ver al Mesías enmudece Herodes sorprendido; pues no esperaba hallar en él tanta resignacion, tanta dignidad. Mas, al cabo pudo mas el orgullo que la admiracion, y tomando su semblante un aspecto irónico y de insulto, pronunció estas palabras envenenadas en tono de amarga burla :

« La fama de tus prodigios, ¡ó gran profeta ! se estiende por todas las regiones de la tierra ; mas

como en la voz de la fama suele haber mas de estrépito que de exactitud, quiero que ilustres mi juicio ostentando ante mí tu poder, que acaso escede á lo que de él ha llegado á mi noticia. Y no imagines que hay en esta invitacion ni la sombra de una duda insultante; no, por cierto: si deseo ser testigo de algunos de tus milagros, es para admirarte humildemente. Dices que existias antes del tiempo de Abraham, serás por consiguiente mayor que Moisés. Al pedirte pues prodigios á los de este superiores, te pruebo que sé apreciar tu mérito y que quiero que brille inmediatamente en todo su esplendor. Tal vez vacilas para escoger la especie de altos hechos con que quieres confundir á tus enemigos: voy á indicarte algunos que acaso no te parezcan inferiores á tu dignidad. Mira la cima del Moria que eleva hasta las nubes el dorado pináculo del Templo: dile que se incline ante tí. Bajo las bóvedas de ese mismo templo descansan los restos del gran David, ¡cual seria la felicidad del santo rey si viera la Jerusalem de sus nietos! ¡cual nuestro gozo si entre nosotros le viésemos aparecer!... Dile que salga de su tumba y que venga á sentarse sobre mi trono. ¡Callas! ¿Prefieres dar leyes al Jordan?... Pues bien: manda al sagrado río que, abandonando su antiguo cauce, bañe los muros de Jerusalem, proteja las torres de esta soberbia ciudad, y tranquila y pacíficamente

retroceda á Genezareth¹; ó haz volar las montañas por los aires, y que despues de haber cubierto con sus ambulantes sombras á los maravillados pueblos, vengan á reposar sobre la verde corona del monte de los Olivos. ¡Y qué! ¿permaneces aun mudo? »

Así habló Herodes. No acierta á comprender aquel ciego príncipe que las mas altas montañas de la tierra, que los reyes mas poderosos, son cieno in-mundo ante el profeta á quien provoca con insultante ironía. Pero esa misma ironía está próxima á convertirse en cólera, y le hace repetir con voz agitada:

« ¡Y qué! ¿permaneces aun mudo? »

No respondió el Hombre-Dios mas que con una mirada magestuosa y tranquila. Levántase el príncipe fuera de sí; sus ojos centellean, pero ningun sonido sale de sus labios trémulos de furor, y Caifás se apresura á decirle:

« Acabas de convencerte por tí mismo del poder de ese falso Profeta. El pueblo y aun algunos de nuestros sacerdotes creian en la verdad de sus mi-

¹ Nace el Jordan al pié de la sierra del Anti-libano en una caverna llamada Fiala, y despues de muchas vueltas atraviesa el lago de Genezareth y va á perderse en el mar Muerto ó lago de Asfalto. Herodes pide pues al Mesías que haga retroceder al Jordan hácia su origen. — T. F.

lagros; le has mandado que los hiciese, y ni á responderte ha acertado. Su ciencia consiste en la impostura y en la negra magia del infierno. Ahora todos lo sabeis: el hombre que se levanta contra la ley de Moisés, el hombre que quiere destruir el sacerdocio instituido por Aaron, no puede ser el enviado del Señor. El Arca de la Alianza, la terrible llama de Sinai, la voz de la temida trompeta, Moisés mismo, todo clama venganza contra él, y esa venganza no la oirá pedir Caifás en vano. Pero el sacrilegio no es el único crimen de Jesus: ha sublevado á la Judea; ha entrado como rey triunfante en Jerusalem; el pueblo ha sembrado de palmas su camino y le ha llamado Hijo de David, ungido del Señor; y las entrañas de Sion y los pórticos del Moria se han estremecido de horror. En nombre del gran David, á quien tantas blasfemias horripilan en su tumba; en nombre del gran Herodes tu padre, te conjuro á que no consientas que tantas profanaciones, que tantos crímenes queden impunes.»

Dijo; y olvidando Filon por un instante el odio que profesa á Caifás, se sonrió mirándole satisfecho y casi amistosamente. Calmada la agitacion de Herodes con el discurso del sumo sacerdote, volvió á tomar el tono de frialdad y burla, mas á propósito en su concepto que el de insulto y amenaza, para triunfar del obstinado silencio de Jesus.

«Vistanle la blanca toga, distintivo entre los Romanos de alta dignidad, y vuélvale á conducir á Pilatos, juez equitativo que, apreciando en lo que vale el mérito del Nazareno, añadirá sin duda la regia púrpura á los *Hosanna* y á las palmas que ya el pueblo le ha prodigado.»

Dijo y salió de la sala del trono. Sus guardias ejecutan las órdenes del príncipe. Sigue á Jesus una muchedumbre mas numerosa aun que la que al palacio de Herodes le acompañó, porque á aquella se han agregado todos los moradores de Judea que acaban de llegar á Jerusalem para celebrar la Pascua. Filon observa atentamente á la multitud pero sin desalentarse; y á la manera con que el piloto experimentado lejos de asustarse de las corrientes del mar, las mira como indicios de los escollos de que debe apartarse, espia y estudia cada movimiento, cada aclamacion del pueblo, y conoce que si hay muchos aun que aman y veneran al profeta, será facil corromperlos ó cuando menos intimidarlos. Para conseguirlo manda á sus celosos Fariseos que mezclándose con la multitud esparzan en ella pérfidas y diestras calumnias contra Jesus, y predigan innumerables desastres en el caso de que se librase del suplicio. Tal, cada gota que se derrama de un vaso envenenado, es causa de pronta muerte. El primer millar arrastra á otro millar, y pronto no queda en aquel inmenso pueblo mas que

un corto número de hombres que dudan de la realidad de los crímenes de Jesus y muchos menos aun que permanezcan inalterables y fieles al Mesías. ¡Así acontece cuando una mano pérfida prende fuego al ondeante bosque que con su verdura cubria la escarpada montaña : los árboles ya muertos enciéndense los primeros, devora la llama á todos aquellos cuya savia es poco abundante, se estiende, chispea y triunfa, y cuando se apaga, el verde mandato de los montes se ha convertido en pardo tapiz de cenizas ! Honra y gloria á los aislados cedros que permanecen en pié y que elevan sus magestuosas frentes hasta las nubes que aun reflejan el resplandor del incendio.

A medida que se aproxima Jesus á Gábbatha la multitud va dando mas señales del odio que contra el Salyador le han inspirado. En el instante en que la plebe frenética penetra en el pórtico del palacio de los Romanos, Pilatos presenta ante ella á un criminal cuyas atrocidades han llenado de espanto á la Judea, y á quien ha hecho sacar del calabozo que le encerraba con objeto de poner al pueblo en la precision de elegir, entre el Mesías y él, uno á quien perdonar ; porque, segun una antigua costumbre, tenia el pueblo derecho de hacer gracia á un condenado á muerte en el dia de la Pascua. Esperaba el Pretor que por ese medio salvaria la vida de Jesus, sin enagenarse el ánimo de los sacer-

dotes ; y confiadamente aguardaba el éxito, en su concepto infalible, de aquella astucia.

Barrabás, que así se llamaba el sanguinario bandido, lanza en torno de sí oblicuas y siniestras miradas. Su pecho está oprimido y su cabeza se inclina hácia la tierra ; mas no es el arrepentimiento sino la rabia la que así le agita y oprime. Desahogando su impotente furor contra los hierros que oprimen sus robustos brazos los sacude con violencia, y al ver al Mesías sus facciones se contraen, sus labios se cubren de blanca espuma ; porque á pesar de su perversidad comprende que entre él y Jesus la eleccion del pueblo no admite duda.

Pilatos, colocando á Jesus á su derecha, á Barrabás á su izquierda, y señalando al primero con la mano, dirige al pueblo la palabra.

« He examinado á este hombre á quien acusais del crimen de rebelion contra el Cesar y no le encuentro culpable : tambien Herodes le halló inocente pues que no le ha condenado ¿ porqué he de pronunciar su sentencia de muerte ? Autoridad tenéis para perdonar á un culpable en ocasion de la Pascua : usad de vuestro derecho en favor del Nazareno... ¡ Murmurais ! ¿ Quereis absolutamente su sangre ? ¡ El furor os ciega ! Oidme : ¿ preferireis á Barrabás, á este malvado cuyo solo nombre hace estremecer al Profeta á quien ha poco llamasteis

ungido del Señor? A esos dos limites vuestra eleccion. Hablad ¿cual de ellos os parece digno de perdón?»

En aquel momento llegó la esclava de Porcia á cumplir con el encargo que su Señora le habia dado.

« La noble Porcia, Señor, me envia á tí. Marcha, me ha dicho, marcha á buscar á Pilatos y dile de mi parte que un sueño me ha revelado que Jesus es el mas grande, el mas virtuoso de los hombres, y que los Dioses quieren que se le absuelva. »

Aléjase la esclava, y el pueblo permanece sumido en silenciosa sorpresa.

El interés que una noble romana toma en la suerte de Jesus, y la relacion del sueño que á los ojos de aquella le ha presentado como un ser superior á la humana naturaleza, recuerdan á la mayor parte de aquellos hombres la memoria de las virtudes y de los beneficios del Profeta. Murmuran su nombre con el acento de la gratitud los enfermos y estropeados á quienes ha devuelto la salud, y de nuevo le apellidan amigo de la humanidad, consuelo de los desdichados: pero los gritos de la muchedumbre se sobreponen inmediatamente á sus tímidas voces, como el rugido espantoso de la tempestad sofoca la voz del tierno infante perdido en medio del bosque sombrío; como las dulces y modestas

virtudes del filósofo se pierden oscurecidas por los brillantes crímenes del conquistador.

Conoce Filon toda la estension del peligro, mas no por eso le abandona su audacia; y seguro del poder de su elocuencia, despues de arrojar una sombría mirada á la multitud, dice:

« Quisiera, hijos de Israel, que tuvieran alas mis palabras para que volasen de mi pensamiento al vuestro; porque los momentos son preciosos. Ya me conoceis: ¡al que insulta á Moisés, al que infringe su ley, á ese aborrezco, á ese maldigo! Animado por tales sentimientos voy á señalaros donde está la salud, donde la perdicion de Israel. Os muestran á Barrabás, os muestran á Jesus y os dicen: Elegid. Barrabás es un bandido feroz, todos lo sabemos; Pilatos tambien lo sabe; y si os lo presenta es para obligaros á que perdoneis al Nazareno, cuya magia, la mas peligrosa de todas, consiste únicamente en fingirse inocente y virtuoso con infernal perfeccion. Pero dejemos de ocuparnos en las intenciones de Pilatos: somos un pueblo vencido y callar debemos ante nuestros vencedores. Sin embargo, á pesar de nuestra dependencia lícito le será á Filon mostrar á su pueblo querido los peligros que amenazan la fe de sus abuelos. No os hablaré de los sacrilegios de que Jesus se ha hecho culpable; ante el Sanhedrin los he espuesto cuando la vida del blasfemo dependia del aliento de mi voz y mi

voz le precipitó en la nada! Vuestros sacerdotes y vuestros ancianos han pronunciado la sentencia de muerte del Nazareno y el Gólgota hubiera ya bebido su sangre si el pueblo de Israel conservara el derecho de castigar á los miserables que ofenden á su Dios. ¿Consentireis que el abatimiento en que hemos caído deje impune á Jesus, á ese terrible enemigo de nuestra gloria que sino le deteneis hará lo que Roma misma no ha osado hacer? Los Césares nos han dejado nuestros templos y nuestros altares: ¡el Nazareno quemará los templos y destruirá los altares!... »

Los rugidos de la plebe le prueban que su discurso ha producido el efecto que de él esperaba; y para acabar de llenar de terror á todos los espíritus, pinta con terribles colores á Jerusalem entregada al saqueo, al incendio, al asesinato, á la peste, al hambre, reducida á un monton de desiertas ruinas; luego, como si el cuadro que acaba de trazar le horrorizase, se detiene un instante, y continua diciendo con amarga ironía:

« El Nazareno conoce la desolacion de Jerusalem y vedle como se arrepiente. ¡Compadeceos de él porque él es todo misericordia! ¿Qué ha menester para quedar satisfecho? Nada, casi nada, os digo: que se hunda el templo en las entrañas del Moria, que la sangre y el polvo cubran los altares, que la ciudad santa se envuelva en un manto de cenizas,

que aquellos de los hijos de Israel que se salven de la peste, del hambre, de la desesperacion, sean presa de feroces guerreros que, para celebrar dignamente su victoria, estrellen las frentes de sus cautivos contra los restos de los arruinados palacios de la antigua Jerusalem; y, que esas tristes y postreras victimas no dejen en pos de ellas, ni padres ni hijos para llorar su muerte y referir sus desdichas! ¡Cuando todo eso vea estará satisfecho! ¡Apresuraos pues á pronunciar su perdón! »

Furiosamente aplauden los sacerdotes y los fariseos esparcidos entre la multitud, y de todas partes suenan desentonadas voces pidiendo la muerte de Jesus.

Sumido en profunda meditacion desde que recibió el mensaje de Porcia, el Pretor que no ha oido el discurso de Filon, vuelve en sí á los clamores del pueblo, levanta la cabeza y por segunda vez pregunta:

« Hablad: ¿á cual de los dos juzgais digno de perdón? »

Y la muchedumbre ahulla el nombre de Barrabás.

Los ángeles reunidos en torno del Mesias velan sus frentes, y Pilatos indignado esclama con atronadora voz:

« ¿Qué quereis, pues, que haga con vuestro Jesus, con vuestro Profeta? »

Y la multitud responde :

« Crucificalo, crucificalo. »

Pilatos se estremece, mas esperando todavía amansar aquellos tigres sedientos de sangre dice :

« ¿ Qué crimen ha cometido? Os lo repito : le he examinado y no le encuentro culpable : no merece la muerte. »

Entonces la rabia de la muchedumbre no conoce ya límites : todos los ojos centellean, el color sanguinolento ó la palidez de la cólera alteran todos los semblantes, y de en medio de la agitacion de los cuerpos y del crugir de los dientes sale de nuevo este sangriento grito :

« Crucificalo, crucificalo. »

Penetró una nube de polvo en el palacio ; sus bóvedas temblaron ; un confuso movimiento, semejante al lejano bramido del trueno, resonó por la ciudad repitiéndolo el eco de sus sagradas montañas en lastimera voz. Indigno del nombre romano cede al fin Pilatos, mas queriendo arrojar lejos de sí la responsabilidad del crimen con que el pueblo va á mancharse, da sus órdenes en secreto á uno de sus esclavos que se aparta de él y vuelve inmediatamente con una fuente de plata en la una mano y en la otra un vaso de Corinto. El pueblo mira con muda sorpresa ; el esclavo se aproxima á su amo, y un agua pura y limpia corre de la fuente sobre las manos del Pretor, quien con esa vana ce-

remonia cree acallar el grito de su conciencia y el severo juicio de la posteridad.

« Pues que así lo quereis, hombres feroces, (esclama), sea ; satisfaced vuestra rabia : pero yo no me asocio á vuestro crimen : limpias y puras quedarán mis manos de la sangre de Jesus. »

Dijo y se lavó las manos solemnemente delante del pueblo.

El angel que en otro tiempo en la tierra de Gessén¹, pasó sin entrar en ellas por delante de las cabañas señaladas con la sangre del cordero, vuela sobre la Judea y consagra á sus hijos al juicio del Eterno, dejando caer sobre ellos las palabras que aniquilan á las naciones cuando han agotado la longanimidad de Dios. Y esas palabras terribles las graba la flamígera cuchilla del querubin en planchas de bronce que deposita al pié del trono de Jehová.

Palidece el angel de Israel, aparta los ojos de aquel espectáculo y alza su vuelo al empareo. Así

¹ En la tierra de Gessén, una de las mas fértiles del Egipto, estableció José con autorizacion de Faraón á su padre y á sus hermanos (Gen. cap. 47); y en esa misma celebraron los Hebreos por primera vez la fiesta de la Pascua, instituida por Moises al salir de Egipto. Sabia el patriarca que durante la noche había el angel del Señor de exterminar á todos los primogénitos de los Egipcios, y mandó á los suyos que señalasen sus puertas con la sangre del cordero pascual. Conoció el angel de esa manera las moradas de los Israelitas, y pasó sin entrar en ellas. (Exodo, cap. 12.) — T. F.

abandonados y malditos los indignos descendientes de Abraham, pronuncian ellos mismo su sentencia :

« Que muera y caiga su sangre sobre nuestras cabezas y sobre las de nuestros hijos. »

Y el pálido terror y el silencio de los sepulcros, tendieron sus cetos sobre aquella muchedumbre desenfadada : solo el arrepentimiento no se acerca á ella.

Los soldados condujeron á Jesus á uno de los pórticos del palacio, á donde le esperaban los verdugos con el azote en la mano ; y Barrabás fué entregado al pueblo. Así que este sintió que sus miembros estaban libres del peso de las cadenas, así que en sus oídos dejó de resonar el son siniestro que los hierros producían al mas leve de sus movimientos, ahulla de gozo, corre, se detiene, vuelve á correr, y se precipita en medio de la muchedumbre que horrorizada retrocede al aproximársele el feroz asesino á quien acaba de concederle la libertad.

Destempla, musa de Sion, las cuerdas de tu lira, para que solo produzcan lastimeros y lúgubres sonidos al acompañar la voz trémula del poeta, que osa cantar la flagelación, el manto de púrpura y la corona de espinas.

Agrupados en torno de Jesus sus guardas, y los hombres mas feroces del pueblo se arrojan sobre

él, y le despojan de sus vestiduras, como la tempestad despoja de sus ramas al solitario palmero, que vegetaba en árido desierto y cuya fresca sombra era la última esperanza del extraviado peregrino.

Han arrastrado á Jesus hasta el pié de una columna, le atan á ella, y los sacrílegos azotes se tiñen en la sangre del hijo de Dios. Elohá lo vé : el dolor le arranca de los cielos y le arrastra hácia la tierra.

Cubre un manto de púrpura el macerado cuerpo del Mesías ; una caña, irónico emblema del cetro de los reyes, se ve en su diestra ; espinas enlazadas en forma de corona hieren su frente.

Postrado en el polvo como un simple mortal adora el divino Elohá al Salvador del mundo en su voluntario abatimiento.

Mis manos permanecen inmóviles sobre las cuerdas de la lira, mi voz estenuada se detiene... Superior es á las fuerzas del hombre el cantar los padecimientos de un Dios.

Pilatos encuentra en fin en sí mismo, valor bastante para intentar de nuevo mover al pueblo á piedad, y conduciendo á Jesus á la plaza del palacio dice :

« Os lo traigo á fin de repetiros por última vez que no merece la muerte. Miradle. ¿Se presenta así un criminal ante sus verdugos? »

Los ángeles que rodean al Mesías, leyendo en su rostro los votos que forma por sus discípulos y por sus escogidos cuya desesperacion está viendo, se dispersan para ir á consolar á los bienaventurados.

La vista de Jesus estenuado por los padecimientos, cubierta la frente de sangre y revestido para mayor escarnio con el regio manto, lejos de enternecer al pueblo aumentó su rabia, y millares de voces clamaron de nuevo :

« Crucificalo, crucificalo. »

— « Pues bien, hacedlo si os atraveis á ello, por mi parte le declaro inocente. »

Diciendo así, se aleja Pilatos presuroso: pero Caifás le sigue, le detiene, y le dice :

« Nuestra ley le ha condenado; y preciso es que muera el que se atreve á llamarse hijo de Dios. »

Al oír ese nombre siéntese el Romano sobrecogido por un temor involuntario, y volviéndose á Jesus le pregunta en voz turbada :

« ¿Quién es tu padre? »

Guarda silencio el hijo del hombre, y ofendido Pilatos esclama :

« ¿Olvidas que tu vida depende de mí? »

Y Jesus responde :

« Ese poder no lo tendrías si Dios no te lo hubiese dado; y cualquiera que sea el uso que de él

puedas hacer, siempre serán mas culpables que tú los que me han acusado. »

Entonces los sacerdotes alentados, viendo pintada la cólera en el semblante del Pretor, esclaman todos á la vez :

« Si no nos entregas á Jesus no eres amigo del Cesar, porque cualquiera que se declara rey de un pais sometido á los Romanos, se revela contra su emperador y merece la muerte. »

Pilatos conoce la perfidia de estas palabras, pero es demasiado cobarde para esponerse á peligro alguno en favor de un inocente.

Le abandona, pues, á sus enemigos; insulta á estos con algunas palabras de desden y desprecio; y se retira á su palacio.

Y la multitud, ébria de odio y de venganza, clama triunfante y arrastra á Jesus al lugar del suplicio.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA
DIRECCIÓN GENERAL DE



CANTO OCTAVO.

ARGUMENTO. — Los ángeles y las almas de los patriarcas se reúnen en torno del Golgota. — Adán saluda á la tierra. — Satan y Adramelec, que volaban triunfantes siguiendo al Mesías, son arrojados de aquella region por Elohá. — Cargado con la cruz, acércase Jesus al Gólgota. — Sube la colina y tiembla la tierra. — Adora Adán al Salvador de la especie humana. — Llegan las estrellas al punto señalado para la consumacion del sacrificio. — Detiéndose los orbes en su carrera. — Jesus crucificado. — Corre su sangre y ora el Señor por el pueblo. — Coloca Uriel una estrella delante del sol, y densas tinieblas cubren la tierra. — Los ángeles custodios de las almas de los primeros cristianos las llevan al pie de la cruz. — Miralas el Mesías con amor; aumentanse sus padecimientos; el temblor de tierra se hace mas violento. — Subiendo Elohá á los cielos, encuentra á dos de los ángeles de la muerte que descienden á la tierra y dan siete vueltas en derredor de la cruz. — Angustias del Mesías que comprende ese mensaje profético. — Dolor de los ángeles y de las almas de los bienaventurados. — Viendo Eva á María al pie de la cruz participa de sus cruces dolores. — Jesus consuela á Eva con una mirada de misericordia.

Tú, sagrada Musa á quien yo invoco, oistes al mas santo de los cantores de Jehová, cuando al pié de la montaña de Sion cantó al Redentor abandonado por su padre en el instante supremo. Entonces aprendiste los himnos celestiales que trémula repite mi tímida voz : acaba de iniciarme en tus santos misterios, guíame en las tinieblas que rodean la cruz donde padece un Dios. ¡Quiero que los terrores de la eternidad penetren hasta la médula de mis huesos ; quiero ver al Salvador del mundo luchar contra la mas cruel de las agonías ; quiero fijar mis ojos en sus ojos moribundos, en sus lívidas mejillas ; quiero contar gota á gota la sangre de la Redencion, y contemplar la divina cabeza que abrumada bajo el peso de los pecados del mundo, se dobla, se inclina, y se envuelve en las nieblas de la muerte !

El divino Elohá pasa de la tierra á los cielos, y de los cielos á la tierra, con tanta rapidez, que apenas puede seguirle el pensamiento de los inmortales. Deteniendo su inquieto vuelo, estiende su mano izquierda en la cual lleva su celestial corona, y acerca con la derecha á sus labios la terrible trompeta. Despierta el metal sonoro á todos los ecos de lo infinito, la creacion entera escucha, y el serafin le arroja estas palabras.

« ¡ Ostentad, cielos y tierra, vuestras pompas las mas solemnes ! ¡ Elévase, oh Sabbath de la nueva

alianza, tu santa llama de soles en soles hasta el trono del Juez supremo ! ¡ Sonó la hora : ostentad cielos y tierra vuestras pompas las mas solemnes : el angel esterminador despliega sus sombrías alas y la victima camina al suplicio ! »

Calló Elohá, y los ángeles custodios de la tierra vinieron á agruparse en torno suyo. Mas el primero de los seráfines atravesando su brillante cohorte descendiendo al Gólgota, humilla tres veces su frente en el polvo, se levanta y tiende los brazos al Mesías á quien divisa de lejos seguido por todo el pueblo de Judea. Cargado va el Hijo del Hombre con su cruz, cuyo enorme peso no es sin embargo tan pesado para él como el de los pecados del mundo que voluntariamente tomó sobre sí. Lleno de admiracion, esclama Elohá : « ¡ Oígame cuanto me rodea ! Gólgota, monte sagrado ; en nombre del Dios que va á reconciliarse con la humanidad, en nombre del Dios reconciliador, en nombre del Dios que hace penetrar en el alma de los pecadores la luz celestial, te consagro á la sangre de la redencion ! Santo, tres veces santo, el que era, es, y será siempre ! »

De esta manera consagra el mayor de los seráfines aquel lugar del suplicio ; mas, profundamente afligido con la obligacion que le queda que llenar, se rodea de una sombría nube y envia al encuentro del Mesías esta humilde oracion :

« Amigo de los hombres, Creador y Salvador de la especie humana, Hijo del Eterno, Ser inconmensurable como tu Padre, tú que vas á sobrepujar todo cuanto de mas grande y de mas prodigioso se ha hecho en los cielos, tú que vas á resucitar en la tierra la inocencia primitiva, desterrando de ella á la muerte eterna; escucha la voz de un serafin prostrado en el polvo que vas á humedecer con tu sangre. Cuando tus ojos se cierren á la luz, cuando tu último suspiro vele los cielos, cuando Jehová solo se atreva á fijar sus miradas de juez en tu vida faz, ¡oh! entonces si no quieres que para mí desaparezca la creacion, si no quieres que una tumba de este mundo me sirva de eterno lecho, dignate decirme desde el fondo de la noche en que va á perderse tu vida de hombre, que con tu muerte rescatas al linage entero de Adan. Si no quieres que para mí desaparezca la creacion, si no quieres que una tumba de este mundo me sirva de eterno lecho, dignate decirme desde el fondo de la noche en que va á perderse tu vida de hombre, que volverás á reinar en los cielos cuando hayas pronunciado estas sublimes palabras: ¡Consumado está!... ¡Salud, salud, sangre de la redencion! salud, almas rescatadas! Ya se acercan, ya llegan, ya oigo sus gritos de alegría, ya veo brillar sus vestiduras de antemano purificadas por la sangre que va á correr. »

Dice, disipa la nube en que se habia envuelto y manda á los ángeles custodios de la tierra, que se reunan en torno del Gólgota. Obedecen estos inmediatamente adhiriéndose unos al borde de las nubes que flotan en la atmósfera, volando los otros sobre los bosques que cubren la montaña, y posándose el resto sobre las ondeantes copas de los cedros.

Elohá se coloca en lo alto del templo, dominando con la vista y el pensamiento á los innumerables agentes de los decretos de la Providencia, ministros de justicia y de muerte, custodios de los mortales y ángeles tutelares de los futuros cristianos y de los mártires.

Despues de atravesar las regiones mas elevadas llega Gabriel enviado al sol por el Mesías al pináculo del templo solar donde dejó reunidas á las almas de los patriarcas:

« Padres de los hombres seguidme. ¡Ya el Redentor del mundo lleva su cruz al lugar del suplicio! Volved vuestras miradas hácia la Judea. ¡Sobre la cima arida y pelada de aquella colina va á morir! Mirad mas lejos aquel monte que eleva hasta las nubes su doble y verde cabeza: allí es donde la justicia eterna se desplomó sobre él; colocaos sobre ese monte, y desde su elevacion vereis correr la sagrada sangre que ha de rescatar á las generaciones pasadas y á las que al angel de la vida no

ha arrojado aun sobre la tierra donde han de madurarse para la eternidad! »

Lleno de angustias y de dolor, emprende Gabriel su vuelo hácia la tierra, siguiéndole las almas de los patriarcas, rápidas como el pensamiento de un mortal virtuoso, cuando de estrellas en estrellas se eleva hasta el Eterno.

Frisa el ala del serafin con la cima del monte de los Olivos; bajan á ellos los Padres de los hombres suavemente; y Adan, que llega el primero, besa la tierra con respeto y la saluda con este canto de amor y de gratitud:

« ¡Oh amada tierra, desde la triste tarde de otoño¹ en que recibistes en tu seno mis helados restos hanse acumulado siglos sobre siglos, y mezclado sus cenizas generaciones y generaciones: y mientras tanto yo siempre he dormido. ¡Con qué felicidad os vuelvo á ver floridos prados que cubris los huesos de mis innumerables hijos: porque ahora sé que resucitarán todos! ¡Mis lágrimas de alegría te bendicen, hora santa, que vas á libertar á mi tierra

¹ Alude Klopstock á una de sus tragedias titulada *la Muerte de Adan*, que hasta ahora no se ha traducido, y en la cual pinta el autor con su religioso ingenio la prolongada agonía del primer hombre, cuya muerte hace que suceda al terminarse una tarde de otoño. Hay cierta analogía entre el estado de la naturaleza tal como el poeta la pinta en su tragedia, y la dolorosa sorpresa de la familia de Adan contemplando por primera vez el espectáculo de la gradual estincion de un ser creado para la inmortalidad. — T. F

natal del anatema que por mi causa cayó sobre ella; te bendigo á ti que santificarás su polvo envilecido empapándole en la sangre de la redencion!... ¡Estrémeceos cielos y mundos, ya viene, ya viene el divino Hijo de la tierra; el Hijo del Eterno camina á la muerte! »

Así canta el primer hombre nadando su corazon en un piélagos de dolorosa alegría.

Desde la cima del templo de Jerusalem descubre el divino Elohá á Satan y á Adramelec que triunfantes vuelan por encima de la cruz con que Jesus va cargado. Con atrevido vuelo sobrepónese el serafin á la terrestre atmósfera y mide las órbitas en que giran las estrellas. Rodéale el resplandor del mas solemne de los dias, santos terrores le siguen y preceden, y en torno de él la tímida y ligera brisa toma la rugiente voz de la tempestad. Al rumor de sus pasos se estremece el espacio como una montaña cuando la atraviesan innumerables guerreros con sus carros de bronce y pesadas armaduras. Viéndole y oyéndole los dos príncipes de las tinieblas se detienen inmóviles y sombríos, cual dos negras rocas arrojadas al fondo de los abismos por la mano del Dios vengador. Mas brillante que el sol, mas veloz que el relámpago, Elohá se detiene en presencia de aquellos, y les habla en el tono breve y enérgico que conviene al supremo mando:

« ¡Reprobos cuyos nombres solo en el infierno se pronuncian, abandonad las regiones de la luz que vuestra presencia importuna! ¡Huid y huid siempre hasta que hayais cesado de ver los reflejos de los celestiales límites; no os confundais con las nubes de la tierra, no os arrastreis en su polvo, huid, maldecidos reprobos! »

Dice, y los dos ángeles rebeldes alzan las frentes: en las arrugas que las surcan ondeando como las olas del mar, y en las llamas que arrojan sus ojos, cual si fuesen cráteres de volcanes, se pintan cuanto de mas horrible tienen la rabia y la venganza. Tales descienden de las cimas de los Alpes dos preñadas nubes, y, antes que la tempestad mas poderosa que ellos las disipe, procuran arrojar sobre los pacíficos valles la destructora plaga que en sus senos encierran.

En pie, delante de Elohá, prepáranse Satan y Adramelec á responderle; mas el serafin lanzando sobre ellos una mirada fulminante les dice:

« ¡Silencio, y no me reduzcáis á usar de los rayos de Jehová, de aquellos mismos rayos omnipotentes con que armó el Señor mi brazo en otro tiempo para que os precipitase en el abismo!... En nombre del Hijo de Adán que ahora lleva su cruz hácia el altar del sacrificio, en nombre del vencedor de los infiernos, huid, malditos! »

Y los dos príncipes del abismo mas negros que

su tenebroso imperio huyen el reino de la luz, y perseguidos por los millares de agujones del terror y del espanto van á caer en medio de las ruinas de Gomorra¹, en el seno del mar Muerto. Los ángeles ven su fuga, las almas de los patriarcas la ven tambien, y el divino Elohá triunfante y tranquilo descendiendo otra vez al pináculo del templo de Jerusalem.

Jesús acaba de llegar al pie del Gólgota, y el peso sobrehumano que el Juez eterno ha impuesto sobre su cabeza apura sus fuerzas; detiéndose y cae. Mas en aquel momento pasa al pie de la temida colina con temerosa planta un caminante á quien la multitud detiene y obliga á que reparta con el Hijo del Hombre el peso de su cruz.

Los padecimientos de Jesús han hecho renacer la compasión en mas de un pecho; pero aquellos corazones débiles y embriagados con los placeres de la tierra no conocen otra piedad que la que es de instinto en los humanos: la que sale del alma, é inspira los actos de abnegación y de sublime denuedo, les es enteramente desconocida. Oyén-

¹ El mar Muerto fué en otro tiempo un valle llamado de las Selvas. El Génesis habla con frecuencia de su fertilidad y de sus pozos de betun. En él estaban las ciudades de Sodoma y Gomorra, y despues que sobre ellas cayó el fuego del cielo convirtióse en un lago conocido con los nombres de mar Muerto, mar de Lot, mar Asfáltica. — T. F.

do Jesus los ahogados suspiros que aquí y allá se escuchan entre la multitud, se vuelve hácia el pueblo y dice :

« ¿Porqué llorais mi muerte, hijos de Jerusalem? Llorad por vosotros y por vuestros hijos, porque cercanos estan los días de angustias y de terror; los terribles días en que bendecireis á las mugeres que nunca concibieron, en que direis á las montañas : ¡Caed sobre nosotros ! en que direis á la tierra : ¡Abrete á nuestros pies!... Ved lo que á mí me sucede y juzgad de lo que sucederá á los pecadores. »

Calla, levanta los ojos al cielo y sube lentamente la colina.

Levántase la cruz sobre humanos esqueletos. Derrama el día sobre la Judea su claridad pura y celestial, y los millones de átomos, cuya infinita pequenez da testimonio del poder del Creador, giran gozosamente, arremolinándose en el laberinto de los aires. Mas ya se conmueven las misteriosas profundidades de la tierra, rompe el huracan las cadenas que le aprisionan á las nubes, y bramando pasa sobre los precipicios y las quebradas de las rocas.

De pie está el Hombre-Dios junto á la cruz : viéndole Adan le tiende los brazos, y se arroja hácia él ; su flotante cabellera frisa con las nubes, su rostro brilla con el resplandor del sol, mas sus ro-

dillas se doblan ; póstrase, y en sus ojos siempre clavados en el Salvador, se reflejan los cielos. Ya no es Adan un simple mortal, y sin embargo llora ; las mas dulces y dolorosas sensaciones le conmueven simultáneamente, y para desahogarlas entona un himno solemne que los ángeles escuchan rodeándole :

« No hay en la lengua de los seráfines nombre que sea digno de tí ; no tienen los inmortales ni lágrimas ni oraciones bastante nobles para celebrar tu amor y tu gloria. Yo te llamo hijo mio, porque tú te has hecho hijo de la tierra. Jesus, hijo adorado mio, ¿quien me dará fuerzas para soportar el dolor que me anonada? Vosotros que fuisteis antes que yo, y á quien, sin embargo ¡creó él como á mí, arcángeles y seráfines, contempladle, es hijo mio. Yo te bendigo, bienaventurada tierra, santo polvo de que salí, yo te bendigo, porque tambien él tiene cuerpo de tierra y de polvo!... ¡Felicidad completa! ¡ó tú que colmarías los deseos de un inmortal : á Jehová te debo, porque al crearme me hizo padre de su hijo ! ¡Detente, ó alma mia ! ¿qué son mi porvenir sin fin y el porvenir de la creacion, comparados con los instantes que en este dia viven los cielos y los mundos? Cada uno de ellos lleva en sus alas de oro á lo infinito eternidades de reposo y de felicidad, eternidades destinadas á Adan y á todos sus hijos. Instan-

tes sublimes, ya os habeis desvanecido y otros mas imponentes os suceden; ya se aproxima, ya llega el mayor de todos... ¡Orbes celestiales, prestadme vuestras poderosas voces, quiero decir á cuanto existe que la víctima acaba de detenerse bajo la sombra de las terribles alas del mas terrible de los ángeles!... ¡Levántate del polvo, linage humano, alza tu cabeza, embellécete con divinas lágrimas, que ya camina á la tumba, que le espera abierta, el Santo de los Santos! ¡O hijos míos, mis amados hijos! ¡vosotros sois sus elegidos, vosotros sois á quien redime, rodead á vuestro divino Salvador! Depongan su corona los que habitan dorados palacios y vengan; olviden sus penas los que gimen bajo pajizos techos y vengan tambien. ¡Ay de mí! No oyen mi voz los que viven sobre la tierra; no la oyen los muertos que duermen en la tumba; mas á tí que por ellos te inmolas, te oirán cuando al fin de los tiempos los reunas á todos... ¡Inmenso es el dolor que destroza mi alma! Ya se aproxima el Redentor á la muerte, ya se aproxima, ¿Me sostendrás á mí que soy el primero de los pecadores, á mí que el primero padecí bajo la ley de destruccion, me sostendrás ¡ó tú Jehová que abandonas á tu hijo en el momento supremo?... »

Así canta Adán, y el Hombre-Dios que continua al pie de la cruz se lleva la mano á la frente, se inclina profundamente, y habla á su padre conver-

tido para él en juez inexorable. A la respuesta del Eterno se estremecen los cielos.

Los verdugos se apoderan del Mesías.

Los millares de millares de orbes que vagan en la infinidad del espacio, entran en las órbitas que deben recorrer para anunciar la muerte del Eterno. Detiéndose, truenan sus polos, vuelven á tronar, y guardan silencio; permanece inmóvil y muda la creacion entera, y su sombra señala en el cuadrante de los cielos la hora del sacrificio. La tierra se estremece, cruje y se encorva su eje; va á precipitarse en el vacío; detiéndela Jehová, fijanse sus ojos en el Gólgota, y ve á su hijo clavado en la cruz.

¡O alma inmortal! tú que un dia verás las llagas del Mesías, póstrate al pie de esa cruz, envuelta en fúnebres gasas, y espera á que tu desmayada voz halle fuerzas para contar el misterio de los cielos.

Los ángeles y los patriarcas guardan melancólico silencio. ¿Hirió el aliento del ángel exterminador al universo? ¿Duermen los orbes en el seno de la destruccion? ¿No volverá á salir nunca ningun otro ser de este polvoroso seno?

Los ángeles y los serafines contemplan á la vida inmortal luchando contra la mas dolorosa de las agonías; ven correr la sangre del Hijo del Hombre y exhalan su dolor en llanto y en cánticos que los

celestiales ecos repiten con santo estremecimiento. El divino Elohá, el mayor de los seráfines, el mas próximo al Increado, mira por última vez al Mesías moribundo. Se lanza al espacio, y con voz semejante á los luminosos rayos con que los astros iluminan á la infinidad, clama en las mas elevadas regiones :

« Su sangre corre. »

Repite en los mas profundos abismos :

« Su sangre corre. »

A medida que Elohá se aproxima á la tierra, los ángeles de aquellos soles en donde primero ha resonado su voz, encienden el fuego del sacrificio, y la sagrada llama brillante y pura como el rocío que precede á la salida del luminar de la tierra, se levanta hácia los cielos. Y cada mundo ofrece al pasar Elohá por él un holocausto que es imagen de la víctima que expia en la cruz los pecados de la tierra. Así brilló ante el pueblo de Dios para guiarle al través del desierto la columna de fuego que salió del Tabernáculo.

Deja el Hombre-Dios vagar sus miradas sobre la ciega muchedumbre del pueblo, que se estiende desde los muros de Jerusalem hasta el pie de su cruz, y orando por él, levanta los ojos al cielo, y dice :

« *Perdónalos, padre mio, que no saben lo que hacen.* »

Al escuchar esa voz de amor, apodérase una muda admiracion de cuantos le escuchan ; miran al Mesías con temor ; ven su palidez y sus tormentos : nada mas podian ver ojos mortales. Los espíritus celestiales alcanzan solos á comprender los padecimientos del Hijo del Eterno, la inagotable fuente de salud y de felicidad para el género humano abierta en las palpitantes llagas de Cristo.

Está el Mesías crucificado entre dos criminales, porque la voluntad del Todopoderoso le ha condenado á esa última ignominia.

Es el de su izquierda un viejo asesino, endurecido en el pecado, que hace insultante mofa del Dios que muere por él.

« Dices que eres el Salyador de los hombres (le dice), si lo fueras nos salvarias y te salvarias primero á tí mismo bajando de ese maldito leño. »

A su diestra tiene el Señor á un joven á quien perniciosos ejemplos y pérfidos consejos indujeron al crimen. Este lanzando una mirada de indignacion al viejo pervertido, le dice :

« Y qué, ¿ aun hallándote tan próximo á la muerte, no temes al Juez supremo ? ¿ no temes su terrible venganza ? Lo que en este momento padecemos nosotros es harto debil castigo de nuestros crímenes ; mas ¿ por qué castigan los hombres á este Justo, condenado á morir entre nosotros, y que de beneficios los ha colmado ? »

Y haciendo un penoso esfuerzo, se inclinó hácia el Mesías. En consecuencia de aquel movimiento, circuló su sangre con mayor celeridad, aumentáronse sus dolores; mas iluminándole súbitamente un rayo de esperanza, clamó con inspirada voz:

« Dignate, Señor, cuando te veas en tu gloria y magestad, acordarte de mí. »

Y respondió el Mesías con una sonrisa llena de misericordia:

« *En verdad, te digo que hoy serás conmigo en el Paraíso.* »

Esas palabras produjeron en el alma del pecador arrepentido un sentimiento de felicidad para él desconocido:

« ¿En donde estoy? exclamó, ¿á qué nueva vida me ha trasportado el hombre divino que muere cerca de mí?... ¡De nuevo me ha creado!... Adorado seas, tú á quien no alcanzo á comprender; mas eres que el primero de los ángeles; no basta el poder de un angel para acercar de esta manera á Dios mi alma arrepentida... ¡Adorado seas; tuyo soy eternamente!... »

Dijo, y quedó sumido en santo éstasis, porque el reposo del Señor ha descendido sobre él.

Reemplazado el serafin Abdiel por un angel exterminador en el pórtico infernal, viene á colocarse en el luminoso círculo que forman los inmortales en torno del Gólgota; y á una señal del Re-

dentor vuela sobre la cruz, se detiene en ella un instante, y volviendo á donde estaban sus hermanos, dice:

« Nuestro dueño me manda conducir á su presencia así que espire el alma del primer pecador que la sangre de la Redención acaba de salvar: regocijaos conmigo de la misión sublime que me ha confiado. »

De pie sobre las cimas de los montes esperaba Uriel, angel del Sol, el instante señalado para la ejecución de las órdenes que del Eterno ha recibido: súbito se lanza á los cielos, y busca la estrella solitaria que se le ha mandado colocar entre el sol y la tierra, á fin de que reciban sombras mas terribles que las de la noche que al terminarse los días estiende su bienchora calma sobre la naturaleza entera, el último suspiro del Mesías.

Ya frisa el serafin en la atmósfera de Adamida, nombre que dan los cielos á la misteriosa estrella donde en el mas puro eter nadan las almas hasta que el angel de la vida las transporta á la tierra. Sonriéndose fraternalmente con aquellos aéreos gérmenes de las generaciones futuras, fija Uriel la vista en su inmensa cuna, y dice:

« Adamida, en nombre del que te sembró en la infinidad del espacio, sal de tu órbita, entra en la trayectoria inmensa que descende hácia el sol de

la tierra, colócate delante de su disco y absorve sus rayos. »

Resonó la voz del angel en el fondo de los valles y en la cresta de las montañas de Adamida; y la estrella, desquiciando sus polos, se precipita al través de los espacios. Hierven los mares; desencadénanse y braman las tempestades, crujen y se entreabren las montañas; vuelan las nubes, chocan entre sí con violencia, y de sus rasgados senos arrojan torrentes de agua, y fulgurosos rayos con sus horribles dardos y devoradoras llamas.

De pié sobre el círculo ártico de Adamida dirige Uriel su curso colocándola ante el sol para que lo cubra con su inmenso globo. Descienden á la tierra las sombras, que proyectan los tenebrosos límites de la estrella, y envueltos en los misteriosos pliegues de las sombras, bajan con ellas el Silencio y el Terror. Las aves cesan en sus cantos y huyen á la espesura de los bosques; y desde el toro fogoso, rey de los prados, hasta el insecto que se arrastra sobre la debil yerba, refúgianse todos los animales en las cavernas de los montes y en las simas de las rocas! La brisa detiene su aliento; y oprimido el hombre y respirando apenas levanta los ojos al cielo. Hácese el crepúsculo mas sombrío y desarrolla el terror sus millares de variadas y fantásticas formas en medio de la densa, negra y terrible

noche que cubre con su pesado manto todas las regiones de la tierra.

Inmovil está la estrella Adamida, ante el sol cuya luz parece haber estinguido para siempre; sus pálidas sombras crujen sordamente, y detiéndense los orbes llenos de admiracion y respeto á vista de la sangre que corre de la divina cruz: tal se detiene el caminante inmovil y pensativo ante el marmol que cubre los restos de un grande hombre.

Uriel dirige la palabra á los aereos habitantes, y aquellas almas para quienes la hora de nacer no ha sonado todavía, y que esperando su cuerpo mortal se envuelven en las mas dulces tintas de los cielos, escuchan al serafin en piadoso recogimiento.

« Seguidme, les dijo: voy á conducirlos al globo sumido en las tinieblas por la sombra del que habitais, y á despecho de la oscuridad vereis al hijo del Eterno. Aun no le conocéis: su vista os hará adivinar la inefable bienaventuranza que os está reservada. ¡Mirad, en los cielos mismos todas las rodillas se doblan, todas las coronas se inclinan ante el hijo del hombre!... Salvador del mundo, para tí las has creado, para tí redimes las almas de las generaciones pasadas y de las generaciones futuras. »

Dice, y desplegando sus alas se dirige á la Judea.

Las almas le siguen como los nobles y piadosos pensamientos siguen al sabio cuando á la suave luz de la luna, se complace meditando en los bosques sobre los secretos de la eternidad.

Los patriarcas que vuelan sobre el Gólgota reconocen con gozosa sorpresa, en los celestes viajeros que las nubes les traen, á los millares de millares de cohortes de humanos seres que el porvenir fecunda en sus maternales entrañas. Por primera vez aparta de la cruz sus miradas la madre de los hombres, eleva una mano al cielo, apoya la otra en el hombro de Adán, y le enseña á los futuros hijos de los siglos que todavía no son.

« Hélas ahí, dice, las innumerables generaciones del porvenir, los futuros cristianos llamados á la inmortalidad. ¿Qué nombre te daré á tí que mueres por ellos? ¿Que *Hosanna* será digno de cantar tu poderío y tu misericordia? ¡Oh hijos míos que aun no habeis nacido! ¿porqué no habeis entrado ya en esta vida de pruebas, para que os condujeran vuestras madres al pié de la cruz y os enseñaran á adorar á vuestro Salvador. Mas ellos lo aprenderán, sí, ¡oh Adán! ya veo su porvenir. Los mas dignos de entre ellos caerán bajo la segur de los verdugos, semejantes al blanco lirio cuyo vástago rompió la tempestad. Ya veo brillar sus llagas ¡Santos mártires: el resplandor de vuestras heladas frentes me deslumbra! Vuestro último suspiro es

un himno de alegría. Permitid ¡ah! permitid que vuestra madre os bendiga. »

Dejó el Mediador caer una mirada sobre aquellos millares de almas, y una lágrima de vida y de eterna felicidad brilló en sus ojos. Un relámpago de alegría pasó por las mejillas del Mesías, mas presto volvieron á rodearle las tinieblas de la muerte, y en vano procuró levantar al cielo su cabeza abrumada con el peso de todos los pecados del mundo.

Continúa el Gólgota rodeado por densas y negras nubes, de la misma manera que las urnas cinerarias se hallan bajo las bóvedas sepulcrales. La mas negra de esas nubes se extiende sobre la cruz, y con ella el silencio de la nada, silencio que hasta á los inmortales espanta. ¡Un solo pensamiento basta para que deje de existir ese silencio!.... Sinistro estrépito que no ha sido anunciado por son ni murmullo alguno le sucede repentinamente. Sale del fondo de la tierra abriendo en ella profundas simas, la inesperada tempestad, bramando poderosa y terrible; conmueven los esqueletos en las tumbas; estremécese el templo, se inclina, se levanta, y vuelve á inclinarse de nuevo. Con sordos gemidos anuncian las entrañas de los montes la llegada del huracan, hijo primogénito de la destruccion, á quien dotó su madre con sus mas horribles calamidades; y el huracan llega y silva al

través de los magestuosos cedros, y caen los cedros; y silva en las calles de la orgullosa Jerusalem, y mécese en Jerusalem chozas y palacios, como á impulso de las olas del furibundo mar los restos de naufrago bajel. Los bramidos del huracan anuncian la llegada del rayo, y el rayo llega y truena y cae en el mar Muerto, cuyas negras olas se hinchan cubriéndose de blanca espuma; y cae sobre la tierra, y la llama y el humo de los incendiados bosques se alzan hasta las nubes.

Un pensamiento grande y atrevido surcó la frente de Elohá, y al punto el pensamiento se convierte en accion. Despues de adorar tres veces á la víctima celeste, lánzase el serafin al camino solar que atraviesa los cielos: cerca de las siete estrellas que forman el ingreso de aquella senda encuentra á dos ángeles de la muerte, siniestros mensageros, que al verle se velan los rostros con sus negras alas; y se estremece Elohá, mas continua su rápido vuelo, porque quiere contemplar al Eterno en medio de las impenetrables tinieblas de que ha rodeado su trono de juez supremo.

Todo ha vuelto á ser silencio y tristeza en torno del Gólgota. Los vivos y los muertos, las almas de los patriarcas, las que estan por nacer, y las legiones de los seráfines contemplan al Mesías en muda adoracion. Tambien Eva adora á su divino hijo, mas no pudiendo su corazon sufrir el aspecto de aquel,

baja los ojos y ve al pie de la cruz á una muger que apenas puede sostenerse, con la cabeza baja, fija la vista, y que no derrama una lágrima. Eva conoce en la muda augustia de aquella muger el dolor de una madre.

« Tú eres María, dijo para sí; tu desesperacion me lo prueba. Lo que en este momento sientes lo he sentido yo como tú, cuando vi á Abel bañado en su sangre. Sí, tú eres la madre del Hombre-Dios que por nosotros muere. »

Mas súbitamente apartó el pensamiento de la mas desdichada de sus hijas, divisando á los dos ángeles de la muerte, á quienes encontró Elohá á la entrada del camino solar. Por las puertas del Oriente han entrado en la atmósfera de la tierra, dirigiéndose con lento y magestuoso vuelo hácia el Gólgota; de las mas negras sombras de la noche se visten, llamas brotan sus ojos, la destruccion se retrata en sus frentes; dos anchas alas los sostienen en el aire, otras dos cubren sus cabezas, y otras dos forman á sus pies una especie de negro y sombrío tapiz.

Llenas de santo terror las almas de los patriarcas se inclinan tocando casi á la tierra, como si por segunda vez abriera la madre comun los sepulcros de los padres de la especie humana. Páranse los lúgubres ángeles enfrente del Mesias, le saludan con la mas terrible de sus miradas y de nuevo

emprenden su siniestro vuelo. Siete veces giran en torno de la cruz, cubriéndose los rostros con sus negras alas, y en todo el universo resonó su vuelo triste y lúgubre, como el fúnebre sonido de la campana cuando retumba en medio de las mundanas alegrías.

Semejante al pacífico viagero que obligado á atravesar un campo de batalla, donde yacen innumerables guerreros, redobla los esfuerzos para apresurar su marcha, cuando oye los quejidos del uno y el postrer suspiro del otro, levanta Cristo la cabeza, contempla á los ángeles esterminadores, alza los ojos al cielo, y en el fondo de su corazón esclama :

« Herido está de muerte mi humano cuerpo, ¡oh juez supremo! cesa de atemorizarle. Conozco el batir de esas negras alas, comprendo el profético lenguaje de ese horrible vuelo... Herido está de muerte mi humano cuerpo, ¡oh Juez supremo! cesa de atemorizarle. ¡Misericordia, misericordia para el hijo del hombre ! »

Así pensó el Mesías, y corrió su sangre con mayor abundancia, y remontáronse al cielo los ángeles esterminadores dejando en pos de sí vagas inquietudes é inciertos temores.

A punto de consumarse ocultase mas profundamente la obra de la Redencion en su misterioso velo.

Innumerables son los testigos de la tierra y del cielo agrupados en torno del Gólgota, mas entre todos ellos la mas profundamente conmovida es Eva. Tormentos personales son para su corazón los padecimientos del hijo del hombre. Apágase la aureola que rodeaba su cabeza, póstrase sobre la tierra, tumba inmensa de todos sus hijos, hunde su frente en el polvo de los muertos, cruza las manos y las levanta al cielo ; luego alzándose un tanto procura con los ojos de su alma inmortal penetrar las tinieblas del sepulcro largos siglos hace por ella atravesado, y cuyos emblanquecidos huesos y terrible silencio la horrorizan entonces. Enternecido por sus lamentos lleva al pie de la cruz, el ángel de las celestes armonías, esta dulce oración de la madre del género humano :

« ¡Oh tú, á quien he llamado hijo mio! ¿Me atreveré de nuevo á darte tan dulce nombre?.....
 ¡No apartes de mí esas miradas que ya se eclipsan y estinguen! ¿No eres mi Redentor, el Redentor de cuanto ha nacido?... Los cielos se estremecieron de gozo cuando tu voz amante anunció á la primera pecadora el perdon de la vida eterna : pero ese perdon lo compras con tu vida y al pensarlo retrocede el alma inmortal á la tumba que ya salvó... ¡Oh! ¡permite que lllore sobre tí, Hijo divino! ¡Bien sé que las lágrimas son indigno homenage á tu gloria, pero apiádate de la debilidad,

tú que eres todo amor, todo misericordia! Y vosotros, hijos de mis hijos, nacidos para morir, cesad de acusar á vuestra desdichada madre que por vosotros ha pasado su vida en el dolor, que por vosotros, aun mas allá de la tumba, ha derramado de sus ojos ardientes lágrimas de aquellas que abrasan hasta los hielos de la muerte. Ahora ¡oh mis amados hijos! la sangre del Hijo de Dios os salva de la destruccion... Ya no morireis; dormireis, sí, para despertaros en los brazos de vuestro Salvador..... Mas ¡ay de mí! que muere ese Salvador cuyo poder y misericordia no pueden esplicarse con palabras. ¡Apresúrate, hora terrible, hora suprema, á volar en las rápidas alas de la luz que tan lentamente te mecen en lo infinito!... ¿Será que nunca os canseis, terrores de la agonía, de afligir á esa cabeza que cada vez se inclina mas profundamente en las sombras de la muerte? ¡Oh Jesus, mi divino Hijo! Tu rostro se pone mas pálido á cada instante; todavía corre la sangre de tus llagas, pero tu aliento es ya el estertor del moribundo... Tus entreabiertos ojos se fijan sobre mí... Celebrad, seráfines, mi felicidad; digan las bóvedas del cielo: ¡el Redentor lanzó una mirada de misericordia sobre la madre del género humano!... Penetró en mi corazon la dulce calma de la inmortalidad: levanto al Creador los ojos y el pensamiento, y os bendigo, hijos míos; ¡os bendigo en nombre del que

os vuelve vuestra inocencia primitiva, del que ha de juzgar al mundo, del que con su pasion y sangre os inicia en la muerte! ¡Os bendigo en nombre de su cabeza inclinada, de sus apagados ojos, de su frente oscurecida por cuanto hay en la tierra de tormentos y de angustias! »



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE



CANTO NONO.

ARGUMENTO. — Regresa Elohá de los cielos sin haber podido aproximarse al trono del Eterno. — Padecimientos del Mesías en la cruz. — Lágrimas de Simon Pedro. — Recorre este las cercanías del Gólgota, y encuentra á muchos de sus amigos que lloran con él sin osar ni consolarle, ni reconvenirle por su culpa. — Razonamiento y oracion de los patriarcas. — Habla Jesus á su madre y á Juan. — Aumentase el temblor de tierra. — Abdiel Abbadona, refugiado en las entrañas de los montes, se admira de aquella revolucion que trastorna á la naturaleza entera. — Afirmase en la resolucion de ver al Mesías, y revistiéndose de la forma celestial que antes de su caída tenia, va á mezclarse con los ángeles que rodean la cruz. — Reconócenle los seráfines, mas le permiten que se aproxime. — Al ver al serafin Abdiel, su antiguo amigo, pierde el angel rebelde su mentido resplandor y huye asustado. — Conduce Obadon, angel de la muerte, el alma de Judas al pie de la cruz; hace que vea el cielo de donde su traicion le destierra; la precipita en los infiernos y va á tomar las órdenes del Eterno.

Elohá regresa del cielo, volando rápida y silenciosamente; llega á las inmediaciones del templo de Jerusalem, baja con lentitud al punto donde están los patriarcas y dice :

« Postraos y adorad conmigo al que es dueño de todos nosotros. »

Obedecen los patriarcas orando todos fervorosamente. Levántase el serafin sumido en profunda meditacion, y despues de un largo silencio vuelve á tomar la palabra :

« He querido contemplar en su tenebrosa y terrible gloria á aquel que ninguna lengua puede explicar, ¡á aquel que ningun pensamiento acierta á comprender! Me he levantado hasta los soles y su luz brillaba apenas con escaso é incierto resplandor : he llegado á los polos de los cielos y los hallé envueltos en profunda noche. ¡ Me he acercado al trono y en vano busco espresiones para pintaros las sombras que me rodearon, los terrores que de mí se apoderaron ! En el fondo de la creacion resonaba el bramar de los infernales rios, y desde lo alto de las nubes una voz me dijo : Las alas que baten son las de un ser creado ; ¿qué ser es ese?... Lleno de espanto, porque la voz que habló era la del angel esterminador, me postré adorando al que juzga en medio de las tinieblas de su inmutable justicia. »

Diciendo así estremeciósse el serafin y veló su rostro.

El Mesías ha inclinado su oprimida cabeza sobre el pecho y en la apariencia dormita.

Aplacado se ha el furor del pueblo, como las irridadas olas del furioso mar despues de haberse estrellado contra una roca incontrastable, vuelven pacíficamente á sus primeros límites. Los amigos del Mesías vagan dispersos alrededor del Gólgota, temiendo encontrarse unos á otros y dar vado á las quejas que solo para aumentar su dolor servirian : la Santa Virgen Madre y Juan son los únicos que han tenido valor bastante para permanecer al pie de la cruz. De todos, el discípulo que renegó á su maestro es el mas desdichado.

El triste náufrago arrojado por el mar sobre una playa cubierta con los inanimados restos de sus compañeros, la recorre con sombría desesperacion ; camina, gime y se detiene ; vuelve á caminar de nuevo, y llegando en fin á la roca á donde las olas arrastraron el cuerpo de su padre, retuerce sus brazos y se acusa de haberle asesinado ; porque en el momento del peligro le abandonó pensando sólo en sí propio. Así Pedro ha pasado la noche y una parte de la mañana en los mas recónditos y selváticos parages de aquella tierra, llegando por fin á una colina no distante del Gólgota, desde la cual

contempla la cruz. Mas, pronto le abandonan las pocas fuerzas que le quedaban, y anonadado hunde su rostro en el polvo. Ituriel hace que sobre él descienda un rayo de vaga esperanza: no le es lícito hacer más, porque la influencia de los ángeles encargados de velar sobre el destino de los mortales está sujeta á la voluntad de Dios.

Reanimado Pedro con el debil consuelo que de su celeste protector acaba de recibir, alza la cabeza y buscan sus ojos á los nobles amigos que poco tiempo antes encontraba siempre á su lado. Quisiera confesarles su crimen porque conoce que con las reconvenciones de aquellos se mitigarian sus remordimientos: pero nada ve, ni aun á la orgullosa Jerusalem, pues la regia ciudad está envuelta en tinieblas en medio de las cuales se dibujan fantásticamente las formas del templo y del monte Moria. Súbito hiere su oido un confuso rumor, escucha y oye pasos y humanas voces á poca distancia de él: son unos extranjeros venidos á Jerusalem para celebrar las fiestas de la Pascua y que la fama del suplicio de Jesus atrae al Gólgota. Hácese notar uno de aquellos extranjeros por la riqueza de su traje, por el negro color de su piel, y por cierto aire de dignidad que revela en él á un alto personaje. Es, en efecto, el desconocido, privado de Candace, reina de Etiopia, y el mismo á quien mas tarde iniciará Felipe en los santos mis-

terios de la nueva alianza ¹. La casualidad ha colocado al Etiope cerca de un anciano venerable que se apoya en el brazo de un mancebo. Alentado por la afabilidad del anciano dicele el extranjero:

« Ruégote que me digas qué crimen ha cometido el profeta á quien dan muerte. ¿De qué atrocidad se ha hecho culpable para condenarle al mas horrible de los suplicios? »

Y el anciano, llamado Samma, contesta suspirando hondamente:

« ¡Le matan porque ha dado salud á los enfermos, oídos á los sordos, luz á los ciegos, porque ha resucitado á los muertos y libertado del enemigo á los infelices endemoniados, en cuyo número me he contado yo! »

Al pronunciar estas palabras vió Samma á Simon Pedro y dijo al extranjero:

« Mira allí, noble señor, á uno de los discípulos, á uno de los predilectos del hombre divino que podrá dar testimonio un dia de cuanto ha visto y oi-

¹ La presencia del Etiope en Jerusalem durante la muerte de Jesus es un anacronismo, porque realmente dos años después fué cuando impulsado por la lectura del profeta Isaiás pasó aquel primer ministro de la reina Candace á visitar la ciudad santa. En el camino halló el apostol San Felipe, le hizo subir á su carro, y explicándole el santo las profecías, de tal manera le persuadió la santidad de las doctrinas de Cristo, que el Etiope se hizo bautizar en el primer arroyo que encontraron. (Hechos de los Apóstoles, cap. VIII). — T. F.

do; porque es, te repito, uno de los privilegiados mortales á quienes Jesus ha enseñado como quiere el Eterno que se le adore.

Y volviéndose al discípulo continuó:

« ¡Dígnate iluminarnos; dinos porque muere tu divino maestro! ¡No vuelvas el rostro así, hombre de Dios amado, háblanos del gran profeta á quien tan tiernamente amais tú y el amable Juan! »

Pedro se cubrió el rostro con las manos y gimió profundamente, no porque le hubieran conocido, pues entonces se hallaba pronto á morir por su maestro, sino porque Samma supone en él mas virtudes de las que tiene.

« ¡Ay de mí! les dijo: á morir va, amigos míos, el mas grande, el mejor de los hombres! No me preguntéis mas... »

Dijo y se confundió entre la multitud. Samma, Joel su hijo, y el Etiope continúan acercándose al Gólgota. De lejos los sigue Simon Pedro y pronto se detiene cerca de Tadeo quien, de pie cave un arbol muerto, parece extraño á todo lo que le rodea. Pedro le dirige esta pregunta en interrumpidas voces:

« ¿Le has visto sobre la cruz? A tí te es permitida tanta felicidad, caro Tadeo. Sí, á pesar de la profunda aflicción en que te veo puedes levantar á él los ojos, mientras que yo... ¡Oh pena terrible! en el fondo de mi corazón sangra una herida en la cual

los remordimientos agitan sin cesar su cortadora cuchilla... concédeme una palabra, una mirada de compasión tú que poco tiempo hace eras mi amigo... Vana esperanza... Nada me dices... »

No halla Tadeo fuerzas en sí mismo para explicar con palabras lo que siente: pero sus lágrimas son elocuentes, y sin embargo esas lágrimas que una tierna compasión hace correr no mitigan el dolor de Pedro; porque para este no ha sonado aun la hora del perdón celestial.

Agitado siempre por los remordimientos vuelve á abandonarse al impulso de la multitud que le arroja en medio de un grupo en el cual se hallaba su hermano Andrés. Asustado Pedro con aquel encuentro huye precipitadamente; mas Andrés le sigue. El pecador empieza por rechazar á su hermano, pero luego se arroja en sus brazos no con la ardiente satisfacción que en otro tiempo caracterizaba al impetuoso discípulo, sino con desesperado abandono, y apenas pueden sus trémulos labios pronunciar estas palabras:

« ¡Hermano mio! » Y Andrés estrechándole amorosamente le dice con ahogada voz:

« Amado hermano, quisiera ¡ay de mí! callar; mas no puedo hacerlo. Mi corazón sangra mas dolorosamente que el tuyo... ¿Qué has hecho? ¡oh amado hermano mio! ¿Has negado al mejor de los

hombres, al mas perfecto de los amigos, al Hijo de Dios... »

Así habló Andrés, y una dulce tristeza y lágrimas fraternales velaron sus ojos. Largo tiempo permanecieron abrazados estrecha y silenciosamente los dos discípulos; caminaron despues con las manos enlazadas sin osar mirarse el uno al otro; y en fin se separaron sin proferir una palabra.

Sediento siempre de consuelos y convencido de que para él no los hay, tomó Pedro una solitaria senda, y apenas habia dado en ella algunos pasos cuando encontró á dos hombres venerables cuya sociedad buscaba ansiosamente la víspera de aquel día, y quisiera entonces huir. Mas hanle conocido y uno de ellos tendiéndole la mano le dice :

« Valeroso discípulo de nuestro divino maestro: ¿desconoces ya á José de Arimatea y á nuestro comun amigo el noble Nicodemo? Tambien nosotros somos discípulos del profeta, si hasta aquí en secreto, de hoy mas, prontos á confesarlo á la faz del universo. Imitado será por todos los amigos de Jesus el ejemplo de Nicodemo. ¡Ah! si hubieras visto con que valor ha defendido á nuestro maestro ante el Sinedrin mientras que yo, cobarde, guardaba silencio! »

« Exageras tu culpa, interrumpió Nicodemo. ¿No saliste conmigo del concilio de los sacerdotes? ¿Qué

mas es menester para declararte públicamente amigo y discípulo de Jesus? »

José, mirando á su amigo, se sonrió dulcemente, y levantando los ojos al cielo dijo :

« Dios de Jesus, Dios de Abraham, cumple mis votos; haz que ya que tan debil me he mostrado halle] fuerzas para resistir á los tormentos, y que muriendo al menos, demuestre mi amor al Mesias. »

El Señor, enternecido por esa oracion, dejó caer sobre José de Arimatea un rayo de aquella gracia que hace los mártires; y mientras el Justo se halla sumido en santo éstasis, dirige la palabra Nicodemo á Simon Pedro.

« ¿Por qué apartas de nosotros tus miradas? le dice : Comprendemos y participamos de tu dolor, sabiendo que en este momento muere en la cruz el mas santo de los hombres; perdónanos que tanto hayamos tardado en declararnos públicamente sus parciales; ya ves que por lo ménos en el momento del peligro no nos ha faltado el valor y que altamente nos hemos confesado sus discípulos. »

Resiste á la tempestad el tronco de la añosa encina, pero su copa cede á la impetuosa fuerza del viento; de la misma manera permanece Pedro inmovil con la cabeza inclinada hácia el suelo. Crecen sus angustias, le dominan, le arrastran; huye,

y como si esperase hallar descanso en el exceso de la desesperacion se dirige hácia el Gólgota.

Llegado al pie de la cruz, procura en vano levantar sus miradas á Jesus : Juan y la desdichada María absorven toda su atencion. Parece que con el dolor se han arraigado en el suelo ; no hay lágrimas en sus ojos ; oprimido está su pecho ; y no lejos de ellos se apiñan en grupo algunos fieles cuyo celo no ha podido reprimir temor alguno, ni consideracion humana de ninguna especie. Oscuro fué el nacimiento de estos, ignorados y pobres vivieron, pero la historia perpetuará sus nombres que ya los ángeles han grabado al pie del trono del Eterno.

Magdalena; María, madre de Judas y de Santiago; María, madre de los Zebedeos; y otra María, hermana de la madre del Mesías, estan en medio de aquel grupo.

Enagenada por el dolor, no quiere Magdalena ni recordar los milagros de Jesus, ni esperar que de sus enemigos triunfe ; y postrándose al pie de la cruz, puebla el aire con sus gemidos. La madre de Santiago quiere consolarla, y los sollozos ahogan su voz ; la esposa del Zebedeo se retuerce los brazos, y no atreviéndose ya á esperar en la misericordia divina, acusa á la providencia de lentitud en la ejecucion de los decretos de su terrible venganza.

El joven criminal que expia sus crímenes al lado de Jesus, ve el dolor de los fieles, y le compadece con todo el ardor de un alma que acaba de encontrar misericordia ante su Dios, abriéndose á la fe y al arrepentimiento. Participan los inmortales reunidos en torno del Gólgota del dolor que aquejan á tantos nobles corazones, mas al mismo tiempo se regocijan por la conversion del pecador, y admiran la tierna piedad que hace olvidar al mancebo sus propios tormentos para iniciarse en los del Mesías. Cediendo Abraham á la necesidad que siente de comunicar á sus amigos las sensaciones que experimenta, vuélvese hácia Moisés, y dice aquel Padre de las doce tribus de Israel al fundador del Tabernáculo :

» ¿Nos bastará, ¡ó hijo mio! la eternidad para sondear la profundidad de las maravillas que ante nosotros pasan? Sean ellas de aquí en adelante objeto único de nuestros razonamientos, y extraeremos al menos gota á gota las olas de este océano sin orillas. En otro tiempo, hemos visto entrambos al Mediador en toda su gloria : tú, sobre el monte Horeb¹; y á mi se dignó aparecerseme en los sagrados bosques de Mambre. Allí, su voz melodiosa y

¹ Nombre de la peña en la cual hizo brotar Moisés una fuente para apagar la sed del pueblo de Israel, acampado entonces en el desierto de Refidim, donde no había agua alguna. (Exod. XVII) — T. F.

dulce era toda de amor y de misericordia; y con esa misma voz acaba Jesus de anunciar á su compañero de suplicio el celestial perdon. ¡Ah! ¡gracias te sean dadas á tí que así redimes á los pecadores; y pueda el himno de mi gratitud unirse á los clamores de triunfo de los cielos! ¡Mira, Moisés, cuan dulcemente se sonrie al aspecto de la muerte aquel joven criminal, aquel pecador arrepentido á quien Jesus acaba de reanimar! La certidumbre de conseguir la eterna vida le inspira bienhechora calma. Yo te saludo, pecador convertido; tú eres uno de mis amados hijos. ¡Ay de mí! Tambien son hijos míos los asesinos del Hijo del Eterno, pero inaccesibles al arrepentimiento, se gozan en su crimen. Su perversidad destrozaría mi corazón si aun fuera mortal como ellos. Morador soy de las regiones de paz y de felicidad, y sin embargo una idea terrible me persigue: ¡que pase, que pase rápidamente, y vaya á perderse en las olas del olvido! Los verdugos del Mesías han pronunciado su propia sentencia, pues que cuando el Romano rehusaba condenarle, clamaron: «¡Que muera y caiga su sangre sobre nosotros y sobre nuestros hijos!» y la cuchilla del ángel exterminador ha grabado esas horribles palabras en la roca sobre que estriba el trono del Eterno. ¡Ya veo á todos los pueblos de la tierra, desde Oriente á Occidente, agruparse en torno de la cruz y adorar al Salva-

dor del mundo, los veo á todos menos á mis hijos, á todos menos á mi linaje!»

Habló así Abrahán, y Moisés responde:

«Padre de Israel y de todos los fieles que adoran á Jehová cuando el pueblo se postraba á los pies del becerro de oro; padre de David y de la bienaventurada muger que le ha dado al Salvador la vida humana que ahora sacrifica á nuestra salud eterna; padre del Hombre-Dios, escúchame. Lo que voy á decirte, ya lo sabes, pero bueno es repetirte lo que es cierto. Aquel que derrama con la una mano la misericordia, y con la otra la justicia, ha colocado á nuestro pueblo sobre la cima de un peñasco que separa el perdon del castigo, porque ha querido probarle á la especie humana que cada uno de los hijos del polvo es árbitro de su suerte en la eternidad. Quien del peñasco baje por el lado del mal á sí mismo se perderá, como se perderán también á sí mismos los que no escarmienten en su ejemplo; y cuando mas allá de la tumba sean precipitados en otra muerte mas terrible, solo á su propia cegüedad podrán acusar.»

Moisés calla, y Abrahán vuelve á decir:

«Con gratitud te he escuchado, ó noble hijo mio, mas séame permitido creer que encontrará misericordia ante el Señor el pueblo á quien él mismo se dignó guiar en la tierra de Canaan, dándole nubes protectoras para escudo, y la mas brillante

de sus llamas por norte. Sí, volverá al Redentor divino, que muere sobre la cruz por todos los habitantes de la tierra, el pueblo de Israel; sí, volverán mis hijos al cordero que inmolan, y que para ellos también abre las celestiales puertas de la vida eterna. »

Dice, y permanece sumido en piadosa meditación. Isaac le mira y se sonríe con el dulce candor de la adolescencia; porque para eternizar la imagen profética del sacrificio expiatorio ofrecido á la divinidad irritada, han dado los cielos al alma del hijo amado de Abrahan un cuerpo aereo que reasume todos los encantos de la infancia. Isaac pues se aproxima suavemente al mayor de los patriarcas, y le dice :

« En tus ojos: ¡ó padre mio! leo el amargo dolor que sientes viendo cómo los de nuestro linage asesinan al Santo de los Santos, que por ellos se inmola. Piensa que el Juez eterno no se olvidará de ellos en su inconmensurable misericordia; y que los arrancará del pecado para llevarlos á los pies de su divino Salvador, como en otro tiempo los sacó de la tierra de Egipto para llevarlos á la de Promision. Esa dulce esperanza me consuela : un recuerdo sagrado dilata mi alma, y ese recuerdo tu memoria debe tenerlo también... No puedes haber olvidado aquel supremo instante en que subistes á la montaña sobre cuya cima se hallaba el

altar del sacrificio. Seguíate tu hijo lleno de gozo y de orgullo, no presumiendo ser la víctima que ibas á ofrecerle al Señor... Mas cuando me ví ligado al altar, cuando ví inflamarse los sagrados leños, cuando alzando mis ojos llenos de lágrimas contemplé la brillante cuchilla que tu brazo blandió sobre mi cabeza... Eterno silencio : sepulta para siempre aquel horrible instante, al cual han seguido siglos de celestial beatitud... Isaac, tu hijo amado, pareció digno al Señor de servirle de instrumento para hacer presentir á los primeros tiempos del mundo el sacrificio que hoy rescata á la especie humana. »

Acabó, y arrojándose en los brazos de su padre, postráronse entrambos, y dirigió Abrahan al Mesías estas piadosas palabras :

« Hijo del Eterno, apoyo de los fieles, última esperanza de los pecadores : desde el dia en que naciste de una madre mortal, han pasado por mi corazon todos los tormentos y alegrías de la eternidad. Cuando, niño debil, llorabas en el polvo, resonaba en los cielos el mas poderoso de tus rayos. Envolviéndote cada vez mas en la humilde condicion de los mortales, te hicistes incomprendible hasta para los ángeles que apenas podian conocerte, y proseguiste tu carrera meditando sobre tu muerte. Llegado has á tu fin, fin sagrado que desde la eternidad te habias propuesto. La creacion no era aun,

y ya tú le pedias á tu padre, esa muerte sublime que redime los pecados de lo pasado y de lo futuro... Vémoste sufrir sin osar compadecerte, porque eres superior á la compasion; mas el golpe terrible con que la muerte te amenaza, á todos nos alcanzará, hiriendo antes de herirte, á cuanto en la infinidad existe. Apiádate de nosotros para que ese golpe terrible no nos aniquile; apiádate sobre todo de los fieles que gimen al pie de tu cruz, y cuyos dolores igualan casi á los nuestros, á pesar de los terrenos lazos que con el mundo los ligan.»

Así ora Abrahan, y un grupo brillante y bello como una aurora se aproxima al Gólgota: compónenle las almas recientemente libres de sus cuerpos, que acaban de ser depositados en el seno de la tierra ó devorados por la llama de las piras. Vienen esos espíritus cuya vida fué tan inocente y pura, como serlo puede la de un mortal á quien Dios no se ha dignado iluminar con su luz divina, de todos los puntos de la tierra. Conduce un bondadoso querubin á los nuevos inmortales, quienes sin comprender aun, mas presintiendo sus altos destinos, adoran en silencio al Creador de todas las cosas. Haciendo una señal, interrumpe el querubin su piadoso éstasis:

«Moderad vuestra justa sorpresa y medidad en el secreto de los cielos que estais viendo. Ninguno de cuantos nacen de muger puede tener parte en

las celestiales bienaventuranzas, sin la intercesion del que padece y espira en este momento. ¡Su nombre es Jesus! Al darle á luz una madre mortal le ha hecho hijo de la tierra: sufrir y orar, enseñar y hacer bien, y despues sufrir, tal fué su vida. Ahora corona su obra muriendo en la cruz. Si voluntariamente no se hubiera ofrecido á vuestro Juez en holocausto espiatorio, la muerte eternase-ria vuestro destino, como lo será en adelante de cuantos oyendo predicar su ley no la sigan. Antes de daros la vida, sabia el Eterno el uso que de ella habiais de hacer; sabia que si hubierais escuchado las lecciones de Jesus, las hubierais aprovechado; y por eso os acogerá en la plenitud de su misericordia. Puros estais ya ante el Ser de los Seres; la sangre del Mesias os ha lavado; postraos: el que en este momento resucita á la inocencia de la especie humana, Jesus, el Hijo de Jehová y de una madre mortal, recibirá vuestras acciones de gracias.»

Dijo el querubin, y penetradas las almas de amor y de gratitud, adoraron al Salvador. Salem, angel de Juan y Selith, que lo es de María, escucharon aquella escena con melancólica alegría. ®

«¡Ay de mí! dijo Salem á su divino amigo, ¡Cuan dulce es contemplar la beatitud de esas almas por la redencion salvadas! Para ellas no hay ya penas ni dolores: pero la triste Maria... y el

desdichado Juan!.. las mas crueles angustias desgarran sus corazones, modelos de virtud, donde poco tiempo hace reinaba la paz de los justos. ¡Oh Selith! la espada que atraviesa el corazon de María, atraviesa tambien mi espíritu. »

Y Selith responde :

« He visto padecer á mas de un mortal virtuoso, mas á ninguno tan digno de la compasion de los ángeles, como lo son esos dos ilustres desgraciados á quienes admiro no atreviéndome á compadecerlos. Amados son del Eterno y de él recibirán divinos consuelos... Mira, hermano mio : ¿ me engaña el deseo de que en efecto sean consolados, ó los ojos del Mesias se inclinan hácia los seres amados que á sus pies lloran? »

Calla Selith, estremeciéndose de alegría. El hijo del hombre se inclina hácia su madre, y hácia el discípulo que en sus brazos la sostiene; y entrambos reviven, esperando oír aun una vez el sonido de su voz divina. Tan dulce esperanza se realiza inmediatamente, hiriendo sus oidos estas palabras de Cristo.

« *Madre mía ese es tu hijo; y tú, Juan, esa es tu madre.* »

La gratitud y el gozo devuelven á aquellos dos desdichados la dulce facultad de llorar.

Sin embargo los dolores de María aumentan sucesivamente, sin que haya palabras humanas para

pintarlos. Mudos permanecen los cielos y tiemblan las entrañas de la tierra; y si bien no conmueve aun ese estremecimiento misterioso á los valles, que á Jerusalem rodean, la vista de la sangre que corre sobre el Gólgota inspira á las almas de cuantos la ven un vago presentimiento de venganza y de desdicha, que las irritadas olas del océano del porvenir estrellan ya en las playas de lo presente.

La progresiva y creciente agitacion de la tierra llega á desgarrar las entrañas de los montes, á donde Abbadona, huyendo del valle Getsemani, ha ido á buscar refugio. Sentado sobre la punta de una inmensa roca y sumido en mudo estupor, escucha el bramar del torrente cuyas impetuosas olas estrellándose á sus pies se precipitan al fondo del abismo, atraviesan sus misteriosas cavidades y vuelven á caer en nuevas simas. ¡Súbito tiembla su colosal selvático asiento, crugén los peñascos que le rodean, se abren y se hunden! Abbadona, sorprendido con el espectáculo de aquel estrepitoso dolor de la naturaleza, mira compasivamente en torno suyo y dice para sí :

« ¿ Tambien la tierra padece? ¿ Se desespera acaso porque de su polvo salió la especie humana? ¿ Hase fatigado de que sea su seno, en otro tiempo casto y puro, laboratorio ahora de asquerosa descomposicion? ¿ O está avergonzada de verse reducida á ser eterna tumba cuyas horribles entrañas

dilata continuamente la muerte con nuevos esqueletos, mientras que la primavera de una engañosa vida cubre su corteza de embalsamadas flores? ¡Tal vez gime por el hombre divino á quien he visto padecer en Getsemani, bajo las copas de los olivos envueltos en las sombras de la noche! ¿Qué será de aquel hombre?... ¿Y qué loco terror me detiene aquí? ¿Por ventura, estoy mas lejos de la mano del juez supremo, en estas subterráneas cavernas que lo estaria en las fértiles llanuras de la tierra? ¡Su mano pesará siempre y en todas partes, sobre mí, y aun cuando mas allá de la creacion, me fuera dado el huir allí tambien pudiera asirme!... Sí, iré á buscarle á aquel á quien he visto sufrir dolores mas fuertes que un simple mortal pudiera tolerar: quiero profundizar este misterio... Celestiales cohortes le rodean continuamente, su aspecto me obligará de nuevo á huir de aquel prodigio de los cielos... ¿Y porqué ha de asustarme el resplandor de los ángeles pudiendo yo revestirme con él?... ¡Revestirme con él... y basta una centella del celeste rayo, para que desaparezca el mentido resplandor!... ¡Satan, sin embargo, se ha rodeado de él mas de una vez, y Satan es mas criminal que yo!... Al menos, adornándome ahora con una beladad que ya no me pertenece, mi intencion no sería culpable. ¡Ay de mí, que conozco que á la vista de los ángeles, en otro tiempo mis hermanos, huiré

desesperado!... ¡Permanece, réprobo, permanece en tu miseria!»

Así piensa Abbadona, y desplegando lentamente sus alas sombrías se levanta sobre las trastornadas simas de la tierra; mas retrocede al instante viéndose aplanarse al globo bajo el peso de la terrible noche que le oprime.

«¿Sonó la hora del juicio? esclama, ¿van los tiempos á dar fin? ¿Porqué descargó su brazo el Todo poderoso sobre el terrestre globo? ¿Dió la tierra sepulcro al que tanto ha padecido ante mis ojos, y el Eterno pide cuenta por ello á sus verdugos? ¿Mas, es mortal aquella víctima? A donde quiera que mi pensamiento se dirija, solo encuentra misterios y prodigios! ¡Ah! ¡ya esto es demasiado vacilar, quiero saberlo todo!»

Dice, y deteniéndose sobre la cima de un alto monte penetran sus rápidas miradas en las tinieblas, y ve en lontananza á la ciudad santa semejante á una ruina coronada por vaporosas nubes. Armase de audacia, y aunque le estremece su propia temeridad, vuelve á tomar la celestial belleza, que ostentaba cuando era el mas joven y el mas hermoso de los ángeles. Dorada cabellera flota sobre sus espaldas, y bajo sus ondeantes rizos se agitan suavemente dos anchas y azuladas alas. En sus mejillas brillan las dulces tintas que coloran el horizonte al nacer la aurora; mas profunda melancolía

colía vela sus miradas, y una lágrima corre por su mejilla. Dirigiendo temeroso el vuelo hácia el punto mas oscuro de la region que le rodea, se aproxima al Gólgota, pues sobre aquel monte ha tendido el cielo la mas negra de sus noches, y oye, al atravesar el mar Muerto, un confuso tumulto semejante al bramido de las olas y á los lamentos de los naufragos.

Cuando irritada la tierra contra las criminales ciudades que con su peso la oprimen, condena al fin á la mas criminal de entre ellas y abre sus entrañas para hundirla, desaparecen templos y palacios; rugen en el fondo del abismo la amenazadora voz del subterráneo trueno, los edificios que se desquician, las víctimas que claman al sepultarse; y el horrorizado viagero que allí buscaba un techo hospitalario huye pálido y aterrado. Así se aparta Abbadona de las orillas del mar Muerto, y llega á las inmediaciones del círculo, que forman los inmortales en torno del Gólgota. Elohá viéndole lo reconoce y dice:

« ¡Desdichado! viene á contemplar en la cruz al Salvador, despues de haberle visto padecer sobre el monte de los Olivos... Persíguenle los mas espantosos remordimientos. ¿Quién podrá rehusarle un sentimiento de compasion? ¿Será la eternidad para él una inagotable fuente de amargas lágrimas? Apenas es si ha gozado de la bienaventuranza de

los espíritus puros, porque su nacimiento y su caída se siguieron de harto cerca. ¡Oh Juez eterno! tú consumirás en favor del angel rebelde, pero arrependido, el mas piadoso, el mas incomprensible de tus misterios. Cesen los cielos de admirarse; porque el Mesías, criador de los inmortales, espira en la cruz por todas sus criaturas. »

Y volviéndose hácia un serafin añadió: « Vé á encontrar á los ángeles y á los patriarcas, y prevenles que á ellos se acerca el trémulo Abbadona. Que no se le rechace si en medio de nosotros se atreve á penetrar. Guíale el arrepentimiento, quiere contemplar al Redentor: ¡concedido le sea tan cruel consuelo; que pecadores hay en torno de esa cruz mas endurecidos que él! »

Cada vez va siendo mas tímido el vuelo de Abbadona, y al frisar la tierra se disponia á huir, cuando al fin comprende que no puede menos de ser el Mesías aquel á quien un coro de ángeles, asiste en el suplicio. Esa conviccion le reanima y asusta al mismo tiempo: álzase del suelo, y haciendo un enérgico esfuerzo penetra al cabo en el luminoso círculo de los inmortales. Pero, poco diestro en el arte de fingir, procura en vano imitar la celestial sonrisa de los ángeles de luz; y la expresion de su fisonomía descubre los remordimientos y las penas que le agitan. Llenos de santa piedad, apartan los ojos de él los seráfines y déjanle pasar.

Abbadona llega á colocarse sobre la cima del Gólgota, divisa á los tres crucificados, se vela el rostro y dice :

« No, no quiero, no debo mirarlos : sus dolores aumentando mis tormentos me obligarian á huir... Desdichados hijos de Adan, casi tan criminales sois como yo, pues que llegais á dar muerte á vuestros semejantes. ¿ Hacedlo para defender vuestra propia vida ó para satisfacer vuestras violentas pasiones? Sea como fuere, no quiero ver á esas desdichadas víctimas... Horribles pensamientos de muerte, cesad de perseguirme, que yo busco al hombre divino á quien protegen legiones de ángeles. ¿ Dónde podré encontrarle? ¿ En el valle en que le he visto padecer rodeado de profundas tinieblas? Pero esas mismas pesan sobre el monte del suplicio, y en ese no está seguramente... ¡ Ah! ¡ si los ángeles se dignasen enseñármelo! ¡ Si yo me atreviese á pedirles esa gracia! ¡ Temerario! ¿ no es ya demasiada felicidad para tí, la de haberte introducido furtivamente en tan santa asamblea?... Pero no me conocerán, porque estan absortos en sublimes meditaciones sobre el hombre divino. ¿ Y dónde se halla ese hombre divino? ¿ Se habrá refugiado en lo mas escondido del santuario del templo, para que no vea ningun mortal el sangriento sudor en que bañan su frente los sobre-humanos tormentos que padece? Paréceme sin embargo que no se fijan

las miradas de los inmortales sobre el templo... ¿ Y qué puedo saber yo cuando la vergüenza y los remordimientos tienen constantemente clavados mis ojos en la tierra? ¿ Cómo he de atreverme á seguir la direccion de sus miradas celestiales y puras?... A pesar de todo he de atreverme á tanto : sí, quiero contemplar esa lúgubre colina donde reciben el castigo de sus crímenes los culpables de la tierra, porque un secreto pre sentimiento me dice que en ella cumple el hombre divino su misteriosa misión. »

Dejó de hablar; y, harto debil para sostenerse en el aire, descendió á la inmediacion de Juan, cuyas miradas estan fijas en la cruz donde el Mesias moribundo no parece pedirle mas á la tierra, que una tumba para descanso de sus destrozados miembros. Siguiendo los ojos del angel caido las miradas del predilecto discípulo se estremece y piensa :

« No, no es ese al que busco ; porque aquel no puede morir... ¡ Ay de mí! ¿ porqué persisto en un error sin objeto?... ¡ Irritados cielos, yo lo confieso en fin : la celeste víctima del Juez inexorable es la que he visto, es la que veo!... Póstrome ante ella y humillado en el polvo de la tierra, y cubierto con las cenizas de la muerte, debo y quiero esperar el desenlace del mas terrible de los misterios... ¿ Qué sensacion es la que experimento? ¿ Es la del reposo que tranquiliza ó la del terror que anonada?

¿Será la esperanza que consuela? ¡La esperanza del no ser que es la única que me queda! ¡Oh! no me engañes vaga esperanza: paréceme que puedo sin delito pedir al Eterno la gracia de que me aniquile, y que pudiera concedérmela en este momento. ¡Oh tú que lees en mi corazón! ¡oh tú, que recompensas y castigas! sin duda cuando el divino moribundo haya cesado de sufrir, inmolarás á sus manes algunos de los espíritus malignos autores del pecado, y que á él procuran continuamente atraer á tus criaturas... Haz que sea Abbadona uno de los malditos, á quienes vas á esterminar sobre la tumba del Justo... Cuando haya cesado de ser, no me devorarán las eternas llamas de la condenacion; y se dirá de mí: ¡Fué, ya no es!... Los ángeles me olvidarán, todos los seres creados me olvidarán, Dios mismo me olvidará también!... ¡Ya lo ves, Juez del universo, presento mi cabeza al mas terrible de tus decretos; ya me hiera silenciosamente tu cólera, ya con el mas estrepitoso de tus rayos me aniquile, poco me importa con tal que me borres de la creacion!»

Así pensó el angel caído, y apartando sus miradas del polvo las dirige al lívido semblante del Mesías: el horror de la nada se apodera de él, y el mentido esplendor que le rodea se disipa por instantes. Conócelo, se estremece y va á perderse en las sombras de la reprobacion, cuando divisa á su

hermano, á la mas bella mitad de sí mismo, brillando con el mas puro angélico resplandor. Al verle, reúne el caído serafin las pocas fuerzas que le quedan para conservar la celestial apariencia que imagina le disfrazará á los ojos de su antiguo amigo. Mas el deseo de penetrar el secreto de los cielos supera en él á todas las demas consideraciones, é imitando el acento y resueltos ademanes de un mensajero de Dios encargado de correr de mundo en mundo, sin poder detenerse en ninguno, dirige á Abdiel esta pregunta:

«Dime, te ruego, cual es el instante señalado para la muerte del Mediador divino. No puedo detenerme aquí y quisiera adorar á aquel instante en cualquier punto de la creacion donde me encuentre.»

Miróle Abdiel con melancólica y sentida severidad, y agitados sus labios dulcemente por la compasion dejaron escapar esta palabra: «¡Abbadona!»

A cada una de las sílabas del nombre que de Satan recibió y que el morador de los cielos acaba de pronunciar para probarle que le ha reconocido, disípanse los mentidos rayos que ornaban á Abbadona y se convierten en sombras asquerosas. Así reemplaza repentinamente la palidez de la muerte á los brillantes colores que animaban el bello rostro de un adolescente, cuando le hiere el rayo.

Reducido á recobrar las horribles formas de un príncipe de los infiernos á la faz de los ángeles reunidos, huye á la ventura el desdichado Abbadona; y pronto, estenuado por la vergüenza y por la desesperacion, se deja caer en medio de un bosque de palmeras. Al rumor de su caída, salió del mismo bosque, á cuyas sombras se habia refugiado, el alma de un muerto mas negra aun que el triste Abbadona. A esa la conduce y arrastra á la cruz Obaddon el angel de la muerte. Sombria como las bóvedas sepulcrales de la muerte, aterrada como el extraviado caminante que ve estallar al rayo sobre su cabeza y al mismo tiempo abrirse el suelo bajo sus plantas, huye aterrada el alma ante el angel terrible, en cuya mano vibra flamígera cuchilla. Al llegar al centro de una densa nube blande Obaddon su amenazadora espada y ordena al espíritu que se detenga:

« Mira, miserable, le dice, aquí está la aldea de Betania, allí Jerusalem, Jerusalem, y en ella el palacio de Caifás y la humilde morada donde, con los otros discípulos, celebraste la anticipada memoria de la muerte de tu divino maestro. ¡Contempla en medio de las rocas de Getsemani tu abandonado cadáver y á tus pies en la direccion de mi cuchilla esas tres horribles cruces!... ¡Jesus, Jesus es quien muere en la mas elevada de ellas!... Temblar puedes; mas no huir... Contempla esa sangre que corre

para redimir á la especie humana de la eterna muerte; de esa muerte terrible que te espera... Marchemos ahora: tu odiosa presencia aflige á los espíritus celestiales que rodean este lugar sagrado.»

Diciendo así arrastró al alma de Judas por en medio de los astros; y la inmensidad de la creacion llena de espantoso terror al mas péfido de los traidores, haciéndole comprender la omnipotencia del Juez del universo. El esceso mismo de su temor le da fuerzas, en fin, para dirigir la palabra á su terrible conductor de esta manera:

« ¡Ah! ¡por piedad aniquíleme esa tu espada de fuego, mas no me obligue á comparecer al pie del trono del Eterno. »

Y Obaddon responde en voz terrible:

« ¡Silencio, miserable; obedece y marcha! »

Y obligándole mal su grado á penetrar en la ininidad del espacio, pasa con él de estrellas á estrellas, de soles á soles. Llegados que fueron al último de esos astros brillantes se detuvo y enseñó á Judas los cielos donde reina el Eterno en toda su gloria. En aquel momento padecía el Mesías en la cruz; santas tinieblas rodeaban el santuario; trisísimo silencio reemplaza á los himnos de los elegidos; y sin embargo las inefables delicias de aquella morada sobrepujaban á cuanto la imaginacion del hombre pudiera en sus piadosos éstasis soñar de mas sublime.

Obaddon habla de nuevo al reprobó :

« ¡Póstrate, mira, y desespera!... Sobre ese trono, rodeado de sagrada oscuridad, se digna el Eterno mostrarse algunas veces á sus elegidos, y en torno de él reunirá aquel que en este momento redime los pecados del mundo, á sus fieles sobre el monte celestial llamado por nosotros Sion ¹. Las doce sillas, que á la manera de doce soles brillan sobre ese monte, preparadas fueron desde el principio de la creacion para los discípulos de Cristo; y sentados en ellas han de juzgar un día á todos los hijos de la tierra. ¡Tú tambien has sido discípulo de Cristo!... ¡No te revuelques así, no esperes enternecerme : no, traidor, no te aniquilaré! Calcule tu pensamiento cuanta gloria y felicidad encierran los cielos, y conocerás la medida de los eternos tormentos que te esperan. En vano procuran tus ojos apartarse del bien que perdiste : como la roca del mar azotada incesantemente por las olas, vas á esperarme aquí, ante el cielo abierto y pronto á recibir las almas de los que permanecieron fieles á aquel á quien tú hiciste traicion! »

Calla el angel de la muerte, acercase al santua-

¹ Ha podido observarse ya muchas veces que en sus ficciones poéticas hace Klopstock que los ángeles y aun el Mesías mismo designen y distinguan las diferentes partes en que divide el cielo, con los nombres de las ciudades, montes, valles y rios mas célebres de la Palestina.

rio, se postra, y despues de una ardiente oracion vuelve cerca de Judas y con voz poderosa como la del trueno le dice :

« Sígueme, reprobó : voy á conducirte á tu eterna morada. »

Y lánzase entrambos del empireo. Rápido como el relámpago es el vuelo de Obaddon : ya llegó con Judas al abismo de perdicion. Tumulto espantoso se oye en el fondo del tenebroso abismo que gira sin método y sin ley en el espacio que le midió el Eterno. Tan pronto se detiene como se lanza con furioso movimiento ; y por eso las llamas terribles de las envenenadas flechas aguzadas por la eterna muerte, caen á la ventura sobre los negros habitantes del infierno.

Judas al ver la temida sima hace rabiosos esfuerzos para romper los lazos que le aprisionan, pero Obaddon lanzándose fuera de los límites de los orbes, arrastra consigo al traidor y se deja caer con él á la entrada de la region de los tormentos. Allí el réprobo se rebela de nuevo, y de nuevo quiere huir : mas obligado á encorvarse bajo la ardiente espada del angel exterminador, llega al pórtico del abismo, donde los seráfines á quienes el Eterno ha confluado su custodia reconocen á Obaddon y al alma maldecida á quien acompaña. Abrense espontáneamente las puertas de diamante mostrando una espantosa é inflamada boca, que no bastarian á

cerrar juntas las montañas de todos los orbes creados. Allí se detuvo el ángel de la muerte.

No tiene senda el infierno para bajar á sus profundos senos: desde el pórtico en adelante ruedan gigantescas rocas chocando desordenadamente entre sí al través de las llamas que brotan en todas partes, sin destruir aquellos peñascos que surcan y penetran. Sobre la cima de la mas alta de las ardientes rocas se ve al Terror, pálido, mudo, desordenado el cabello, llena de vértigos la frente, fijos los ojos, desencajados de las órbitas y clavados en el fondo de los abismos!

El ángel esterminador aparta la vista de aquel espectáculo, inclina su espada hácia el Averno, y clama en voz tonante:

« ¡ Judas Iscariote, hé aquí la morada de los reprobos, la tuya! ¡ En la cruz muere el Mesías para redimir á los pecadores de la muerte eterna que aquí reina, y esa muerte, viéndolo estás, no es el sueño de la nada! »

Dice, precipita al reprobado en los infiernos, emprende de nuevo su rápido vuelo, atraviesa el Empireo, vuelve al Gólgota y espera allí los decretos de la irritada divinidad.



CANTO DÉCIMO.

ARGUMENTO. — Mira Jesús á Satan y á Adramelec que se habian refugiado á orillas del mar Muerto y los dos principes de tinieblas sufren horribles dolores. — Llévanse los ángeles custodios á las almas de los primeros cristianos para que animen á sus cuerpos que las esperan en la tierra. — Bendicelas el Mesías. — Reunidas las almas de los patriarcas y de los profetas en el bosque de Getsemani, discurren sobre los padecimientos del Redentor. — Espresan su dolor en solemnes cánticos las almas de Simeon y de san Juan Bautista, de Miriam y de Debora. — Abatidos por la tristeza apartanse los fieles del Gólgota. — Lázaro sigue á Tadeo que se ha refugiado á los sepulcros y le consuela comunicándole una parte de las proféticas sensaciones que experimenta desde que Jesús le ha resucitado. — Anuncia Uriel á los seráfines y á los patriarcas la llegada del ángel de la muerte. — Henoc, Abel, David y Seth entonan fúnebres cantos; lloran amargamente sus pecados Adán y Eva orando por la redencion del género humano. — Llega el ángel de la muerte, descansa en el monte Sinaí y cae sobre el Gólgota donde despues de adorar al Mesías le hiere cumpliendo los decretos del Eterno. — Pronuncia Jesús sus últimas palabras sobre la tierra y espira.

cerrar juntas las montañas de todos los orbes creados. Allí se detuvo el ángel de la muerte.

No tiene senda el infierno para bajar á sus profundos senos: desde el pórtico en adelante ruedan gigantescas rocas chocando desordenadamente entre sí al través de las llamas que brotan en todas partes, sin destruir aquellos peñascos que surcan y penetran. Sobre la cima de la mas alta de las ardientes rocas se ve al Terror, pálido, mudo, desordenado el cabello, llena de vértigos la frente, fijos los ojos, desencajados de las órbitas y clavados en el fondo de los abismos!

El ángel esterminador aparta la vista de aquel espectáculo, inclina su espada hácia el Averno, y clama en voz tonante:

« ¡ Judas Iscariote, hé aquí la morada de los reprobos, la tuya! ¡ En la cruz muere el Mesías para redimir á los pecadores de la muerte eterna que aquí reina, y esa muerte, viéndolo estás, no es el sueño de la nada! »

Dice, precipita al reprobado en los infiernos, emprende de nuevo su rápido vuelo, atraviesa el Empireo, vuelve al Gólgota y espera allí los decretos de la irritada divinidad.



CANTO DÉCIMO.

ARGUMENTO. — Mira Jesús á Satan y á Adramelec que se habian refugiado á orillas del mar Muerto y los dos príncipes de tinieblas sufren horribles dolores. — Llévanse los ángeles custodios á las almas de los primeros cristianos para que animen á sus cuerpos que las esperan en la tierra. — Bendicelas el Mesías. — Reunidas las almas de los patriarcas y de los profetas en el bosque de Getsemani, discurren sobre los padecimientos del Redentor. — Espresan su dolor en solemnes cánticos las almas de Simeon y de san Juan Bautista, de Miriam y de Debora. — Abatidos por la tristeza apartanse los fieles del Gólgota. — Lázaro sigue á Tadeo que se ha refugiado á los sepulcros y le consuela comunicándole una parte de las proféticas sensaciones que experimenta desde que Jesús le ha resucitado. — Anuncia Uriel á los seráfines y á los patriarcas la llegada del ángel de la muerte. — Henoc, Abel, David y Seth entonan fúnebres cantos; lloran amargamente sus pecados Adán y Eva orando por la redencion del género humano. — Llega el ángel de la muerte, descansa en el monte Sinaí y cae sobre el Gólgota donde despues de adorar al Mesías le hiere cumpliendo los decretos del Eterno. — Pronuncia Jesús sus últimas palabras sobre la tierra y espira.

Adelantando en mi santo y temido camino, me aproximo al instante de la muerte del Mesías, muerte sublime que fué solo un sacrificio de amor. Sosténgame esta consoladora esperanza, y ayúdeme á evitar los escollos que me amenazan. Una voz clama á mi derecha: « Sé temeroso y reservado porque cantas á un Dios; » á mi izquierda dice otra voz: « Sé ardiente y solemne porque cantas á un Dios! » Y yo; ¡ay de mí! no soy mas que un debil mortal. ¡Oh tú que conoces mis pensamientos antes de que en mi espíritu se desarrollen, sosten mi tímida voz, y que un rayo de tu gloria ilumine esta alma ansiosa de conocerte y adorarte!

El trono del Eterno, poco há brillante y rodeado por legiones de seráfines con arpas de oro en sus manos, ahora se halla tenebroso y desierto: solo el primero de los ángeles de la muerte se encuentra postrado en las gradas de aquel trono y espera con santo terror una orden que presiente y le hiela de espanto.

Continua enyuelta la naturaleza en un inmenso velo de luto, y al través de ese velo deja el Eterno caer una mirada sobre el Mesías que él solo ve y comprende. Auméntase entonces su palidez; sus moribundos ojos se vuelven hácia la tumba recientemente abierta en una roca no distante del Gólgota; y su pensamiento se dirige al Eterno.

« ¡Héla pues ahí, oh padre mio, la sombría bó-

veda donde este cuerpo que la tierra me prestó va á dormir el sueño de la muerte!... Dígnate enjugar las lágrimas que por mí van á correr. ¡Misericordia para los que lloran á tu hijo, misericordia para los que creen en él; misericordia cuando les envíes la muerte, que es, yo mismo lo siento, el arma mas terrible de la Divinidad! ¡Ningun ser creado la conocerá nunca tal como ya la sufro: una sola gota del océano de padecimientos en que tú me has sumido, sembraría la desesperacion en todo el género humano! ¡Misericordia, oh Padre mio! Ten piedad de aquel desdichado que luchando contra el infortunio te ha permanecido fiel; ten piedad del que cumple con las obligaciones de la amistad, del humilde y del caritativo; ten piedad del rico y del poderoso que emplean los mundanos bienes en aliviar las miserias de sus hermanos; ten piedad de todos cuando la destruccion reclame su cuerpo y tú su alma. Dios de bondad, Padre mio: por la corona que ensangrienta mi frente, por la agonía que hiela la médula de mis huesos, por el amor infinito que me hace morir sobre la cruz, oye mis votos. »

Así pensó el Mesías, y apartando sus ojos de la tumba, los fijó en el mar Muerto. Nuncio rápido y terrible de sus miradas, el Terror hiere á Satan y á Adramelec que yacian en las orillas del maldecido lago; y uno y otro príncipe del Averno se levantan,

tiemblan y rugen como dos montes minados por el subterráneo fuego. ¡Comprenden los dos reprobos que se cumplió la palabra que pronunció el Señor en Eden despues de la caída del primer hombre y que el Mesías ha hollado bajo su planta la cabeza de la serpiente! El infierno entero comprende su derrota. Aformentado con padecimientos tales como nunca hasta entonces los esperimentó, Satan aprieta en sus contraídas manos un peñasco y lo reduce á polvo; sordos gemidos salen de su pecho é interrumpen estas palabras que dirige al compañero de su oprobio y de su desdicha :

«¿Adramelec, sientes como yo que nuevos y cada vez mas horribles tormentos penetran en los mas escondidos senos de tu corazon? Escucha, pecador eterno, maldito reprobó: yo pecador eterno, maldito y reprobó como tú, quiero pintarte lo que padezco. No tienen los infiernos colores bastante sombríos para pintar tal cuadro; lo sé, mas no importa; es preciso que sepas mis angustias, y si padeces menos que yo, infame condenado, quiero al menos reducirte á temer una suerte como la mía. ¡Juzga del horror de mis tormentos pues que el aspecto de tus males ya no me regocija! Pues mas hay todavía: el abatimiento en que he caído no tiene límites, y me obliga á reconocer que el Eterno es omnipotente!... Sí, es omnipotente!... ¿Y yo, qué soy, pues? El mas espantoso de los monstruos de

los abismos; esos abismos y todas sus maldiciones pesan sobre mí... ¡Tan miserables somos que no nos ha creído dignos de arrojarnos por su mano en estas malditas orillas! Uno de sus ángeles nos ha mandado huir y hemos huido... y ese angel nos ha hablado en nombre del Mesías y hemos huido; y el Mesías espira en este momento en la cruz! ¡Horrible misterio! Mis vanos esfuerzos para penetrarte son para mí un nuevo tormento, un nuevo anatema. Infiernos, orbes, y vosotros cielos, volved á ser el Caos y caed sobre Satan, y ocultadle á la cólera del Eterno. »

Así habló el rey de las tinieblas, y Adramelec el audaz, el orgulloso Adramelec, mirándole con selvática desesperacion y haciendo un penoso esfuerzo para reunir sus fuerzas, esclama :

« Socórreme, Satan, socórreme... me humillo hasta implorarte.... si lo exiges te adoraré... »

Esa frase que el dolor le arranca le presta nueva energía, y rodeando á Satan con sus brazos de yerro le sacude rabiosamente y ahulla estas frenéticas palabras :

« ¡Oh tú el mas negro de los condenados, socórreme pues!... ¡padezco mil y mil condenaciones!... ¡ya no me queda fuerza para aborrecerte como antes te aborrecia!... ¡oh mengua de los infiernos! ¡Maldecirte quisiera y te pido auxilio!... ¡Sí; padecería menos, si pudiera lanzar sobre tí las

devoradoras llamas de la maldición!... Quiero poderlo... lo quiero... »

¡Oh terror de los orgullosos! Adramelec vuelve á caer mudo é inmóvil!... Así, sufren aquellos dos malvados el suplicio que les impone la sentencia del Mesías, terrible sentencia que alcanza al propio tiempo á todos los príncipes de las tinieblas, cuyos ahullidos y desesperados gritos pueblan los abismos y llenan de espanto á los condenados.

¡Basta, musa de Sion, basta! ¡Deja caer el velo que oculta la región de los tormentos! Santas y divinas penas, dolores que reconcilian á la especie humana con su Creador reclaman tus cantos.

Las miradas y el pensamiento de Jesús han vuelto á fijarse en las legiones de inmortales que gimen y lloran en torno de su cruz; y los contempla en toda la plenitud de su amor y de su misericordia. La vista de las almas que aun no han descendido á sus mortales cuerpos le procura una dulce satisfacción; porque sabe que el tránsito de esas almas por la tierra formará una de aquellas épocas célebres que son fuentes inagotables de salud y de felicidad para las generaciones futuras. Pocas veces conserva la posteridad la memoria de los seres generosos que por ella se sacrificaron, pero sus virtudes, que tan fácilmente olvidan los hombres, se reflejan en sublimes acciones inspira-

das por los bellos ejemplos que ellos dieron. Así la piedra ya caída en el fondo de un lago deja en la superficie del agua señal de su paso en los círculos que giran, y se estienden hasta las floridas orillas.

Procurando la mas bella de aquellas almas definir sus vagas inquietudes, siéntese iluminar por un destello de la luz divina que ha de guiarla durante su vida mortal y que la inspira este dulce pensamiento:

« Sí, lo comprendo, el hijo del Eterno es quien muere sobre la cruz: su rostro brilla como los soles de las regiones que habitamos, pero con mas suave y celestial resplandor... Tampoco se parece á nuestros amigos los ángeles; y mas bien se asemejarían sus formas á las de los hombres que le rodean, si una mano poderosa alcanzara á borrar de las facciones de estos la espresion de bajeza y de loco orgullo que las afea. ¡Y tambien nosotros vamos á ser hombres y á habitar en cuerpos perecederos!... ¿Hay en lo infinito diferentes especies humanas, ó son los que vemos nuestros futuros hermanos?... No sé, pero vagamente recuerdo que el mundo que ví, al salir Adán de las manos de su Creador, era mas bello, mas alegre... ¡Hágase tu voluntad, Padre de los ángeles y de los hombres; hágase tu voluntad, hijo del Eterno!... De todos los misterios de los cielos, el mas impenetrable es el que se

consume en este momento. Atormentado por espantosos dolores siente el Mesías que el principio de su vida huye de él; y vosotros, seráfines, que hasta aquí respondiais á todas mis preguntas, ¡guardais silencio! ¿Será para vosotros menos importante ese misterio que lo es para las almas destinadas á envolverse en mortales cuerpos? ¿Qué ardiente amor es este que hácia tí me arrastra, divino Mediador? Si me amaras como yo te amo, tal vez entonces se borrara la mancha con que me afeó el pecado del primer hombre, y se me admirtiera acaso en la divina contemplacion. Dueño del universo, satisfaz esta sed de bienaventuranza que me has dado; haz que pueda aproximarme á tí, porque solo cerca de tí se encuentran la paz y la felicidad. »

Mientras así pensaba aquella alma próxima á entrar en la vida, sonó la hora solemne que dió principio á su porvenir, y al de las demas que la acompañaban. Una mirada de Jesus ordenó á los ángeles custodios, que las condujeran á sus terrestres moradas, y, despues de haberlas bendecido, dijo en su pensamiento:

« Id á vivir, creed, y venceréis por mí; porque los mundos no existian y ya os amaba yo. »

Refiere, oh santa musa que me inspiras, las acciones que han de santificar la vida de aquellas piadosas almas, pues aunque el Mesías no les permite

conservar memoria de la dicha que tuvieron contemplándole en la cruz, les deja conservar el germen de los sublimes pensamientos, que tal espectáculo les inspiró, y ese bastará á sostenerlas en el buen camino hasta la hora de la muerte.

La mas bella de todas era tu alma, noble Timoteo¹: recibirás con fe ardiente la ley de Cristo muerto y resucitado; apenas salgas de la adolescencia ya tendrás las fuerzas necesarias para velar sobre el rebaño de fieles que te será confiado por Pablo, convertido en el mas firme apoyo del Dios á quien primero persiguió; y cuando caigas victima del furor de tus verdugos, tu muerte, mas sublime todavía que tu vida, iniciará á mil y mil pecadores en la vida eterna. El dia de la grande asamblea de los muertos á todas os nombrará el Mesías, bienaventuradas almas que le visteis padecer antes de ocupar vuestros mortales cuerpos.

Tú nombre, valeroso Antipo², será pronunciado

¹ Timoteo, discípulo de san Pablo y obispo de Efeso, fué apedreado por oponerse á una fiesta que los habitantes de aquella ciudad celebraban en honra de Diana. — T. F.

² Uno de los primeros mártires y el único de quien habla san Juan en su Apocalipsis. Las demas personas á quienes Klopstock designa entre las que supone que fueron llevadas al pie de la cruz antes de nacer, son todas mas ó menos célebres entre los primeros cristianos. No hay una entre ellas de quien no se haga mencion muchas veces en los hechos y epístolas de los apóstoles; y el breve análisis que de su vida hace el autor es un trabajo biográfico de suma exactitud. — T. F.

por el Señor, cuando en las orillas de Patmos decida del porvenir de sus fieles; amarás con puro y constante amor al que murió en la cruz y por él morirás.

Y tú, Hermas, cantarás al hijo del Eterno, con todo el ardor de una santa pasión; y tus salmos serán recogidos por los fieles en las cavernas solitarias que los ocultan á sus perseguidores, y cantados en alta voz cuando para ellos llegue la hora del suplicio.

Haciéndose superior á las flaquezas de su sexo, se consagrará enteramente Febea al servicio del Dios muerto y resucitado; socorrerá á los pobres, consolará á los enfermos; y serán sus dulces palabras intérpretes de la divina misericordia para los moribundos. Desconocida pasará por la tierra, mas velarán los ángeles sobre ella y conduciranla casta y pura al seno de Cristo, objeto exclusivo de su amor.

Largo tiempo vagará instigado por la ardiente sed de la ciencia, el estudioso Herodion, en la espinosa senda de la mundana sabiduría; mas reconociendo al fin que aquel que aun mas que por sus milagros, señaló con la verdad de sus doctrinas su tránsito por la tierra, es el único maestro á quien debe escucharse, disipará su cegüedad la luz ce-

y vivirá y morirá por su Redentor.

Epáforas, tan ardiente como piadoso, tendrá la honra de estar preso con Pablo en la ciudad de las

siete colinas; sus celosas oraciones atraerán la bendición del cielo sobre toda la naciente cristiandad y singularmente sobre los Colóseos sus predilectos. Su celo y su piedad sostendrán largo tiempo á los moradores de Laodicea, en el camino de la salud; y cuando pronuncie el profeta de Jesus en las playas de Patmos la sentencia de aquella ciudad tibia y debil, por consideracion á Epáforas penetrará un rayo de esperanza al través del terrible decreto, prometiendo coronas y blancos ropages á los pecadores arrepentidos¹.

Desdichas y penas probarán á la dulce y piadosa Pérsida; mas sus oraciones y sus lágrimas la abrirán las puertas del cielo.

Desdeñará Apeles la fama que con harta frecuencia calumnia y persigue á la virtud sin ofrecerle nunca recompensas dignas de ella; desdeñará la aprobacion del mundo y aun la de los sabios, porque la humana sabiduría, por perfecta que sea, solo de las acciones juzga sin que le sea dado penetrar las intenciones; y la accion es corteza visible y grosera, la intencion aliento celestial, inaccesible para los órganos terrestres. Apeles no conocerá

¹ Imitacion del capítulo tercero del Apocalipsis, en el cual refiere san Juan que el Mesías le mandó escribir al angel de la Iglesia de Laodicea, una de las siete primeras establecidas en Asia, que amonestase á los Laodicenses que no eran *ni frios ni calientes*, á fin de que obrasen como verdaderos cristianos. — T. F.

otros deseos que los de seguir las huellas de su divino Salvador.

Flavio Clemente, deudo cercano del Cesar, renunciará voluntariamente á las ventajas de tan brillante posición; acusaránle los Romanos de pasar la vida en muelle ociosidad, y de hacer traición á su honra y á la patria; mas él, firme en su propósito, cumplirá siempre con los deberes de cristiano, que á sus ojos serán los mas sagrados. Hará cuanto de un mortal depende para alcanzar la corona del martirio; y si convencido de que jamas le comprenderian los esclavos, que se arrastran al pié del trono, renuncia á combatir con ellos abiertamente en la corte de su dueño, no serán su celo y su fervor menos útiles á sus hermanos, menos agradables á Dios, empleados en mas baja esfera.

Desconocidos serán para Lucio el orgullo y el desaliento; y sin descuidar sus deberes con los hombres consagrará una gran parte de los dias de su vida á santas meditaciones. Durante una de esas le llamará Dios á sí.

Sírvaos de Norte á vosotros, oh almas, que habeis de vivir entre los enemigos de vuestro Dios el ejemplo de la joven Triphoena, quien ardiendo en el amor puro é intenso de que solas las almas virtuosas son capaces, por un mancebo dotado de cuantas prendas agradan y seducen, se apartará de él para siempre, por no querer aquel su

amante renunciar á la creencia y prácticas del paganismo. La noble doncella hallará consuelo á su dolor en la misma santidad de su resolución; tiene el cielo gozos especiales destinados á las piadosas almas, que desconfiando de sus fuerzas saben huir del peligro.

Inaccesible aun á aquellas tentaciones en la apariencia inocentes, y de que los mas celosos cristianos no saben siempre libertarse, amará Lino la soledad, ocupándose en ella en sondear su propio corazón; y cuando la necesidad le obligue á vivir entre los hombres, los medirá como la palabra divina los mide. Consistirá la mas dulce alegría de Lino, en sembrar flores sobre las tumbas y entregarse á los santos éstasis, que produce la certidumbre de una vida inmortal.

Desmentirá Trajano su humana y generosa condición condenando á Ignacio á morir en el suplicio, é Ignacio morirá gozoso por su Dios. No le acuse la envidia de haber buscado la gloria del martirio con demasiado ardor: no, el alma de aquel justo es una estrella brillante y pura que se alzará con suave y grato resplandor; y al ocultarse el horizonte, dejará tras de sí un destello de santidad. Al morir enseñará á los cristianos cuan preciosos deben serles sus últimos instantes, y que es lo que está obligado á hacer por sus compañeros de lucha y de victoria aquel que ya llegó al fin de

su carrera. Con ardientes oraciones y piadosos discursos sostendrá Ignacio el valor y la fe de los amigos, que para darle la última prueba de amor y de respeto le acompañarán al lugar del suplicio; y, después de darles su bendición, se arrojará en la arena al encuentro de los feroces animales que han de devorarle.

La joven Claudia tendrá la desdicha de nacer de una familia irrevocablemente apegada á los errores del paganismo; y haciendo justicia á la probidad de su padre, á las dulces virtudes de su madre y á los amables dotes de sus hermanos y hermanas, los amará á todos y de todos será amada: mas tendrá energía suficiente para apartarse de todos ellos á fin de vivir y morir cristiana.

Sin conocer el sombrío descontento de los misántropos huirá Amfio del trato de los hombres porque á un profundo conocimiento del corazón humano, unirá el mas vivo deseo de obedecer á aquella ley que manda al cristiano caminar incesantemente á la perfección de Dios. Ante sus ojos lucirá siempre una luz celeste, ella será el Norte que le guie; á veces tropezará, mas sin embargo caminará por la difícil senda de las virtudes cristianas, hasta llegar á su término donde la celestial bienaventuranza aguarda á los vencedores.

Flegon correrá el brillante círculo de la griega filosofía: rico y poderoso gozará de sus bienes sin

molice ni vanidad; aliviará á los desgraciados bajo el velo del misterio, y prodigando consejos y consuelos á los espíritus ciegos por la ignorancia ó turbados por la duda, les transmitirá su fe y su celo. Modesto hasta la humildad solo á Jesus querrá conocer como única regla de su vida, única esperanza en su muerte; mas cuando encuentre á un hermano, tímido ó incrédulo, entonces la fuente de su elocuencia, corriendo súbitamente, llevará el raudal de la convicción á todos los corazones.

Trifosa, la mejor y mas santa de las madres, educará á sus hijos en el santo amor del Dios que murió por redimir á la humana especie, y será por su prudencia y su piedad, apoyo firme de la nueva Iglesia. Costarále la vida el dársela al último de sus hijos, mas desde el empíreo velará sobre él, hasta el instante en que los seráfines vuelvan á ponerle en sus brazos; y entonces derramará lágrimas de gozo sobre aquel amado hijo, viéndole ceñir la corona del martirio, que supo ganar, merced á haberle instruido sus hermanos en la ley de Cristo.

Grande es renunciar á la venganza, aun cuando sea justa, pero mas grande aun es amar á sus enemigos y socorrerlos secretamente cuando pesa sobre ellos la mano del dolor. Eso es lo que tú harás, ó noble Erasto, cuyo nombre pronuncio yo con

respeto, y á cuya presencia, cuando entres en la vida eterna, se inclinarán los seráfines.

Tales serán los destinos de las almas que sus ángeles custodios condujeron al pié de la cruz antes de hacerlas ingresar en esta vida de pruebas y padecimientos. Al pasar, con los inmortales que las guían, por cerca del monte de los Olivos, vieron á Getsemani y en el valle las veinte palmeras en medio de las cuales padeció Jesus la primera hora de angustias. Allí experimentaron santa conmoción y recibieron las bendiciones de los bienaventurados que bajo las palmeras estaban reunidos.

Simeon ¹ y Juan el precursor, aquel á quien se juzgó digno de bautizar al Mesías y de oír la voz del Eterno ²; el hijo de Amós, profeta del sacrificio de la Redención ³; y aquel otro profeta, testigo de

¹ Era Simeon uno de los barones mas justos de Israel, y mereció que el Espíritu Santo le prometiese que no moriría sin ver al Mesías. En efecto cuando José y María llevaron al niño Jesus al templo para circuncidarle, reconoció Simeon al Mesías, le bendijo y tomándole en sus brazos, exclamó que ya podía morir en paz. El mismo Simeon predijo también á María que una espada traspasaría su alma á fin de que fuesen descubiertas los pensamientos de muchos corazones. (Evang. de S. Lucas, cap. II.) — T. F.

² Cuando Jesus salió del Jordán en donde el precursor le había bautizado, bajó el Espíritu Santo sobre él, y dijo una voz del Cielo: *Este es mi hijo, el amado en quien me he complacido.* (Evang. segun S. Mateo, cap. III.) — T. F.

³ Isaías, hijo de Amos, en cuyas profecías se habla mas terminan-

la resurrección, puesto que despues de haber dicho:

« *Huesos secos, oíd la palabra del Señor,* » vió resucitar á los muertos ¹; Noé, Lot, Samuel, Aaron y tu Melquisedec, profeta, sacerdote y rey á un tiempo ²; José y Benjamin, los mas amantes de los

temente que en todas las demas de todas las circunstancias de la vida y muerte del Mesías. — T. F.

¹ Alusión á una vision del profeta Ezequiel, que en ella fué trasportado á un campo cubierto de huesos humanos ya secos. Mandóle Dios que profetizase sobre ellos y élles dijo: *Huesos secos, oíd la palabra del Señor;* y los huesos se cubrieron de nervios y de carnes, descendió el aliento del Señor sobre los muertos y resucitaron y formaron un numeroso ejército. (Ezequiel, cap. XXXVII.) — T. F.

² Kedor-Lahomer, rey de un país situado á orillas del Eufrates, al cual llaman los Griegos Elymais, y Elam los geógrafos Hebreos, fué uno de los primeros conquistadores conocidos en la historia. Reinó 1915 años antes de Jesucristo; y despues de haber sometido á todos los reyes de Mesopotamia, saqueó en el valle de Siddim á Sodoma y á Gomorra. Entre los cautivos que hizo iba Lot, cuyo hermano Abraham, morador entonces de la llanura de Mambre, reunió á sus siervos, sorprendió durante la noche á los guerreros de Kedor-Lahomer, los batió y les arrebató el botín y prisioneros que en su poder tenia: entonces fué cuando Melquisedec, *rey de Salem y primer sacerdote del verdadero Dios*, salió al encuentro de Abraham para felicitarle por su victoria y ofrecerle pan, vino y todo cuanto podían necesitar los suyos. En cambio le dió el patriarca la décima parte de todos los despojos del enemigo. (Genesis, cap. XIV.) Ningun historiador habla de ese Melquisedec, primer sacerdote del verdadero Dios y rey de Salem, y no se sabe ciertamente cual fuese aquella ciudad. Segun la opinion mas acreditada era la misma que la que despues se hizo célebrima bajo el nombre de Jerusalem. Melquisedec ha sido objeto de las interpretaciones mas osadas y singulares. Los discípulos de Teodoro Argentino sostuvieron que Jesucristo y Melquisedec eran una

hermanos; los siete hijos con su Madre¹; David y Jonatás²; Miriam³ y Débora⁴: todos estabais

misma persona, mas su doctrina se declaró herética. Algunos Griegos pensaron que aquel rey pontifice era un angel, y otros el Espiritu Santo. San Pablo sostiene que fué un emblema del Mesias enviado á la tierra para establecer en ella el culto del verdadero Dios, interin y hasta tanto que en ella brillase la luz de la redencion. Klopstock ha seguido la doctrina de san Pablo, como se verá en el undécimo canto, en el cual figura Me'quisedec entre los resucitados. — T. F.

¹ Ciento sesenta y cuatro años antes de Jesucristo se apoderó Antiocho Eupator, rey de Siria, de la Judea, y estableció en Jerusalem el culto de los ídolos. Rehusaron siete mancebos Israelitas y su madre sacrificar á los falsos dioses y fueron todos asesinados. A esas victimas de la barbarie de Antiocho se les considera como los primeros mártires. (Mac b., lib. II, cap. vi.) — T. F.

² Deseando Saul conocer al vencedor de Goliath, mándole á llamar y en efecto se le presentó el joven David con la cabeza del Filisteo en la mano. Prendóse Jonatás, hijo de Saul, que estaba presente, de tal manera de David, que desde aquel instante se hizo su amigo y continuó siéndolo aun cuando aquella amistad llegó á ser contraria á los intereses de su propia familia. (Samuel, lib. I, cap. 17, 18 y 19.) — T. F.

³ Miriam, que en hebreo significa María, era hermana de Moises. Ella fué la que ocultó á las orillas del Nilo, siguió con la vista el cesto de mimbrés en el cual arrojó á Moises su madre Aniram al Nilo, despues de haberle ocultado tres meses, para sustraerle á la inhumana ley que mandaba á los Israelitas dar muerte á sus hijos varones. Al salir de Egipto y pasar el mar Rojo, Miriam, entonces ya profetisa, en'ónó, al frente del pueblo, el célebre cántico de gracias al Eterno que se encuentra en el capítulo 15 del Exodo. — T. F.

⁴ Despues de la muerte de Elias, volvieron á caer los Israelitas en la idolatría, y para castigarlos envió Dios contra ellos á un rey cananeo que los redujo á la esclavitud. Mas habiéndose arre, entido, renniólos la profetisa Débora sobre la montaña de Efraim en Palestina, y mandó á Barac, juez entonces del pueblo de Israel, que fuese á combatir al enemigo. Puso Barac por condicion para obedecer que

bajo aquellos sagrados árboles en profundo silencio por temor de aumentar vuestra tristeza comunicándoos unos á otros las sensaciones que esperimentais.

Por fin, dirigió Simeon la palabra al Bautista, designándole la aerea tropa conducida por los ángeles á la tierra :

« He aqui, le dijo, á los nuevos elegidos, primogénitos hijos de la fe. Id, que con vosotros va el Señor en toda la plenitud de su misericordia. Deramad sobre el linage de Adan virtudes mas dulces y santas que las que enseña la mundana sabiduria. ¡Oh noble profeta del Desierto! ¿La vista de esos justos no mitiga en parte el dolor que te causan los padecimientos del Mesias? »

Y Juan el precursor, responde :

« ¡Ay de mí! No encuentro palabras para explicar lo que siento desde que veo en la cruz al hijo del Eterno : déjame adorarle en silencio.

« Como el rayo son tus palabras, inflexible Juan; ¿porqué me recuerdas que todavía no ha cesado

le acompañase la profetisa y haciéndolo esta en efecto, bajó del monte con el juez y maldijo al enemigo que fué derrotado. Débora estuvo bajo una palmera mientras arengó al pueblo, y de entonces quedóle su nombre á aquel arbol. (Jueces, cap. IV.) Tiénese por obra maestra en poesia, el himno con que celebró la profetisa la libertad de su pueblo. (Jueces, cap. V.) Todos los cantos que Klopstock pone en su boca en este poema, son imitaciones del que acabamos de citar. — T. F.

de sufrir, cuando mi pensamiento veía ya en toda su gloria á Jesus, á quien adoré con lágrimas de amor y de alegría cuando no era aun mas que una débil criatura?

« Calla, Simeon, no es ahora tiempo de recordar aquellos felices dias en que con nuestros mortales ojos le vimos entre nosotros.... Contemplémosle en mudo dolor hasta que consume su obra. »

Mientras que así razonaban Simeon y el Profeta de los desiertos, suave murmullo descendió de los cielos y alentó con un rayo de vaga esperanza al divino moribundo. Miriam y Débora que hasta entonces permanecieron silenciosas exhalan su dolor en lastimeros cantos. Las voces de los inmortales se convierten siempre en solemnes himnos cuando esplican sensaciones semejantes á las que experimentaban la hija de Amram y la Profetisa que en otro tiempo dió su nombre á las palmas de la montaña de Efraim :

« ¡ O tú, el mas bello de los hombres ! la muerte cruel y sangrienta ha descompuesto tu divina fisonomía ! »

Así canta Débora y la dulce voz de Miriam responde :

« Al verle se llena mi corazon de lágrimas amargas, envuélveme la tristeza en su mas negro velo... y sin embargo brilla siempre á mis ojos su celestial hermosura. Aun así cubierto de sangre es mas

bello que el mas perfecto de los hijos de la tierra, que el mas brillante de los hijos de la luz.

« Llorad, magestuosos cedros, llorad por la gloria del Líbano, por ese magnífico cedro cuya bienhechora sombra acogia al viajero estenuado de cansancio, por ese cedro que el hacha sacrilega trasformó en cruz para que el Mesías la tiñese con su sangre.

« Llorad, plantas y arbustos del valle, llorad porque en las plateadas ondas de vuestros arroyos se reflejó la florida zarza de cuya mas rama espinosa hicieron los verdugos esa corona que escarnece y destroza su divina frente.

« Hierro homicida traspasó esas manos que sin cesar se juntaban para implorar el perdon de los pecadores ; hierro homicida traspasó esos pies que jamas se cansaron de conducirle á las moradas de miseria y dolor.

« La corona de espinas abre sangrientos surcos en la frente que se hundió en el polvo al pie del monte.

« Agudísimo puñal atrayesa el alma de su Madre. Hijo del Eterno, ten piedad de tu madre, sostenla si no quieres que muera á tus pies.

« ¡ Ay de mí, cara Débora ! Si yo fuese su madre, yo que ya habito en la morada de los bienaventurados, conozco que padecería en el paraiso todo lo que ella padece en la tierra.

« ¡Levanta los ojos hácia él, ó Miriam, y mirale : su vista se apaga , su aliento se detiene ! Pronto sí, muy pronto mirará al cielo por la última vez.

« ¡Levanta los ojos hácia él, ó Débora, y mirale : su rostro se cubre de mortal palidez ! Pronto sí, muy pronto caerá inmovil su cabeza sobre el pecho.

« ¡Oh tú, que brillas con celestial resplandor á los ojos de los inmortales, Jerusalen, ciudad santa : llora de alegría ! Pronto, sí, muy pronto habrá pasado la hora del sacrificio.

« ¡Oh tú, cuyo enorme pecado horroriza á la tierra, Jerusalen, ciudad sacrilega : llora de desesperacion ! Pronto, sí, muy pronto te pedirá cuenta tu juez de la sangre de su hijo.

« Los astros han suspendido su curso, la creacion permanece muda ; Cristo, el gran Pontífice de la especie humana, entró en el santuario donde reconcilia al hombre con su Dios por medio del mas sublime de los sacrificios. ¡Cielos y tierra, regocijaos !

« Y tambien la tierra ha suspendido su carrera y el sol ha cesado de iluminar á los que viven en el polvo ; Cristo, el gran Pontífice de la especie humana, entró en el santuario y reconcilia al pecador con su Dios por medio del mas sublime de los sacrificios. ¡Cielos y tierra regocijaos ! »

Así cantaron Miriam y Débora.

Eva descende hasta el pie de la cruz y se detiene cerca de María, mas redoblándose su dolor con la desesperacion de aquella madre desdichada, huye á la tumba que está aguardando á recibir los mortales despojos del Mesias, se para en ella un instante y huye de nuevo.

Destrozada el alma con el espectáculo de la agonía de Jesus se dispersan sollozando la mayor parte de los fieles. Tadeo se aparta del Gólgota con lentos pasos, entra en las bóvedas de los sepulcros, y recorriendo á la ventura su lóbrego recinto, tropieza en los restos de un fúnebre monumento, cae al suelo, abraza las heladas piedras, apoya en ellas su frente, y deja abismarse á su pensamiento en tinieblas mas densas que las que pesan sobre la tierra.

En aquel momento se presentó Lázaro á la entrada de los sepulcros, y con acento dulce y grave dijo al discípulo :

«No te desanimes así, levanta esa cabeza con que al parecer quieres sondear la profundidad de las tumbas. ¿No me conoces ? ¿Será estraña para tí la voz de aquel á quien amabas tanto como él te ama á tí, la voz de Lázaro ? ¿La voz del amigo cuya muerte lloraste, y á quien resucitó el profeta que espira crucificado en este instante ? Recuerda los trasportes de tu alegría cuando renacer me vistes, á mí sobre quien ya pesaba el cetro de hierro de la destruccion ; acuérdate de nuestros píos razona-

mientos sobre mi maravillosa vuelta á esa vida. Habíaste dejado arrastrar por el error de aquellos de los discípulos de Jesus, que imaginaban que su reino habia de florecer en este mundo antes de echar raíces en los cielos; y procuraba yo convencerte de que debías aplicar á la vida eterna cuanto de su imperio nos habia dicho el divino maestro... No interpretes equivocadamente mis palabras: lejos de condenar tu dolor, participo de él: llora, llora al amado maestro que tanto tiempo há sufre sobre la cruz, mas no te dejes abrumar por el peso de tu angustia. Piensa que si él lo quisiera bajaría triunfante al Gólgota y que aun cuando en la cruz espire, no será para siempre. ¿Puede por ventura morir el hijo del todopoderoso, Jesus el enviado de los cielos? »

Dice y enlazando á Tadeo en sus brazos se aleja con él de los sepulcros.

Desde la pendiente de una colina, mostrando Lázaro al trémulo discípulo el punto donde se levantaba la orgullosa Jerusalem siempre envuelta en densas tinieblas, le dijo :

« Mira : ¿No está hablando de la presencia de Dios esa noche que pesa sobre toda esta region? ¿Viste jamas un dia semejante al de hoy? ¿Tu padre, ó el padre de tu padre, al referirte los prodigios de los pasados tiempos, te han hablado alguna vez de un dia como este? No, no; porqué el

Eterno ha querido que Jesus muera con inaudita solemnidad. ¡El terror reina solo sobre la tierra y solo tambien en los cielos! Mudo estupor pesa sobre cuanto existe.... Necesaria era la muerte del Mesias para cumplimiento de los misteriosos designios de la providencia. Sábelo en fin, caro Tadeo; desde que está corriendo en la cruz la sangre de nuestro divino maestro, siento en mí una deliciosa conmocion.... todo en torno mio se ha santificado. Si, en cualquiera parte en donde fijo los ojos veo señales de la presencia del Eterno; en mis oidos suena incesantemente un rumor que se asemeja al vuelo de los ángeles; un rumor celestial que recuerdo haber oido cuando cesé de pertenecer á este mundo.... Con frecuencia brillan tambien ante mis ojos divinos rayos de luz celestial, que pasan con la rapidez del relámpago, pero que dejan en mi alma dulce paz é inefable alegría. »

Al llegar aquí calló súbitamente dando señales de sorpresa y de temor.

« ¿Qué tienes, Lázaro? exclamó Tadeo. Dime, ¿cual es la divina aparicion que te ha sumido en santo éstasis? »

Y Lázaro responde en voz baja y misteriosa :

« Un inmortal acaba de pasar cerca de mí... Su rápido vuelo era como el de las mas dulces de nuestras sensaciones. Viene sin duda á traer á la tierra algun mensaje de los cielos... ¡Ah! ahora no ten-

go duda de ello: Jesus cuyo nacimiento celebraron los ángeles, nunca será presa de la destruccion. »

Y arrojándose en los brazos de Tadeo le hizo participe del éxtasis en que le ha sumido un rayo de celeste luz que en su tránsito desde el sol á la tierra dejó caer sobre él un angel; el cual llegando á donde estaban los patriarcas, les dijo :

«Armaos de todo vuestro valor : he visto bajar de los cielos, en direccion á la tierra, al primero de los ángeles de la muerte. Detiéndose con frecuencia y pide á la creacion un soplo que mitigue el ardor de su abrasada frente : mas duermen los vientos en los confines del espacio infinito ; parados están los orbes ; y las estrellas detienen su aliento. ¡ Jamas vi tan amenazador y terrible al temido ministro de la justicia divina ! Precédente las devoradoras llamas de la cólera de Dios ; el batir de sus alas resuena como la bramadora voz de la tempestad ; y al acercarse el esterminador huyen el Silencio y la Calma, celestiales hijos del cielo. Si con su flamígera espada hiriese á uno cualquiera de los orbes que nadan en el espacio reducirialo á cenizas y esas mismas desaparecerian en la nada. ¡ Tremenda es su mirada, mas tremenda que el dia en que atravesando los celestes océanos los dejó caer sobre la tierra y con ellos la destruccion y la muerte ! Vais á verlo y á su aspecto os helará el temor, porque á

la amenazadora espresion de su rostro se mezclan cierta espantosa gravedad y una sombría tristeza que son inesplicables. Ya viene ¡ ay de mí ! y trae la muerte al Hijo del Eterno ! »

Calla el aterrado serafin y va á unirse con el resto de los ángeles, dejando á los patriarcas llenos de mudo dolor y recordando en su pensamiento los pecados de que en la tierra se hicieron culpables. En verdad perdonadas les fueron ya sus culpas, mas ante sus ojos padece el Mediador que las redimió y ante sus ojos va á morir.

Sumido en tan tristes pensamientos, apoya Henoc su mano izquierda en un sepulcro y levanta al cielo la derecha. Durante su vida caminó con el Señor y el Señor le amó, por eso fué la muerte para él un sueño, y respetándole la destruccion no le redujo á polvo ¹. Y sin embargo todavía no halló gracia plena ante su juez hasta que la fe en el Salvador á quien ve espirar, le inició por fin en la vida eterna. Pudieran desaparecer mundos y soles sin que el patriarca, atento solo al Mesías moribundo, se apercibiese de su ruina. No lejos de él se apoya contra una roca Abel, cuyo corazon destrazan los padecimientos de aquel Dios á quien im-

¹ Henoc, padre de Matusalem, abuelo de Noe, halló gracia á los ojos de Dios á tal punto que el Señor le mandó que le *siguiera*, y obediéndole el patriarca no volvió á parecer sobre la tierra. (Génesis, cap. III.) — T. F.

ploró cuando herido por su propio hermano sintió que iba á morir. Abel, la primera y mas inocente de las víctimas, comprende y participa de las angustias que sufre Jesus para redimir las culpas de los hijos de Adan. Su digno hermano Set, primer profeta de la redencion ¹, comprende que cuanto habia presentado relativamente á aquel misterio de los cielos era solo una imagen, un símbolo de la realidad, y sus ojos se detienen con alegría y terror á un tiempo, ya contemplando al cielo, ya á la cruz, ya á los pecadores en ella rescatados y á sus tumbas.

Rompe David en fin el profundo silencio en que la desesperacion le tuvo hasta aquí mudo é inmovil; y bañados los ojos en llanto deja salir de sus trémulos labios estas palabras:

« ¡Y tú, Dios Eterno, que eres su padre, le has abandonado! ; Por tí suspira, y tú no le socorres!.. Cayó en mas humillacion que pudiera el último de los mortales, en mas desprecio que el insecto que nuestras plantas deshacen. Infames criminales le insultan y se mofan de su confianza en el Dios que le abandona. Su sangre y sus fuerzas todas le han

¹ Set, hijo de Adan, nació despues de muerto Abel. Al llamarle Klopstock, primer profeta de la redencion, tuvo sin duda en consideracion el grave caracter de aquel patriarca, que empleó la mayor parte de su larga vida en piadosas meditaciones. (Génesis, cap. V.)
— T. F.

dejado como de roto vaso huye el agua en él encerrada; sus miembros están desconcertados, su corazon se deshizo en el pecho, su lengua seca se pega al paladar! ; Ya viene la muerte á arrojarle en el polvo!... No sois hombres, sino bestias feroces, los que así le atormentais. Le habeis tendido sobre la cruz, le habeis traspasado pies y manos, y viéndole sufrir paladeais los gozos del Infierno!.. ¡Cuan misteriosos y sublimes son los pensamientos que esa muerte sugiere!... Apresuraos así que espire, ó vosotros cuantos rodeais su cruz, á anunciarle su muerte á la tierra, para que se convierta, y para que todas las generaciones conozcan y adoren á su Salvador. »

Cesó de hablar David y siniestros gritos sonaron en medio de la multitud, llenando los corazones de todos de espanto y de temor. Tal, en medio de una oscura noche, imagina, temeroso caminante, oir clamores de desesperacion y ahogados suspiros, cuando el eco de los montes repite en sus oidos el estrépito del lejano torrente y el murmullo del arroyo que serpentea en la vecina pradera.

Job, formado por la desgracia y justo, cuanto serlo puede un mortal á quien Dios se dignó santificar al arrojarle en el polvo; Job, que sabe por experiencia lo terrible de las pruebas que impone la justicia divina antes de absolver; Job aparta los

ojos de la cruz y procura reanimar su valor con este pensamiento que dirige al Mesías .

« ¡Tú, te levantarás de la tierra, Mediador divino, dotado de nueva vida, y yo te veré en todo el esplendor de tu gloria, cuando hayas vencido á la muerte y al infierno ! »

Anonadados, esperan el golpe cruel del angel exterminador Adan y su dulce compañera, sin osar ni mirarse ni dirigirse la palabra ; mas despues de largo y penoso silencio encontráronse sus miradas ; y Eva, anegada en llanto, tendió la mano al primer hombre y con voz apenas inteligible le dijo :

« Habla Adan ; dime, ¿ qué haremos para obtener del Juez supremo que suavice en algo los inmensos males con que aflige á la víctima espiatoria ? ¿ Bastará postrarnos en el polvo del mas profundo de los abismos ? »

Y Adan responde :

« ¿ Qué podremos conseguir nosotros de ese Juez inflexible, cuando Job, Noé y el divino Elohá le imploran en vano ? Sin duda es preciso que antes de consumir su obra apure el divino Mediador todos los tormentos á que estaba predestinado... ¡ Nada podrá dulcificarlos... nada ! Esa idea desgarrá mi corazón... Mas así lo ha querido el Eterno... ¡ Ven... Que los cielos me han sugerido un pensamiento : ven, te digo ! »

Y entrambos descienden al Gólgota. A medida

que se aproximan al pie de la colina se oscurece sucesivamente su resplandor de inmortales, hasta que enteramente invisibles ya bajo el denso velo de una profunda tristeza, se detienen cerca de la tumba preparada para los restos mortales del Hombre-Dios, y se postran á la inmediacion de la roca que cierra la entrada de aquel sepulcro.

Levantando el primer hombre los brazos al cielo pronuncia tres veces el nombre del Eterno y contempla al Mesías moribundo : pero pronto le faltan fuerzas para tan horrible espectáculo, y fija los ojos en la tierra de que el Salvador le formó ; en la tierra bella en otros tiempos y ahora herida por el anatema. Con voz humilde pronuncia entonces Adan y escuchan los patriarcas con piadoso recogimiento, esta oracion :

« Oh tú, Hombre-Dios, que desde que el universo existe te ofreciste en holocausto para salvar á mis hijos, dignate escuchar la súplica que desde el fondo de nuestras tumbas nos atrevemos á hacerte. De muchos siglos á esta parte gozamos de la contemplacion divina, debiendo esa felicidad á la gracia anticipada de la terrible muerte que padeces en este momento. ¡ Llegado es este segundo dia de creacion que redime á cuantos no rechacen sus misterios sublimes ! Séame concedido recordar en este dia mi pecado, aquel pecado que se me perdonó por el que muere en la cruz. Habiéndole con-

templado ya en su gloria, nada tengo que temer de su severidad.»

Detúvose aquí, y Eva, que habia orado hasta entonces mentalmente, añadió:

« Permite, ó víctima celestial, que en este día de sangre recuerde yo el crimen que tú me has perdonado, y que de nuevo lo confiese con lágrimas de gozo.»

Y prosiguió cantando Adán:

« ¡El Dios que del polvo nos ha elevado á la dignidad de hombres, el Dios que nos ha hecho capaces de amarle y comprenderle; ese Dios que nos impuso la mas fácil de las leyes y que retribuye cada uno de nuestros pensamientos de sumision con incomparables felicidades; ese Dios clemente, á quien offendimos arrastrados por el orgulloso deseo de igualarnos con él, nos ha perdonado sin embargo tanta culpa! ¡Gloria y gratitud al Mediador divino que lleva el peso de nuestras culpas y el de las de todo nuestro linage!»

Compadecido de su dolor hizo el Mesías moribundo, que penetrare en los corazones de nuestros primeros padres un rayo de aquel divino consuelo, que llena de paz al alma, y que es una emanacion celeste que la humana razon no puede definir.

Adán, cediendo al piadoso ardor que se ha apoderado de todo su ser, tiende los brazos hácia la cruz y esclama:

« ¡La eternidad entera no me bastaria, oh Señor y Dios mio, para pintarte lo que ahora siento! Quiero permanecer postrado ante tí hasta que exales el último suspiro; y mi voz suplicante solo llamará cuando la del angel exterminador te anuncie que ha llegado el postrer instante de tu existencia... Dignate escuchar, en nombre de lo que por nosotros padeces, mis humildes ruegos en favor de mis innumerables hijos que pasaron y de los que han de pasar todavía sobre la tierra, sepulcro inmenso que tu misericordia sembró de flores. ¡Día vendrá en que todo resucite, apiádate entonces de sus lamentos! Ciegas y miserables son sus almas encerradas en la pequenez de sus cuerpos de barro, descienda sobre ellas el espíritu del Padre y del Hijo, por medio de las aguas santas del Bautismo, y haz que ese germen de bien llegue á su madurez; haz que nunca el pecado tienda sus negros velos sobre los dulces rayos del tu gracia, y que no apague la llama del amor sagrado á su Dios, en esas almas que todas te pertenecen! Vela sobre los elegidos y predestinados á iluminar la tierra, que han de esparcir entre sus hermanos los beneficios de la paz y de la justicia; vela sobre todos aquellos que redimes, á tanta costa, con tu sangre; su tránsito por esta vida de miserias, no sea para todos ellos mas que el instante de las pruebas necesarias para iniciarse en la beatitud celestial. Nunca prefiera el

cansado peregrino la sombra engañosa de los bosques de la indolencia y el murmullo pérfido de sus arroyos, al árido camino que le falte que andar para llegar al término donde tú le prepares una corona. Atrae por medio de penas y desdichas al camino de la salud, á aquellos corazones ansiosos en demasia de obtener la aprobacion de los hombres, aprobacion que es á los ojos del Eterno viento y no mas; á los desdichados á quienes una sensualidad en apariencia pura, y por lo mismo mas peligrosa, hace insensibles á los nobles placeres del alma; á los altaneros que solo cumplen con los deberes de la humanidad por adquirir gloria; á las almas endurecidas que no perdonan nunca en realidad á sus enemigos, y que rara vez traspasan con el pensamiento los límites de la tumba para investigar los secretos de la eternidad! En cuanto á los viles esclavos de los vicios. ¡Oh! á esos libértalos de la eterna muerte haciéndoles padecer en la tierra todos los tormentos, todas las angustias que acompañan al pecado. ;Corazones corrompidos : no desconozcais mas tiempo á vuestro divino mediador, conmuévaos la eficacia de su amor inmenso; escuchad la voz de su sangre que sobre el Gólgota pide misericordia para vosotros. Superior es á la humana razon el santo éstasis, que esa voz sagrada produce en las almas, y sin embargo la fortifica é ilumina cuando ya no tiene consuelos

que ofrecerle la humana sabiduría. El tormento y sus angustias, el sepulcro y sus horrores, las cenizas de los muertos entregados al viento, y cuanto puedan inventar el odio y la venganza para hacer mas terrible la muerte, nada bastará, me atrevo á esperarlo así, para seducir ni aterrar á mis hijos de aquí en adelante; porque tú, ó divino Mediador, escuchando mis ruegos, despertarás sus almas antes de que duerman el sueño de la tumba, y entonces ellos se lanzarán en pos de las bienaventuranzas celestiales, hasta ahora desconocidas para los hombres. De lodo será siempre su cuerpo, mas ya no se doblará el alma bajo el peso de su miserable corteza; ;penosa será la lucha, llena de lágrimas y de padecimientos, mas tambien es inmensamente glorioso el premio que preparas á los vencedores! Sea infinito su número como el de las arenas del mar, cuando en el dia del juicio postrimero levantes para siempre : el terrible anatema que aun pesa sobre el mundo. Tú me lo has dicho, Señor; mas de una nube pesará sobre tus elegidos : los unos extraviados por la exaltacion de su piedad se entregarán á sueños supersticiosos; los otros á impulso del orgullo de la razon negarán tus santas verdades. Monarcas poderosos por tí elevados al trono, para que puedan cumplir sin obstáculos tu divina ley que les manda amar á sus hermanos como á sí mismos, en vez de glorificarte, se

perderán en la impiedad, ó se dejarán estraviar por el fanatismo; y su funesto ejemplo arrastrará á los pueblos por áridas sendas, donde ningun pensamiento de un mundo mejor que el de la tierra, mitigará las penas de esta vida de pruebas. ¡ Abrevia, Señor, la duracion de esas horribles noches que han de pasar sobre la tierra ! ¡ Luz de la Eternidad, Hijo de Dios, Redentor, amigo, hermano de los mortales, oye la ardiente oracion del primero de los hombres, del primero de los pecadores á quien tú rescatas ! »

Así oró Adan.

Elohá volviéndose hácia los patriarcas exclamó :

« ¡ Ya viene el mensagero terrible de la cólera de Jehová ! »

Estremécense los inmortales, tiembla la montaña de Moría y con ella las sagradas bóvedas del templo. El angel exterminador en su descenso á la tierra, se detiene anonadado sobre el monte Sinaí ; porque el decreto cuya ejecucion le ha confiado el Eterno le abrumba, y parecele que los orbes y los cielos van á hundirse. Mas para que no se pierda en la nada le presta su apoyo el Conservador de cuanto existe. Levántale el Terror cuyo brazo de hierro le abatiera, y de nuevo emprende el angel su vuelo, y blande la cuchilla que arroja en torno de sí rayos de fuego mezclados con sangre. Su brazo, empero, puede apenas sostener aquel

arma formidable. Llegando al Gólgota, se postra y adora á su víctima antes de herirla. Su voz, há poco amenazadora como la del trueno, es entonces un sordo gemido.

« ¡ Hijo del Eterno, dice, yo á quien tú formaste uniendo á una ola de fuego una nube nocturna, yo, espíritu creado de ayer, debo inmolarte á tí que eres mi Señor !... ¡ Jehová lo manda, dame fuerzas para obedecerle !... »

Dice, y procura levantar su cuchilla. Brama la empestad, y recobrando el angel exterminador su energía, con voz mas fuerte, mas terrible que la de la tempestad misma, dice al Mesías :

« Infinita es la cólera del Eterno, y á ella te has sometido. Llegaron al pié del trono del Eterno tus humildes acentos pidiendo misericordia, y Jehová apartó su cabeza; él te abandona y te entrega á mí que soy el mas terrible de los ángeles de la muerte. »

Por última vez levantó Jesus los ojos al cielo, y no ya con el acento flaco de la agonía, sino con el terrible de la desesperacion exclama :

« ¡ Dios mio ! ¡ Dios mio, porque me has desamparado ! »

Veláronse los cielos ante aquel tremendo secreto, y dominando la humana debilidad al hijo del hombre, clamó con voz mortal :

« Tengo sed. »

Bebe, se estremece, pierde el color y suspira estas palabras :

« ¡ En tus manos, Señor, encomiendo mi espíritu ! »

Y despues añade con la energía de todo un Dios :

« Consumado está. »

¡ Reclina la cabeza sobre el pecho y espira !!!



CANTO UNDÉCIMO.

ARGUMENTO.— La Gloria del Mesías vuela sobre el Gólgota y se dirige despues al templo. — A impulso de su rápido vuelo se estremece el mundo, y cuando entra en el santuario se rasga el velo. — Manda Gabriel á las almas de los patriarcas, de los profetas y de los bienaventurados que se trasladen á los sepulcros donde reposan sus despojos mortales. — Sale el Mesías del templo y resucita á los cadáveres de los patriarcas, de los profetas y de los bienaventurados. — Muerte del buen ladron. — Continua la resurreccion de los patriarcas, de los profetas y de los bienaventurados.

®

Si, apoyándome en las sagradas alas de la Religion, no las he obligado á acercarse demasiado á la tierra ; si mi voz ha producido piadosas emocio-

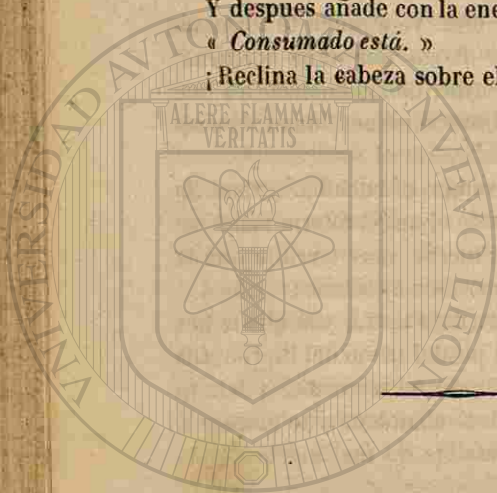
Bebe, se estremece, pierde el color y suspira estas palabras :

« ¡ En tus manos, Señor, encomiendo mi espíritu ! »

Y despues añade con la energía de todo un Dios :

« Consumado está. »

¡ Reclina la cabeza sobre el pecho y espira !!!



CANTO UNDÉCIMO.

ARGUMENTO.— La Gloria del Mesías vuela sobre el Gólgota y se dirige despues al templo. — A impulso de su rápido vuelo se estremece el mundo, y cuando entra en el santuario se rasga el velo. — Manda Gabriel á las almas de los patriarcas, de los profetas y de los bienaventurados que se trasladen á los sepulcros donde reposan sus despojos mortales. — Sale el Mesías del templo y resucita á los cadáveres de los patriarcas, de los profetas y de los bienaventurados. — Muerte del buen ladrón. — Continua la resurreccion de los patriarcas, de los profetas y de los bienaventurados.

®

Si, apoyándome en las sagradas alas de la Religion, no las he obligado á acercarse demasiado á la tierra ; si mi voz ha producido piosas emocio-

nes en el corazon de los elegidos, oh, ¡entonces me ha prestado Dios el vuelo del águila, y la revelacion divina desde lo alto de su elevado trono de nubes ha unido sus misteriosas armonías á mis tímidos cantos! Vosotros, cuyo espíritu es harto mundano para detenerse con santo respeto en las orillas del rio de los aureas olas¹, que saliendo del pié del trono del Eterno, corre bajo la espesa sombra del arbol de la vida, huid lejos de mí, y aparte el ligero soplo de la terrena brisa vuestras engañosas alabanzas de mi oido; porque tales son, que mancharian mi corazon. Si aquel rio vivificador no corriese por enmedio de la nueva Jerusalem, y si la mano de la Providencia no le hubiera obligado á retroceder hácia su sagrada fuente, mis himnos se perderian enteros en el polvo.

Mano invisible y celestial que hasta aquí me has sostenido, continua guiando mis pasos. ¡Ya lloré el abatimiento del hijo del Eterno, elévame lo bastante para que pueda cantar su gloria! ¿Me será permitido celebrar el santo gozo del Redentor, cuando despues de haber consumado su obra inoculó el aliento de la Resurreccion á los valles de los Sepulcros? ¿Me será lícito cantar el triunfo del que venció á la muerte, y la elevacion del hijo de

¹ Klopstock alude con frecuencia á ese rio de oro que ha descrito en su canto primero, página 27. — T. F.

Dios, que desde los mas profundos abismos del polvo adonde habia caido, se levantó á las mas altas regiones de los cielos, á las misteriosas regiones donde se encuentra el trono del Eterno? ¡Oh tú, que estás sentado sobre las celestiales esferas, dale á tu poeta, dales á cuantos le escuchan, la fuerza necesaria para soportar el esplendor de tu magnificencia y de tu grandeza!

El Dios, ya aplacado, deja caer una mirada de eterna misericordia sobre los inanimados restos de su víctima, y la víctima celestial contempla á su Juez que ya vuelve á ser su padre. ¿Qué ser creado será capaz de penetrar el torrente de sensaciones que uno á otro se comunicaron con aquella inmensa mirada?

Vuelve á su acostumbrado curso la creacion que habia interrumpido su carrera; desaparece de los cielos la noche que por largo tiempo los envolvió en sus densos velos; la estrella que interceptaba los rayos del sol giró de nuevo en el espacio; los polos del universo se agitaron, los orbes volvieron á emprender el vuelo á que el Señor los destinó al sacarlos de la nada; renace el movimiento en las órbitas de lo infinito, y la *Gloria* del Cristo, conservador de la creacion detenida, sobre la cruz contempla el cadaver sangriento, pálido é inmovil, que de la misma pendia. Súbito se aparta de allí, y estremécese la tierra; dirígese al

templo, y desquicianse las rocas, y el estrépito de su caída y el polvo de sus ruinas se pierden en los cielos.

Al recibir el templo la *Gloria* del Hijo del Eterno, se dilatan sus muros, y el velo que cubre sus santos misterios se rasga de la bóveda al pavimento. Habla el Ungido á su padre de la obra de la Redención que va á continuar cumpliendo, porque si el Hombre-Dios muerto es salud del pecador, apoyo de su fe es el Dios resucitado. No encuentra imágenes el alma, ni halla palabras la lengua para repetir el diálogo del Padre y del Hijo.

Inspírame, Musa de Sion, y entonces acaso podré hacer comprender á los mortales el misterio sublime de aquel diálogo, durante el cual pasaron ante el pensamiento del Dios reconciliado y del Dios reconciliador los futuros destinos de los pueblos, llevados en alas de la Religión, de la Religión con frecuencia encubierta ó desfigurada por el vicio, mas nunca enteramente desterrada de la tierra que desde aquel instante fué su patria.

Mientras que así se glorificaban el Padre y el Hijo el uno al otro, una voz semejante á los bramidos del océano resonó en la inmensidad de los cielos que atentamente la escucharan.

« Preparaos á nuevos éstasis de gozo, ¡ó vosotros los que nunca pecasteis! ¡ya estan redimidos vuestros hermanos mortales, como vosotros creados

para la inmortalidad! Duerme aun en el altar del sacrificio el cuerpo del Redentor, mas el sacrificio se ha consumado, y pronto volvereis á ver sobre su trono y á la diestra de su Padre al vencedor de la muerte y del pecado. »

Así habló á los cielos atentos una voz poderosa; y esa voz fué la de Elohá.

Y resonaron sobre la tierra estos dulces y cariñosos acentos :

« ¡ Jesus, símbolo de amor y misericordia, acaba de morir de la muerte de la expiación! Reverdec, secas ramas del viejo tronco de donde salió la raza de Adan, y cubrios con las mas bellas flores de la inmortalidad. Vosotros todos cuantos vais á nacer, regocijaos porque durante vuestra vida de pruebas iluminará vuestros pasos la antorcha de la Redención. Vencido está el pecado original, que incesantemente acusaba á todas las generaciones y pedía su castigo; vencido está para cuantos reclaman su parte en la obra de la Redención. Levantad los ojos al Cielo que os ha enviado un Salvador ¡ *Creed!* y cuando durmais el sueño de la muerte entrareis en la vida eterna, purificados por la sangre del cordero que acaba de ser inmolado en el Gólgota. »

Así habló en la tierra una dulce voz, y esa voz fué la del primer hombre. La *gloria* de Cristo no ha salido del santuario del templo. Cuando pasó

por entre los ángeles y los patriarcas reunidos en torno de la fúnebre colina, oyeron aquellos un rumor armonioso; mas no les fué permitido contemplar en todo su brillo á esa gloria ante la cual huyen las nubes y tiembla temerosa la tierra.

Con los ojos clavados en la cima del Moria, sienten los patriarcas que descende sobre ellos la paz del cielo; únelos á unos con otros un amor mas vivo y mas puro que nunca, y elevándolos hasta la esencia del amor divino, forma con los corazones de todos un solo templo, digno santuario de las pasadas y futuras generaciones. Gabriel se adelanta hácia aquellas almas bienaventuradas, y lleno de gozo al contemplar el resplandor con que brillan, les habla en voz suave y armoniosa como la de las arpas celestiales.

« Inmortales hermanos míos, les dice, os he conducido desde el radiante globo del Sol hasta la tierra, mas no se ha terminado mi tarea, pues debo mandaros en nombre del Eterno que os trasladeis á las tumbas donde dejasteis vuestros mortales despojos. Id á ellas á esperar los efectos de su misericordia, ¡ó vosotros á quienes acaba de redimir Jesucristo! »

Dispersándose aquella santa compañía descendió cada una de las almas que la formaba al lugar en que la tierra recibió en otro tiempo sus terrenos despojos.

Las aguas del diluvio deshicieron el altar de céspedes donde espiró Abel ¹, y despues Adan y parte de los suyos. Solo un fragmento de roca cubierto de musgo es lo que queda de aquellos antiguos monumentos de la muerte. Sobre aquel resto sagrado vuelan los ángeles que fueron custodios de nuestros primeros padres en este valle de lágrimas, midiendo enternecidos con la vista las limitadas dimensiones del mundo y los átomos de las generaciones que sobre su polvo pasaron. Al aproximarse las bienaventuradas almas dejaron los ángeles custodios el valle de los sepulcros, y se remontaron triunfantes á los cielos.

Henoc ² y Elias permanecen al pie del Gólgota siguiendo con la vista el vuelo inquieto de las almas

¹ Segun las tradiciones de los Arabes, la colina donde corrió por primera vez la sangre humana estuvo en Siria y en la fértil llanura de Damasco que separa al monte Libano de la Palestina. Allí tambien, segun las mismas tradiciones, fueron enterrados Adan, Eva, su último hijo Set, y todos sus descendientes, hasta Lamec, padre de Noe. Destruyeron las aguas del diluvio aquella colina, llamada Altar de Abel por los habitantes del país, quienes sin embargo continuan hasta hoy mostrando á todos y sin vacilar el lugar que ocupaba. — T. F.

² Como ya lo dijimos en una nota al canto décimo, página 588. Henoc no murió, puesto que Dios le llamó á sí en cuerpo y alma. Por esa razon ha podido Klopstock exceptuar á Henoc del precepto que envió á las demas almas bienaventuradas á esperar en sus tumbas la resurreccion de la carne. Idénticas causas le autorizan á dejar al profeta Elias al pie de la cruz, pues que habiendo subido al cielo ese profeta, tambien en cuerpo y alma, el milagro de la resurreccion tuvo lugar en su persona en el momento mismo de su ascension. — T. F.

que buscan los parages donde descansan sus huesos.

Noe, Sem y Jafet bajan juntos á la montaña donde se detuvo el Arca Santa sobre las olas que aun se agitaban en los valles; y los tres se postran en el lugar en donde, mientras que en las nubes se dibujaba el signo de la primera reconciliacion de Dios con los pecadores, habian levantado sus manos un altar, é inmolado una victima en honra y gloria del Dios que acababa de salvarlos ¹.

Abrahan entró con su amado hijo en la caverna de Matpela ², situada á corta distancia del bosque donde el Mesías se dignó visitarle sin darse á conocer. Lejos estaba en aquella ocasion el santo patriarca de penetrar la verdadera naturaleza de los

¹ El arca de Noé se detuvo, concluido el diluvio, sobre la cima del monte Ararat, que es el mas elevado de aquella sierra del Tauro que por la Armenia se estiende. Al salir del arca, levantó Noe un altar al pie de aquel monte y sobre el ofreció numerosas victimas en holocausto al Señor. A ese sacrificio, mencionado en el capítulo décimo del Génesis, alude aqui Klopstock. — T. F.

² Esta caverna está situada en Palestina cerca de la ciudad de Hebron, y los hijos de Heth, como entonces se llamaban los moradores de aquel pais, se la vendieron, con el campo en que se hallaba, á Abrahan que la compró para enterrar en ella á Sara su muger. (Gen., cap. XXIII.) Allí mismo fueron enterrados Abrahan y sucesivamente todos sus descendientes, hasta que José trasladó á Egipto su familia. Aun quedan vestigios de la roca en cuyo seno estaba la caverna de Matpela y á ellos acuden en peregrinacion con igual y religiosa piedad judios, musulmanes y cristianos. — T. F.

misteriosos personajes que bajo su tienda reposaban y á su mesa comian ¹.

Moises vuelve á su solitaria tumba. Murió el gran profeta en el instante mismo en que Dios le permitió ver desde la cima del monte Nebo ² la tierra de Canaan. Entreabrióse el monte y los inanimados restos de Moises cayeron al fondo del abismo, y en pos de él inmensas rocas que para siempre cerraron la profunda sima.

Aquellos discípulos de Moises que, en virtud del poder de su elocuencia y del encanto de sus proféticos salmos, arrancaron á los nietos de Abrahan al culto de los ídolos, encuentran sus sepulcros mas inmediatos al Gólgota. Santo terror rodea

¹ Sabido es que hallándose Abrahan una tarde sentado á la puerta de su tienda vió pasar á tres peregrinos; que invitados por él á que descansaran lo hicieron, comiendo y bebiendo con él y asegurándole que á pesar de los muchos años que ya tenia Sara habria en ella un hijo. Segun la opinion generalmente recibida, eran ángeles aquellos tres extranjeros: pero Klopstock va mas lejos é inducida sin duda su imaginacion, poéticamente religiosa, por la analogía de los números, creyó que los tres peregrinos representaban á las tres personas de la Santísima Trinidad. Si así no es, no acertamos á explicar la supuesta aparicion del Mesías á Abrahan; porque en las demas comunicaciones del patriarca con el Señor ó con sus ángeles, nada vemos que á tal interpretacion pueda prestarse. — T. F.

² Monte de la Arabia Petrea, célebre en las santas Escrituras. Moises, que de orden de Dios subió á él, no volvió á parecer mas sobre la tierra, ni nadie ha sabido donde se halla su tumba, porque el *Eterno mismo le sepultó*, segun dice el cap. XXXIV del Deuteronomio. — T. F.

aquellas tumbas, é impide que á ellas se aproxime cuanto se enlaza con la vida terrenal. Alarmóse Adán cuando le mandaron volver con los suyos al lugar donde su cadáver fué sepultado; mas recordando pronto la esperanza y con ella la tranquilidad, sonrióse dulcemente y dijo:

« Amados míos, habeis participado del temor que involuntariamente me ha sobrecogido al mandaros Gabriel que vinieramos á esta lúgubre mansión; participad de mi alegría, porque, ahora lo comprendo, lo que creí castigo es un nuevo favor. ¡Gloria á nosotros que hemos sido condenados á volver á bajar á nuestras tumbas, porque el terreno cuerpo del Mesías duerme el sueño de la muerte! Cuando al fin de los tiempos venga el Salvador á convertir este valle de tumbas en un nuevo Eden, me despertaré yo y conmigo mis innumerables hijos para entrar en la vida eterna. La recompensa que á tí Enoc, y á tí Elias, se os ha concedido me hace adivinar en parte los inefables gozos de la Resurrección. ¡O deseado día! ¡no tardes en lucir!... ¿Mas qué digo?... No luzcas todavía á fin de que sean mas innumerables las generaciones que conmigo salgan de las cenizas de la muerte. »

Así habló Adán, y las almas de los patriarcas se congratularon con él de participar así del abatimiento del Mesías, cuyo cuerpo va á ser depositado en el sepulcro.

Convulsivo movimiento agita las entrañas del Moría; tiembla la base del monte, y al propio tiempo tiembla el pináculo del templo. Amenazadoras nubes salen del santuario, ruedan por las espaciosas galerías, salvan los pórticos y van á perderse en los cielos. Por donde quieran que pasan esas terribles nubes, se estremece la tierra, se abren las rocas, y los ríos salen de sus cauces. Detiéndose al cabo sobre las tumbas de los patriarcas. La voz bramadora de la tempestad resonó en los sepulcros; pero la omnipotencia del Mesías no está en la tempestad que brama; la tierra se estremece, pero la omnipotencia del Mesías no está en la tierra que tiembla; las nubes arrojan llamas, pero la omnipotencia del Mesías no está en las llamas que devoran; desciende de los cielos suave murmullo, y la omnipotencia del Mesías está en su dulcísima voz.

Los pensamientos de los patriarcas se confunden en un éstasis vago, semejante al sueño que sorprende al peregrino estenuado por el cansancio, cuando, al salir de una penosa senda, reposa bajo la embalsamada sombra de los árboles. No pueden definir lo que experimentan, pero sienten la presencia de Dios. Adán cree oír á su propia voz llamar gozosa:

« Me siento creado por segunda vez... »

Y se postra en el polvo, y las celestiales ar-

pas resuenan en sus oídos, y cantan los seráfines.

« Salve, salve, Adán, primero entre los resucitados. ¡Sé de nuevo, sé para siempre!... »

« La muerte te hirió al declinar la tarde mas sombría de tu vida¹. Nada puede ya contra tí la cuchilla del ángel esterminador, porque la inmortalidad te abre sus puertas de oro. »

Adán continua postrado en el polvo, y santas tinieblas envuelven aun su vista y pensamiento. El aéreo cuerpo que envolvía su alma se une con el que recibió de manos de su Creador, y la tierra le devuelve en aquel punto todo el brillo de su primitiva beldad. Ya trasfigurado, en fin, para la eternidad, se levanta, tiende los brazos al cielo, y dice :

« ¡Gracias te sean dadas, á tí que de nuevo me has creado! Héme aquí mas perfecto que el día en que me sacaste del polvo del santo suelo del Eden. Quiero, Redentor divino, postrarme ante tí; quiero adorarte; mas ¡ay! que en vano te buscan mis ojos : nada importa, porque en todas partes estás, ¡ó tú, el primero de los necesitados! El dulce son que me ha sumido en el éstasis del cual salí creado para la inmortalidad era el de tu voz... También vosotros, amados míos, os despertareis á mi lado. Inclínad, ¡ó seráfines! vuestras miradas á los pro-

¹ Véase la nota primera del canto octavo, pág. 288.

fundos senos en que reposan sus cenizas, y las veis reanimarse. »

Eva se levanta, mira en torno, y dice :

« ¿A donde estoy? ¿Que es lo que por mí pasa? Me siento renacer en el cuerpo que recibí en el paraíso... Hé aquí á Adán tan bello como lo era en el primer día de nuestro inocente amor. ¿A donde está el Mediador divino que nos ha devuelto los días de paz y de felicidad, á donde está para adorarle? »

Y arrojándose en los brazos de Adán, uno á otro se estrechan los esposos en santo éstasis, y entrambos pronuncian á un tiempo el nombre del Mesías.

Vestido de púrpura y rodeado por un santo y dulce vapor, acérese Abel á sus padres, y viéndole Adán esclama :

» ¡Cuan inmensa es la misericordia del Salvador! ¿En qué nos hemos convertido, nosotros á quienes la muerte habia pulverizado esparciendo nuestros átomos en toda la creación? El Señor ha sobrepujado nuestras esperanzas haciendo mas de lo que en nuestras oraciones le pedíamos; cargó con mi pecado, cargó con los crímenes de la especie humana, y cuando el tiempo concluya la resucitará á toda ella, como á nosotros acaba de resucitarnos. »

A impulso del divino aliento que los vivifica,

cuerpos sùtiles y dotados de òrganos perfectos encierran á las almas de Set, Enós, Kenan, Mahalaleem, Jered, Matusalen y Lamec ¹.

Todos aquellos hijos de Adan pueblan el aire con sus cánticos de alegría, y todas las regiones de la resurreccion repiten los salmos que los vendedores de la muerte envian á los cielos. De la misma manera, apenas lanzadas al espacio infinito, celebran las estrellas los gozos de su nueva existencia y la gloria del Creador.

Noé, segundo padre de la especie humana, siéntese resucitar con los dulces rayos y el embalsamado aliento del moribundo día; y á medida que se levanta del polvo, emana de sus rejuvenecidos miembros un vapor celestial.

« Angeles del cielo, dijo, hablad, ¿quien acaba de crearme un cuerpo tan perfecto como el que tenia Adan cuando habitaba los floridos bosques del paraíso? ¿En donde estamos? ¿cerca del trono ó cerca de la tumba? ¿A donde se le adora? ¿A donde está el que me ha trasformado? »

Y viendo á sus dos hijos que salian de sus propias cenizas, exclamó :

« ¡Jafet! ¡Sem! sois vosotros, ya os conozco;

¹ Genealogía de Adan que empieza en Set, el último de sus hijos que le concedió Dios para consolarle de la muerte de Abel, y concluye en Noé. No se hace mención de Henoc por las razones manifestadas en la nota segunda de este canto, pág. 587. — T. F.

¿mas adonde está aquel que os ha reanimado, aquel que en nosotros derramó á manos llenas el fuego celestial? »

Cuando ansioso el hombre de pias emociones contempla al sol que brilla en el oriente con todo el esplendor de su magnificencia, dilátase el alma en éstasis dulcísimo, porque es el sol sublime testimonio de la gloria de Dios. Tal es la impresion que causa en el angel de Abraham la vista de aquel patriarca, saliendo de su tumba en todo el esplendor de su trasfiguración. Largo tiempo permanece Abraham con la mano apoyada en sus labios y los ojos clavados en el cielo; mas al fin saliendo de tan profunda meditacion, dice su boca inmortal estas palabras :

« ¡Cuan maravillosas y bienhechoras, ó Salvador del mundo, son las consecuencias de tu sacrificio! Nueva vida me anima; y á esta vida que me has hecho encontrar en el seno del polvo, y á este cuerpo aéreo, digna morada de un alma que es emanacion de tu aliento divino, y á todo cuanto soy, me destinaste desde el principio de los tiempos. ¿Qué he hecho pues, para que de tanta gloria y felicidad me juzgues digno? »

Dijo, y lágrimas de alegría y de gratitud inundaron su rostro.

A su voz apareció Isaac en cuerpo radiante como el de los ángeles, y envuelto en matinales auroras

cuyos diáfanos colores impidieron que Abraham le conociese.

« ¿Hasme visto renacer, ó tú el mas bello de los seráfines? » preguntó el patriarca á su hijo.

Y respondió el resucitado :

« Soy Isaac. ¡Aquél que ha muerto por los hijos de Adán ha reanimado el polvo de mis huesos!... Cuando te disponías á inmolarme sobre el ara donde el Señor quiso hacer prueba de tu sumision, tenias la dulce certidumbre de verme salir con vida de la llama del sacrificio... Pues bien, héme aquí vivo, padre mio... Todavía está pendiente de la cruz el cuerpo mortal del Redentor, y ya resucitamos nosotros para gozar de la bienaventuranza de los elegidos... Largo tiempo dormí el sueño de la muerte; ahora un soplo celestial me ha herido y me he despertado en medio de una brillante nube. »

Acuden á reunirse con sus esposos, Sara y la hija de Bethuel¹; y contemplándolas enagenadas de gozo, comprenden Abraham é Isaac cuan grande es la dicha de la resurreccion. Mudos permanecen sus labios, mas cada uno de los cuatro dirige en su pensamiento al cielo himnos de gratitud al Salvador de la especie humana.

¹ Rebeca, muger de Isaac, fué hija de Bethuel, hermano de Abraham; aquél habitaba en la Mesopotamia y este en la tierra de Canaan.
— T. F.

Triunfante llega Israel¹: lágrimas de alegría riegan sus mejillas; y con voz trémula esclama:

« ¡Gloria á tí, Vencedor de la muerte, Mediador divino! ¡Tú has derramado toda tu sangre, tú has consumado tu obra, y tú me has sacado de los negros valles de la destruccion! »

Y los seráfines unen á los clamores de alegría de los resucitados este himno:

« Gloria y gratitud al que desde el fondo de su tumba ha hecho brotar el manantial de la vida eterna! ¡Regocijaos, cielos! nuevos moradores vienen á habitáros. Acariciad con vuestros mas dulces brisas á esas tiernas espigas maduras antes que el resto de la universal cosecha. Escuchad el himno de los nuevamente resucitados, y juzgad por él cual será el tumulto del último día, cuando la

¹ Al regresar Jacob, hijo de Isaac, desde la Mesopotamia donde vivió con su suegro Laban, á la tierra de Canaan, fué de noche acometido por un hombre con el cual luchó hasta el siguiente día. El que parecia hombre era en realidad un angel, y viendo que no podia vencer á su adversario le desconcertó una cadera, quedando Jacob de resultas cojo para todo el resto de su vida. Entonces, dijo el enviado del Señor al patriarca: *No te llamarás Jacob sino Israel, porque si contra Dios fuiste fuerte ¿cuanto mas prevalecerás contra los hombres?* (Génesis, cap. XXXII.) Sin duda que la palabra de Israel le pareció á Klopstock mas poética que la de Jacob. De todas maneras ya se ha podido observar que nuestro poeta, cuando un personaje bíblico tiene muchos nombres, usa con preferencia del menos conocido; y aun á veces se limita á designarlo con el nombre de la ciudad ó pais donde nació ó bien con el de su padre, sobre todo cuando este es un personaje oscuro y célebre el hijo. — T. F.

terrible trompa clame desde los límites de lo infinito: «¡ó tierra, y vosotros, inmensos mares, abrid y dejad salir los muertos que encerrais en vuestros profundos abismos!»

Israel, contemplando el sepulcro del Gólgota, dice:

« Cuando salgas de esa tumba, Redentor divino, cuando de nuevo brilles sobre ese trono que desde el principio de la Eternidad es tuyo: entonces, ¡ay! se unirán mis cantos de alegría á los himnos de los celestiales coros. Y vosotros los que los formais, ó serafines, ¿comprendeis lo que siento? No, no, porque como yo, no habeis muerto llenos de confianza en vuestro Dios. Jamas probareis como yo, los celestiales gozos de la resurreccion. Cayó nuestro Mediador bajo la segur que hiere á todos los hijos de la tierra y como esos tambien resucitará para la vida eterna. Adoradle aereas legiones, con vosotras le adoraremos, ¡pero nosotros le amamos mas ardentemente! ¿Donde están los que conmigo han glorificado durante mi terrena vida al Mesías á quien veiamos al través del tenebroso velo de las profecias, mas cuyo amor y misericordia supimos sin embargo adivinar?»

Y mirando en torno vió á los objetos amados de su corazon y se arrojó en sus brazos: José y Raquel son los únicos que faltan á tan santa reunion.

Entre tanto ya el alma de la dulce madre de Benjamín revoloteaba á la entrada de su tumba. En pie sobre la cima de la roca está su angel custodio mirándola con tierna solicitud. Así que el espíritu le vió, dijo en voz triste pero llena de confianza:

« ¡Fria y solitaria está mi tumba, ó serafin!»

Y responde el angel:

« Tambien está fria y solitaria la tumba en que pronto va á dormir el Redentor divino. »

« ¡Ay, angel del cielo! ¡cuanto ha debido sufrir aquel cuyos restos van á depositarse en el seno del Gólgota! ¡Mas cuan inmensos son los frutos de su sacrificio! Yo tambien voy á renacer aquí donde mis huesos se han convertido en cenizas. »

Aun hacía su voz vibrar el aire y ya saliendo de la bóveda de su sepulcro un polvo ligero y diáfano como las gotas de rocío que siembran de perlas transparentes el boton de la rosa y sus verdes ojas, rodea y envuelve el alma de Raquel. En pie en medio de aquella radiante atmósfera que sube y desciende y vuelve á subir y cambia por instantes de formas y matices, está Raquel sumida en éstasis gozoso, admirando los misterios de la naturaleza impenetrables, así en los mas inmensos fenómenos que en sus mas imperceptibles maravillas. Sin comprender ni remotamente el lazo que al vapor brillante la une, contéplalo sin embargo la esposa de Jacob con gozo cada vez mas vivo, y á ella su

custodio con benévola sonrisa. Bajó una voz desde el trono del Eterno, y sintió Raquel que su ser se disolvía en un manantial de deliciosas lágrimas que brotó de embalsamado valle. Y voló su espíritu sobre encantadas regiones; y súbito parecióle que se adormecía bajo la sombra de un florido bosque; y luego que el abrasado aliento de un inmortal la despertaba. Mirase, se examina y reconoce en fin que ha resucitado. La mortal corteza, há poco reducida á polvo, se ha convertido en un cuerpo celestial y á él se ha unido para siempre su alma. Mirando al cielo esplica así su alegría y su gratitud:

« Salvador del mundo, mi hermano, dueño y Dios, tu nombre será el primero que pronuncian tus labios inmortales. Despues diré los vuestros, ¡ó amados míos! Israel, José, Benjamin, ¿á donde están? ¿Donde podré hallarlos? Condúceme, serafín, cerca de ellos: mi alma está sedienta de la dicha de verlos; con ellos quiero glorificar al Dios que nos ha resucitado. »

Israel, Lia, sus hijos y el amable Benjamin, llegan de las Egipcias playas: solo José no parece aun; todavía no ha dejado su alma la tumba de Sichem¹.

¹ José murió en Egipto dejando encargado que se trasportasen sus huesos á la tierra de Canaan, porque ya preveía que á ella había de

Hirió la muerte, en el solemne dia de la Redencion, al niño Samed, uno de aquellos á quienes tomó Jesus en sus brazos para exhortar al pueblo á que imitase el candor y la inocencia de la primera edad: guiado por su custodio atraviesa el valle de Amon¹, y pasando cerca de la losa que cubre las cenizas de José divisa sobre ella á un alma cuyo resplandor hiere su vista:

« Celestial amigo, le dijo al angel de su guarda, dime como se llama esa sombra cuya imponente sencillez me inspira respeto y amor á un tiempo. »

Y el alma de José responde al punto:

« ¿Preguntas quien soy, ó embalsamada flor? ¡Tú que, de hoy mas, crecerás á la sombra del arbol de la vida en las orillas del torrente de las aureas olas! ¡Ay de mí! Durante mi permanencia en esa tierra que acabas de dejar, fui cuando niño dichoso, mas pronto me persiguieron el odio y la envidia. Duras pruebas pasé antes de llegar á la felicidad mas perfecta que puede desear un mortal: fui apoyo y protector de un pueblo desdichado; fui am-

llevar el Señor á su pueblo. Al salir de Egipto, guiados por Moises, cuidaron los Israelitas de llevar consigo las cenizas de José que fueron depositadas en el valle de Sichem, una de las mas fertiles de la Palestina, así que los Hebreos entraron en posesion de la tierra de Canaan.

¹ Klopstock designa aquí el pais de los Amonitas situado á las inmediaciones del monte Galaad en la Palestina. — T. F.

paro de mi padre y de mis hermanos. ¿Conoces ahora, joven fugitivo de la terrena vida, conoces ahora al hijo de Jacob y de Raquel? »

« Sí, exclamó Samed; tú eres el hijo de Jacob y de Raquel; tú eres el célebre José, cuya maravillosa historia me contó muchas veces y siempre con lágrimas de gozo mi tierno padre. Dígnate moderar tu brillo y entonces me atreveré á hablarte, me atreveré á decirte que para hallarme cerca de tí, de nuevo me sometería á las angustias que padece en la lucha del amor á una vida apenas empezada contra la mano fría é inflexible que segó el capullo que acababa de abrirse. Terribles fueron mis dolores en aquel momento supremo, pues temí que para siempre me aniquilaba; y cuando me desperté del negro sueño de la destrucción tuvo mi ángel custodio que repetirme muchas veces que en efecto vivía. El temor de la nada había paralizado las facultades de mi alma. »

« Cuan digna es de envidia tu precoz felicidad, replicó José; tú casi no has conocido las penas de la vida y ya eres llamado á gozar de las delicias de los bienaventurados que se encuentran a mayor altura que yo en la escala de la celestial bienaventuranza. »

Deslumbrado por el vivo resplandor con que brilla José, suplicale de nuevo Samed que moderé

sus rayos, á lo cual respondió el hijo de Raquel sonriéndose bondadosamente:

« Tranquilízate: desembarazada el alma de su mortal corteza en breve se habitúa á la magnificencia de los cielos. Pronto verás á Abrahan porque para tí sonó ya la hora de las sublimes lecciones. »

« Instrúyeme pues, responde Samed; bien puedes hacerlo ya que en la tierra conociste las sublimes sensaciones que reserva el Eterno para sus elegidos. ¿No fué una de ellas la que te impidió contenerte por mas tiempo ante tus hermanos asombrados cuando les dijiste: « Yo soy José; ¿vive mi padre todavía? Si vive, decidle cuales son mi gloria y mi poder en Egipto. Habla, ¿qué sentiste luego, cuando al estrechar en tus brazos al joven Benjamin te dijeron tus hermanos que vuestro padre lo sabia todo, no atreviéndose á creer tanta felicidad, hasta que al ver los carros de Faraon cargados con tus presentes, clamó: « Sí, vivo está mi hijo José, y yo iré á buscarlo porque quiero verle antes de morir!... ¿Y cuando las lágrimas de aquel amado padre se mezclaron con las tuyas, y cuando le oíste decir: Ahora yo puedo morirme puesto que le he visto; habla, ¿qué es lo que entonces sentiste? ¿Hay en los cielos mayor felicidad? »

Tendió José los brazos á Samed, á quien considera ya como su hermano viéndole tan inocente é

ingenuo como Benjamin. Abrazados permanecieron largo tiempo, hasta que tomando el hijo de Raquel la palabra de nuevo, dijo :

« No sigas preguntándome, joven Samed, lo que sentí en aquellos dichosos momentos de que acabas de hablarme. Refiriéndomelos has probado que sabes apreciarlo. ¿Qué digo? Me has dado fuerzas para agradecerse los al Eterno, con mas viva y pura expresión que jamás pudo hacerlo el pensamiento durante mi tránsito por la tierra. »

« Permíteme, caro José, que una mi oración á las tuyas, y dignate decirme porqué te detienes cerca de esta tumba. »

Volviéndose al ángel le preguntó José, si sabia el niño la muerte de Jesus, y apresuróse Samed á contestar que no ignoraba la divina muerte.

« Entonces, dijo José, sabrás tambien que se nos ha mandado volver á bajar á nuestros sepulcros, á todos aquellos que en torno de su cruz hemos presenciado su agonía y recogido su último suspiro. »

« Lo ignoraba, respondió Samed, porque todavía no me es lícito fijar el pensamiento en el misterio de la redención. Mas tarde, acaso, podré rogarte que me instruyas en él. Ven, apartémonos de esta tumba. ¿Qué interés puede detenerte en ella? »

« Esta tumba, amado niño, es la mía; y Cristo ha dispuesto que cada uno de nosotros vuelva al lugar en que duermen sus cenizas. »

« Sabio José, y tú ángel de mi guarda, esplicadme la razón de ese precepto superior á mi inteligencia. »

Sonrióse el serafín y respondió José :

« Sin duda ha querido el Mesías obligarnos á meditar sobre la inmensidad de sus beneficios en medio de los dispersos restos de nuestros cuerpos mortales... ¡Su muerte en la cruz nos autoriza á esperar, que el día del juicio final saldremos todos del polvo para la vida eterna! »

« ¡Ah! dijo el niño : si mi padre trajera mis helados restos á donde están los tuyos, á tu lado me despertaría... Conduceme á tu sepulcro... En las orillas del río de Faraon perfumaron los Israelitas tu mortaja y embalsamaron tu cuerpo : su polvo no ha podido confundirse con el de la tierra, y tal vez encontraremos en él encerrado el germen de su futura resurrección. »

Diciendo así introdujéronse los tres bajo la bóveda sepulcral, y llegando al lugar mas tenebroso de ella se detuvo el ángel abismado en la esperanza de una felicidad prometida.

« ¡Divino serafín, dijo José, tu pensamiento celebra sin duda al Hombre-Dios, que pronto va á despertarse del sueño de la muerte! »

Miró el ángel con inefable sonrisa y respondió :

« ¿Si pisando un prado rejuvenecido por la pri-

mavera, bajo tus plantas naciesen continuamente nuevas flores, y en tanto dormitase en el seno de aquel suelo encantado la flor que á todas prefieres: no esperarías con inquieto gozo el instante de verla aparecer sobre la tierra? »

« ¿Y cual es, preguntó José la flor que así esperas? »

« ¡Mira, ó tú que eres inmortal aunque todavía estás muerto, mira! »

Y pronunciando estas palabras se elevó el angel hasta la clave de la bóveda del sepulcro; en pos de él subió también y volvió á caer una ligera nube de polvo, mas algunos átomos de ella giran bajo las alas del serafín, suben, caen, vuelven á subir, toman sucesivamente distintos colores y brillan con sobrenatural resplandor.

« Aproxímate, bienaventurado José, prosiguió el angel; contempla ese polvo que fermenta para producir... ¿Veslo nacer, crecer, y brillar con los primeros rayos de la vida eterna? »

Llenó la tumba un soplo de la divinidad agitando la dorada cabellera de Samed, y envolviendo al hijo de Raquel; y el hijo de Raquel cediendo á un poder irresistible acercóse á los restos de su cuerpo mortal, sobre el cual se levantaba una columna de brillante polvo, cuyos radiantes átomos le ocultan hasta á la vista del serafín. En su rapidez misteriosa háse adelantado la nueva creacion, al pen-

samiento de los dos testigos de aquella obra sublime, que solo despues de consumada pudieron contemplarla!... Trasformóse el polvo y José resucitado esclama en santo éstasis :

« Angel de la alianza, tú sacaste al pueblo de Dios de la enemiga tierra del Egipto; tú le guiaste durante el dia con una nube protectora, y durante la noche con una columna de fuego; tú separaste las olas del mar para facilitarle el paso, y tú dejaste caer esas olas sobre Faraon, sobre sus guerreros y sobre sus carros: pero mas grande, mas prodigiosa es la obra que acaba de consumarse: la muerte está vencida! ¡Israel ha vuelto al valle de Efron¹, Israel, Raquel y tú tambien Abrahan! »

Dijo, y lanzóse fuera del sepulcro siguiendo de lejos, el angel y Samed, su rápido vuelo. Llegando á los sagrados bosques de Mambré, descendió José á unirse con la santa reunion de sus padres y hermanos, todos como él resucitados.

Si hubiera yo oído el son de las celestes arpas, si me fuera dado repetir sus melodiosos acentos, tal vez pudiera entonces pintar el gozo de los padres y hermanos; tal vez pudiera referir los dulces raptos de la madre al contemplar á su primogé-

¹ Nombre que en la Biblia se da frecuentemente á los llanos de Hebron ó de Mambré, porque el propietario del campo y caverna que Abrahan compró para enterrar á Sara, se llamaba Efron. — T. F.

nito ¹ brillando en todo el resplandor de las glorias inmortales.

Los hermanos de José, que en la tierra dejaron la negra envidia que por un momento pudo estraviarlos, se inclinan ante él con santa y pura satisfacción, adorando al Dios que recompensa á los mortales dignos de sus beneficios.

Pasando en otro tiempo un caminante extranjero por la fuente de Fialon, vió en ella tendido sin movimiento y sin vida á un anciano : era el Rey y gran sacerdote de Salem ; era el virtuoso Melquisedec ², insepulto por no haberse hallado quien hiciera las últimas honras á su mortal despojo. Hizole el viajero aquel último y piadoso servicio ; y no por efecto de mera compasion, no solo por humanidad, sino porque un sentimiento de respeto y de admiracion, le imponia el deber de hacerlo así. Encontróse al ilustre anciano con las manos cruzadas y la faz en el polvo. Despues de contemplarle largo tiempo en silencio levantó el extranjero sus manos al cielo, tomó en sus brazos el helado cuerpo de Melquisedec, le depositó suavemente en la hoya por él cavada, y de ella no se apartó hasta implorar para el cadaver que enterraba todas las bendiciones del Eterno.

¹ José, primogénito de Jacob y de Raquel. — T. F.

² Véase la nota segunda de la pág. 339. — T. F.

Sobre esa tumba que debe á la piedad de un desconocido vuela en aquel momento el alma del rey gran sacerdote. En el murmullo del naciente Jordan que sale de la fuente de Fialon y sobre el musgo serpentea, cree el espíritu de Melquisedec reconocer la voz del Eterno, cuando pasa sobre Jerusalem, bramando el torrente de las aguas de oro, y crugiendo las hojas del arbol de la vida. En medio de aquel éstasis dulce y tranquilo siente el gran sacerdote que cielo y tierra huyen de su pensamiento, y que solo Dios lo llena enteramente. El polvo de sus huesos se levanta y centellea y gira en torno de él. ; Trasformóse y resucitó el muerto ilustre !... Póstrase, ora en silencio y con lágrimas de alegría, levantando al cielo las manos, glorifica á Jesus salvador del mundo, cuyo simbolo y mensajero fué en su tránsito por la tierra.

Hanania, Misael y Hazarias ¹, tres de los ado-

¹ Nabucodonosor cuando conquistó á los Judios les mandó que le enviasen varios jóvenes en quienes no hubiese defecto, de buena presencia é instruidos en todo saber, etc., para que le sirviesen en su corte. Los escogidos fueron Daniel, y los tres mancebos citados por Klopstock, mas conocidos con los nombres de Sidrac, Misael y Abdenago, que les puso el prefecto de los eunucos. Rehusando aquellos jóvenes contaminarse con los impuros manjares de la mesa del rey, se alimentaban solo de legumbres y agua, sin que por ello se alterase su salud, ni disminuyese su robustez; prodigio que asombró á la corte de Babilonia. Cuando Nabucodonosor obligó á los pueblos vencidos á que adorasen su estatua de oro, como se negasen á hacerlo aquellos tres mancebos, fueron arrojados á un hor-

lescentes de Israel en quienes no se halló defecto, tenían su tumba en una caverna de los llanos de Dura¹, célebres porque en ellos se postraron pueblos y naciones al son de la trompeta, de la flauta, del arpa, de la zampoña, de la sinfonia y de toda especie de instrumentos músicos ante la estatua de oro. No lejos del sepulcro de aquellos tres heroes, yacen las ruinas del ídolo que rehusaron adorar. El Rey, á quien el Eterno hizo bajar desde el trono de Babilonia hasta la abyecta clase de los brutos, fué quien mandó hacer el ídolo colosal y gigantesco, á su propia imagen, tal como en un sueño engañoso lo habia visto. Por aquellos inmensos llanos se ven aun esparcidas las ruinas de los destruidos reinos cuyo profético simbolo fué la estatua derribada.

Misael y Hananias sepultaron con sus manos á su amado hermano Hazarias, consolándolos en su dolor la idea de la resurreccion. Pronto fué Hananias sepultado tambien por Misael, que se quedó el úl-

¹ no encendido y mas salieron de él sin lesión alguna, y el rey, conociendo por aquel milagro que el Dios á quien adoraban era sin duda el único verdadero, les confió los mas altos puestos del estado. (Daniel, cap. III.)—T. F.

² Nombre que se da en los libros sagrados á los llanos donde fué Babilonia y en los cuales hizo Nabucodonosor que fuese adorada su estatua de oro. El pasaje que sigue de nuestro poema es imitacion del capitulo III de Daniel donde el profeta describe la pompa de aquella sacrilega ceremonia. — T. F.

timo de los tres sobre la tierra; mas sintiendo ya la muerte en su corazon, alentóle la esperanza de unirse pronto á sus hermanos; y en efecto así fué. Ahora sus inquietas miradas buscan entre el polvo del sepulcro los mortales despojos de aquellas amadas prendas, mas en vano; y sin embargo vuela sobre la tumba con gozosa esperanza y su voz, trémula de felicidad, ya descende hasta las cenizas de sus hermanos, ya se levanta hasta los Cielos. Aquella voz es un canto solemne: siempre son himnos celestiales las palabras de los espíritus gloriosos cuando esplican sus sensaciones. Oyeron Hananias y Hazarias el canto de su hermano, no con sus mortales oidos, sino por medio de aquella maravillosa intuicion, que enseña á los moradores de los cielos á distinguir la voz del Eterno del rumor que produce el rozamiento de los mundos, que giran en la inmensidad de los espacios.

« ¡ Amados hermanos míos, vosotros saldreis de vuestros helados y frios sepulcros! El polvo de los hijos de Adán, que la destruccion esparció sobre la tierra, se hunde bajo las plantas del caminante, rueda con las olas del océano, centellea en los rayos del sol; mas el que creó ese polvo para servir de corteza al alma inmortal, sabrá reunirlo y darle nueva vida. ¡ El Todopoderoso tomó un puñado de tierra y le dijo: sé hombre! Y la tierra temerosa obedeció; tomará tambien un puñado del disperso

polvo y le dirá: ¡Vive; y vivirá el polvo! Y bramarán los mares y los ríos, tronará la tempestad, temblará la tierra en sus cimientos, llenaránse los cielos de rayos ocultos bajo tenebrosos velos; y el sonido de la trompeta sobrepujando al tumulto de la creación desquiciada, llamará á los muertos y levantaránse cuantos duermen en los helados y sombríos sepulcros. »

Mientras así canta Misael cada vez suena su voz mas dulce y armoniosamente; y se trasforma y resucita, y con él resucitan sus hermanos.

En otro tiempo bajaron los Caldeos á la llanura, ligeros como el leopardo, sañudos como el águila, cuando una y otra fiera se arrojan sobre su presa. Los intrépidos ginetes hicieron cautivos tan numerosos como las arenas del mar; burláronse de los príncipes, insultaron á los reyes; y su caudillo, sediento de sangre y ansioso de matanza, se embriagó con la copa que el Dios vengador llenó para él! Y bajó el Dios vengador al monte Paran¹, en todo el brillo de su magnificencia, precediéndole el Hambre y la Peste, mas con límites señalados á sus estragos por la mano del Señor. Al paso del que fué y es y será, se inclinaron las colinas, se estremecieron llenas de espanto las montañas, apresuraron su curso los torrentes, hundiéronse las simas en los

¹ Nombre que se da en la Biblia al monte Atlas. — T. F.

abismos de la Creación, levantáronse los cielos mas que nunca en los campos de lo infinito, interrumpió el sol su curso y permaneció inmóvil la luna¹.

El profeta² que en sus inspirados sueños vió pasar de esa manera al Vengador de Judá, al esterminador de los orgullosos enemigos de su pueblo, sale de su tumba, guiado por la misma mano que en la tierra abrió sus ojos y su alma á las visiones celestiales. Reconociendo á aquella divina mano, celébrala el profeta con este himno, acompañado de los melodiosos acentos de su arpa, todavía novicia y temerosa:

« La higuera y la vid amante volvieron á cubrirse de verdes hojas y sazonados frutos: todas las plantas del valle florecen á la sombra del Olivo³. Rica es la cosecha que prepara la tierra, mas bella y

¹ Imitación del libro de Habacuc, octavo entre los doce profetas menores, que vivió 698 años antes de Jesucristo. El libro citado, que es el único de los escritos de Habacuc que á nosotros ha llegado, es, según la opinión de los teólogos, un himno profético en el cual se predijeron todas las calamidades con que mas tarde abrumaron los Caldeos al pueblo de Israel. No debe confundirse á este profeta con el otro Habacuc á quien un ángel arrebató para que llevase su alimento á Daniel al lago de los leones. — T. F.

² Habacuc. — T. F.

³ Sin embargo de que Klopstock imita á Habacuc en este pasaje, dice precisamente lo contrario que aquel, pareciéndole sin duda que las verdaderas palabras del profeta, cuyo sentido es, que ni la higuera ni el olivo volverán á reverdecer, hubieran sido impropias en boca de un resucitado. — T. F.

abundante será la cosecha de la Eternidad. Inmensa y brillante, inclina sus espigas de oro sobre los fúnebres oteros. Clamores de alegría resuenan en las playas de la muerte, y celebran los cielos la gloria del Dios misericordioso que se digna acordarse de nosotros, después de habernos hecho apurar hasta las heces el caliz de las pruebas. Contigo me regocijo, fuente de la eterna salud. »

Tal como el relámpago que, atravesando súbitamente las densas nubes en que se encapota el cielo, proclama con el bramido del trueno que le sigue la omnipotencia del Eterno, penetra Isaias las tinieblas de la muerte, se levanta sobre su tumba y canta la gloria del Dios que por segunda vez acaba de crearle.

« En tí, ¡ó gran Babilonia, ciudad de orgullo y de calamidades! en tí creyó Nabucodonosor eternizar su gloria y poderío; mas en medio de tus soberbios muros sonó una voz, y dijo al mayor de los monarcas: *Perderás tu reino, y echaránte de entre los hombres, y con las bestias y fieras será tu morada* ¹. Y lo que esa voz predijo, sucedió; y la ciudad de orgullo y de calamidades es hoy un inmenso desierto ². Allí duermen las cenizas del pro-

¹ Palabras del profeta Daniel, cuando Nabucodonosor le llamó para que le explicase el significado de su misterioso sueño. (Daniel, cap. IV.) — T. F.

² Punto controvertido entre los anticuarios es aun, hoy el de de-

feta á quien Dios permitió profundizar hondamente los secretos del porvenir; y su espíritu, guiado por el ángel que le guarda, busca su sepulcro en aquella desolada llanura donde no hiere los oídos otro rumor que el siniestro graznido del ave nocturna y el del silbo del dragón alado; en donde en vano busca la vista señales de habitación alguna. Las arenas se han amontonado sobre las ruinas de los templos y de los palacios, y tal es el horror que inspira aquella tierra de maldición que ni el Árabe intrépido y vagabundo se atreve á levantar sobre ella sus tiendas, ni á cultivarla los esclavos mismos. »

terminar exactamente el lugar donde fué Babilonia y la época de su ruina: pero como no admite duda que al empezar la era cristiana ya no existía aquella ciudad, pudo Klopstock, sin cometer anacronismo, hacer que Daniel buscara su tumba en los desiertos llanos. Según la más común opinión estuvo la ciudad entre el Eufrates y el Tigris, como á treinta leguas próximamente de Hilla, población de bastante importancia en la Turquía asiática. Vense en aquellos llanos las ruinas de una gran torre, que algunos imaginan que fué la de Babel. — T. F.

¹ Alude al famoso sueño que no pudieron explicar los magos ni los adivinos, y cuyo sentido declaró Daniel á Nabucodonosor. La visión del monarca de Babilonia se redujo á ver un árbol inmenso que se elevaba hasta los cielos, y cuyas ramas estendiéndose sobre toda la tierra anidaban infinidad de aves, y daban sombra á multitud de fieras. Súbito una voz *de arriba* dijo: cortad el árbol, pero dejad las raíces y dadles corazón de fieras. Daniel explicó al rey que el árbol le representaba á él y á su inmenso poder, y las palabras manifestaban que el mismo Nabucodonosor descendería á ser Bruto; lo que en efecto sucedió. — T. F.

En medio de una pantanosa laguna y rodeada por verdes juncos, cuyos flexibles vástagos se mecen melancólicamente agitados por un viento húmedo y pesado, descubre el angel de Daniel una losa cubierta de musgo, y reconoce en ella el profeta la que de muchos siglos atrás oprime sus mortales restos. Entonces pasaron por el pensamiento del bienaventurado las víctimas para siempre sepultadas en aquel campo de la destruccion, en forma de tristes y afligidas sombras; entonces creyó escuchar el ruido de las hojas del arbol protector y cuyas ramas se estendian hasta el punto de ofrecer sombra á cuantos seres necesitaban descanso y frescura; y entonces tambien se estremeció recordando aquella terrible voz que dijo desde lo alto: *Cortad el arbol*; mas trayendó á la memoria que el arbol, aprendiendo á respetar á su celeste dueño, obtuvo misericordia ante el Señor, regocijase el alma del profeta ¹. Pronto, empero, volvió á entristecerse, porque el vástago del tronco poderoso ² no quiso acordarse que Dios es el dispensador de los reinos y el árbitro de la suerte de los reyes; y

¹ Habiendo Nabucodonosor reconocido la omnipotencia divina recobró su primitiva forma y volvió á ocupar el trono. — T. F.

² Alude á Baltasar, hijo y sucesor de N. bucodonosor. Son tan conocidos los extravíos, la impiedad, la famosa cena, y las palabras que una mano invisible escribió en los muros del salon en que tuvo lugar aquel festin, que nos parece inutil recordarlos aqui. — T. F.

entonces una mano misteriosa grabó en caracteres de fuego sobre los muros de la sala de los festines del regio palacio, con lámparas de oro iluminada, ese tremendo decreto: « *Dios ha numerado tu reino, y le ha puesto término; has sido pesado en la balanza, y has sido hallado falto; dividido será tu reino y dado á los Medos y á los Persas.* »

La sombra del monarca impío y orgulloso, y las de los que asistieron á su postrer banquete y con él fueron justamente castigados, pasaron con rapidez suma ante el espíritu del profeta; porque llegado era el instante señalado para su transformacion é ingreso en la eterna vida.

Semejante al lucero vespertino cuando, solo aun, campea en la azulada bóveda, voló Daniel, ya resucitado, sobre el desierto donde fué Babilonia, dejando caer los rayos de su inmortalidad en aquella inmensa tumba de las humanas grandezas.

Lágrimas y suspiros fueron el triste patrimonio del tierno hijo de Helcia ¹ durante su permanencia sobre la tierra; mas sonó para él la hora de la resurreccion, y al salir, ya para siempre inmortal,

¹ Jeremias, hijo en efecto del sacerdote Helcia, floreció 625 años antes de Jesucristo, y predijo todas las calamidades que habian de sufrir los Judíos en castigo de su impiedad: sus profecias, y mas aun sus lamentaciones son tan célebres que se han hecho hasta vulgares. — T. F.

de la tumba, experimentó al fin los inesplicables gozos de los elegidos.

A pesar de la simplicidad de su espíritu, acertó el pastor de Tekoha ¹ á conocer y á servir al que creó los cielos y los astros ². En sus proféticas inspiraciones vió despojado de toda vegetacion al monte Carmelo; vió devorados por abrasadoras llamas á los palacios de Kerijoth ³, en el instante en que en ellos se celebraba un brillante festin, al son de las trompas y de los clamores de Moab ⁴;

¹ Amós, el tereero de los doce profetas menores, floreció 780 años antes de Jesucristo, y fué pastor en Tekohá, país de la tierra de Canaan. El pasaje de la *Mesiada* á que se refiere esta nota es un extracto de las visiones que dieron á conocer al profeta los males que amenazaban á Israel por su inclinación á la idolatria. (Amós, I.) — T. F.

² El texto dice al que creó los *Arturos y los Oriones*; es decir, las constelaciones conocidas bajo esos nombres: hame parecido que el pensamiento no se alteraba, y su expresion era mas sencilla tal como la he escrito. — T. E.

³ Una de las ciudades de la tierra de Canaan que tocó en suerte á la tribu de Judá cuando Josué hizo el reparto de tierras entre todas las de Israel. — T. F.

⁴ En la época en que vivía Amós eran dueños de la ciudad de Kerijoth los Moabitas, descendientes de Moab (*hijo de mi padre*), hijo de Lot y de la mayor de sus hijas. El país de los Moabitas fué una parte de la Arabia Petrea, cercana á la villa de Petrea que ha dado su nombre á la region entera, y que sin embargo ha estado sepultada en el olvido durante siglos. M. Leon de Laborde la ha recordado á la memoria de las gentes en su *Viaje á la Arabia Petrea*, obra notable, publicada en 1850, y que contiene una multitud de curiosos pormenores relativos á aquel país tan célebre en la historia santa. — T. F.

vió los campos de Judá cubiertos de cadáveres, destruido el altar de Bethel ¹, ardiendo en llamas el cielo, deshaciéndose en polvo la tierra; vió á tres ciudades arrastrarse penosamente hasta llegar á un manantial harto escaso para apagar la sed que las devoraba; vió á la segur herir de muerte á todos los mancebos, y á la peste y al hambre aniquilar de una vez generaciones enteras. Y abrumado por tantas y tan siniestras visiones, como el Señor hizo pasar ante los ojos del profeta para que este previniera á su pueblo de la suerte que le esperaba, deshízose su amante corazón, y bajó á la tumba sin llorar la vida.

De resucitar acaba para la inmortalidad y de conocer tambien que nunca rehusa el cielo su dulce rocío á los que tienen sed de la eterna salud.

Vuela el alma de Job sobre el ameno bosque que da sombra á su sepulcro abierto en el costado de una roca colosal, y esa tiembla, se estremece, se abre, y de su seno sale una nube de polvo que levantándose á los cielos gira y centellea en torno del espíritu. Deslumbrado por el resplandor, y embriagado por el suave perfume que aquella nube exhala, lánzase Job al polvo creador; su ángel custo-

¹ Cuando Jacob regresó á la tierra de Canaan y se hubo reconciliado con su hermano Esau, apareciósele Dios y se dignó hablarle. Erigió el patriarca en el lugar de su vision un altar que llamó Bethel, y del cual hablan todos los profetas como de un lugar sagrado. — T. F.

dio, siguiéndole con la vista, ve como se transforma bajo la mano del Todopoderoso; y el himno que estasiado entona se eleva hasta el empireo, y conmueve en la tierra montes y valles. Job se siente de nuevo creado, y el himno que estasiado entona se eleva hasta los cielos y conmueve en la tierra montes y valles.

Entre tanto rodeado está aun el Gólgota por sombrías nubes, y en todo cuanto desde su cima alcanza á distinguir la vista pesan densas tinieblas sobre la region donde se eleva el altar de la Redencion.

Inmovil, doblada la cabeza, ceñidas las sienes con la corona de espinas, teñidas en la sangre que ya cesó de correr, permanece el Hombre-Dios, el Salvador del mundo, pendiente de la cruz. Ya no se dirige su lastimera voz á los cielos, pidiendo misericordia al Juez irritado, al Padre inexorable; cesó de latir su corazon, y en torno de su helado cadaver detienen su curso los vientos y enmudecen los cielos y la tierra.

Retiróse la muchedumbre del pueblo, y quedó solitario el monte como un campo de batalla, cuando le abandonan las almas de los guerreros para ir á morar en las mansiones á que la divina justicia las destina.

Aun no ha cesado de sufrir el joven pecador que á la derecha de Jesus expia su culpa en cruelísimo

suplicio, y sus ojos, aunque ya velados por las sombras de la muerte, permanecen clavados en el inanimado cuerpo del Hijo de Dios, á quien en su pensamiento dice el criminal arrepentido :

« Dejaste de existir, ¡ó tú á quien amo con todas las fuerzas de mi alma! y heme aquí solo luchando con los horrores de la agonía. No me quejo, porque mas has padecido tú que yo; pero no me abandones como á tí te ha abandonado tu Dios y Padre. ¿Y por qué te ha abandonado? ¡ay de mí! En vano procura mi pensamiento profundizar tanto misterio... ¡Ah! si mi lengua pudiese aun articular algunas palabras inteligibles, les preguntaria á los pocos que le han permanecido fieles : ¿le visteis por última vez levantar la cabeza y mirar al cielo? ¿Oisteis el atronador acento de sus últimas palabras? Al sonido de aquella divina voz, cuanto existe desapareció de mi vista, corrió mas que nunca la sangre de mis ardientes llagas, creí que iba á morir. ¡Miráisme con tierna compasion, ó vosotros los que llorais al pie de la Cruz! ¡Ay de mí! Si pudieran llorar mis ojos, llorarian por vosotros, y sobre todo por tí, desdichada madre. ¡Plegue á tu divino hijo no abandonarte como á él le ha abandonado su padre! En tí espero, ¡ó gran profeta, que eres todo misericordia! »

En aquel momento se redoblaron las angustias de su agonía, pero tambien brilló en su alma ce-

lestial claridad que le reveló el objeto del sacrificio de la redencion, y fuéle concedido comprender como el Eterno se reconcilia con los pecadores por los méritos de la sangre de la víctima, que corriendo sobre la tierra se convierte en manantial de salud y de vida eterna. Así aleccionado por el espíritu del Padre y del Hijo, cae en santo éstasis el pecador arrepentido.

Temiendo siempre que Jesus huyera á su venganza, obtuvieron los sacerdotes de Jerusalem que Pilatos les permitiese retirar del Gólgota los cadáveres de los crucificados, antes de empezarse las fiestas de la Pascua, cuya solemnidad comenzaba al ponerse el sol aquel mismo día; y, en efecto, de orden del pretor llega á la colina una tropa de soldados encargada de rematar las víctimas, si aun daban señal de vida.

Uno de aquellos soldados, á quien la guerra hizo inaccesible á todo sentimiento de humanidad, llega armado con una enorme clava al pie de la cruz donde padece el criminal impenitente; alza con nervudo brazo y blande el mortífero instrumento; déjalo caer sobre los casi helados miembros del desdichado; y rómpelos y destrózalos con la enormidad del peso y la fuerza del golpe. Oye aquel rumor siniestro el pecador arrepentido, y lo bendice como anuncio de su deseada muerte. Prosiguiendo el implacable Romano en su horrible

tarea, pasa por delante de la cruz que amenazadora y soberbia se alza entre sus dos lúgubres compañeras, y no se atreve á detenerse, pareciéndole que la rodean y protejen los dioses vengadores... Ya está al pie del suplicio del pecador redimido; segunda vez se alza la ensangrentada clava, y segunda vez hiere, deshace, reduce á polvo los mutilados miembros de un moribundo... Tiñense en sangre los huesos deshechos, tiembla la cruz y cruje estremecida, y chocan unos con otros los cráneos que el Gólgota encierra, y una nube de polvo envuelve la montaña.

Con inciertos pasos vuelve el soldado á la cruz del Salvador, sin atreverse á levantar la vista para mirarla, y volviéndose á su gefe que permanecía inmóvil al pie de la colina:

« Por todos los Dioses, te juro que este muerto está, » le dice en voz que el temor sofoca.

Y responde el caudillo:

« Lo sé: mas no importa; preciso es que le atraveses el corazón con tu lanza. »

Calló y volvió los ojos á otra parte. El brillante acero del Romano hirió el sacro costado del cuerpo mortal de Jesus; brotó de la ancha herida un manantial de agua y de sangre, y el pecador redimido miró en lontananza tenebrosa aquel doble raudal de salud eterna.

No es dado á poder humano el decidir si cuando

uno á uno se rompen los vínculos que unen el cuerpo de tierra al alma inmortal, esplica esa sus pensamientos durante la terrible lucha con palabras de este mundo ó si habla ya el idioma de los inmortales : sin duda le faltaban voces al pecador á quien el Mesias prometió que le recibiría en su reino, pero en el fondo de su corazon le dirigió esta oracion :

« ¡Por tu sangre, que por todos los humanos corre, apiádate de mí, Redentor del mundo ! ¡Gran sacerdote del santuario de los cielos, tú eres eterno ! ¡ Tú vuelves al seno de tu Padre en toda la plenitud de tu gloria !... ¿ Me será dado volver á oír aquella voz divina que clamó : *Consumado está ?* ¿ Volveré á oír otra vez ? ¡ Gólgota, tú eres mi tumba y su altar ! ¡ Regocijaos destrozados miembros míos, en su altar gozareis del último reposo ! »

Bendíjole el serafín Abdiel que sobre la cruz volaba, con una de sus miradas, é imploró para él la divina misericordia.

« Fuente de clemencia y de amor, Redentor del mundo, no abandones en su última hora al pecador arrepentido, guíale en el valle cuyas tinieblas asustan á los ángeles mismos, y permítele entrever las felicidades que al fin de su viage le esperan. »

Así inicia Abdiel en la inmortalidad al espíritu

del moribundo que continua dirigiendo al cielo sus últimos pensamientos :

« ¡ En vano procuras, pecador arrepentido, esplicar tu gratitud ; todavía perteneces demasiado á la tierra... mas pronto... sí, muy pronto... Dios de amor y de misericordia, tú que perdonas, tú que expias los pecados del mundo, en tus manos Señor... como ondean las palmas de la victoria !... Dios de amor y de misericordia, tú que perdonas, tú que expias los pecados del mundo, en tus manos, Señor, encomiendo... ¿ Por qué tardas todavía, alma perdonada, alma salvada... divino Mediador, en tus manos encomiendo... »

Los últimos lazos que unian aquel alma á su fragil morada se han roto, y gozosa esplica así el santo éstasis que su libertad le causa :

« ¡ Llámante muerte, á tí, súbito tránsito del sueño al despertar : no, no es ese tu nombre : la muerte es cruel y tú tan dulce ! Con tu encanto embelleces hasta á la inexorable destruccion, tu sombría compañera... ¡ Confiadamente le abandono mis restos inanimados ; redúzcalos á polvo, espárzalos por toda la creacion, á fin de que maduren para la cosecha del dia postrimero ! ¡ La vida en que acabo de entrar no tiene término, es eterna ! »

Corre una lágrima de gozo por la mejilla de Abdiel viendo brillar al alma del pecador salvada por

el arrepentimiento con celestial resplandor; viéndola y oyéndola preguntar candorosamente:

«¿Sin duda que tú eres uno de los elegidos de su trono? Al abrirse mis ojos á la inmortalidad han visto tu rostro resplandeciente, y al oír el melodioso rumor de tus alas me he estremecido de felicidad. ¡Cuanto más te contemplo tanto más se aumenta mi gozo!»

Y el serafín responde en tono grave y solemne:

«Ven, ó tú, el primero de los muertos redimidos por la sangre de Cristo; ven, que has hallado gracia en el altar del sacrificio; ven, y serás en adelante la esperanza de los pecadores durante su vida, y su terror después que mueran. Ven á que se cumplan los decretos de la Providencia, sígueme al santuario de las celestiales alegrías.»

Dijo, y lanzáronse entrambos á la infinitad del espacio. El profeta admitido á la contemplación del ser divino en el monte Sinaí, y que al bajar de aquel santuario brillaba con resplandor tan vivo que tuvo que ocultar su rostro con un velo á las miradas del pueblo¹; el elegido del Señor que porque una sola vez fué incrédulo no pisó la tierra

¹ Al bajar del monte Sinaí donde el Señor se había dignado mostrársele, de tal manera resplandecía el rostro de Moisés, que no atreviéndose el pueblo á mirarle se apartaba de él. Para hacer pues que se le acercasen y le escucharan hubo Moisés de cubrirse la cabeza con un velo. (Exodo, cap. XXXIV.) — T. F.

de Canaan¹, el gran Moisés, á quien el Eterno juzgándole demasiado fuerte, no le dió angel custodido en esta vida, vuela solitario sobre su misteriosa tumba sumido en profundas meditaciones, contempla ante su vista retratadas en fugitivas sombras los principales acontecimientos de su larga carrera, y á medida que á su vista se presentan esplica las sensaciones que le causan de esta manera:

«¡Huye, Faraon; largo tiempo hace ya que los juncos de la ribera no esconden ni uno solo de tus huesos, ni uno solo de los huesos de tu innumerable ejército!... ¡Cuan magestuosamente se deshacen las transparentes murallas que formaron las olas replegándose al abrírnos en su seno un maravilloso camino! ¡Como brama la tempestad saliendo furiosa de entre las nubes de fuego! ¡Cual corre á su muerte el Egipto, que la mano del Eterno tomó á su cuenta esterminar! Gracias os sean dadas nieblas y llamas del Señor, que nos habéis guiado al través de tantos montes, de tantos y tan áridos desiertos... ¡Ya vuela al combate... ya der-

¹ Temeroso de no obtener agua tan pronto como la deseaba el pueblo que se moría de sed, hirió Moisés dos veces la roca de Horeb, de la cual le había prometido el Eterno que haría manar una fuente; y en efecto manó; mas en castigo de haber dudado del poder de Dios hiriendo dos veces la roca no fué lícito á Moisés pisar la tierra de promisión. (Números, cap. XX.) — T. F.

rota á Amalec ! ¡Israel triunfa porque mis brazos permanecieron levantados al cielo !... ¡Region sagrada, yo te conozco, aquí vi brillar la encendida zarza ; allá se burla de los siglos aquella árida roca demasiado lenta en satisfacer mis ardientes deseos cuando le pedí un puro manantial ! ;Allí está el lugar terrible donde se abrió pasó el infierno para tragarse á los tres osados rebeldes ²... te reconozco, monte sagrado, noble Sinai, morada del trueno y del fuego celeste !... y á tí tambien, abrasado desierto, tumba inmensa de tantas valientes cohortes respetadas por el mar Rojo ³, á tí tambien te reconozco !... ; Temible Nebo, á tí que encierras mis huesos, te saludo !... ; en medio de la tierra de Canaan veo centellear las alturas Garizim ⁴, y el altar sagrado del Gólgota ! »

¹ Mientras á las órdenes de Josue combatian los Hebreos contra los Amalecitas, pueblo de la Arabia Petrea en los confines de Palestina, oraba Moises en la montaña con los brazos levantados al cielo. Cuando cansado el profeta, dejaba caer las manos vencian los enemigos, y al contrario los Hebreos así que volvía á levantarlas : por eso hizo Moises que le sostuvieran los brazos hasta el fin de la batalla que concluyó con la completa derrota de los Amalecitas. (Exodo, cap. XVII.)

— T. F.

² Coré, Datan y Abiron.— T. F.

³ El mar Rojo.— T. F.

⁴ Montaña de Palestina en el valle de Sichern que formaba parte del reino de Samaria. El rey Acab hizo construir sobre ella un magnífico templo en el cual las mas veces se adoró á los ídolos. Las santas Escrituras designan generalmente á ese templo con el nombre de *lugar alto ó floresta*.— T. F.

Y sobre la cima del Nebo, los ángeles que en otro tiempo anunciaron á la tierra las leyes del Eterno, brillan como las estrellas de la constelacion de Orion. Dulcemente resuenan sus arpas de oro y en coro cantan sus celestiales voces :

« No venimos á traerte las bendiciones de Garizim, no te ofrecemos vida de un dia : la salud del Gólgota es la que se nos mandó derramar sobre tí ! ; Moises ! ¿porqué tardan tus huesos en salir del polvo ? ; Moisés ! levántate que tu Redentor te llama. »

La melodía de las celestiales arpas ha sumido al Profeta en dulce sueño ; la trompeta del Señor le despierta haciendo estremecer al Nebo y á su misteriosa tumba.

Moises resucitado ya para la vida eterna se postra, ora adorando al Salvador del mundo, y sus brazos permanecen largo tiempo levantados al cielo sin que ningun angel lo sostenga.

Tambien en los sepulcros de los Reyes, se agita el polvo y despertándose á la vida eterna, el noble hijo de Isai ⁴ sale del fondo de las lúgubres bóvedas, ve al espíritu de Salomon, que vela cerea de sus propias cenizas y se detiene cerca de él.

La sombra de Salomon que todavía es parte del reino de los sepulcros permanece inmovil en mu-

⁴ David fué hijo de Isai, pastor del valle de Belen.

da admiracion, ante el resplandor celestial de su padre trasformado ya por la resurreccion. En aquel mismo instante se aparecen en el regio panteon los Patriarcas resucitados, y con ellos sus ángeles custodios. Abraham esclama en santo arrebató :

« ¡La voz del Señor habló á nuestros pulverizados huesos, y hemos resucitado, para recibir con toda la magnificencia de nuestra inmortalidad, al Redentor del mundo cuando salga de su sepulcro !
¡ La misma gloria te espera á tí, ó el mayor de los Reyes de la tierra ! Semejante al arbusto que florece al pié del magestuoso cedro, unirás tambien el sonido de tus verdes ramas, al embalsamado aliento del cielo que mece la copa del arbol de la vida. »

Y dijo Gabriel al espíritu de Salomon :

« No llores, hijo del Eterno ; gracia has hallado ante él, aunque duermen tus huesos cuando ya el cedro del Señor da sombra á las tempranas flores. »

« ¡Llorar yo ! responde Salomon : ¡yo, á quien el Eterno colmó de sus favores, á quien se dignó sacar del fondo de los abismos en que me hallaba !
¡No, no : duermo, ó polvo de mi mortal corteza, duermo hasta el dia de la universal cosecha ! Y si estas bóvedas sepulcrales se cansaran de cubrirte dispersate en los vientos y nete á las úsuaves exhalaciones de las flores y á los argentados rayos de la luna. »

« Debo decírtelo, ó Salomon, replicó el angel : tú no te aparecerás nunca á los futuros cristianos, ese poder se les concede únicamente á los muertos que salen de la tumba con el Salvador ; mas un dia gozarás de todas las celestiales bienaventuranzas. »

Dijo, y ángeles y Patriarcas, dejando el regio Panteon, regresan al bosque de Mambré donde nuevos resucitados los esperan. Ezequias¹ sigue durmiendo ; pero el vencedor de Zara², rey tan debil en sí mismo como fuerte por su confianza en Dios, se levanta del polvo y con él Josafat³, quien marchando con sus tropas al enemigo hizo que las precedieran Levitas y Profetisas, cuyos himnos le aseguraron la victoria.

¹ Ezequias fué uno de los reyes mas grandes de Judá, y reinó por los años 626 antes de Jesucristo. Impidió constantemente que el pueblo se entregase á la idolatría, y tanta fué la cordura y piedad de su gobierno, que obtuvo la declarada proteccion de Dios hasta el fin de su vida.—T. F.

² Alude Klopstock al rey Asa (917 años antes de Jesucristo), quien habiéndole acometido Zara, rey de Etiopia, con un ejército formidable, marchó contra él con pocas fuerzas, pero lleno de confianza en Dios, para quien, decia el santo rey, ninguna diferencia hay en socorrer con muchos ó con pocos. Dió en efecto la batalla despues de orar piadosamente, y fueron vencidos los Etiopes por mano del Señor, dejando en poder de los Hebreos un inmenso botin. (Paralipomenon, lib. II, cap. 44.)—T. F.

³ Hijo de Asa ; siguió las huellas de su padre, y los himnos de los cantores que marchaban á la cabeza de sus tropas bastaban para derrotar al enemigo. (Paralipomenon, lib. II, cap. 29.)—T. F.

Otro cadaver real sale de la solitaria tumba de Huza¹, y casi al mismo tiempo sale del sepulcro de los reyes su hijo² y con él Josias, el piadoso y ardiente mancebo, destructor de los ídolos³. Cantores y cantoras celebraron durante largo tiempo con tiernas lamentaciones la memoria de aquel heroe del Eterno herido por mortífera flecha que lanzó el bando del feroz Neroc⁴.

Lanzáronse de sus tumbas los cinco resucitados, rápidos como los relámpagos que cruzan la atmósfera en una serena noche de verano, pero Ezequias continua durmiendo.

Un espíritu de tinieblas, que animó en otro

¹ Manasés, hijo de Ezequias, que empezó de reinar á la edad de doce años, idolatró y cometió toda especie de crímenes. Para castigarle suscitó Dios contra él al rey de Siria, que cargado de cadenas le llevó cautivo á Babilonia. Con la desgracia se abrió su alma al arrepentimiento y volvióle Dios sus estados. De vuelta á Jerusalem, hizo que reinasen en ella la justicia y la religión, y murió venerado de todos, enterrándose en una de sus casas de placer llamada Huza. (Reyes, lib. II, cap. 24.) — T. F.

² Amon, hijo de Manasés, reinó solos dos años, asesinándole al cabo de ellos sus mismos servidores. — T. F.

³ Josías, hijo de Amon, subió al trono á la edad de ocho años, y á pesar de su estremada juventud abolió el culto de los ídolos y confió la administración de justicia á magistrados virtuosos. — T. F.

⁴ Neroc, rey de Egipto, pasó por Judá para ir á combatir á Babilonia: queriendo Josías oponerse á su paso fué muerto por una flecha. Lloró el pueblo amargamente su muerte. (Paralipomenon, lib. II, cap. 34 y 35.) — T. F.

tiempo al ídolo Nisroc¹, y la sombra de Sennaquerib², descenden lentamente de las alturas del Líbano, y deteniéndose el conquistador dice al espíritu maligno con voz agitada por la ira y el orgullo:

« Habla, Nisroc, ¿qué poder sobrenatural nos ha obligado á salir del fondo de los infiernos, para venir á buscar las tumbas de los Reyes de Israel? »

« ¿Porqué preguntarme? ¿No te ha hablado tambien á tí la voz terrible que nos dió esta orden? ¿Quien, sino el angel de la muerte, tiene aquel acento poderoso como el rayo, rápido como el relámpago? ¿Y á quien sino á él obedeciera Nisroc? »

« ¡Miserable! ¿Cómo puedes olvidar así lo que fuiste? ¡En tus altares fueron un tiempo inmoladas humanas víctimas, sacrificados reyes vencidos! ¿Tuvo nunca altares el angel de la muerte? ¿Ofrecieronle nunca regia sangre en holocausto? »

« ¡Silencio, conquistador orgulloso! ¡En mas envilecimiento has caído que yo, pues que te ves precisado á obedecerme á mí, que doblo la cerviz

¹ Uno de los dioses de los Asirios. — T. F.

² Sennaquerib, rey de Asiria y célebre conquistador, taló diferentes veces el reino de Israel, y cuando por último sitiaba á Jerusalem donde entonces reinaba Ezequias, Dios, de quien continuamente blasfemaba el impío, envió por la noche un angel á su campo que mató á todos sus soldados y oficiales. Entonces huyó Sennaquerib á Nínive, donde fué asesinado por su propio hijo en el templo del ídolo Nisroc. (Reyes, lib. II, cap. 49.) — T. F.

ante otro dueño! Marcha, marcha á adorar el polvo de Ezequias, de ese rey de Judá cuya tumba buscamos. Te burlaste de la omnipotencia del Eterno y el Eterno puso en tu boca su freno y atravesó tus narices con un anillo, obligándote á huir por el mismo camino que devastaron tus rápidas conquistas¹. Cosa de fingir que no conoces al angel inexorable á quien yo me veo obligado á obedecer. No puedes haberle olvidado al mensajero terrible de la ira de Dios, que degolló á tus guerreros dormidos convirtiendo tu campo en una vasta llanura cubierta de cadáveres! No puedes haber olvidado los alegres graznidos de las hambrientas águilas que, al lucir los primeros rayos del sol, vinieron á cebarse en tan inmenso pasto! Creíaste vencedor del cielo y de la tierra y osaste clamar: «¿En donde estan los dioses que han libertado á las naciones de mi poderosa mano? ¿Qué se hizo de los dioses de Hamath y de Arpad? ¿De los dioses Sepharvaim de Telasar y de Retseph²?... » Pues bien, á tí te

¹ Todo este pasage es imitacion del cap. XXXVII de Isaias, en el cual procura el profeta tranquilizar á Ezequias que atemorizado con las conquistas de Sennaquerib, imaginaba que Dios le habia abandonado. Isaias hizo renacer en él la confianza, revelándole la suerte que el cielo preparaba al conquistador.— T. F.

² Nombres de las ciudades que asoló Sennaquerib en el curso de sus conquistas. Para decidir á Ezequias á que le pagase tributo sin resistirse, mándole decir el rey Asirio que no contase con la ayuda del cielo y que escarmentara en el ejemplo de las ciudades que ya habia

pregunto yo ahora que se hizo de ellos? Mas ¿qué digo? Bien sabes que han bajado á los infiernos donde te persiguen con sus satánicas burlas. »

Lleno de vergüenza y desesperacion vuelve á emprender Sennaquerib su incierta marcha, síguete Nisroc y entran ambos en el sepulcro donde el alma de Ezequias se halla inmediata á sus mortales restos. Al ver á los espíritus de las tinieblas vuélvese el alma del rey hácia su angel custodio y le pregunta, quien son aquellos réprobos que así vienen á turbar su reposo. Respóndele el angel :

« Sennaquerib y su ídolo : pronto sabrás porqué se les ha permitido penetrar bajo estas bóvedas. »

Y dirigiéndose á la negra fantasma que fué conquistador en otro tiempo, añade :

« ¿Conoces á este bienaventurado espíritu? »

« ¿Y qué puede haber de comun entre los dichosos favoritos del destino y yo que tan miserable soy? » responde orgullosamente Sennaquerib.

« Sí, miserable estás, replica el angel, porque fuiste malo. ¡Mira á este piadoso rey! Postróse en el polvo ante el Eterno á quien tú osaste insultar, y mientras que tus hordas devastaban los valles á manera de torrente destructor, él lleno de confianza en Dios solo en su auxilio confiaba. Ya sabes

saqueado sin que bastasen á impedirlo sus dioses. (Reyes, lib. II, cap. 18.)— T. F.

cual fué tu castigo en la tierra y cuales tus tormentos mas allá de la tumba : pero vas á sufrir un nuevo suplicio. Ese Rey que tan miserable juzgaste, que ni desprecio te inspiraba, prefiriendo en tu orgullo blasfemar del Dios en quien confiaba á humillarle á él; ese Rey, orgulloso Sennaquerib, va á resucitar delante de tus ojos en todo el esplendor de su gloria. »

« ¿Y á mí, que me importan su piedad y su eterna gloria? ¿Que me importa la luz á mí que soy eterno huesped de las tinieblas? Déjame volver al fondo de los abismos, tirano del cielo; déjame volver, no me detengas mas. »

« ¡Mas te importan de lo que tú quisieras los juicios del cielo, osado Sennaquerib! Delante de tí tienes el polyo de Ezequías, el tuyo sepultado está bajo las ruinas de Ninive, y tambien un día se reanimará, pero su resurreccion será muy diferente de la que vas á presenciar. »

La rabia y el terror vencen por fin al orgulloso guerrero, porque el alma de Ezequías se reviste súbitamente de un cuerpo celeste, y con su voz inmortal ordena á Sennaquerib que se vuelva á los infiernos. Pero como el miedo y el odio detuvieran al monarca Asirio, cual si raíces hubiera echado en las rocas del sepulcro, Ezequías clamó de nuevo :

« Huye ahora, porque viéndome has aprendido

que hay castigos mas terribles que el que recibiste en el templo de Nisroc donde espiraste herido por tu propio hijo. Desde lo alto de su trono celestial, te desprecia la hija de Sion, y la noble Jerusalem mueve desdeñosamente su cabeza viéndote pasar ¹. ¿Reconoces al fin, orgulloso conquistador, reconoces al Dios de quien osaste blasfemar? »

No dijo mas : Sennaquerib y Nisroc se vuelven á los infiernos.

David se apresuró á buscar entre las almas de los muertos á su mas caro amigo, y le ha encontrado : tambien Jonatás le conoce y esclama :

« Sí, tú eres, mi amado David. Rodeado te miro de inmortal resplendor : asi brillan sin duda Henoc y el grande Elías.

« Las cenizas de los muertos se han reanimado ; sonó la hora de la resurreccion para los elegidos de los pasados tiempos ; tambien tú resucitarás, ¡ó Jonatás, mi amigo y mi hermano!

« ¿Yo resucitar, ó David? ¿Por ventura, tengo como tú la dicha de ser uno de los ascendientes del Redentor, ó de ser tan grande ó tan santo como Moisés?

« Espera, Jonatás; yo he resucitado, ¿y quien fué nunca mas pecador que yo?

¹ Imitacion del cap. XXXVII de Isaías, — T. F.

— « ¿Mas tambien donde hubo nunca hombre mas noble en su arrepentimiento? ¿Qué ardiente oracion igualó jamas á las tuyas? Y ademas, de tu linage es el Mesías, mientras que para mí es demasiada recompensa que se me haya permitido bajar de los cielos á contemplar la pasion y triunfo de Cristo. Y ahora que gozo de la felicidad de verte, caro David, te lo confieso, tenia necesidad de ese consuelo... Parece tan triste esta tumba... aqui duermen los huesos de Saul... Perdóname este suspiro. Dios me ha dado parte en el reino de la luz, y mi agradecimiento no conoce límites... Y sin embargo, alguna vez me arranca lágrimas la memoria de mi padre. La bienaventuranza no puede ser tan completa para los mortales como para los ángeles, pasajeras nieblas la turban á veces.

« Esa dulce tristeza pudo ser te licita, ¡ó Jonatás! cuando Jesus aun padecia : ahora que murió, ha vencido; y todos los primeros testigos de su gloria resucitarán para la gloria eterna. »

Dijo David. Levantó la voz el angel custodio de Jonatás, mandándole que enjugase la última de sus lágrimas; y obediendo el hijo de Saul, cayó por un instante en dulce sueño é inmediatamente despertó brillando á los ojos de David con todo el resplandor maravilloso de la resurreccion. Solo los seráfines serian capaces de pintar el gozo que en-

gena á los dos amigos viéndose reunidos para siempre.

Gedeon ¹, el que salvó á su pueblo y rehusó la corona que Judá le ofrecia, renace de sus propias cenizas inmortal y resplandeciente. No brillarán como él, cuando suene la trompa del juicio final, los orgullosos conquistadores que ciñeron sus frentes con diademas teñidas en la sangre de los vencidos; no brillarán como él los reyes ambiciosos que, para estender sus dominios, promovieron sangrientas guerras.

Los pulverizados huesos que en otro tiempo resucitaron á los muertos ², reanimanse; levántase el profeta y vuela sobre su tumba, maravilloso sepulcro que pronto supo demostrar que no guardaba en su seno los restos de un hombre vulgar.

Al dar á luz un hijo espiró cierta esposa á quien su marido adoraba: al sepulcro la acompañaban sus parientes presididos por el mas inmediato, que

¹ Gedeon, quinto de los jueces de Israel, salió de la oscuridad de su posición para encargarse del gobierno del pueblo por espresa orden de un angel, derrotó á los Madianitas, obtuvo otras muchas victorias, y gobernó tan bien que el pueblo le ofreció la corona; mas él la rehusó. (Jueces, cap. VII, VIII y IX.) — T. F.

² Alúdese al profeta Eliseo, porque en efecto, habiendo unos hombres que conducian un cadáver depositádole en el sepulcro de aquel por temor de unos soldados, apenas tocó el muerto á los huesos del profeta, resucitó inmediatamente. (Reyes, lib. II, cap. 45.) — T. F.

llevaba en sus brazos al huérfano recién nacido, bello como botón temprano de olorosa flor. Súbito prorumpen los concurrentes en gozoso clamor, porque habiendo, los que llevaban el féretro, colcádolo un instante para descansar sobre la tumba del profeta, levantóse inmediatamente la joven esposa, y rápida como el relámpago, fué á coger á su hijo y á ponerlo en los brazos de su marido. Trémulo el esposo de sorpresa y de felicidad, contempló al principio á su amada, cual si fuera celestial vision; y cuando, por fin, se hubo convencido de que en efecto vivía, faltáronle las fuerzas, y solo apoyándose en la compañera de quien para siempre se creyó separado, pudo llegar á su cabaña¹.

Blandamente mecen sus elevadas copas los palmeros que dan sombra á la tumba de Débora; y resucitada la profetisa vuela por los aires.

También sale Miriam triunfante del polvo: buscan sus ojos al espíritu poderoso que acaba de

¹ Por primera vez falta Klopstock aquí á la escrupulosa exactitud con que acostumbra á referir los hechos que saca de la Escritura. Ordinariamente los poetiza sin desnaturalizarlos nunca; y no puede creerse que cuando altera en el milagro de los huesos de Eliseo la forma y los personajes lo haga por ignorancia, pues todo su poema demuestra que habia estudiado profunda y cuidadosamente los santos libros. De todas maneras el episodio que inventa en nada disminuye el maravilloso poder de los huesos del profeta, y es tan bello que no tendrán sus lectores dificultad en perdonarle esta licencia poética. — T. F.

darle de nuevo la vida, y pronuncian sus labios esta oracion:

« Ángel de la resurreccion, ¿ á donde estás? Divino segador, ¿ en qué sagrada sombra ocultas tu radiante cabeza? ¿ sobre cual de estos montes suena la trompeta que me ha despertado? ¡ O tú! que sin duda te asombras del inmenso prodigio de que el Eterno te ha hecho ministro, ángel de la resurreccion, ¿ donde descansas? ¿ Secos huesos que en sus éstasis proféticos vió Ezequiel levantarse en árida llanura, cuando resucitareis para la vida eterna? »

Ya se acerca ese momento supremo. El alma de Ezequiel vuela severa é imponente sobre las cenizas de los muertos y profetiza. Misterioso rumor suena en los aires; conmuévase el polvo, los huesos recobran su primera forma, se reúnen unos á otros y se cubren de palpitantes carnes, surcadas por venas purpúreas; de nuevo se estiende la blanca piel sobre los nuevos cuerpos, mas fátales aun el aliento divino. De nuevo profetiza el alma de Ezequiel, y los cuerpos se animan, y respiran y viven. Ya en las orillas del Kebar¹ habia su pensamiento visto la imagen de tan sublime escena; y

¹ Río de la Caldea en cuyas orillas tuvo el profeta Ezequías la vision de los huesos secos, que en este pasage imita Klopstock. (Ezequías, cap. XXXVII.) — T. F.

las bienaventuranzas celestiales no han bastado para que la olvide. En aquel momento, y mientras medita su espíritu, cerca de sus mortales restos, en los misterios de la redencion, un destello inmortal acaba de revelar le el porvenir y de explicarle lo pasado; y su angel custodio le dirige estas palabras:

« ¿Oyes el dulce estremecimiento de la naturaleza entera? Pues ese anuncia la presencia de Dios. Su aliento vivificador se estiende por todo lo creado. ¡Ah! ¡si tocase á tus cenizas! »

Entonces un soplo embalsamado agita la cabellera de oro del serafin, y trémulos de gozo, pronuncian sus labios el nombre del profeta: en vano: ya Ezequiel no le oye, porque su alma se ha aletargado, y sus cenizas se conmueven y trasforman. Resucita en fin, y no pudiendo explicar lo que siente, cruza sus manos, levántalas al cielo y se arroja en brazos de su custodio, quien vuela con él, conduciéndole cerca de otros muertos para los cuales acaba de sonar la hora de la resurreccion.

Sobre su fúnebre morada vaga el alma de Ase-nath², como vapor ligero argentado por los rayos

¹ Ase-nath, hija de Putifar, gobernador de On, casó con José cuando Faraón confió á este el gobierno de todo el Egipto. (Gen cap. XLI.) — T. F.

de la luna; y con tímida dulce voz esplica sus confusos pensamientos de esta manera:

« ¡O mi angel custodio! ¿dime porqué se me turba la vista? ¿porqué vagas sombras, que á un tiempo me alarman y me encantan, giran en torno de mí? Cuando perdí la terrestre vida, espermenté sensaciones semejantes. Habla, servidor del Eterno, ¿voy á morir por segunda vez? Suave murmullo de las fuentes del Paraiso, dulce rumor de las hojas del cedro celestial que tan deliciosamente halagais mi espíritu: no hagais que para siempre me duerma. »

Vencida por el sueño, calló; y verificándose casi inmediatamente el prodigio de la resurreccion, cantó aquella nueva resucitada la gloria del Eterno.

Suena la trompa suprema del serafin sobre la inmensa llanura, donde los átomos del polvo se estan convirtiendo en animados seres; y al clamor del metal sonoro sacude las sombras de la muerte el heroe del Señor, el que venció á los pueblos de Canaan¹. Así atraviesa el relámpago las nocturnas tinieblas; así, en las radiantes alturas de Othan²

¹ Josue, célebre caudillo de los ejércitos de Israel y sucesor de Moises, floreció 1451 años antes de Jesucristo. — T. F.

² Monte de Palestina desde el cual vió Eliseo como el profeta Elias se elevaba á los cielos. — T. F.

vió Eliseo el inflamado carro de los ángeles, cuyo resplandor daba aliento á sus fuerzas.

Despiértase para la vida eterna la hija de Jefe⁴, como rosa temprana al suave calor del sol de primavera; y con el dulcísimo acento de su voz une su angel custodio los sonidos de su arpa celestial, estendiéndose los cantos de la joven resucitada por el espacio infinito en alas de la celeste armonía.

Los siete heroes del pueblo de Dios y su noble madre⁵ yacen en una sombría caverna, próxima á Jerusalem. En ella fueron depositados por uno de sus valerosos amigos quien, despues de haber cumplido aquella piadosa obligacion, fué él mismo á denunciarse al feroz tirano, queriendo ser par-

⁴ Jefe, noveno juez de Israel, habiendo ofrecido á Dios que inmolaria en holocausto á la primera persona que encontrase al regresar á su pais si lograba vencer á los Ammonitas, inmoló en cumplimiento de aquel voto á su hija única. (Jueces, cap. XI.) — T. F.

⁵ El año 170 antes de Jesucristo, Antiocho Epifano, rey de Siria, conquistó á Jerusalem cometiendo en ella inauditas crueldades con los Judíos que no quisieron apartarse de la ley de Moises. Opusieronle los Macabeos, celebérrimos heroes de Israel, una resistencia enérgica, pero que solo sirvió para aumentar la ferocidad del tirano. Basta lo que refiere el cap. VI del libro segundo de los Macabeos, sobre el martirio de estos, para dar idea de la crueldad de Antiocho. Negáronse los desdichados jóvenes á comer carne de cerdo, y mandólos el rey desollar y quemar vivos á todos delante de su madre, quien tuvo la increíble serenidad de presenciar el horrible suplicio, exhortándolos á sufrirlo valerosamente. Murió aquella heroica muger la última y sin proferir un lamento. — T. F.

ticipante de la gloria de los mártires por la fe de sus abuelos y la independenciam de su pais. Desde entonces, muchas veces han descansado en aquella caverna los caminantes; y acaso mas de una han ido la desgracia y la piedad sincera á ocultar en ella sus lágrimas y ardientes oraciones. Cuantos pasan cerca de la sagrada bóveda, siéntense penetrados de santo respeto, porque todos saben los venerandos restos que en su seno encierra.

Postrada en el fondo del sepulcro, Tirza, la madre de los siete mártires, da gracias al divino Mediador por haberla juzgado digna de morir por él, cuando aun no se mostraba á sus elegidos mas que al través del misterioso velo de las profecías. Mientras así oraba con piadoso ardor, atravesaron el arroyo que corre delante de la caverna el joven Sémida y uno de aquellos pastores de Belen que adoraron al niño, cuyo nacimiento celebró el coro angélico. Estenuados de cansancio, y abrumados con el dolor que les causa la muerte de Jesus, siéntanse entrambos á la entrada del sepulcro, y despues de dar libre curso á las lágrimas, hasta entonces contenidas, dijo el pastor al huérfano de Naim :

« No te hablaré, caro Sémida, del divino Profeta que no ha mucho te resucitó, porque no quiero desgarrar tu corazon : pero dime porque el aspecto de esta caverna me causa santo terror. De la mis-

ma manera me estremecí cuando al través de sus nebulosos velos ví á los inmortales que protegían la cuna del niño de Belén. »

« ¿Qué me preguntas, ó Jetro? ¿Ignoras, pues, quienes son los que en esa tumba descansan? También de mí se ha apoderado un temor religioso. »

Y dominado por un sentimiento irresistible penetra en las húmedas bóvedas y esclama en voz alta :

« Nobles víctimas cuyas cenizas aquí reposan, adorad con nosotros al Profeta que acaba de morir: divina fué su vida y aun mas divina su muerte. Su nombre debe seros conocido, los ángeles le pronunciaron antes de que él naciese. Resucitará..... ¿Porqué nos inspiran estos lugares donde reposáis, ó santos mártires, piadoso temor? Como nosotros fuisteis creados para la inmortalidad, sufrid pues que os dé el dulce nombre de hermanos. Cuando nos reunamos en mejor vida, acordaos de que os hemos amado en la tierra y muevaos ese recuerdo á recibirnos como hermanos. »

Diciendo así continuó su camino y siguió el pastor.

Mas la noble madre de los siete mártires, que ha oído la dulce voz del huérfano de Naim los sigue con la vista y dice mentalmente á sus hijos :

« ¡Porqué se aparta de nosotros, ó hijos míos! Le amo á él y amo á su anciano compañero porque

son dos almas llenas de inocencia y de candor. No somos nosotros los que les hemos inspirado espanto; el Eterno sin duda es quien los ha atemorizado... el Señor sea con ellos sirviéndoles de Norte en el laberinto de la tierra; y nosotros, cuando resuciten á la vida eterna, les saldremos al encuentro. »

Quando Tirza cesó de hablar ya los espíritus de sus hijos se habían aletargado; mas su sueño es un éstasis santo que les hace brillar con sobrenatural resplandor. De los labios de los dos mayores salen palabras vagas y dulces como el lejano son de las arpas celestiales; y el tercero conserva aun bastante fuerza para explicar lo que experimenta :

« Ya se acerca, dice, el día mas grande de los días; sus primeros albores lucen en las tinieblas: brama el trueno, tiembla el Gólgota, la cruz se inclina. »

Y, no pudiendo resistirse al sueño, cayó al lado de sus hermanos. Solo Jedidot, el mas joven de los siete mártires, lucha aun contra el irresistible poder que turba sus pensamientos :

« Angeles tutelares, y vosotros seráfines, hablad, ¿en donde estoy? ¿Ha vuelto el Mesías á ocupar su asiento en el trono de su padre?... Sus llagas resplandecen... sobre Jerusalem brilla celestial aureola.... »

Así dice y se duerme. Contemplando Tirza á sus hijos con estremada sorpresa esclama :

« Los habitantes de la tierra están solos sometidos al imperio del sueño, y sin embargo duermen las almas de esos mártires que ya han vivido en la eternidad... Tal vez deben pasar los inmortales en ese letargo las santas horas durante las cuales descanse el cadaver del Mesias en el Sepulcro. »

Su vista se oscurece, sus pensamientos se turban y casi al mismo instante se despierta en todo el resplandor de la resurreccion. Sonriese con ella, como pudiera con una amada hermana, su angel custodio; y Tirza no pudiendo explicar la felicidad de su transformacion lanzó un grito de alegría y de gratitud, y se postró al lado de sus hijos que salian del polvo de sus huesos tan bellos y resplandecientes, como se levanta la llama sobre las negras cenizas de una hoguera. Ve como levantan sus brazos al firmamento, oye como dan gracias á Dios por haberlos creado segunda vez, y comprende en fin toda la felicidad que al corazon de una madre puede darle el cielo.

Una misma tumba recibió en otro tiempo á cuatro fieles amigos cuyas almas volaban entonces sobre el cerro que oculta sus cenizas. Darda¹, que

¹ Darda, Eihan, Heman y Chalkok fueron de los primeros levitas establecidos por David para cantar la gloria del Eterno en el taber-

murió el último, dirige estas dulces palabras á sus tres compañeros :

« ¡ Bendigamos el Eterno que nos hizo dignos de envidia; juntos hemos caminado en nuestra peregrinacion por la tierra, una misma tumba nos ha reunido, y en la eternidad nos hemos encontrado! Ethan nos dejó el primero y llorámosle. Poco tardó en seguirle Heman, y entonces dijimos Chalkok y yo : « ha ido á encontrar á nuestro hermano, pronto nos llamará á nosotros. » Mas cuando Chalkok cerró los ojos en mis brazos, cuando me ví solo en la tierra, mis ojos bañados en lágrimas continuamente se alzaban á los cielos buscando á mis fieles amigos... Vi á Salomon bajar á la regia tumba donde David reposaba, y llegó por fin para mí el último sueño... ¡ Al despertarme os encontré!... Ahora aguardan nuestros mortales restos el momento de la resurreccion. ¡ Grande será nuestra felicidad en aquel instante sublime, porque ya es una dicha desearlo y esperarlo! »

Dice y añade Heman :

« ¡ Será demasiado esperar de tu clemencia, divino Mediador, creer que contigo hemos de resucitar? Resucitarás antes que la destruccion se apo-

náculo del arca santa. (Paralipomenon, lib. I, cap. 15.) La amistad de estos cuatro levitas es ficcion del poeta, porque en la Escritura solo se hallan sus nombres. — T. F.

dere del cuerpo con que en la tierra te has revestido, porque habitando en él lo has santificado y ya es inmortal como tú. ¡Dígnate escuchar mis humildes votos, haz que empiece la cosecha de la eternidad, haz que el imperceptible germen que yace en el polvo se desarrolle en abundantes espigas bajo la sombra de tu cruz! »

Entonces le interrumpió Chalkok apresuradamente con voz estremecida por la sorpresa y la felicidad :

« ¡El polvo de Heman se transforma; ved, ó amigos míos, como brilla con celestial resplandor! »

Y vencido á su vez por el sueño de la resurrección perdió por un instante el sentimiento de su existencia: mas al despertarse vió que los huesos de Ethan y de Darda se animaban trasformándose; y los cuatro fieles amigos enlazan sus brazos, confunden sus rayos, unen sus voces y vuelan á las nubes cantando la gloria del Salvador. En los sepuleros de Jerusalem yace la profetisa Ana¹, que tuvo la felicidad de ver al niño de Belen cuando por vez primera le llevaron sus padres al templo,

¹ Ana, que tenía ochenta años cuando nació Cristo, se hallaba en el templo en el instante en que á él llevaron al Mesías para circuncindarlo: conoció desde luego al Salvador del mundo, y dijo á todos los circunstantes quien era. (Evang. de S. Lucas, cap. II.)— T. F.

donde mas tarde su precoz sabiduría dió á entender que su naturaleza era divina. Cuando huyó el niño á Egipto bajó Ana á la tumba de donde ahora sale animada con nueva vida para dirigirse al Gólgota, y allí con los brazos tendidos á la cruz, cargada aun con el cadaver del Mesías, esclama :

« ¡Has muerto, y tú eres quien me resucitas! Sí, tú eres quien antes del fin de los tiempos me has dado este cuerpo inmortal teñido en esa tu divina sangre, que traspasando la bóveda de los cielos ha impetrado el perdón de la especie humana. »

Dominado por su acerbo dolor separóse Joel de su padre en el valle de Getsemani, para ir á llorar sobre la tumba de su hermano; y arrodillándose en efecto sobre la losa que cubre los restos del gracioso niño, con voz interrumpida por los sollozos, dice :

« ¡Benoni! ¡mi amado Benoni! ¡por tí derramo estas abrasadoras lágrimas, porque los ángeles tienen solos derecho para llorar al hombre divino que acaba de espirar en la cruz! »

Ahogado por las lágrimas dejó caer entonces su cabeza sobre la fría losa del sepulcro donde Benoni y su angel custodio se hallan de pié cerca de él; mas el primogénito de Sama no puede adivinar la presencia de los inmortales.

Tampoco los desdichados que sufren con piadosa resignación ven la mano de la Providencia,

que tendida sobre sus cabezas las inclina suavemente á la tumba donde les prepara eternas recompensas.

Joel, levantándose á medias, pronuncia estas palabras interrumpidas por los suspiros :

« ¡ Me has dejado, caro Benoni, dulce flor que la tempestad arrancó antes que al matutino sol se abriese ! »

Y responde Benoni con voz que solos los inmortales oyen :

« Vivo, hermano mio : vivo en los cielos donde crezco á orillas del rio de la vida. »

El desdichado Joel continua sus lastimosas quejas :

« ¡ Debil y anciano es nuestro padre, y jamas se consolará de tu muerte, ó mi Benoni ! ¡ Pronto dormirá tambien en la tumba, y entonces solo y abandonado, no me quedará mas consuelo que la muerte ! »

Volvióse Benoni á su angel custodio y le dijo :

« ¡ Su dolor me destroza el alma ! ¡ Como llora !... ¡ Oh, te lo ruego, enjuga sus lágrimas ! »

Y responde el serafin :

« Solo cuando Dios nos lo manda podemos consolar las penas de los mortales. »

« ¡ Oh amado hermano mio ! (prosigue Joel) ¡ sea tranquilo tu sueño ! ¡ Lázaro se despertó de ese

sueño, pero entonces vivia aun el profeta que acaba de espirar en la cruz ! »

Pregunta Benoni al serafin si su hermano está condenado á padecer largo tiempo sobre la tierra, respóndele el angel suspirando que solo Dios conoce la hora de su muerte ; y Joel prosigue gimiendo sin ver ni oír á los inmortales que tanta y tan sincera parte toman en su dolor.

« Padre de todo cuanto existe, dice, inspírame la alta sabiduría que sabe guiarnos al través de los áridos desiertos de la vida, hasta la tierra de Promision. Debil y joven soy aun, y ya no tengo hermano : ¡ pronto me quedaré sin padre ! Asústame el porvenir que me espera... paréceme infinito... ¡ Ah ! ¡ dignate abreviarlo !... Alma de mi amado Benoni, si te hallaras próxima á tu tumba y vieses mis lágrimas, tú rogarias al Eterno que abreviase la duracion de una existencia que tiemblo ver prolongada. »

« ¿ No alcanzarán, exclamó Benoni, á conmoverte nuestras penas, á tí que eres nuestro angel custodio ? ¡ Ay de mí ! Siempre has sido inmortal, y no dejastes en los valles de la muerte un hermano que se aflija y llore por tí.

— « Comprendo tu dolor, caro Benoni. ¿ Cada vez que salimos de los cielos para ejecutar las órdenes del Omnipotente, crees que no sentimos separarnos tambien de nuestros hermanos ? »

Apoderóse entonces un sentimiento insólito del espíritu de Benoni.

« Mi tumba se estremece, exclamó. Levántase de ella mi hermano aterrado. Densas nubes me rodean.... ¡Dios de misericordia, no me aniquiles! »

Y debilitándose sucesivamente, su voz espiró como el eco de los montes, cuando repiten lejanos cantos; pero el divino aliento de la resurrección le reanima y le trasforma; y con voz celestial esclama :

« ¡No me has aniquilado, Dios de misericordia! ¡Gloria á tí que me abrumas con tus beneficios! Espera, querido hermano : cuando disuelto tu ser corporeo, se reduzcan tus huesos á cenizas, resucitarás lleno de juventud y belleza en mis brazos, y para no volver á morir nunca. »

Y Joel que solo ha visto de la maravilla que ante sus ojos se ha verificado lo que á un mortal era lícito ver, explica así su terror y sorpresa :

« ¿ Habrá el dolor turbado mi razón, ó estoy condenado á las horribles visiones que fascinaban á mi desdichado padre, cuando estrelló á su hijo contra estas negras rocas? ¿ Será cierto que la losa que cubre los restos de mi amado hermano, acaba de levantarse? No, no, en paz duermen los destrozados huesos de mi Benoni... ¿ Qué veo?... ¡ mi padre!... ¡ Ah! sin duda me busca. »

En efecto Samma acaba de entrar en los sepulcros, y Benoni viéndole esclama :

« Cesa, noble anciano, de llorar por mí que soy uno de los bienaventurados : mira, ¡ vacía está mi tumba! »

Mas Samma ni oye ni ve mas que á aquel de sus hijos que aun habita la tierra.

« ¡ O mi Joel! dijo, al fin te encuentro despues de haberte buscado lleno de zozobra. Deja este lúgubre sitio donde he perdido á mi Benoni. ¡ Ven, único consuelo y sola esperanza que me resta! ¡ Bendígate el Eterno y consérvate para servir de apoyo á mi triste vejez! »

Cuando acabó de hablar, salieron entrambos de los sepulcros, y Benoni exclamó :

« Bendígate el Eterno y envíete pronto á reunirme con tu hijo en los valles de paz y felicidad donde habita. »

Dichoso y satisfecho con haber visto nacer y crecer al Hombre-Dios, y haber adivinado que, bajo aquella forma se encubria la luz predestinada para iluminar á todos los pueblos de la tierra, durmió Simeon poco tiempo despues el sueño de los justos. Descansa su cuerpo bajo una bóveda sepulcral, y sobre la roca en que ese se abrió volaba su alma cuando la penetró un rayo celeste; porque á Simeon se le ha juzgado digno de renacer au-

tes del día de la resurrección de todos los muertos.

Camina lentamente por uno de los tortuosos senderos que atraviesan el húmedo polvo del torrente del Cedron, y guiado por un niño, un anciano ciego llamado Elkanan. Después de haber dado vuelta al monte de los Olivos, se aproximan á los sepulcros; suspira hondamente el anciano, y sus ojos, largo tiempo hace cerrados á la luz, se llenan de lágrimas. El niño que le guía, último resto de una familia sobre la cual ha descargado la muerte sus golpes sin piedad alguna, procura consolarle con sus dulces caricias, diciéndole :

« Buen anciano, ¿ no puedo yo ya endulzar tus penas? ¡ Oh! te lo suplico, no llores así.

« Llorar, responde el viejo, es lo único que pueden hacer mis apagados ojos... Habla, caro niño, ¿ estamos aun lejos de la tumba de Simeon, mi amado hermano?

« Demos algunos pasos, padre mio, y podrás sentarte sobre la losa que cubre sus restos. »

Así que llegaron á pisar aquella losa, tocóla el viejo muchas veces, y dijo enternecido :

« Cubierta está de musgo... así la yedra se enlaza á las ruinas de los palacios destruidos... ¿ Te admiras de oirme, amado Boa? ¡ Ay de mí! tú que apenas entras en la vida, gozoso niño, no puedes comprender la pia satisfacción que se apodera de

mi alma, cuando me acerco al sepulcro en que tanto tiempo hace descansa la víctima de la muerte. Muchos años hace que Simeon duerme bajo esta losa sepulcral... En el mismo día que la suya hice cavar mi tumba, que aun vacía aguarda al pobre ciego que vive errante en medio de las tinieblas de la muerte. »

Y abrumado por el cansancio y el dolor, calla apoyándose en el hombro de Boa. Pero después de breves instantes vuelve á decir :

« Para tí, hijo mio, no se ha apagado la luz del sol, tú puedes contemplar sus resplandores en un sereno día, y en la callada noche la argentada claridad de la luna, y ver las nubes que anuncian la tempestad. Dime, ¿ está sereno el cielo? Parece que una brisa embalsamada halaga mis arrugadas mejillas y juguetea entre mis canas.

« Puro está el cielo y sin nubes, respondió el niño; los prados y colinas cubiertos de flores; la primavera ha vuelto á parecer con sus tesoros. ¡ Oh! ¡ cuan bello día!

« Aquel que me aparte de la tierra, suspiró el anciano, será para mí el mas bello de todos, por mas oscuro y nebuloso que él sea.

« ¡ Ay! dijo el espíritu de Simeon á su angel custodio; mi desdichado hermano no se siente con fuerzas para sobrevivir á Jesus. »

Y respondió el serafin :

« Todavía ignora el crimen con que acaba de mancharse el pueblo de Jerusalem. »

« ¡Ojalá que nunca lo sepa! porque el desdichado sucumbiría á su dolor. »

Sonrióse el angel con aire misterioso, y penetrando el soplo de la inmortalidad en los restos de Simeon, crugieron sus huesos moviéndose; trasformáronse sus cenizas, brillaron centelleando, y su espíritu sintió desvanecerse sus pensamientos sin esfuerzo alguno, como si en sus alas se los llevara la celeste armonía. Casi en el mismo instante se despierta el alma, ¡y Simeon ha resucitado!

En esto pasó rápidamente por delante de los sepulcros un extranjero que habia venido á Jerusalem para asistir á las fiestas de la Pascua, y el niño Boa, impulsado por la natural curiosidad de sus años, le pregunta por qué causa camina con tanta prisa.

« No me detengas, responde el extranjero; voy á buscar á mis gentes para contarles los prodigios de la muerte de que acabo de ser testigo.

« ¿De qué muerte? » exclamó el hermano de Simeon.

« ¿Pues qué, buen anciano, ignoras que los sacerdotes y los príncipes de Israel han hecho crucificar á Jesus, al hombre divino? »

Lanzó Elkanan un profundo suspiro de su pecho y perdió el sentido. Lleváronle á la otra orilla del

torrente el extranjero y el niño Boa; y aunque allí recobrando el sentido, les suplicó que volviesen á conducirle al sepulcro de su hermano, no atendieron á sus ruegos y le condujeron á Jerusalem.

« Sigámosle, dijo Simeon á su angel custodio; necesita de consuelos, va á morir. »

Y el angel responde :

« Vivirá para gozar de la alta recompensa que le prepara el Eterno, permitiéndote que te le aparezcas y le refieras la resurreccion del Salvador. »

El espíritu del Santo Bautista que vuela sobre su sepulcro, dice :

« Permanece inmóvil y duerme, polvo que fuiste mi cuerpo mortal; quiere el cordero inmolado, que cargó con los pecados del mundo que yo permanezca cerca de tí, mientras pesan las tinieblas de la muerte sobre sus sagrados restos. Para asistir á su triunfo, me llamará, y entonces os dejaré en esa tumba, secos huesos, que habeis de animaros cuando suene la trompeta del último de los dias. Vendrá ese postrero dia; ¡retumbará el metal sonoro! ¡Resurreccion! ¡cuan inefables deben ser tus gozos, pues que al pensar en tí se turban mis pensamientos! Una esperanza vaga y audaz sin duda me hace creer que el fin de los tiempos es ya llegado para mí. »

Brilló en el fondo de su sepulcro pura y suave

llama, y viéndola preguntó á su angel custodio :
 « ¿Qué celeste vision es la que miro? ; Ah! lo reconozco, es Benoni, el hijo de Samma. ¿Por qué brilla con el resplandor de un angel? ¿Será que haya resucitado?... Aproxímate : el batir de tus alas produce un sonido semejante al de las arpas del cielo. Responde, ¿eres Benoni? ¿ó algun otro niño, muerto hace poco en lejanas regiones? ¿Vienes á anunciarnos algun nuevo prodigio? »

Y responde Benoni :

« ¡O tú, á quien el Eterno ha bendecido desde que creó los orbes! óyeme, que en efecto te traigo un mensaje de felicidad. Mira : ¡el polvo de los muertos se anima! Oye : ¡el aliento de la resurreccion penetra en los sepulcros! Para los elegidos del Señor ha sonado la trompeta del juicio postrimero. He visto al Padre de los hombres, he visto á Henoc, he visto á Elías y he visto á Abrahan brillar como las estrellas del cielo ; he visto á Isaac revestido con un cuerpo de purpureas nubes ; he visto á Moises, á Job, á los siete mártires, y he caido en santo éstasis ; ahora te veo á tí que bautizaste al Salvador de todos nosotros. Fáltale á tu espíritu un nuevo cuerpo ; prepárate á gozar de las delicias de la resurreccion. »

Dice, y las cenizas de Juan el Precursor se agitan ; su cuerpo se trasforma, su polvo se purifica, y su alma pierde por un momento el sentimiento

de la existencia. Al despertarse habíase consumado la union del espíritu con la carne divinizada ; y el nuevo resucitado entonó un himno á la gloria de su creador.

A la sombra de las palmeras oí yo pronunciar los nombres de los resucitados que acabo de cantar ; á otros nombres se los llevó la brisa que se mecía entre las ramas... Ven á repetírmelos, muesa de Sion, cuando suene la hora de las inspiraciones misteriosas y santas como tú.

FIN DEL TOMO PRIMERO.

